

Juan de Dios Garduño
El
hijo del
Mississippi
SAGA

[image]

Juan de Dios Garduño

# El hijo del Mississippi

Saga

*El hijo del Mississippi*



ISBN: 9788726841527

1st ebook edition

Format: EPUB 3.0



www.sagaegmont.com

Saga Egmont - a part of Egmont, www.egmont.com

# 1

La mañana veraniega en la que Jacob llegó a Hannibal el cielo era tan azul que parecía irreal. El verdor de la exuberante vegetación que envolvía la ciudad le dolía a los ojos de tan puro; distaba mucho del color triste y apagado de las paredes de la cárcel The Walls. Y el olor a río y a hierba le transportó a su infancia, cuando pescaba despreocupado en la orilla y jugaba junto a Noah a hacer figuras con las nubes. Jacob disfrutó casi como un niño el trayecto paralelo al río Mississippi justo antes de llegar a Hannibal. Cómo lo había echado de menos. Incluso pensó en pedir bajarse allí mismo y continuar a pie los pocos kilómetros que restaban, pero sabía que de hacerlo no llegaría ese día a su casa, porque quizá, solo quizá, se dirigiese hacia el puerto y embarcase en el primer vapor que fuese río abajo hasta Saint Louis sin realizar las gestiones que tenía en mente. Respiró hondo cuando bajó del carruaje, se despidió del cochero con la mano y dejó atrás al resto de viajeros, que se afanaban en conseguir sus maletas. Aún le acompañaba la sensación extraña, que no incómoda, de no sentirse vigilado en todo momento por un guardia armado, o de estar regido por las normas férreas de la prisión. Tampoco estaba acostumbrado al trajín de voces que la gente se traía por las calles de la ya oficialmente ciudad. Le sorprendió la cantidad de casas y negocios en construcción que había. Vio esclavos por todas partes. Sin duda, Hannibal había crecido en todos aquellos años. Jacob la veía diferente, mucho más moderna y animada, casi opulenta. Poco quedaba del pueblito tranquilo que había dejado atrás antes de ser encarcelado. Según le había contado un viejo comerciante que viajaba junto a él y decía ser socio de Tilden Selmes, la ciudad ya tenía más de dos mil habitantes. Todo debido a la creciente industria de las tenerías, del jabón y a la fabricación de cuerdas. Y eso que la mayoría de los jóvenes habían emigrado a la loca California por la fiebre del oro.

—¿Usted no se animaría a buscar fortuna? —le había dicho el anciano dándole un codazo a Jacob y guiñándole un ojo—. La verdad es que se le ve fuerte. Selmes y yo podríamos abastecerle por muy buen precio para su viaje por interior a California. Muchos de los que se aventuraron de Hannibal a probar suerte ya han vuelto, y, aunque hay variedad en la medida del éxito financiero que obtuvieron, yo diría que todos han regresado con más dinero del que se fueron…

A Jacob le pareció que el tipo podría incluso venderle a su madre para que le cocinara tortitas de trigo y le acompañara en las afanosas tareas que conlleva el buscar oro. Así que se alegró de poder deshacerse de él en cuanto pisaron tierra. Se congratuló de ver que un chico de seis o siete años vendía el Commercial Advertiser, el periódico de toda la vida, el que el señor Heatcliff leía mientras los alumnos hacían los ejercicios. ¿Estará vivo el señor Heatcliff?, se preguntó. ¿Y Emma? ¿Y Noah? ¿Twain? Enseguida apartó aquellos pensamientos. Se había prometido relegarlos al ostracismo para siempre. Daba igual que hubiera vuelto a Hannibal, se marcharía en cuanto vendiera la casa de su difunta madre. Allí no le ataba nada ni nadie, no se sentía parte de la ciudad, y nunca más se sentiría parte de ella. Su única casa sería el Mississippi, y para eso le hacía falta dinero. Vender la casa, aunque fuera por poco y huir de allí eran sus prioridades.

*¿A qué tanta prisa, Jacob? ¿tienes miedo de algo? ¿Quizá de cruzarte por la calle con tu pasado? ¿con un pasado con tirabuzones rubios que desmorone toda esta estúpida farsa que te has montado para protegerte? ¿Que eche abajo esos pensamientos de si no quiero a nadie, nadie podrá hacerme daño?¿O quizá temes encontrarte con el juez y su hijo James?*

Jacob aligeró el paso, enfadado consigo mismo. Levantó el periódico casi a la altura de su cara y arrugó el entrecejo. El ser insignificante al que ya aplastó en la cárcel con un dedo mental enorme y que le decía cosas que no quería oír parecía haber vuelto. Y quizá, en aquel momento, le hubiera dicho con sonrisa socarrona que compró el periódico solo para taparse la cara y no ser reconocido, y no por ponerse al día de cómo se encontraba la situación en Hannibal después de tanto tiempo.

Supuso que las llaves de su casa las encontraría en los pequeños juzgados, así que se dirigió hacia allí. No le tenía miedo a nadie, pero prefería no volver a cruzarse en la vida con el juez Hickok, si es que todavía continuaba ejerciendo en la ciudad. Jacob no anduvo mucho, cuando un niño que jugaba dándole vueltas a una herradura con un palo se tropezó con él y cayó al suelo. El niño comenzó a llorar, y la madre, que caminaba a pocos pasos por detrás de él, se acercó, le ayudó a levantarse de mala manera y le dio una bofetada. A lo que el niño lloró con más ganas aún.

—Disculpe a mi hijo, señor —dijo la mujer, compungida y sin apenas mirarle a los ojos.

Él inclinó la cabeza a modo de saludo y continuó su camino. Y allí había otra de las cosas a las que no lograba acostumbrarse. Había

crecido entre los muros de una cárcel donde lo que menos abundaba era el respeto hacia los presos, y además, entró siendo poco más que un niño, y ahora se encontraba con que en los últimos días todo el mundo se dirigía a él como señor. No sabía cómo sentirse respecto a esto. Por una parte le agradaba sentirse adulto, y por otra, sentía que su infancia había sido un reloj de humo al que nunca había podido parar las manecillas.

El juez no se encontraba en los juzgados, según le dijo el auxiliar, un hombre que frisaba los cuarenta años y que tenía el rostro tan arrugado como lleno de pecas. Jacob sabía que tampoco era de Hannibal, le recordaría. Le confirmó que Hickok seguía siendo el juez del condado, y que se encontraba en Iowa de visita. Tras comprobar la documentación de Jacob, la misma que le habían dado al salir de prisión, el tipo sacó una caja de metal de uno de los cajones de su mesa y rebuscó entre los nombres. Encontró la que pertenecía a Josephine Walters y se la alargó con desconfianza a Jacob.

—Espero que no tengamos quejas de ti, chico. Al juez no le tiembla la mano con los que incumplen la ley —dijo sin soltar la llave.

—Sé de buena tinta que no le tiembla —respondió Jacob.

Salió del juzgado y se dirigió a su casa. Quería echarle un vistazo antes de averiguar cómo venderla. Dos chicos vestidos prácticamente con harapos pasaron corriendo delante de él, uno de ellos con una caña al hombro, y Jacob no pudo evitar recordar…

# 2

Jacob y Noah permanecían recostados sobre la hierba con las cañas clavadas en la orilla. El sol de media tarde se colaba por entre las frondosas copas de los árboles, creando prismas de belleza incomparable. Los pájaros volaban de un árbol a otro, y se peleaban con las ranas por ver quién podía cantar más alto. Varias cigarras entraron en la disputa, organizando un concierto discordante, pero característico de la zona.

El Mississippi lamía los pies de los niños y les proporcionaba el frescor que aquel caluroso día les negaba. Mientras hablaban, varios pececillos les arrancaban el pellejo muerto de entre sus dedos. Los chicos no estaban muy lejos del minúsculo puerto de madera de Hannibal, y una milla los separaba de la orilla de enfrente. Hasta ellos llegaba el ruido del trajín de las pequeñas embarcaciones y la voz de algunos pescadores en sus balsas. —¿Has pescado algo, Tom? —Nada, Huck. —Es el cebo, últimamente no lo preparas bien, Tom. —Vete a la mierda, Huck.— Que un vapor arrolle esas cuatro maderas mal puestas que llamas barca, Tom.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Noah, aunque su tono no era nada escéptico. Lo que le estaba contando Jacob le ponía la piel de gallina.

—Tal y como te cuento —confirmó su amigo, incorporándose un poco y apoyando los codos en el suelo para mirarle—. El barco fantasma iba sin capitán, sin tripulación y sin pasajeros. Era el vapor más grande que mis ojos hubieran visto nunca; y he visto muchos, tú lo sabes. El vagabundo no paraba de repetir que él no lo había invocado y que daba mal fario encontrárselo, que íbamos a morir todos, y el cachorro del piloto de guardia murió cortado en mil pedazos al caerse del bote de sondeo. No sé si eso demuestra algo, pero desde luego yo no lo pondría en duda. En serio, tenías que haber estado allí para verlo, Noah. ¡El Mary Jame apareció tan pronto como se fue! ¡Se lo tragó la niebla! Iba en la misma dirección que nosotros, hacia Saint Louis —en boca del muchacho esta última palabra sonó como “Looy”.

Noah miró hacia atrás, hacia el camino de tierra. Creía haber escuchado el ruido de una carreta.

—Puf, ya me hubiera gustado ir en ese vapor, pero mis padres me hubieran atizado de lo lindo —dijo. Sus ojos eran tan azules que el cielo palidecía en contraste—. Ya sabes cómo están las cosas últimamente en casa. ¿A ti te zurraron bien, no?

—La vieja borracha no perdona —respondió con tono amargo Jacob. Cuando se habían estado bañando en el río, Noah le había visto los cardenales—. En fin, ¿sabes lo que te digo? Que cuando sea piloto de un gran vapor me gustaría encontrarme de nuevo con el Mary Jane, ¡estoy seguro de que no me ganaría en carrera, aunque tenga que estar dando vueltas sobre mí mismo santiguándome para evitar el mal fario!

—Te ganaría.

—No, no lo haría —respondió picado Jacob. Se apartó un mechón de pelo de la cara—. Pienso aprenderme de memoria cada milla, cada isla, cada punta, cada escollo, cada curva, cada chopo si hace falta, y cada hito de este río. Y cuando lo haya hecho y tenga el timón de un gran vapor entre mis manos, entonces… ¡entonces no habrá capitán o piloto alguno que consiga ganarme en carrera!, ¡vivo o muerto!

Hubo un momento de silencio y Noah miró con admiración a su mejor amigo. Sabía que Jacob estaba soñando despierto; al fin y al cabo era más pobre que las ratas y dudaba que ningún capitán lo cogiese bajo su tutela, pero él mismo creía en todas y cada una de las palabras que salían de su boca. Hizo un pequeño esfuerzo mental y lo imaginó pasados unos años, bajando del vapor más grande del mundo, ¡quizá de doscientas varas! tan grande que no cabría en el puerto de Hannibal, eso seguro, y con campanas tan majestuosas que sus tañidos se dejarían oír en varias millas a la redonda. Le tenderían una solemne pasarela con moqueta roja, y Jacob bajaría por ella con la cabeza bien alta, henchido de orgullo. Vestiría un impoluto traje blanco con sombrero de seda, brillantes anillos de oro y botines de charol. Sonreiría a todos y les saludaría con cierta altivez, "¡¿Qué tal, señora Brown?!", "Me alegra verle de nuevo, Míster Warren". La actividad rutinaria del pueblo se detendría para engalanarse: el leñador dejaría de talar, los pescadores regresarían a puerto, el tendero cerraría las puertas del negocio, en la tenería dejarían de curtir pieles… todo para recibir al mejor hombre del pueblo. Noah fue a comentar algo de esto, pero la parte superior de su caña se dobló y el chico saltó para agarrarla y tirar del sedal.

—¡Mierda, se ha escapado! —exclamó contrariado.

—Bueno, ¿qué más da? Otro caerá.

—Como no lleve ninguno a casa para la cena me da que no serás el único que acabe con moretones por todo el cuerpo —contestó Noah preocupado.

—Ja, qué gracia eso —Jacob se echó hacia atrás, con los brazos cruzados en la nuca y una espiga de trigo en la boca. Sus ojos se perdieron por entre el ramaje de los árboles—. ¿Cómo está mi Emma?

—¡No es tu Emma! —Espetó su amigo dándole un puñetazo en el costado—. ¡Tú no podrías ser novio ni de una vaca paralítica!

—No seas así, Noah. Sabes que tu hermana y yo estamos predres… predesti… ¡maldición!, que estamos hechos el uno para el otro, vaya.

—¡Y una mierda así de grande! —dijo el otro con los brazos bien abiertos.

Jacob sabía que su amigo no se tomaba a mal que Emma le gustase, pero hacía el paripé pretendiendo que no se diera cuenta de que en realidad no hubiera imaginado mejor cuñado que él. Eran casi vecinos y se habían criado juntos, aunque Jacob le sacaba casi un año, diez meses para ser exactos (pese a tener doce y él once), y en más de una ocasión se había partido la cara con los de la banda de Chad Spencer a la salida del colegio para defenderle de sus chanzas. Por eso Jacob dormía tranquilo y con una enorme sonrisa en los labios cuando pensaba que en un futuro no muy lejano tomaría a Emma como esposa. Y aunque los Growney eran casi tan pobres como él y su madre, les ayudaría con lo que ganase siendo piloto del Mississippi.

*Eso es, y les llevaré en mi enorme vapor en cada viaje que haga. Me encargaré de que ocupen ostentosos camerinos, de esos que tienen cuadros raros colgados en la puerta. Y cenarán platos muy ricos, todos diferentes, y nunca repetirán el mismo en la misma semana. Es más, ¡qué digo! mi vapor se llamará el Emma Growney, y no habrá barco mejor ni más veloz de punta a punta del Gran río. Bueno, todo esto ocurrirá si algún día me atrevo a decirle algo de lo que siento, pensó casi a punto de echarse a reír.*

Y es que Jacob podía colarse en la tenería de Hannibal para robarle tabaco al viejo Duncan y salir corriendo por entre los cerdos cuando este le tirase piedras y maldijese a toda su estirpe, podía hacer novillos hasta que el señor Heathcliff le arrancara todos los pelos de las patillas, rompiera un par de varas en su trasero y le sentara en una esquina de la clase con el cono de papel en la cabeza mientras todos se reían de él, podía pegar fuego con una cerilla a las alfombras de pelo de caballo que la señorita Blackwood colgaba del marco de su

ventana, podía escaparse un par de días embarcado en vapores, chalupas o barcas y volver a casa a recibir con resignación la paliza de su madre… pero no podía declararse a Emma Growney. Así de sencillo. Era algo que iba en contra de sus fuerzas, le parecía imposible estar con ella sin ponerse como un tomate o tener algún tic, sin que las palabras se le trastabillaran y cayeran de sus labios sin significado ni concordancia alguna, en aquellos momentos las frases eran puzles que no conseguía montar; y pese a todo eso, no podía dejar de sonreír como un idiota cuando estaba a su lado. Se imaginaba besándola y acariciando sus tirabuzones rubios. Jacob nunca había besado a una chica, aunque había sido novio de casi todas las del pueblo que rondaran su edad. Aún así, en sus ensoñaciones se veía tomando a Emma de las manos, estrechándola entre sus brazos y acercando sus labios a los de ella, que sabrían mejor que la sandía en verano o que el pan caliente en invierno.

—Tú harías buena pareja con Anna —respondió Jacob tras unos segundos de silencio. Había tirado del sedal para ver si los peces se habían comido el cebo, no era normal que no picase ni uno.

—¡Ah, ahí sí aciertas, amigo mío! —Contestó Noah pasándole el brazo por los hombros—. ¡Es guapa esa pelirroja, eh!

—No lo niego.

—Más guapa que cualquiera de las novias que hayas tenido tú —dijo su amigo con tono socarrón.

—¡Ya estamos! —exclamó Jacob. Arrancó un puñado de hierba, se echó encima de Noah e intentó que se la comiese— Ojalá que se te caiga encima de esa cabezota un panal de abejas y te piquen hasta en el cielo de la boca, ¡deja de decir patrañas, Noah Growney! La más fea de mis novias es una… es una… —no conseguía expresar con palabras lo que quería decir. En su pensamiento tenía claro todo, pero era intentar darles forma con los labios y nada, no lo conseguía. Odiaba cuando se atoraba de aquella manera—. ¡Bah, vete a la mierda con tus nínfulas!

Al final de la tarde, cuando el sol les miraba de frente por entre la arboleda y no desde arriba, Noah no había pescado nada y Jacob solo un pez gato.

—Toma, quédate el mío. Algo es algo…

—No puedo hacer eso, Jacob, la vieja te pegará.

—Cuando llegue estará tan borracha que podría subir a mi cuarto con un rebaño de ovejas sin que se diera cuenta —mintió—. Quédatelo, no quiero que mi Emma pase hambre. Yo robaré una manzana por el camino.

En esta ocasión Noah no le pegó en el hombro como siempre hacía, sino que agarró el pez, le pasó un junco por las agallas y se lo echó al hombro.

—Vamos —dijo.

—Vamos.

Por el camino de vuelta, Jacob estuvo explicando los secretos sobre la navegación del río que había ido aprendiendo en sus diferentes escapadas: Los pilotos de vapores odian al resto de embarcaciones pequeñas que pululan por el río, decía. Sí, como lo oyes, Noah. Una vez vi cómo un piloto pasaba casi rozando una de esas barcazas enormes y torpes que transportan carbón, esas que bajan desde Pittsburgh. Bueno, como te digo, pasó a solo unos dedos de aquel cascarón. Varios marineros se tiraron al agua y maldijeron al piloto, al capitán y a toda la tripulación. El capitán, que fumaba en pipa, como debe ser, se rio y le dijo al escribiente que le tirara un fardo de panfletos de esos enormes a ver si golpeaba en la cabeza a alguno y lo ahogaba. De repente Jacob se calló y estiró su brazo a modo de barrera para que Noah no avanzara más. En una pequeña era, a la entrada de Hannibal, vieron de lejos a unos muchachos que jugaban con canicas de barro. Estaban agachados y se escuchaban sus gritos de júbilo y sus peleas desde lejos. Jacob agarró del hombro a su amigo y le susurró:

—Ey, Noah, qué te parece si nos vamos escondiendo hasta llegar cerca y luego saltamos al camino, pasamos corriendo y les pisamos todas las canicas.

—Pero si son de la banda de Spencer, nos darán una paliza… —respondió el otro, medio con miedo, medio con ganas.

—Eso si nos cogen, pero como les llevaremos ventaja no lo harán. Dentro de unos días ni se acordarán y nos dejarán en paz.

Y así lo hicieron; fueron camuflados por entre la vegetación y cuando estuvieron lo suficientemente cerca, Jacob le hizo un gesto y ambos saltaron al camino. Noah pensó que no había corrido tanto en toda su vida. Pasaron por entre los niños, pisotearon lo que pudieron, empujaron a algunos que cayeron de culo y siguieron en línea recta

hasta la entrada del pueblo.

—¡¿Quiénes son?! —gritó colérico alguien a sus espaldas.

—¡Son Jacob Walters y Noah Growney! —respondió otro.

—¡A por ellos! —animó un tercero.

Huyeron por entre callejuelas sin pavimentar, por entre fuentes, saltaron tapias, cancelas, pisotearon huertos de donde Jacob robó una manzana para cenar, tal y como había prometido, y pese a tenerlos pegados a sus cogotes, nunca nunca se sintieron tan vivos como en aquel momento.

# 3

Un Jacob adulto, muchos años después, pasó por delante de la casa de los Growney sin apenas mirarla. Sin embargo, no pudo evitar darse cuenta de que la cerca parecía recién pintada de blanco y de que la puerta era de madera noble, nada que ver con la madera carcomida de antaño. Aunque afinó el oído, no escuchó nada. Pensó que, o a los Growney les había ido bien en los últimos años, o que directamente ya no vivían allí. Una punzada en el corazón le advirtió de que acababa de ver su casa, y si tiempo atrás, cuando la vieja borracha hacía vida allí, nunca estuvo muy bien cuidada, ahora, con la mala hierba creciendo por doquier y las tablas podridas, parecía lo que era: una casa abandonada.

Recordó cuando de pequeño llegaba a casa sabiendo que lo que le esperaba tras la puerta era una paliza, y en cierta manera, sintió añoranza. Al fin y al cabo era el poco contacto físico que tenía con su madre. Sus abrazos dolían. Era como estrechar una rosa llena de espinas. Jacob meneó la cabeza y subió los pocos escalones del porche con miedo a que se le rompieran bajo su peso. Allí había mucho trabajo si lo que quería era un precio más o menos decente por la vivienda. Metió la llave en la cerradura y pensó que el mecanismo estaría tan oxidado que tendría que echar la puerta abajo. Pero no tuvo que hacerlo. La llave giró acompañada de un gemido lastimero y metálico, y Jacob empujó la puerta abriéndola hasta el fondo. Una vaharada de olor a cerrado, a moho, le hizo arrugar la nariz y girar la cara a un lado.

—Por el amor de Dios —dijo.

Dio unos pasos al frente y apenas le dio tiempo a buscar una vela cuando oyó a su espalda el crujido de la madera. Se giró con rapidez para ver apostado en el umbral de la puerta a un joven de pelo largo, moreno y ondulado, y con la mirada tan fuerte que sería capaz de doblegar el espíritu de cualquiera. Vestía elegantemente, con una camisa blanca de cuello alto, coronada con una pajarita y un traje negro, con zapatos a juego.

—Twain… —dijo tras reconocerlo. No esperaba coincidir tan pronto con alguno de sus antiguos amigos. Es más, hubiera deseado no llegar

a encontrarse con ellos. Sintió una punzada de nerviosismo, pero no dejaría que sentimiento alguno trasluciera en su rostro. Se había entrenando a conciencia para ello.

—Así que era cierto que habías vuelto... —dijo este, entornando los ojos.

—El pueblo se habrá convertido en ciudad, pero las noticias siguen volando — respondió Jacob en tono serio.

Twain estaba irreconocible, pero no por su físico, que desde luego ya no era el de un niño enclenque. Sino por su porte. Parecía ser uno de esos hombres que no le tenían miedo a nada, de los que se embarcaban en una expedición al ártico y a la vuelta caminan con la cabeza alta y el pecho henchido. Como si la muerte ya no pudiera toserles.

Un hombre de río, hecho y derecho.

—Digamos que me llevo bien con el hombre que te dio la llave —dijo, y señaló la cerradura—. Y digamos también que ese hombre tenía orden de informarme cuando vinieras a recogerla. Sabía que más o menos salías de prisión por estas fechas y por suerte me encontraba aquí; llegué ayer mismo de New York. Ahora trabajo como impresor itinerante, aunque espero que esto cambie pronto. Pero en teoría todo esto ya deberías saberlo porque te lo conté en mis cartas... ¿Puedo pasar?

Jacob no respondió. Le dio la espalda, se dirigió al salón y abrió las cortinas y ventanas de par en par. El polvo se había enseñoreado de toda la casa y tenía un par de centímetros de grosor. Había varios muebles rotos por el suelo, como si fueran cadáveres devorados por la carcoma. Pensó de nuevo en que allí había mucho trabajo. Y el primero de ellos era deshacerse de las visitas incómodas. Se dio la vuelta y se encaró con su antiguo amigo, que nada tenía que envidiarle en altura.

—Escucha, Twain... ¿te siguen llamando así, no? —preguntó, pero no esperó respuesta—. Quiero vender esta casa y marcharme cuanto antes. Así que si eres tan amable... —señaló hacia la puerta.

—¡Oh, claro¡ ¡Faltaría más! —exclamó el otro, y se dio la vuelta como para marcharse—. Aunque si no te importa... —añadió a la par que se giraba y le asestaba un derechazo a Jacob en la mandíbula.

El joven trastabilló hacia atrás, incrédulo. El golpe había sido bueno,

muy bueno. Tuvo que mover la mandíbula varias veces para comprobar que no estaba desencajada. Hubiera dicho que Mark Twain practicaba boxeo. Levantó los brazos para defenderse, pero entonces Twain bajó la defensa y abrió los brazos, indefenso. Jacob se quedó desconcertado, aunque no bajó la guardia.

—¿Sabes cuántas vidas has trastocado con tu imbecilidad, Walters? —Preguntó. Los ojos titilaban como estrellas enfurecidas a punto de explotar, la voz tan tensa como los músculos del cuello—, ¿Sabes cuánto sufrimos por tu culpa Emma, Noah y yo? ¡Tu condena fue la nuestra!

—Márchate de esta casa, Twain —advirtió Jacob, que respiraba alterado, con la defensa aún alta.

Su antiguo amigo permaneció inmóvil, frente a él. No apartaba la mirada de la suya mientras negaba con la cabeza lentamente. La decepción se reflejaba en todo su ser.

—No me voy a marchar hasta que te diga a la cara lo que eres: un niñato inmaduro y egoísta que no ve más allá de su puñetera nariz. No sabes nada de lo que hicimos por ti, ¡nada!

Jacob no podía creer lo que Twain le decía. Un tambor comenzó a latirle en la cabeza, bong, bong, la vena de la sien le palpitaba al ritmo del instrumento. Un ser muy oscuro, quizá el que golpeaba el tambor, comenzó a susurrarle, después a gritarle y por último a pisarle los sesos, ¿lo que habían hecho por él? ¿LO QUE HABÍAN HECHO POR ÉL? La pregunta era un insulto, así que no se controló más y saltó sobre Twain, derribándolo al suelo. Armó un brazo y descargó un puñetazo sobre su cara, pero Twain era rápido y detuvo el golpe.

—¡¿Lo que hicisteis por mí?! —gritó enajenado—. ¿Te refieres a dejarme morir en la puta cárcel solo? ¡¿Es eso a lo que te refieres, Samuel?!

Forcejearon durante unos segundos, Jacob intentó asfixiarle, pero Twain tenía una fuerza descomunal. En el momento en que Jacob se dio cuenta de que su mayor deseo era matarle se detuvo en seco, con los ojos bien abiertos y se miró las manos, desolado. Twain aprovechó para echarlo a un lado, pero no se ensañó con él, tan solo se sacudió la ropa, agarró una silla que ya estaba medio desvencijada y la estrelló contra la pared provocando una lluvia de astillas.

—¡Fuimos a verte en cuanto pudimos, maldita sea! —gritó Twain escupiendo cada palabra.

—¡Vinisteis demasiado tarde!

—¡Le rompiste el corazón a Emma! Dejaste en el barbecho a mucha gente, Jacob Walters. Yo he conseguido recuperarme. Después de todo, no merecías mi dolor. Pero Noah y Emma... ellos aún tienen tristeza en la mirada. ¿Y sabes qué es lo peor? Que no hay marcha atrás. Que ya no podrás devolverles lo que les quitaste. Que sus vidas ya nunca serán como hubieran podido ser. No creas que hoy he venido aquí por mí, o por ti: he venido por ellos. Porque son mis amigos. Un puñetazo y todo mi asco es lo que te mereces. ¿No quieres saber cómo les va a ellos? Te lo diré entonces. Noah sigue trabajando en la imprenta de mi hermano, pero todo lo que gana se lo gasta en borracheras y si sigue trabajando allí es por el cariño que le tiene Orion. Va a perder a su mujer, y ya de paso, a su hijo. Porque sí, a sus diecisiete años ya tiene un hijo, aunque es como si no lo tuviera. ¿Y sobre tu Emma? ¿Quieres saber qué le han deparado estos seis años? Porque seis años son muchos años. ¡Tranquilo, amigo Jacob, yo te pondré al día! ¡Se casó, y le va genial, porque sus nupcias las celebró junto a James Hickok, el hijo del respetable juez que te metió en prisión! Que dicho sea de paso es un pretencioso gilipollas. Qué ironía, ¿verdad? ¿Que por qué se casó con él? Averígualo tú si te interesa. Y ahora, si me lo permites, tengo mejores cosas que hacer que estar aquí con una "persona" que no merece que pierda con ella ni un segundo más de mi vida. ¡Con Dios, Jacob Walters!

Dicho esto, se dio la vuelta y salió a la calle. Jacob dobló una rodilla y la hincó en la madera. El dolor físico no era comparable al dolor del alma. ¿Qué había hecho? ¿Por qué había gestado tanto odio hacia aquellas buenas personas que siempre se habían preocupado por él? La respuesta ya la sabía, el ser que ya no era tan insignificante de su cabeza se lo había dicho bien claro: volcó la rabia que sentía hacia él mismo en los demás. En quienes menos lo merecían, en los que tenía más cerca. Una lágrima resbaló por su mejilla y saltó hacia el vacío.

*Emma... Noah... Twain, qué daño os he hecho...*

Una parte de él le dijo que tenía que olvidar todo aquello, poner un muro entre aquel día y el resto de su vida. Dejar atrás todo. El daño que había hecho era irreparable, pero él podía empezar de nuevo una vida lejos de allí. En un vapor, quizá. Surcar el río y ser feliz, cumplir con el único sueño que le quedaba y ser piloto de río. Se imaginó sintiendo la brisa acariciar su cara desde la cubierta Texas.

—Tengo que vender esta casa y huir de aquí —dijo en voz alta.

Se incorporó y miró la vara colgada de dos alcayatas en la chimenea. Quizá después de todo la vieja borracha de su madre tenía razón y él era un patán de tres al cuarto. ¿Qué se podía esperar, si era hijo de su padre? Miró a su alrededor, con los ojos encharcados. ¿Por qué había vuelto? ¿Era tan cierto que no quería saber de sus antiguos amigos, del amor de su vida?

—Me estaba engañando… —dijo a la habitación vacía.

*Vete de aquí, Jacob. En Hannibal solo encontrarás sufrimiento. Perdiste todo lo que tenías. Sé un buen perdedor y retírate de la partida.*

Sacó del bolsillo del pantalón un papel doblado en dos, el mismo papel que le había dado Stone Fist al salir de la cárcel. Lo desdobló con sumo cuidado y lo leyó en alto.

—New York & Liverpool United States' Mail Steamship Company,. Collins Line. La oficina está en New York, en la esquina norte de South Street con Burling Slip. Ahí te darán trabajo.

Jacob suspiró hondo, New York estaba lejos. Muy lejos. Cerró los ojos y recordó cómo habían conocido Noah y él a Twain…

# 4

Oscurecía. No muy lejos de allí un negro tocaba un banjo. Jacob y Noah, se habían subido a un árbol, en un cerro desde el que se veía todo Hannibal. A aquellas horas había tantas luces titilando en el firmamento como en el propio pueblo. Los dos comían un par de tomates sin madurar que Jacob se había encargado de robar del mostrador de la tienda de Ben Compton poco antes de que cerrase. Noah se admiró, como siempre, de la habilidad que tenía su amigo para hurtar. Vestían la ropa harapienta y llena de polvo. Las rodillas plagadas de arañazos y el orgullo por los suelos tras la paliza que habían recibido de la banda de Chad Spencer.

—¿Sabes, Jacob? —Preguntó Noah mirando su tomate como si tuviera gusanos—. A este tomate le iría bien un pellizco de sal.

—Y que lo digas —contestó este, con la comisura de los labios llena de pepitas.

Comieron un rato más en silencio, hasta que a lo lejos escucharon, por encima del rasgar de cuerdas del banjo, las campanas de un vapor que bajaba por el Mississippi.

—¡¿Vamos a verlo pasar?!

—No creo que pudiera bajar de aquí ahora mismo, y menos correr hasta el puerto. Me duele todo —contestó Noah, y movió el cuello con gesto dolorido. Al ver la cara de desilusión de su amigo añadió—. Pero sí que me gustaría escuchar una de esas historias que conoces sobre vapores.

A Jacob se le abrieron los ojos de par en par, no había nada en el mundo que le gustase tanto como hablar de aquellos monstruos de madera que surcaban el río (salvo el viajar en uno de ellos). Su río. Sus barcos. La magia.

—Está bien —dijo como si le estuviera haciendo un favor—. Te contaré algo que presencié cuando me escapé hasta Nuevo Madrid. Pasó en la crecida de invierno del río, cuando el Mississippi se traga todas las cabañas y campos cercanos a sus bordes —no muy lejos de allí un grillo comenzó a hacerle coro a su narración. El banjo parecía

sonar cada vez más apagado, como si su dueño estuviese quedándose dormido—. Me había colado de polizón en el Lord Jones, que más que vapor parecía medio cascarón de huevo. Lo único bueno que tenía ese barco era que la tripulación casi siempre estaba borracha, por lo que apenas se daban cuenta de nada. Pues bien, en el barco tenían a un barbero negro que siempre estaba a gritos, pero no porque estuviera enfadado por tener poca clientela, sino porque para decir cualquier cosa lo tenía que hacer como si a todos los que estuvieran por allí les importara. Te pongo un ejemplo, Noah. Si la navaja no rasuraba bien las barbas de alguien, él gritaba a su ayudante ¡Estúpido Billy, trae la piedra para afilar esto! O si soplaba algo de viento él gritaba ¡Caramba, si sopla un poco más vamos a tener que poner velas al barco, llegaremos antes que con estos cabestros echando carbón! Pues ese era el talante de aquel tipo, y no veas cómo se reía. Sus carcajadas podían escucharse desde Saint Louis hasta Nueva Orleans, te lo juro. Bueno, pues pasó que un día, durante la crecida, topamos con un montón de botes donde hacían vida aquellos a los que el río les había inundado las cabañas. Esta gente se ponía ahí a ver la vida pasar. Te quiero decir que no tenían ninguna otra ocupación más que esperar a que el río bajara y volver a su casa y a sus tareas. El barbero, que se me ha olvidado decirte que llamaban Oil, no sé por qué, les dio un par de voces a unos negros que intentaban pescar algo con lo que alimentarse durante aquellas tediosas jornadas. Los negros, un poco asustados, le dijeron a Oil que una bruja que merodeaba por allí había hecho crecer el río solo para vengarse porque la trataron mal unos niños ricos de Cincinnati que estaban pasando unos días con familiares cerca de Memphis. Al parecer, la bruja sobrevolaba en su escoba toda la zona para reírse de aquellos a quienes había perjudicado con su maldad. Así que los negros le dijeron a Oil que debían salir rápido de allí o sobre ellos también recaería la maldición. Le aconsejaron que el barco enfilara un rabión tras otro y abandonara ya aquella parte del río. ¡Para qué más! Oil fue corriendo hasta el capitán para decirle que el piloto debía correr más para dejar atrás aquellas plantaciones malditas por la bruja. El capitán dijo que no se metía en “compitencias” del piloto, que habría que estar mal de la cabeza para hacer algo así, y que no creía en brujas ni en ninguna otra paparruchada de negros. Yo estaba escondido cerca de la barra del cabestrante, pero lo escuchaba todo. El capitán estaba muy enfadado y le decía a Oil que como siguiera con aquello le tiraría por la borda, pero aquel negro estaba ido, Noah. En serio, ponía los ojos en blanco y corría de un lado para otro por todas las plataformas del barco gritando “¡Vamos a morir todos a manos de esa bruja loca!” Así hasta que el capitán ordenó al tercero de a bordo y a un marinero que lo metieran en un camarote y lo emborracharan hasta que perdiera el

sentido. Pero aquí no acaba la historia, mi querido amigo… no señor, porque yo me las apañé por la noche para escaparme hasta el camarote donde lo habían encerrado, giré el pomo ¡y allí no había nadie! ¡Todo vacío, salvo un vaso de whisky a medio beber! Al día siguiente algunos marineros dijeron que se tiró él solito por la borda. Lo cierto es que en el barco nadie le encontró. Un indio que viajaba en el vapor me dijo que una bruja le había hecho un conjuro y lo había transformado en un sapo, y que lo había metido en una bolsa negra. Un comerciante de tierras me comentó que lo había visto arrojarse al agua en plena madrugada y que ya estaría ahogado, y el capitán dijo que pidió bajarse del barco durante la noche y que le pusieron un bote con un par de marineros, que lo llevaron hasta la orilla y ahí se desentendieron. Dándole, eso sí, la paga por sus servicios.

—¿Y tú qué crees que pasó, Jacob? —preguntó Noah, con el corazón en un puño.

—Si te digo la verdad, no lo sé —contestó este—. Pero lo que sí te puedo decir es que cuando me estaba quedando dormido escondido en el bote de sondeo, oí unas carcajadas de mujer que no me parecía que pudieran salir de una garganta humana. No sé si me entiendes…

Ambos quedaron en silencio durante unos minutos, meditando sobre aquella historia. Noah no pudo evitar mirar al firmamento por si veía cruzar a alguna bruja encorvada sobre su escoba. Pero allí no había más que un millón de estrellas latiendo.

—Se hace tarde, quizá deberíamos volver ya al pueblo —comentó.

—Sí, la vieja ya debe estar roncando en el sillón.

—Dime una cosa, Jacob… ¿quieres a tu madre?

—¿A qué viene esa pregunta? ¡Caramba, Noah!

—No sé —contestó este dubitativo—. Yo ahora llego a casa y allí está mi familia. Cenamos todos juntos, aunque siempre hay poco para cenar. Pero hablamos, cantamos, y a veces hasta bailamos.

Ambos callaron y parecía que Jacob no iba a responder. El banjo volvió a sonar con más brío, como si su dueño hubiese despertado de golpe.

—Yo no tengo eso, ya lo sabes —contestó mirándose las manos con ojos tristes—. La vieja no siempre fue una amargada y una borracha. Antes de que mi padre nos abandonara era cariñosa, y siempre estaba

riendo. Recuerdo que jugaba mucho conmigo y nunca me ponía una mano encima.

—Tu padre fue un cabrón —sentenció tajante Noah—. Y una cosa te voy a decir, en realidad en mi casa no todo es tan bonito. A veces nos peleamos entre nosotros, o se pelean Padre y Madre, que es peor. En otras ocasiones no podemos comer todos, así que el que come no cena y el que cena no come. En fin, que no reluce todo lo que es oro, o algo así.

—Amén.

—¿Vamos? —preguntó Noah dando un salto del árbol.

—¡Vamos!

Cuando llegaron al pueblo iban dándole patadas a una piedra. Se turnaban, y no le daban muy fuerte porque la puntera de sus botas estaba rota y a veces golpeaban con los dedos, haciéndoles exclamar un “ouch” cada poco. Pese a no ser muy tarde, la noche ya se había asentado en Hannibal, y todo el mundo, menos los borrachos, parecía hacer vida bajo las velas de sebo de sus casas. Todo el mundo salvo Samuel Langhorne Clemens. Un chico enclenque un poco menor que ellos. Oriundo de Florida, se había mudado años atrás al pueblo con su familia, y casi siempre andaba solo y taciturno. Se decía que la mala suerte había acompañado a los Langhorne, y que a Samuel se le habían muerto al menos tres de sus seis hermanos.

El muchacho estaba sentado sobre una acera, frente al cobertizo de su casa, y se abrazaba las rodillas con la cabeza hundida entre ellas. Jacob miró a Noah y señaló a Samuel, su amigo se encogió de hombros, así que se acercaron.

—¿Estás llorando? —preguntó Jacob.

—Creo que sí lo está —confirmó Noah.

—Dejadme tranquilo.

—¿Pero qué te ha pasado?

—Déjale, Noah —dijo Jacob alejándose un par de pasos—. No quiere hablar con nosotros.

En ese momento Samuel levantó un poco la cabeza. En el regazo tenía un pequeño libro en el que se veía un barco de vapor de dos ruedas

surcando un río. Tal y como su dueño agarraba el libro no podía leer el título (más tarde averiguaría que se titulaba "La reina del Mississippi y otros barcos). Aún así se aventuró a decir:

—¿Ese barco no es La reina del Mississippi? ¡Decían que sus cuatro cubiertas eran de lo más impresionante!, ¡que su órgano de vapor podía dejar sordo a cualquiera que estuviera cerca y que la lámpara de araña era tan potente que podía alumbrar ella solita toda la anchura del río!

Samuel levantó la vista y dejó al descubierto sus ojos acuosos y su flequillo despeinado. Su mirada reflejaba una tristeza infinita que aflojaba el ánimo a cualquiera, sobre todo a dos niños de buen corazón como Jacob y Noah, que no supieron muy bien cómo reaccionar.

—Mi… mi padre va a morir —respondió Samuel—. Dice el médico que tiene neumonía y que no vivirá muchos días.

—¡Diablos! —Exclamó Jacob santiguándose.

—¿No se puede hacer nada para que no se muera, Samuel? —Noah puso una mano sobre el hombre del otro chico.

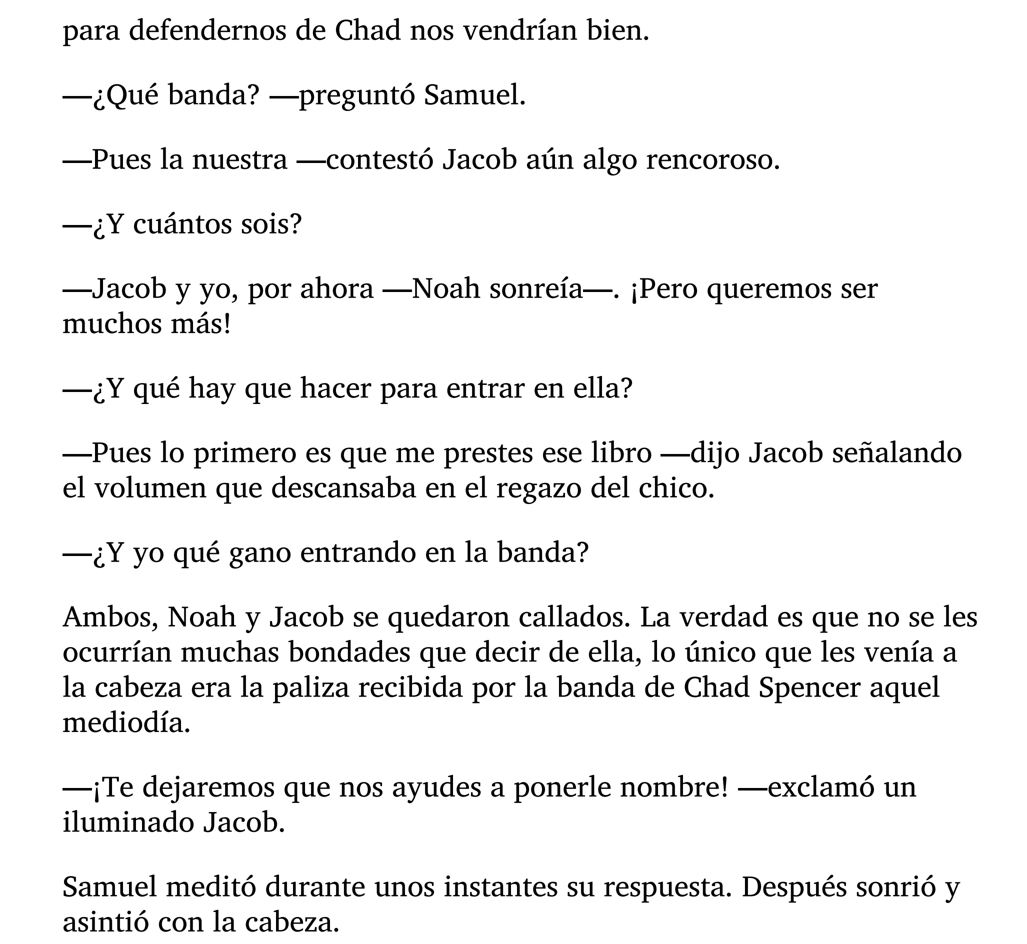
Por toda respuesta el hijo de los Langhorne volvió a hundir el rostro entre sus rodillas. El llanto del muchacho hizo que se les pusiera la piel de gallina. Se sentían impotentes, nerviosos, casi arrepentidos de haber parado allí. Eran demasiado críos como para saber qué palabras proporcionaban consuelo. Tampoco entendían mucho sobre la muerte. A decir verdad, no se habían parado nunca a recapacitar sobre ella en serio. Cuando Noah iba a decir algo, Jacob se le adelantó.

—Oye, ¿te gustan los vapores? A mí me encantan. Noah lo sabe, algún día seré el piloto más famoso que haya surcado el río. Ya estoy aprendiendo, aunque a escondidas. Me suelo colar de polizón en los vapores que paran en el puerto.

—¡Ja! —Exclamó Samuel—. Tendrás que competir conmigo, porque yo sí que seré el mejor piloto que haya conocido el Mississippi.

—¡No te lo crees ni tú! —respondió Jacob ofendido—. Seguro que ni has subido aún en un vapor. ¡Y yo he llegado de punta a punta del río!

—Chicos, chicos, haya paz —intermedió Noah—. Jacob, ¿no llevas días diciendo que querías ampliar la banda? Quizá Samuel se quiera unir. Le gustan tanto los barcos como a nosotros, y dos puños más



para defendernos de Chad nos vendrían bien.

—¿Qué banda? —preguntó Samuel.

—Pues la nuestra —contestó Jacob aún algo rencoroso.

—¿Y cuántos sois?

—Jacob y yo, por ahora —Noah sonreía—. ¡Pero queremos ser muchos más!

—¿Y qué hay que hacer para entrar en ella?

—Pues lo primero es que me prestes ese libro —dijo Jacob señalando el volumen que descansaba en el regazo del chico.

—¿Y yo qué gano entrando en la banda?

Ambos, Noah y Jacob se quedaron callados. La verdad es que no se les ocurrían muchas bondades que decir de ella, lo único que les venía a la cabeza era la paliza recibida por la banda de Chad Spencer aquel mediodía.

—¡Te dejaremos que nos ayudes a ponerle nombre! —exclamó un iluminado Jacob.

Samuel meditó durante unos instantes su respuesta. Después sonrió y asintió con la cabeza.

—¡Trato hecho! —Dijo más animado— ¡Pero me lo tienes que devolver mañana!

—¿Mañana? ¡Pero si casi no sé leer!

Y fue así como Samuel Langhorne entró a formar parte de la banda sin nombre. Y lo primero que les dijo es que quería que se dirigieran a él con el nombre de Mark Twain.

# 5

Jacob volvió al presente. Mark Twain era historia para él. Necesitaba vender la casa y siempre se había dicho en Hannibal que Harry Willmore podría comprar hasta el alma al Diablo para luego revendérsela el doble de cara. Era un timador, un engañabobos, un rufián, un estafador y un putero. Hacía sus negocios en los pueblos limítrofes del condado, y gustaba de dejarse ver por las tabernas de Hannibal en compañía de meretrices de Nueva Orleans tan jóvenes y exuberantes que clavar la vista en ellas suponía blasfemia. En muchas ocasiones se le escuchaba llegar media hora antes de que las puertas del bar se abrieran, porque se hacía oír bien. Y el olor... tampoco es que cuidara mucho su higiene personal. Se rumoreaba que cuando dormía, una rata hacía nido entre sus dientes podridos. También se decía que una vez había matado a un médico con su halitosis cuando le pidió que le echara el aliento a la cara.

Esa era la persona que aquella noche buscaba Jacob. Si quería malvender, nadie mejor que Harry Willmore. Algo rápido y sin complicaciones. Conseguir un dinero fácil que le permitiera llegar hasta las oficinas de la Collins en New York, allí ya haría fortuna cuando entrase a trabajar para la compañía. Quizá en un par de años consiguiera el dinero suficiente para volver al río, su río, y comprar un vapor mediano.

En la calle Bird se encontraba la peor taberna de la ciudad, El corsario de Hannibal. Nido de maleantes y traperos, le hacía justicia el nombre. Lo regentaba Bill King, un oriundo de Cincinatti que se afincó en la ciudad con su hijo antes de que Jacob naciera. Se decía que en El corsario habían muerto más hombres que si sumabas los ahogados en las dos mil millas de río durante los últimos cuatro siglos. Lógicamente, aquello era una exageración. Pese a que sí frecuentaba el sitio gente peligrosa, nadie cagaba donde comía. Jacob solo recordaba haber escuchado en su infancia la noticia de una muerte en el local, y no fue a manos de ningún delincuente. Al parecer el tipo bebió tanto que la diñó, le reventó el hígado. No había más.

Hasta El corsario le llevaron los pasos a Jacob. Recordaba que Willmore era feligrés del sitio y por algún lado tenía que empezar a buscarle.

Cuando pisó el umbral, la peste a tabaco, sudor y comida barata le dio una bofetada. Las lámparas de aceite parecían escasear, dándole un aspecto lúgubre al local. El humo trepaba hasta el techo y se esparcía formando telas de araña. Pese a que los parroquianos hablaban casi a gritos, cuando el joven entró todos callaron durante unos segundos. Jacob se sintió molesto y devolvió desafiante la mirada. Nadie pareció reconocerle, aunque él sí había reconocido algunas caras. Ninguna que mereciera la pena recordar. Chascó la lengua cuando comprobó que Harry Willmore no se encontraba allí. Aún así, tenía que averiguar dónde estaba. Se acercó a la barra y un Bill King en miniatura le atendió. Su hijo, tan calvo y con tan malas pulgas como el padre.

—¿Qué vas a tomar? —entornó los ojos y por un momento Jacob tuvo la certeza de que le había reconocido.

—Ponme un whisky —pidió. Hacía años, desde antes que entrase en The Walls, que no probaba el alcohol, pero pensó que si quería hacerse respetar era lo más suave que podía pedir en un sitio como aquel.

Bill King hijo se retiró sin apartar los ojos de él. Jacob aprovechó para echar un vistazo al personal. Como siempre, aquello no había cambiado. Nadie de allí le inspiraba la más mínima confianza. Tipos zafios hacían trueques ilegales, fulanas medio desnudas gritaban sentadas en las rodillas de timadores, jugadores de cartas hacían trampas y peleaban sobre mesas con tapete verde (esto le trajo amargos recuerdos). En un momento dado una silla voló y se estrelló contra una mesa donde dormía un borracho. El tipo cayó al suelo y nadie se molestó en levantarle. El camarero volvió hasta Jacob, puso un vaso frente a él, sobre la barra, con tanta fuerza que Jacob se extrañó de que no hubiese explotado en mil pedazos, y comenzó a llenarlo de whisky barato.

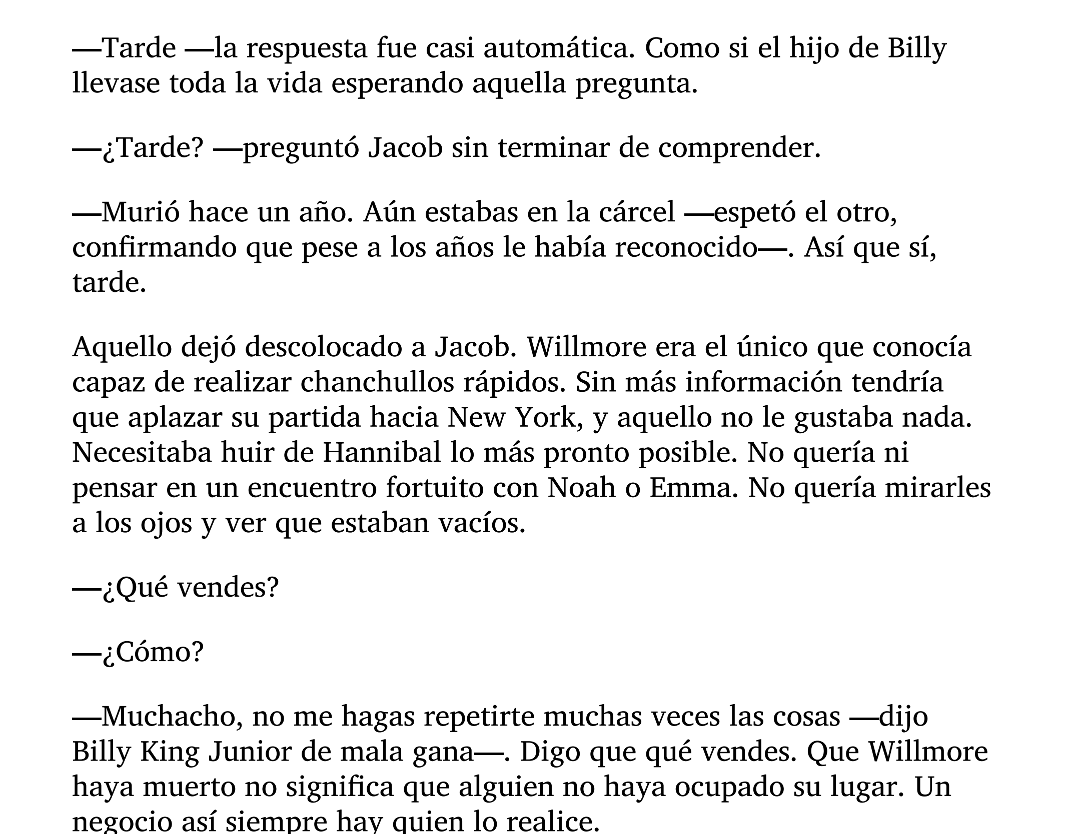
—Se paga por adelantado. Tanto la bebida como la información… —dijo con tono seco.

—¿Cómo sabes que busco información?

—Llevo trabajando en esto mucho tiempo, muchacho —contestó el otro. Se había encendido un cigarro y tenía un ojo entrecerrado por el humo—. Se te ve en la cara que este no es tu sitio. Así que paga, pregunta, bebe, y márchate pronto. No es una advertencia, es un consejo.

Jacob escrutó sin modales al tipo. No le gustaba, pero al menos iba

directo al grano.



—Estoy buscando a Harry Willmore.

—Tarde —la respuesta fue casi automática. Como si el hijo de Billy llevase toda la vida esperando aquella pregunta.

—¿Tarde? —preguntó Jacob sin terminar de comprender.

—Murió hace un año. Aún estabas en la cárcel —espetó el otro, confirmando que pese a los años le había reconocido—. Así que sí, tarde.

Aquello dejó descolocado a Jacob. Willmore era el único que conocía capaz de realizar chanchullos rápidos. Sin más información tendría que aplazar su partida hacia New York, y aquello no le gustaba nada. Necesitaba huir de Hannibal lo más pronto posible. No quería ni pensar en un encuentro fortuito con Noah o Emma. No quería mirarles a los ojos y ver que estaban vacíos.

—¿Qué vendes?

—¿Cómo?

—Muchacho, no me hagas repetirte muchas veces las cosas —dijo Billy King Junior de mala gana—. Digo que qué vendes. Que Willmore haya muerto no significa que alguien no haya ocupado su lugar. Un negocio así siempre hay quien lo realice.

—Quiero vender la casa —atajó Jacob—. Y quiero venderla ya.

—Paga —respondió el otro.

Jacob sabía que se refería a las dos cosas: bebida y soplo. Así que soltó dos dólares sobre la barra, con cuidado de que nadie más lo viera. No quería tener que arriesgar la vida peleando con un par de ladrones por los pocos billetes que le quedaban en el bolsillo y que gentilmente Stone Fist había tenido el gusto de deslizar en la carta de recomendación para la Collins Line.

—Ve al puerto mañana a medianoche —indicó el tabernero bajando la voz—. Allí encontrarás a un tipo muy alto, dos varas y cuarto al menos. Viste con bombín y traje de cuadros, parece inglés, aunque no lo es, y se hace llamar Gran Drake. Siempre le acompaña un negro grande y fuerte, su esclavo de confianza. Si intentas timarle o hacerle algún daño, el negro te matará. Supongo que sabes que te dará una

mierda por la casa, pero al menos mañana podrás tener algo de dinero contante y sonante en el bolsillo. Y ahora termínate ese trago y sal de aquí.

Jacob asintió y apuró el vaso de un solo trago, complacido de poder salir de aquel antro de mala muerte y sabiendo que muchos ojos se posaban en él con más frecuencia de la deseada. Pero cuando se levantó del taburete y se dio la vuelta, una figura tambaleante se apoyó en el quicio de la puerta. Una figura que él hubiera reconocido, así pasaran cien años: Noah Growney. Más borracho que una cuba y con la tristeza prendida de sus ojos. Una tristeza que ya había visto Jacob años atrás…

# 6

Jacob no podía evitarlo, era un hijo del Mississippi, y aunque hiciera la promesa de estar más tranquilo y no enfadar tanto a su madre, al final acababa en uno de los vapores que surcaban el gran río. Aquel día, tras timar a varios niños ricos, consiguió dinero para embarcar en el AlexanderScott,propiedad del Capitán John Coburn Swon. Un barco pequeño de apenas sesenta toneladas. La mayor parte de la escasa tripulación le miraba con recelo, pero nadie le preguntaba con quién iba o con quién venía. Pese a la desconfianza, hizo buenas migas con el capitán, al que enseñó un juego de cartas aprendido de su amigo William Texas, de Davenport. El capitán era un viejo canoso y con cara de rata que vestía de chaqueta, y que le decía mientras le revolvía el pelo que a su edad él también montó solo en los primeros vapores, pero que nunca tuvo la destreza ni la memoria necesaria para pilotar uno por el río. Fue gracias al capitán que consiguió que el piloto le dejase entrar a su cabina.

El piloto era un tipo enjuto con camisa remangada. Feo, con cicatrices por toda la cara y con más vello que un oso. Jacob pensó que aquel hombre tenía pinta de todo menos de piloto. Aún así, se movía con destreza y tenía un vozarrón que amilanaría a cualquiera.

—¡Dos brazas y cuarto! —gritaron los sondeadores.

—Mmm —murmuró el piloto mirando hacia todos lados—. Haz una fotografía mental de todo esto, chico —dijo a Jacob, que prestaba atención al más mínimo detalle—. Si algún día quieres ser un buen piloto de río, tienes que conocerlo como si fuese tu propio hermano. Un hermano muy cabrón, porque siempre te buscará las vueltas para joderte, ¿has escuchado alguna vez la palabra cabrón? Pues bien, cabrón es como hijo de puta. Yo diría que los dos insultos están a la misma altura. La verdad que sí, y nunca digas cabrón o hijo de puta a alguien si no estás dispuesto a usar los puños con ese alguien. ¿Eres amigo de los negros?

La última pregunta le pilló por sorpresa, y aunque conocía a algunos negros y el trato era bastante bueno, no podía decirse que fuese amigo de ellos.

—No tengo amigos negros, señor —contestó con sinceridad. Pensó que no muchas noches antes había estado en un baile de negros en Hannibal y que lo había pasado muy bien, pero quizá era algo que debía pasar por alto en aquella conversación.

—Me alegro —el piloto relajó las manos en el timón—. En caso contrario te haría salir ahora mismo de aquí, y puede que incluso te echara al río para que murieses ahogado. Me caes bien. No me gustan los negros, pero menos aún me gustan los amigos blanquitos de los negros —se mantuvo unos segundos en silencio—. Por donde estamos pasando ahora se llama El agujero del muro. Recuérdalo, y recuerda también la marca que están dando los sondeadores. Si alguna vez pasas por aquí pilotando un vapor, ya sabes el sitio exacto por el que debes hacerlo. Si lo haces igual que yo es muy probable que no naufragues. Que no se te olvide, ¿entendido?

—Entendido, señor.

—Me caes bien, chico, ¿te lo he dicho? —No esperó respuesta—. Malditos negros, pero más malditos los abolicionistas. Son todos unos follanegros, maricones.

Y mientras el piloto despotricaba contra negros y abolicionistas, él se empecinaba en aprenderse todos los contornos del río y en hacerle mil preguntas. En un momento dado se le ocurrió que de noche no sabría diferenciarlos bien, así que le preguntó ingenuamente al piloto si debía conocer también los contornos cuando no hubiera luz.

—¡Pues claro! —Contestó el hombre echándose las manos a la cabeza —. Tienes que conocerte el río de tal manera, que si yo te pusiera una venda sobre los ojos durante horas y de pronto te la quitara, pudieras decirme en apenas unos segundos en qué punto del Mississippi nos encontramos. Sin margen a error, de día o de noche, haga niebla o estén cayendo chuzos de punta. Solo así conseguirás ser un buen piloto, ¿lo entiendes, chico?

Vaya si lo entendía. Su ánimo se derrumbó. Aquello le parecía una tarea imposible, inconmensurable, ¿cómo iba a conocer todos los contornos del río? Cada curva, cada isla, cada plantación, cada escollo, cada árbol, cada vía muerta... No, no, no. Ni en mil años podría. ¿Pero cómo renunciar a un sueño? ¡A su sueño! ¡No podía! Salió de la cabina pensativo, sin despedirse del piloto, con las manos en los bolsillos. Estaba claro que aquello era como aprenderse una lección de la escuela de memoria, salvo que aquella lección era casi interminable. Apoyó la barbilla en una baranda y su mirada se perdió

entre tanto verdor. Tras una hora de congoja un pensamiento resurgió con fuerza: ¡Lo conseguiré!

Jacob Walters no era de los que se rendían ante el primer obstáculo. Volvió a la carrera hasta la timonera, tenía que preguntarle al piloto si alguna vez había visto al Mary Jane, el famoso barco fantasma.

.........................................................................................

Cuando regresó a Hannibal ya habían pasado dos días. Desembarcó por la tarde en el muelle y allí se entretuvo un rato en apedrear a un par de perros dormidos. No tenía prisa por volver, ya que sabía que "castigadora" acabaría grabada en su trasero. Eso si a Josephine no se le ocurría algo peor. Así que caminó hacia casa de los Growney mientras silbaba una canción. Convencería a Noah para ir un rato a pescar, quizá con un poco de suerte su madre fuese más benévola si le llevase algo para llenar el estómago. Aunque lo dudaba.

*¿Cómo puede alguien cambiar tanto por desamor? Se preguntó al recordar cuando a su madre le gustaba pasear junto a él y su padre por el centro de Hannibal algunas tardes. Jacob tendría unos cuatro años y caminaba en medio de ambos, y de vez en cuando le cogían de las manitas y le aupaban entre risas. Siempre había risas. Su madre era preciosa y vestía muy elegante, con vestidos blancos o floridos, incluso aunque no fuera domingo. Y su padre era… no recordaba cómo era, porque se marchó poco después y el paso de los años y el odio que sentía hacia él habían provocado que sus rasgos se mostraran envueltos en neblina.*

*Si algún día le encuentro debería matarle, sí, señor… no querría saber ni sus motivos para abandonarnos. Tan solo… tan solo cogería una piedra y se la estrellaría contra la cabeza.*

En una ocasión reunió el valor necesario para preguntar a su madre por el motivo del abandono, y ella le dio tal bofetada en la boca que le hizo temblar los dientes, y le dijo que si creía que le hacían falta motivos a un hombre de tal calaña. Jacob nunca más volvió a preguntarle, aunque no era ajeno a lo que se decía en el pueblo sobre el suceso: que si la abandonó porque Josephine era una amargada, que si la dejó por una fulana de New Orleans, que si se enroló en la marina mercante, que si lo mataron unos piratas… había mil versiones, pero ninguna convencía a Jacob. Ninguna paliaría los años de palizas habidos y por haber, ni la pena que consumía los ojos de Josephine. Y es que, a pesar de todo, en el fondo seguía queriendo a su madre. Ella solo era una víctima de las circunstancias, un alma débil que había sido doblegada por el destino.

Tan ensimismado iba que no se dio cuenta de que había pasado por delante de la casa de los Growney y había seguido de largo. Dio la vuelta y saltó sobre las huellas que él mismo había dejado en el camino. Se acercó a la puerta, tocó la pequeña campana y oyó a la señora Growney gritar un "ya va". Cuando abrió todavía secaba sus manos con un paño de cocina. Se quedó boquiabierta, como si acabase de ver a un fantasma.

—¿¡Pero… pero…, Jacob, qué haces aquí!? —preguntó.

—Venía a buscar a Noah para ir a pescar al río, señora Growney —contestó mientras encogía los hombros—, ¿pasa algo?

—¡Todo el mundo te anda buscando!, ¿dónde te has metido? ¿Es que acaso no sabes lo de tu…? —no llegó a terminar la última pregunta.

—¿Qué es lo que debería saber? —Jacob comenzó a sentir una presión en el estómago— ¡Me está asustando!

—Ve a tu casa, pequeño. ¡Corre!, ¡corre!

Y eso hizo, corrió tanto o más como si la mismísima banda de Chad Spencer le persiguiera al completo con palos en las manos. Corrió tanto que apenas tardó un par de minutos en llegar a su casa, que estaba en la otra punta de la misma calle. Cuando vio al gentío reunido en la entrada y en el porche de su casa, supo que su vida iba a cambiar a partir de aquel mismo instante. Caminó lentamente hasta su porche, arrastrando los pies, con la mirada fija. Identificó a muchos de los que allí había, entre ellos al señor Growney. También al médico del pueblo, el señor Faulkner, y a Buddy, el enterrador, que sostenía su gorro contra el pecho. Conforme se acercaba a su casa más gente tenía que esquivar e incluso hacer a un lado. Algunos se quejaron, otros, en cuanto le vieron, le franquearon el paso con cara compungida.

Alcanzó a ver a Noah, que estaba sentado en el banco del porche junto a su hermana Emma. Y a Mark Twain, que casi no levantaba la vista del suelo. Los dos hermanos tenían los ojos enrojecidos. En un momento dado alguien le agarró de la mano, un adulto, quizá el señor Growney. Jacob no tuvo sensación de andar, sino más bien de flotar. Le estaban metiendo en su casa, y le hablaban, pero él solo escuchaba ruido, constante, ininteligible. Noah se levantó de su asiento cuando le vio e hizo amago de ir a su encuentro, pero Emma le agarró de la mano y negó con la cabeza. "Aún no",leyó en los labios de su gran amor. ¿Aún no, qué?, se preguntó él. Dentro de la vivienda se percató

de que estaba muy sucia, y muy llena de gente. Gente que se apartaba ante el chico, como si de un rey se tratara, un rey o un apestado. En el salón era donde más personas había, vecinos casi todos. Velaban un ataúd, y dentro del ataúd estaba su madre, Josephine. La vieja borracha, como la llamaba a veces, aunque sabía que no era correcto llamarla así. Aquella que estaba con vida cuando él se fue, aquella que aún a pesar de todo, quería con fuerza. Aquella de la que ya nunca podría despedirse. Se acercó a la caja de madera que se mantenía sobre un par de sillas y que cumplía la función de ataúd. El cuerpo de su madre reposaba a la altura de su pecho. Se inclinó agarrado a la madera y la miró durante unos segundos. Después, pasó sus pequeños dedos por la fría mejilla de la mujer. Jacob intentó asimilar qué era lo que tenía delante. Quiso comprender lo que significaba la muerte.

Acarició a Josephine mientras sentía que algo muy negro y muy hondo se tragaba poco a poco su corazón. No derramó ninguna lágrima en aquel momento, esperó a que le dejasen solo, entre cuchicheos y elucubraciones. El médico fue el último en salir tras murmurar algo así como que el alcohol la había matado. Cuando la puerta se cerró, Jacob se derrumbó. Sus rodillas chocaron contra la madera podrida del suelo y con la cabeza gacha rompió a llorar.

Acababa de quedarse sin familia alguna.

.................................................................................................

Había transcurrido una media hora cuando las puertas del salón rechinaron al abrirse. Jacob no se volvió, pero sintió una mano apoyarse sobre su hombro. La miró, despacio, con los ojos encharcados en pena. Eran finas, delicadas, blancas. Sus ojos subieron por la muñeca, luego por el brazo, y acabaron clavados en las pupilas verdes de Emma. Ella no sonrió, solo le miró con ternura durante largo rato. Después, le ayudó a levantarse y ambos se fundieron en un abrazo de sentimientos puros. Jacob cerró los ojos, no quería llorar, no delante de ella. Pero cuanto más se resistía, más se le anegaban los ojos en lágrimas. Comenzó a hipar. Emma no se contuvo y lloró por él. Solo entonces el chico se dejó llevar también, oyendo latir su corazón junto al de ella.

—Vamos, hay un montón de gente que quiere mostrarte su apoyo.

Cuando salieron al porche Jacob se dio cuenta de que muy pocos querían mostrarle su apoyo en verdad. La mayoría ya se habían ido, únicamente les había atraído en un principio el morbo de ver muerta a la borracha del pueblo. Tan solo los Growney y Mark Twain parecían

preocupados con sinceridad por él.

—Padre ha dicho que puedes quedarte en casa unos días, tras el entierro —dijo Noah.

Echó un brazo por encima del hombro de Jacob, como cuando iban a pescar.

—Lo siento —dijo Twain cuando se acercó hasta él y le estrechó la mano, sin saber que pocos días más tarde moriría también su padre de neumonía.

El señor Growney le revolvió el flequillo y le dijo que se quedaría aquella noche con él para velar el cuerpo de su difunta madre. Se había dictaminado que el entierro fuese al día siguiente, a las once de la mañana. La llevarían directamente a la pequeña ermita del camposanto y allí le darían sepultura tras una breve misa. Jacob asintió a todo lo que le decían, aunque no estaba allí con ellos. Ni siquiera se dio cuenta de que cuando se sentaron en los escalones del porche Emma le había cogido de la mano, y que ni Noah o el señor Growney pusieron objeción alguna por el hecho. Y es que Jacob había iniciado un viaje a su pasado, a cuando tenía una familia feliz. A cuando su madre se tumbaba junto a él en la cama y le leía cuentos a la luz de un candil. Recordó que muchas noches tenía sed, y lloraba hasta que su madre aparecía con una vela de sebo y un vaso de agua. Josephine se quedaba con él hasta que volvía a dormirse, y entonces volvía al lecho con su marido.

—Quiero volver adentro —dijo con voz neutra.

Aún no se creía que Josephine no estuviera viva. Pensó en que si Dios fuese benévolo se la devolvería, aunque tuviera que recibir mil palizas más. Tenía el presentimiento de que ella algún día entraría en razón y volvería a ser la misma mujer feliz que fue antes de que aquel desgraciado de su padre la hiciera añicos como a una muñeca de trapo por la que se pelean varios perros. Esa era su esperanza oculta. Por eso, en parte, volvía a casa cada vez que se fugaba en algún vapor.

Jacob entró acompañado de sus tres amigos, agarró una silla y se sentó junto a su madre. Cogió una de sus manos y la veló durante toda la noche, sin apartar la mirada de ella. Mark Twain fue el primero en marcharse, lo hizo en silencio. No mucho después apareció por allí la señora Growney y se llevó a Noah y a Emma. Ellos sí se despidieron, aunque Jacob no dio señal alguna de haber oído o visto nada. Sus sentidos no le pertenecían. El señor Growney se sentó detrás de él, en

un sillón de esparto. Puso los pies sobre otra silla y se quedó allí, observando con pena al pequeño huérfano.

A las nueve de la mañana llegó la carreta de Buddy. Las yeguas relinchaban como si hubieran venido al galope. Quince minutos más tarde, el enterrador y el señor Growney dejaron el ataúd en la parte de atrás. Buddy les hizo sitio en el alargado asiento del pescante y azuzó a las jacas. En el cementerio les esperaban seis personas. La familia Growney, Mark Twain y Joy, el negro ayudante del enterrador. Las exequias duraron poco, como ya sabían. Después, trasladaron el cuerpo de Josephine Walters — seguía manteniendo el apellido de casada— a la que sería su tumba, donde los gusanos se cebarían con su carne, y donde la humedad acabaría rompiendo las finas tablas de aquel pobre ataúd. Cuando Buddy y su ayudante terminaron de echar tierra sobre la caja y pusieron una humilde cruz de madera con las iniciales de J.W.C mal pintadas, Jacob se dio la vuelta.

—Ahora mi madre ya descansa en paz, vámonos —dijo, y cayó desmayado.

# 7

Jamás hubiera deseado un reencuentro con Noah tras lo de la cárcel, y menos en las condiciones en las que se dio. Pero en el fondo, volver a ver al que fue su mejor amigo le llenó el alma de alegría. Se regañó por ello, por olvidar tan rápido los malos momentos y el odio que había sentido hacia él en años. ¿Pero qué razones le quedaban ya para odiarle? Era tontería dar más vueltas a lo mismo. Sin embargo, Noah sí le odiaría a él. No supo cómo reaccionar. En un principio se quedaron quietos los dos, Noah plantado en la puerta y con cara de ebria sorpresa, Jacob con los ojos tan abiertos como la boca. Sin duda, Noah había cambiado poco, salvo en la altura y en que su cuerpo ya era el de un hombre casi hecho y derecho. Eso, y que el pelo lo tenía largo y sucio, tan largo y tan sucio como nunca antes se lo había visto Jacob.

*¿Qué haces aquí en lugar de estar con tu mujer y con tu hijo, Noah?*

—Noah... —consiguió articular. Y solo pronunciar el nombre de su amigo ya significó para él un universo entero. Una palabra que albergaba más en su interior que mil galaxias juntas.

Noah dio un paso hacia delante, con los ojos entornados, como si la poca luz de las lámparas de aceite quisiera engañarle. Como si lo que tuviera delante fuera el fruto de un diabólico espejismo. Cuando estuvo seguro de que no había margen de error y de que aquello no era obra de la borrachera, saltó hacia él para cogerle del cuello.

—¡Hijjooooo de putttaaaaa! —gritó con el rictus deformado por la rabia.

Noah estaba tan borracho que a Jacob no le costó ningún esfuerzo esquivarle. Así que el rubio acabó tropezando consigo mismo y cayendo sobre la mesa en la que bebían dos tipos con muy malas pulgas. Ambos se levantaron y uno de ellos sacó un cuchillo del cinto. Antes de que Jacob pudiera hacer nada para ayudar a Noah, la voz de Billy King hijo retumbó en el antro provocando que todos callasen:

—¡Ya estás guardando ese cuchillo, Bates! —tenía un revólver encañonado hacia el tipo, que no dudó un minuto en volver a guardar el arma en el cinto—. En este local nunca se cometió un asesinato

mientras mi padre lo dirigía, y tampoco va a morir nadie entre estas paredes mientras yo lo siga regentando —miró a Jacob y le indicó con la cabeza que recogiera a su amigo—. Noah Growney, te dije la última vez que estuviste aquí que no eres bien recibido. Hoy te irás de una pieza, la próxima vez que vengas quizá no interceda, y no creas que el juez Hickok y su hijo podrán protegerte de todo el mundo. Hay gente a la que ese viejo no amedrenta y no puede comprar. Gente que no tiene nada que perder. Recuérdalo. Y ahora, fuera.

Jacob agarró por el hombro a Noah y abandonaron "El corsario de Hannibal". La noche, tan calurosa como pegajosa, les recibió con su abrazo amistoso. Las estrellas pulsaban en el firmamento acompasadas del canto de los búhos, mientras la pequeña ciudad dormía. Cerca de allí había un abrevadero, y durante casi una hora Jacob le estuvo mojando la cabeza a Noah para que se despejase. Después, caminaron por una calle de tierra amarillenta, en silencio. Noah parecía sumido en un ligero sopor, y a Jacob aquel mutismo le creaba desasosiego. De haberlo sabido, hubiera dejado que Noah le golpease hasta quedar exhausto, y al menos, luego, hubieran podido hablar. Eso pensaba mientras sus pasos, inconscientemente, les llevaban al puerto. En otro tiempo Jacob hubiera hablado por los codos, quizá incluso se hubiera disculpado un millón de veces y le hubiera propuesto robar alguna fruta en algún huerto y subirse a un árbol para narrarle viejas historias del río, pero ahora no era el mismo. Y le daba rabia no serlo, pero la vida le había demostrado que podía ser una auténtica ramera sin compasión. Tenía una comparación mental para aquello: imaginaba que su vida era una tranquila cabaña, y que un día, llegaba el destino en forma de crecida del río y aquella cabañita estable que era su existencia acababa hecha añicos y arrastrada por la corriente.

—Fuimos a verte... —la voz de Noah surgió como de entre una neblina de recuerdos dolorosos.

—Lo sé, y Twain me lo ha recordado hoy —confesó Jacob con pesadumbre.

—¿Le has visto? —preguntó el otro sorprendido. Parecía que la borrachera se le estuviese pasando un poco.

—Él hizo por verme. Vino a casa cuando llegué. Fueron pocos minutos, pero los suficientes como para partirme la cara y ponerme un poco al día de todo.

Noah caminaba con la cabeza gacha y las manos metidas en los bolsillos. Jacob no podía dejar de mirarle y sentirse culpable. Un nudo

en la garganta se le cerraba poco a poco, asfixiándole. Ojalá pudiera volver atrás, pensó.

—Entonces sabrás... —titubeó Noah.

—Que te casaste, que tienes un pequeño de un año. Y bueno, que Emma...

Noah asintió y Jacob no siguió hablando. Aquel camino era muy difícil de continuar, demasiadas piedras. Prefería el silencio, si las cosas no se decían no existían. Trató de engañarse. Al final, paso a paso, llegaron al río Mississippi. Justo al sitio donde solían pescar durante horas cuando eran unos niños felices que se dedicaban a vivir despreocupadamente viendo pasar las barcas cargadas de grano y cáñamo. Aquel lugar era mágico, ambos lo sabían. Era como si allí no pasara el tiempo, como si ellos dos aún fueran los niños que peleaban y bromeaban bajo la sombra de los cipreses. Jacob cerró los ojos y escuchó el murmullo de la corriente, el croar de las ranas, el canto de las aves nocturnas, el barullo de los grillos. Respiró hondo.

—No te odio, Jacob. Ya no —dijo Noah, que se había acercado a la orilla y rompía un fino palo—. Reconozco que cuando nos volvimos de Jefferson City sí que lo hacía. Por mí, por mi hermana, por Twain... todos te queríamos mucho —ese "queríamos" fue un puñal directo al corazón de Jacob—. Mi padre me decía que te olvidaría, que los amigos entran y salen de la vida de uno, y que lo único que queda es un recuerdo bonito. Pero yo no podía quitarte de mi mente. Para mí eras más que un hermano. Así que te devolví el odio con creces, hasta que el paso del tiempo aplacó mi rabia y me dejó razonar. Viviste algo muy duro en la cárcel y te viste solo. El estar tan al límite te cambió, y el odio que sentías hacia ti mismo lo desviaste hacia nosotros. No puedo culparte. Eras casi un niño...

Jacob rumió las palabras de Noah en silencio. La luz de la luna llena convertía al Mississippi en un río de plata. La belleza del lugar contrastaba con lo doloroso de la conversación.

—Todo lo que descubriste tú hace años lo descubrí yo durante la visita de hoy de Twain —respondió tirando una piedra al agua—. Como siempre, voy tarde en todo. Como él dijo, pediros perdón ya de poco puede servir... el daño que os hice es irreparable; y sin embargo, te ruego que me perdones. El miedo me cegó, vi la muerte demasiado de cerca. Stone Fist, el que estaba al mando de la cárcel, intentó hacerme comprender que no era justo lo que os hacía, pero yo solo era un niño, y me asusté mucho. Me asusté de morir solo, y cuando conseguí

sobrevivir, lo que hice fue lo contrario a lo que tenía que hacer.

—Pese a mi reacción inicial en El corsario, te perdoné hace tiempo.

—¿Entonces, por qué estás así? —dijo señalándole.

—¿Que por qué soy un borracho? ¿Que por qué ando de antro en antro por las noches mientras mi mujer me calienta la cama y mi niño duerme en su cuna? — preguntó Noah con tono amargo—. No te martirices, eso ya no tiene que ver contigo, sino conmigo mismo. Cuando te encerraron, me di cuenta de que siempre había sido un segundón. Tu sombra. Vivía tus sueños como si fueran míos, pero me di cuenta de que una vez que no estabas, yo no era nadie. Conforme pasaron los años, esa sensación de estar en el mundo para no dejar huella se fue acrecentando. Viviría y moriría en el pueblo, con suerte tendría un trabajo de mierda que me permitiría poder tener una casita y al final moriría de viejo, asqueado de mi propia existencia. Mark y Emma hicieron lo que pudieron por ayudarme, pero no había manera. Me sumergía más y más en un pozo y no quería una cuerda a la que asirme y subir. Hasta que un día... supongo que te acuerdas de Anna, la pelirroja. Pues no sé qué pudo ver en mí, pero un día comenzamos a pasear y... al final, ella se convirtió en mi mujer. Y sí, vivimos una época buena, pero el problema, mi problema, siempre estaba ahí de fondo. Comprendí que no era lo suficientemente bueno para ella... pero lo hice tarde. El día que me dijo que estábamos esperando un hijo fue el día más triste de mi vida. Sí, no me mires así. Sé que para el resto de hombres, debe ser el momento más feliz de su existencia. Pero yo me fui de casa y me emborraché. Tuve miedo, Jacob. Ese sentimiento lo comprendes muy bien, ¿eh? Miedo a no ser nada de lo que esperaban de mí, miedo a que mi hijo crezca y me diga que soy un... un pobre don nadie. Un muerto de hambre. Así que aquí me tienes, borracho oficial del pueblo, con mi matrimonio destrozado y perdiendo a los que de verdad me quieren.

Jacob permanecía en silencio y miraba aquellos ojos azules que ahora titilaban tanto como las estrellas que se bañaban en el río.

—Tú nunca fuiste un don nadie, amigo mío. Te ayudaré a salir de esto —sin pensarlo dos veces abrazó a Noah con toda la fuerza que tenía. En un principio Noah se mostró violentado, pero después apoyó su cabeza en el hombro de Jacob y comenzó a llorar con fuerza. Volvieron a ser dos amigos que no se veían desde seis años atrás.

—Ahora, cuéntame, ¿qué has vivido estos seis años en la cárcel? Lo quiero saber todo.

Aquella noche hablaron sobre muchas cosas. Jacob también tenía que dar muchas explicaciones sobre su estancia en The Walls. Ambos debían ponerse al día. Aunque a lo que más vueltas le dio Jacob en la cama fue a lo que le contó Noah sobre su padre. El señor Growney enfermó de atrofia muscular progresiva y poco a poco se fue quedando paralítico.

—Mi madre apenas podía trabajar, ya que se dedicaba al cuidado de nuestro padre —le había explicado Noah—. El único que aportaba dinero en casa era yo, que ya trabajaba con Orión en la imprenta. Por aquel entonces, James Hickok, el hijo del juez, empezó a rondar a Emma. Ella nunca quiso nada con él, Jacob, creo que lo leíste en las primeras cartas que te mandamos. Estaba enamorada de ti, y le evitaba siempre que podía, pero James Hickok era persistente. Había ocasiones en las que Emma llegaba horrorizada a casa y subía a su cuarto sin poder contener el llanto. No es que le hiciera nada, pero allá donde iba Emma él la seguía. Fueron pasando los meses y ella seguía escribiéndote, aunque no respondieras a las cartas, aunque no habías querido vernos. Ella tenía la esperanza de que algún día recapacitarías y volverías a ser su Jacob Walters. Pero la situación en casa empeoraba, éramos muchos para vivir de lo poco que yo ganaba en la imprenta. Yo prefería que los demás comieran antes que comer yo, por lo que cada día estaba más débil. Una mañana me desmayé sobre una de las máquinas y por poco más y acabo muerto. Esto fue un punto de inflexión. Una advertencia. Así que Emma, sacrificándose por el bien de todos, dejó de estudiar y comenzó a coser para ganar algo de dinero. Pero está claro que la mala fortuna se cebó con nosotros, y nuestra madre empezó a sufrir una artrosis tremenda en las manos. La enfermedad avanzó muy rápido, coger cualquier cosa era una tortura para sus dedos. Volvíamos a pasar penurias, y esa baza la aprovechó Hickok para ablandar a mi hermana. Le mandaba flores, la cortejaba siempre que podía, y prometió que si se casaba con él, a nuestros padres no les faltaría de nada. Que a mí no me faltaría nada. Que pondría los mejores médicos a disposición de nuestra familia para ver si había cura o al menos algún tratamiento que sofocase un poco los dolores de nuestros padres.

> >Ella lloraba mucho cuando se encerraba en su habitación. Aún cuando Twain y yo habíamos dejado de escribirte ella siguió mandándote cartas. Ya no nos dejaba leerlas, tampoco queríamos. No comprendíamos por qué seguía interesada en saber de ti cuando tú nos habías repudiado, pero la respetábamos. Un día, a nuestra madre se le cayó de las manos una olla no muy grande que tenía al fuego. Se quemó los pies y tuvimos que llevarla urgentemente al médico. Hasta allí llegó James Hickok poco después. Hizo su papel de sincera

preocupación, habló con ella, la abrazó y... ella... ella se rindió. La boda se celebró apenas un mes después. No fue muy ostentosa, pero como supondrás, se enteró todo Hannibal. No sé si él la ama, Jacob, pero hasta donde yo sé, no la ha tratado mal. No mintió en lo de que pondría los mejores médicos a nuestra disposición. Lo cierto es que tanto nuestro padre como nuestra madre están bien atendidos. No tienen esclavos porque nos oponemos a ello, pero sí que una enfermera muy capacitada vela por ellos durante todo el día. En realidad, todo a nuestro alrededor cambió. Sé que el juez Hickok no estaba nada convencido con esta boda, quería algo más para su hijo. Pero debía conocer bien a James porque nunca se opuso de manera tajante. Además, creo que ese hombre solo se preocupa por sí mismo y por sus aspiraciones. Luego le dejará un buen legado y ya está. Y bueno, ahora ya ves, medio Hannibal nos odia y la ciudad entera nos teme. Somos apestados, esta familia Hickok no ha traído nada bueno al pueblo. Son unos desalmados y se traen más trapicheos entre manos que cien delincuentes de poca monta de Nueva Orleans. ¿Pero quién se mete con ellos? Son ricos y poderosos, consiguen lo que quieren. Siempre. Y no puedo dejar de pensar que para James Hickok Emma no es más que un trofeo.

Jacob apretaba con fuerza los puños. Aquella historia era dolorosa. Si él no hubiera hecho tantas tonterías, si no hubiera acabado en la cárcel... quizá todo fuese diferente. Él podría haber trabajado duro para ayudar a los Growney, que siempre le habían tratado bien. Podría haberse casado con Emma y ahora serían felices. Pero era una estupidez pensar en eso. Los deseos nos quieren llevar por un camino, pero la vida nos lleva por otro, pensó. Si esto le había enseñado algo era que cada acto tiene sus consecuencias. Aquella noche continuaron hablando hasta bien entrada la madrugada. Cuando se despidieron, quedaron para verse al día siguiente. Jacob no le mencionó nada sobre la venta de su casa, pero lo haría pronto. Noah tenía que comprender que necesitaba alejarse de allí. Que poner un océano de por medio a su pasado le era vital para mirar al presente a la cara. En otra vida le hubiera pedido que se marchara con él, pero Noah tenía una familia, y él se encargaría de hacerle entrar en razón para que se encargase de ella.

Ya en su cama, tras cerrar los ojos, recordó el mal día en que Charles y James Hickok llegaron a su vida.

# 8

—Veo que ya dominas el monte de las tres cartas —concluyó William Texas con una sonrisa boba dibujada en su boca tras levantar su carta y ver que era un as y no la reina—. Con esto ganarás mucho dinero. Recuerda algo, Jacob Walters, las ratoneras existen porque al ratón le gusta el queso, pero una cosa te digo... no confundas al ratón con la rata o te morderá la mano. Mmm… Estoy pensando que deberías pagarme una comisión, tanto consejo gratis...

Jacob sonrió también. El chico se había fugado temporalmente de Hannibal cuando al día siguiente del entierro, el juez le dijo que tendría que ir a un orfanato hasta que alguien se quisiera hacer cargo de él. Que un chico de su edad no debía andar solo por la vida, sin sustento ni educación alguna. Le comentó también que mirarían en los registros para intentar encontrar algún familiar con vida, por si querían reclamarle. Dado el caso, quizá tuviera que marcharse de Hannibal con sus parientes lejanos si los hubiera. Pero Jacob no estaba dispuesto a abandonar su pueblo, ni mucho menos a Emma. De hecho, ya tenía un plan preestablecido en su cabeza. Viajaría por el Mississippi, de punta a punta, y viviría de timar a la gente; mientras tanto, aprendería el oficio de piloto de vapores. Compraría un pequeño paquebote para recorrer algún tramo fácil e iría amasando fortuna hasta poder comprar barcos más grandes. Al final, se convertiría en uno de los hombres más ricos de Missouri y construiría una enorme casa, a orillas del río, donde viviría con Emma hasta que tuvieran críos y se hicieran viejos.

En todo esto pensaba sentado en la misma taberna del puerto de Davenport donde ya les habían servido alcohol en otra ocasión. El tabernero era un hombre obeso y barbudo, con un bombín en la cabeza. Les miraba siempre con mala cara hasta que veía el dinero de una nueva ronda de cervezas.

—¿Me podrías enseñar otro “truco”? —Preguntó Jacob antes de dar un largo trago a su jarra. El alcohol lamía sus penas—. Prometo que la próxima vez seré yo quien te pague las cervezas… o mejor aún, quien te invite a los whiskys.

—Bueno, bueno, estoy dispuesto a enseñarte el “tejadillo” y el

“remilgue”. Incluso podrías aprender a jugar al póquer francés… pero vamos a tener que asociarnos, mi querido amigo —asintió con gravedad tras limpiarse la espuma del incipiente bigote—. Podemos ser algo así como el feo y el guapo, no sé. Quizá te viniera bien una levita larga y unos botines de piqué. Vamos, no me mires así, que tú serías el guapo.

Ambos rieron. No sonaba mal eso de asociarse a William, que tenía cara de imbécil, pero podía ganar en la timba de un vapor tanto como el más común de los hombres de río en un semestre. Y sin duda su cara de primo le ayudaba a ello. Nadie, de primeras, desconfiaría de William Texas. Pensó Jacob que tendría que desarrollar alguna expresión de ingenuidad. Algo así como la que tenía Noah constantemente. Aunque la perfección sería poseer la expresión tímida de Twain.

Entró por la puerta abatible un caballero de porte digno y sombrero panamá, acompañado de un chico que vestía exactamente igual que él, y que debía rondar la edad de Jacob. El padre, sin embargo, parecía frisar los cuarenta años, y con su traje caro de color marfil, con su bastón de caña de malaka acabado en empuñadura de plata labrada, con su bigote fino de rosca y sus zapatos impolutos, estaba fuera de lugar en aquella tasca de mala muerte repleta de marineros malhablados y redes de pesca podridas y demás avíos de río que servían de decoración.

Padre e hijo se acoplaron en un rincón de la barra, algo apartados del resto. Como si con el contacto pudiesen contagiarse de alguna enfermedad vetada a los ricos. Después, el hombre se quitó el panamá y se secó el sudor con un pañuelo, todo a juego con su traje. Levantó la mano e hizo un gesto al camarero para que les sirviera. Esquivó la mirada de aquellos que le observaban reprendiéndole, como si aquella taberna únicamente estuviese reservada para alimañas de la más baja estofa. Solo por los gestos, Jacob supo que aquel hombre tenía temperamento. Tras unos segundos en los que el silenció se hizo por completo en la tasca, la algarabía volvió, como si nunca se hubiera ido. Gritos, discusiones, peleas, cerveza bañando la barra y lamiendo los labios… todos se habían olvidado del tipo del sombrero y su chaval. Al fin y al cabo a nadie le convenía meterse en problemas con un rico.

Fue en ese momento cuando William Texas hizo un gesto a Jacob con la cabeza, señalándolos. Al muchacho nunca se le hubiera ocurrido molestar a aquel hombre, pero el de Davenport se levantó, caminó hacia él acentuando su cojera, le habló durante unos instantes, sonrío

a su hijo y les ofreció a una cerveza a la vez que les invitaba a sentarse junto a ellos en la mesa para jugar a las cartas y beber. El potentado rehusó jugar, pero aceptó la cerveza sin remilgos. William volvió a la mesa con Jacob, tras él, el cantinero y el rico intercambiaban unas palabras mientras que el hijo no les quitaba la vista de encima. El rico pagó muy bien su pinta, quizá demasiado.

—En principio parece cauto —le dijo William a Jacob—, pero me juego dos dólares a que le está preguntado al tabernero si soy un timador o algo por el estilo. Lo que no sospecha es que Joe Poplar, aunque malhumorado y rácano, sabe dónde hay negocio, y si todo sale como creo, se llevará tajada. Estoy seguro de que le dirá que no me conoce de nada, pero que he pagado toda la bebida religiosamente, por lo que parezco al menos honrado. Así que, socio mío, limitémonos a esperar.

El caballero apuró su cerveza mientras estudiaba el sitio y charlaba ocasionalmente con su hijo, aunque de vez en cuando sus ojos iban a parar a la mesa donde Jacob y Williams jugaban a las cartas como un par de buenos amigos que no tienen otra cosa que hacer. En la cantina entraban y salían hombres toscos, labrados por el río, y el humo de pipas y cigarros trepaba hasta el techo creando espirales sin sentido. El olor a tabaco impregnaba el ambiente y las ropas sucias. Alguien reía como un descosido, pero ni Jacob ni William podían verle desde su posición. Casi parecían haberse olvidado del trajeado hasta que aparecieron ante ellos, el hombre con un puro encendido y el chico con una sonrisa difícil de interpretar.

—Nuestro barco no sale hasta mañana a primera hora —dijo antes de arrastrar hacia atrás la silla para sentarse con ellos—, así que supongo que no perdemos nada por echar un par de partidas. Eso sí, mi hijo James solo mirará.

Jacob apenas estudió a aquel hombre, más bien se entretuvo en mirar a su alrededor. Sí, había muchos marineros, y tenían fama de hoscos y violentos, pero algunos jugaban al póquer con tranquilidad y enseguida le entró la duda de por qué querría un tipo así jugar con ellos a las cartas cuando cambiándose de mesa podría hacerlo con gente que si no tenían su edad la doblaba. Aquello no era normal, sin embargo, William Texas parecía encantado.

—En primer lugar, señor…

—Hickok, Charles Hickok, de Leadville —Leadville era una de las ciudades más pujantes de Colorado, hasta el punto de que amenazaba

con quitarle la capitalidad estatal a Denver.

Los dos compinches se preguntaron qué harían tan lejos de su ciudad, aunque no era cuestión de hacerles un interrogatorio. En lo concerniente a timos, mientras de más lejos fuera el incauto mejor para el timador.

—Encantado, señor Hickok. Un placer, James —dijo William, que alargó la mano para estrechar la del hombre y tiró su jarra de cerveza intencionadamente al suelo—. ¡Diantres!, perdone la torpeza, mi madre siempre dijo que tengo las manos untadas en aceite, porque se me cae todo al suelo. Ahora mismo le invito a otra… ¡tabernero! —Llamó a Joe. Cuando llegó le guiñó un ojo con disimulo, cerrando el trato. Le pidió otra jarra y se dirigió al señor Hickok—. Nosotros somos Raymond Chandler y Jacob Matheson. Tampoco somos de Davenport, estamos de paso. Lo que quería decirle antes de tirar su jarra es que aquí mi amigo y yo no jugamos a las cartas por dinero. Comprenda usted que sería fácil desplumar a dos ingenuos como nosotros. Es más, ahora iba a enseñarle lo poco que sé a Jacob. Por eso, si lo que más le interesa es poder jugarse algo de lo que lleva en los bolsillos… —señaló con la barbilla otras mesas de alrededor donde se veían monedas y billetes de poco calado.

—Entiendo, entiendo —respondió el otro—. Juguemos sin apuestas. James y yo solo queremos pasar el tiempo…

El señor Hickok echaba rápidas ojeadas a todo a su alrededor, parecía como si aguardase la llegada de alguien, o como si se sintiera avergonzado de jugar a las cartas con un par de niños. A Jacob no le gustó el tipo, y menos su hijo, le daban mala espina. Creía que era una tontería juzgar a nadie por su mirada, pero la de aquel hombre era turbia y le daba escalofríos. No confundas al ratón con la rata o te morderá la mano. Espero que estés seguro de lo que haces, Willy, o nos meteremos en un lío, pensó. Y es que Jacob se había acostumbrado a timar a torpes hacendados o a jóvenes medio atontados que caminaban por la calle como si tuvieran agujeros en los bolsillos. Era una pena que las monedas tintinearan en según qué bolsillos, pensaba el chico. Así que no sentía remordimientos en absoluto, siempre se convencía de que le robaba el dinero a gente que no lo necesitaba tanto como él.

Estuvieron un rato jugando al remilgue y los dos chicos se dejaron perder casi todas las partidas. Hickok se había confiado y reía mientras apuraba una jarra de cerveza tras otra junto a William Texas. James parecía ajeno al juego, aburrido. William y Charles Hickok se

hablaban como si se conocieran desde hacía años. El hombre ya no parecía tan receloso, ni su amigo tan hábil. En realidad, no se sabía cuál de los dos había bajado la guardia. En más de una ocasión Jacob llegó a pensar que la torpeza de su socio no era tan fingida, sino que el alcohol había hecho mella en él. Cuanto más jugaban más parroquianos se acercaban a alcahuetear atraídos por el buen humor que destilaba la mesa y por los buenos ropajes del señor Hickok. Aquello olía a dinero del bueno. Era como si de repente se hubieran hecho dueños del local y toda la parroquia se congregara para congraciarse con sus palabras. Como si a cambio de eso fueran a obtener algún favor económico. En un momento dado, y sin que nadie lo esperase, William empezó a fanfarronear, dijo que había tenido una racha de mala suerte, pero que si quería podía ganar al póquer francés a cualquiera que se encontrara entre las cuatro paredes de aquella cantina. Un marinero, con más músculos que cerebro, se hizo el ofendido y tras escupir sobre la madera del suelo se sentó con ellos a la mesa. Todo el mundo les miraba con expectación, mientras Jacob, con los naipes en sus temblorosas manos, pensaba que algo estaba saliendo mal. Que aquello, pese a su poca experiencia, no debería ser así. Empezaron las apuestas de dinero sin que ninguno de los de la mesa pusiera pega alguna, y para sorpresa de Jacob y cabreo de los jugadores, William Texas comenzó a ganar sin mesura. Poco después, haciéndose el gracioso, empezó a destapar los naipes descartados, algo prohibido por las reglas del juego. La cerveza o el ego traicionaban a su amigo. El marinero le advirtió que si seguía haciendo aquello acabaría muy mal, y el señor Hickok se limitó a sonreír, aunque sus ojos delataban a un animal frío y peligroso que aguarda su oportunidad para saltar sobre su presa y destrozarla.

*Es como un cocodrilo del Mississippi…*

Y la ocasión llegó poco después, cuando Hickok arrastró para sí las cartas y el dinero tras ver cómo el de Davenport volvía a destapar los naipes descartados. William Texas, muyofendido, sacó un pequeño revólver de debajo de la mesa. Uno de esos que se esconden perfectamente bajo la manga —Jacob juraría después que nunca le había visto el arma—, pero antes de que pudiera disparar, James dio una patada a la mesa, que chocó contra la mano de William impidiendo que el disparo impactara en su padre. En un abrir y cerrar de ojos, Charles Hickok lanzó una daga oculta en el mango de su bastón y atravesó el pecho de William Texas. Todo ocurrió con tanta rapidez que ni el marinero ni Jacob tuvieron tiempo de asimilar lo que había pasado. Fue así, con un pestañeo, como terminó la corta historia que fue la vida de William Texas, timador de oficio, lacra de Davenport. Y fue así como arrestaron a Jacob Walters por compinche

de un timador. Cuando el sheriff apareció en la taberna avisado por el tabernero, todos jurarían que ambos eran socios. El señor Charles Hickok se presentó como juez de oficio mientras sacaba del pecho de su amigo la daga, limpiaba la sangre con su pañuelo de encaje y lo volvía a envainar con frialdad gélida. Venía, según dijo, a sustituir al anciano juez de Hannibal. El destino se reía en la cara del pequeño huérfano.

# 9

Apenas durmió esa noche. Demasiados fantasmas vinieron a visitarle. En cada rincón de la casa resonaban distintos recuerdos. En unos vivía tiempos felices con su madre y su padre; en otros, Josephine, la vieja borracha amargada, le golpeaba con saña una y otra vez, hasta dejarse las manos entumecidas. Hasta dar de comer a ese monstruo oscuro y voraz que se había instalado en su interior tras la marcha de su padre.

Aún así, cuando el amanecer metió sus dedos en la habitación, él se sintió lo suficientemente descansado como para levantarse y encarar el día. Había quedado con Noah hacia el mediodía y hasta medianoche no irían a visitar a Gran Drake, así que no se le ocurría otra cosa mejor que caminar hasta el puerto y embarcarse en el primer vapor que pasara. No iría muy lejos, quizá a Quencey, para volver antes del mediodía. Pero necesitaba regresar al Mississippi, oír el chapaleo de las palas de uno de esos barcos que con tanto brío se batían a diario con el río.

Pensó que quería poner distancia de por medio con Emma para disminuir las posibilidades de encontrársela. No tenía ni la más remota idea de cómo reaccionaría si la viera. Si había sido duro el reencuentro con Noah y Twain, no quería ni imaginar cómo sería volver a ver a la que fue su gran amor. Su primer y único amor.

Cuando llegó a puerto había un vapor atracado. Parecía no llevar mucho tiempo allí, y estibadores, pajes de escoba y viajeros se mezclaban formando un paisaje tan variopinto y anhelado, que Jacob no pudo por más que sonreír. El piloto tocó el silbato, gente del pueblo se acercó, como antaño, a contemplar el espectáculo o a recibir a algún viajero o familiar. Jacob pisaba ya la madera, mezclándose con el bullicio, cuando tropezó con una enorme soga, y a punto estuvo de caerse al suelo si no fuera porque encontró apoyo en unos sacos de azúcar. Cuando levantó la vista, no quedó en su cara rastro alguno de alegría. Si existía un dios de las casualidades, desde luego que estaba jugando con él, porque vio a Emma bajando de la pasarela junto al juez Hickok y a un espigado joven vestido de frac blanco, con pantalones a juego, y gestos delicados: su hijo James. Detrás, varios negros sudorosos portaban maletas y les seguían de cerca, mientras el capitán del vapor se despedía del juez con exagerada cortesía desde la

cubierta principal. Recordó entonces que el ayudante del juez le había dicho que este estaba de viaje. Por lo visto, de viaje familiar, y ya había regresado.

El puerto era tan pequeño que intentar esconderse o esquivarles habría significado hacer el ridículo o llamar más la atención de lo que quería. De todos modos, ver a Emma después de tantos años provocó en él tal shock que no hubiera podido mover ni un solo músculo. Ella estaba tan bella y grácil como el mismo día en que se habían separado. Su pelo se había oscurecido un poco, pero seguía siendo rubio y caía de forma desordenada sobre sus hombros, formando bucles infinitos donde Jacob se hubiera perdido para siempre. Emma poseía ya un cuerpo de mujer que, aunque delgada, gozaba de voluptuosidad, gracias en parte también al elegante vestido verde con polisón que llevaba puesto. Cualquier hombre se quitaría la gorra o el sombrero ante ella para dedicarle palabras más o menos soeces, dependiendo del grado de educación, sinvergüencería o embriaguez con el que se manejara. En definitiva, Emma era la mujer que cualquier hombre del mundo quisiera tener a su lado. Para siempre. La que en otros tiempos, la disputa por su corazón hubiera podido provocar una guerra como la de Troya.

A su derecha caminaba James Hickok, con su frac impoluto y los zapatos como recién lustrados. Ella colgada de su brazo, sin hablar, con la mirada al frente. Jacob se preguntó, mientras la cohorte caminaba hacia él, que dónde habría guardado su genio, si es que el tiempo y las vivencias no lo habían aplacado.

Apartó a un lado los recuerdos apelotonados de años atrás y esperó tal bofetada por parte de Emma que los latigazos que le dio Stone Fist en la cárcel le parecerían caricias. Pero no fue así. Justo cuando pasaban a su altura, ella le miró directamente a los ojos. Jacob sintió flaquear todo su ser. Sus rodillas cedieron un poco y tuvo que volver a apoyarse sobre los sacos, sin embargo, Emma no mostró sentimiento alguno. Dirigió su vista al frente sin prestarle mayor atención. Como si no existiera. Como si fuera nadie, nada. Un insecto, un saco de azúcar, un poste de madera. James Hickok apenas reparó en él tampoco, ni siquiera hizo ademán de saludarle con la cabeza, como los buenos modales indicaban. El juez Hickok, vestido todo de negro, sí que le echó una mirada de arriba abajo, entornó un poco los ojos, como si quisiera recordarle de algo, pero al no lograrlo siguió su camino sin dirigirle la palabra. En pocos segundos le habían dejado atrás, con el corazón más pisoteado que el fango de una porqueriza.

*¿Y qué esperabas?, se preguntó a sí mismo, enfadado. Ya era bastante que*

*Emma no le hubiera montado un espectáculo que hubiera provocado que el juez no se lo pensara dos veces y le echara de Hannibal o le mandara de nuevo a la cárcel. Aquel golpe le había dejado claro que a Emma ya no le importaban las explicaciones que él le pudiera dar. Quizá le había enterrado el día de su boda, mientras él aún seguía en The Walls. Y con razón.*

Iba a reemprender su paseo, con el ánimo alicaído, cuando cierto alboroto le hizo girarse. Vio a un negro en el suelo, junto a la carga que transportaba, ahora esparcida por la madera del puerto, y que no era otra cosa que los vestidos de Emma. Al parecer había tropezado y caído. El esclavo intentó incorporarse y recoger rápidamente los enseres, pero James Hickok ya se encontraba sobre él. Le dio una patada en las costillas y el negro cayó de lado, gritando. El hijo del juez le pisó entonces el estómago con saña, una y otra vez, hasta que el esclavo comenzó a escupir sangre. Jacob dio un par de pasos hacia ellos con la firme intención de intervenir, pero Emma se le adelantó, agarró de la mano a su marido y le habló con ternura. El hombre la miró como si quisiera empequeñecerla, pero Emma no había nacido para dejarse dominar, así que enfrió su mirada y dijo algo que no llegó a oídos de Jacob, pero que hizo que James se relajara. Se ajustó el traje, ofreció su brazo a Emma y retomaron el camino, dejando al negro malherido sobre los tablones. Al poco, uno de los esclavos de los Hickok lo cargó sobre sus hombros y se lo llevó.

Jacob abandonó el puerto y caminó junto a la orilla del río. Como un paria, con los ojos abiertos, pero sin ver. Con los oídos sordos. Pensando, pero sin pensar. Como si estuviera muerto en vida. Si en aquellos momentos el mismísimo Mary Jane, el barco fantasma del Mississippi que vio de pequeño, hubiera pasado a su lado, no se habría inmutado más que si una mosca se posara en su hombro. Y es que nunca pensó en su vida que el alma pudiera dolerle tanto. Que un dolor que no era físico, le apretara con tal fuerza el pecho que lo dejase sin aire, o le retorciera de tal forma las tripas que le doblase en dos como si una bala le hubiera perforado el estómago a bocajarro. ¿De verdad había pensado en alguna ocasión que no seguía enamorado de Emma? ¿Que podría verla sin que un millón de sentimientos le arroyasen una y otra vez? Si en realidad lo había pensado, seguía siendo tan ingenuo como cuando era un niño. El amor verdadero nunca caduca. Cuando recorrió varios kilómetros río abajo y se fue recomponiendo, decidió que era hora de volver. Necesitaba unas cervezas, quizá así podría olvidar el día en que Emma y él se hicieron novios...

# 10

Poco antes de que su madre muriera, Jacob había decidido que no volvería más a la escuela. Estaba harto de aprender cosas que olvidaba al momento, y que para nada le servían de cara a ser piloto en el Mississippi. Por eso descansaba bajo un roble de espesas ramas cercano al colegio, donde una treintena de niños daban clase de lectura. El murmullo de los que consideraba ya antiguos compañeros era adormecedor, y ahora podía cerrar los ojos sin miedo a los castigos del señor Heathcliff. Es la mejor decisión que he podido tomar, se dijo convencido por completo, y si ese “alfuñique” me dice algo va a saber quién es Jacob Walters, sí, señor. Recapacitó sobre por qué no había tomado aquella decisión antes. Total, su madre no le obligaba a ir; jamás se había preocupado por saber cómo le iba, o cuántos días acudía a la escuela. Jacob pensó que ni siquiera le había llegado a preguntar si sabía leer, supuso que lo daba por hecho.

Se recostó un poco más sobre el tronco y cruzó las piernas una sobre la otra. Con los brazos en la nuca esperó a que los lápices cayeran sobre los pupitres y las sillas chirriarán al ser arrastradas por niños ansiosos de terminar las clases. Tuvo la ocurrencia de imaginárselos como perros muertos de hambre que salen corriendo en busca de las sobras del carnicero.

Volvía a hacer calor, pero allí debajo se podía sobrellevar.

—¡James Beatcher Howell! —Gritó el maestro— ¡Póngase en el rincón!

Jacob sonrió, por una vez no le reñían a él. El señor Heathcliff tendría que buscar a otro con quien ensañarse, porque lo que era él no iba a volver a cruzar el umbral del colegio en la vida.

Se quedó medio dormido hasta que el repicar de la pequeña campana de salida le espabiló. Al abrir los ojos vio a una marabunta de niños saliendo de las clases. Algunos hasta tiraban sus libros al aire como si aquel mediodía fuese el final del curso. Otros, cabizbajos, caminaban cansados, casi como si hubieran estado echando carbón en la caldera de un vapor. Esperó, medio escondido detrás del tronco del roble, a que Noah saliese. Pero no para acercarse a él, sino para que no le

viera y poder así arrimarse a Emma sin problemas. A los pocos minutos vio a Mark Twain —le gustaba más llamarle así que por su verdadero nombre— salir de clase, con sus libros bajo el brazo. Se le veía aplicado, aunque aún tenía el espíritu triste por la grave enfermedad de su padre. Llegará lejos en la vida este chico, se dijo. Tras él apareció corriendo el pequeño Noah, que le echó el brazo por el hombro. Twain pareció confundido, no estaba acostumbrado a eso de tener amigos o a tales muestras de cariño. Aún así, él también echó su brazo por encima del hombro de Noah. Jacob sintió una punzada de celos, ya le diría algo a su amigo cuando fuese a por él a la tarde para ir a pescar. Pero ahora su objetivo era otro, uno que estaba tardando demasiado en salir.

Rato después, Jacob aún seguía esperando a Emma. Había evadido su mente hacia los ferrocarriles, que se decía que acabarían algún día con los vapores, aunque no era algo que le preocupara. Podía tener doce años, pero aquello era absurdo, o al menos se lo parecía. Estaba en estas cuando la chica que le quitaba el sueño salió al porche del colegio, venía hablando con el señor Heathcliff, que le sonreía con dulzura, pues era su alumna más aplicada. Bajo el brazo, la adolescente sostenía un par de libros viejos.

—Hasta mañana, señor Heatcliff —oyó que se despedía.

Cuando Jacob salió de detrás del árbol, Emma ya enfilaba por el camino de tierra que conducía a la calleja del gato, como la llamaban. Y el nombre no le podía venir más al pelo, porque allí siempre había como un millar de gatos muertos de hambre que maullaban a todas horas. Jacob esquivó unos cuantos, y pudo entonces ver desde atrás los tirabuzones rubios de Emma, el desgastado vestido de flores, con un talle que le aceleraba el corazón, y las lindas piernas de la chica que caminaban con decisión. Se acercó poco a poco por detrás, y como no sabía si abordarla o no, al final acabó poniéndose a su altura sin darse cuenta. A veces podía ser un desastre. Emma giró la cara y cuando le vio sonrió, pero no le dijo nada. Él se ruborizó, intentó decir algo, pero los nervios y la falta de confianza se lo impidieron. Lo que sí sabía era que se estaba ruborizando, y lo supo porque le ardía la cara. Humillado, aceleró el paso con las manos metidas en los bolsillos e hizo como que no había reparado en la chica, pero ella tosió repetidas veces y consiguió así que Jacob aflojara el paso. Volvieron a estar a la misma altura.

*Vamos, háblale, tienes que decirle algo. Ha tosido… eso tiene que significar algo. Quizá… quizá quiera ser tu novia y solo esté a la espera de que se lo digas…*

—Jacob Walters, ¿no piensas siquiera saludarme? —dijo al final Emma.

El chico iba tan sumido en sus cavilaciones que ni se enteró. Oyó algo, pero su cerebro no lo tradujo como que le estaban hablando. Era más bien como un murmullo lejano, así que siguió dando zancadas para alejarse de allí.

—¡Jacob! —gritó en ese momento la chica, desde más atrás.

Jacob se detuvo en seco y se puso tan firme que le crujió la espalda. El corazón pugnaba por atravesar las costillas y la boca se le había quedado tan pastosa que pensó que no podría hablar siquiera.

—¡Di… dime! —consiguió articular.

No la miraba a los ojos directamente. Gírate, mastuerzo. Vamos, no la cagues más, pensó. Pero le costó, y cuando consiguió girarse y se encaró con Emma no pudo evitar que le asaltara un tic en el ojo derecho. Desde luego que aquel no era su día. Estaba haciendo el ridículo de mala manera, y solo deseaba ya escapar de aquella situación. La chica, lejos de estar enfadada, sonreía con picardía y con unos ojos tan verdes que bien podrían haber sido praderas en primavera.

—¡Se saluda a las amistades!

—Sí… sí… per… perdona —respondió él—. No te vi, en serio. Yo iba… vi a tu… a tu hermano Noah… iba a salu… a hablar con él, quiero de… decir.

En esos instantes se odió a sí mismo. Él era Jacob Walters, el que con el paso de los años sería el mejor piloto del Mississippi. Aquel a quien todo el mundo envidiaría, aquel al que toda mujer desearía. Aquel que no podía montar una frase en condiciones sin que los andamios que la sustentaban se cayesen cuando tenía a Emma Growney delante. Miró al cielo y vio con sorpresa que se avecinaba tormenta, y que esta acabaría con el acostumbrado letargo de Hannibal.

*Que llueva ya, así nos iremos rápido…*

—Hace días que no te veo en la escuela —dijo Emma para romper el incómodo silencio.

—No… no voy a ir más, Emma.

—¿Por qué? —Preguntó ella realmente interesada—. Eres muy niño aún para dejarla.

Aquello le dolió más que cien mil puñaladas en los ojos, más que tragar un erizo con todas sus púas, más que saltar al agua desde un árbol bien alto y pegarse un planchazo con el pecho, más que tener estreñimiento durante una semana. Intentó recomponerse, y tras varias tosecitas dijo:

—Tengo doce años. Ya… ya no soy un niño.

Ella rió un poco. No lo hizo con mala intención, pero ver tan descompuesto a Jacob le hacía gracia.

—Estás siendo muy descortés, Jacob Walters.

—¿Por… por qué?

—¿No piensas llevarme los libros? —dijo ella medio entre risas medio enfadada.

—¡Claro que sí! —soltó sin tartamudear.

Y así caminaron, tan juntos que cualquiera que les viese se pensaría dos veces si iban cogidos de la mano o no, hasta que llegaron a casa de los Growney. Una vivienda de madera vieja y algo podrida, con el porche cayéndose a trozos y varios escalones quebrados. Jacob le devolvió los libros, y cuando ella le dio un beso en la mejilla sintió que iba a morir de felicidad. Pensó en dar un salto, agarrar una estrella y regalársela a Emma. Pensó en enrolarse en un barco pirata y conseguir para ella todos los tesoros del mundo. Pensó que destronaría a algún rey en alguna isla remota y que convertiría a Emma en su reina. Pensó tanto que al final la chica se fue sin decir nada, solo con una sonrisa colgada de sus labios. Y él, al rato, volvió a su casa tan contento como si hubiera estado pilotando el mismísimo Rey del Mississippi.

# 11

Jacob entró a un bar que no conocía y que habrían abierto mientras él estaba en la cárcel. El ambiente era tranquilo, apenas un par de viejos jugando a las cartas y un camarero enclenque y calvo, cuyo delantal permanecía tan limpio que se podría comer sobre él. Jacob se situó en la barra, pero cerca de la calle, para ver el ajetreo de los carromatos y el deambular errante de la gente. Pidió un trago. Estaba dispuesto a tragarse toda su melancolía acompañándola con cerveza para refrescar su garganta y nublar su mente. ¿Y tú eras el que iba a ayudar a Noah a encauzar de nuevo su vida? Odiaba a aquel ser diminuto que habitaba en su mente y que creyó aplastar con el dedo una vez. Y le odiaba porque siempre decía la verdad, aunque doliera. Y eso, para alguien con una naturaleza inclinada a engañarse a sí mismo, no era grato. Se bebió la cerveza de un trago y pidió otra. El camarero se la puso, servil, mientras él hacía cálculos de cuántas cervezas podría tomarse con el dinero que le quedaba. Contó ocho, si no comía hasta la noche. Necesitaba el encuentro con Gran Drake.

—¿Se les ha escapado un preso a los de The Walls o es que ya has cumplido tu condena, Walters? —preguntó alguien con tono jocoso a su espalda.

Cuando Jacob se dio la vuelta, se encontró cara a cara con un hombre tan alto y fuerte como el mismísimo Stone Fist. Tenía la nariz aplastada contra la cara, los ojos pequeños y los labios gruesos, cosa que resaltaba aún más su fealdad. Una tupida barba intentaba ocultar varias cicatrices, y llevaba la camisa desabrochada hasta llegar a una prominente barriga.

—Chad Spencer… no puedo decir que me sea grato verte de nuevo. Te imaginaba cuidando cerdos en alguna porqueriza —contestó.

—¡Vaya, pues lamento que no sea así! —exclamó teatralmente el otro—. Yo sí que me alegro de verte, ¿eh?. De hecho, me hubiera gustado celebrar este reencuentro echando una partida de cartas. Aunque claro, a ti se te da mejor el trile, ¿verdad? Existe el primo para que pueda comer el vivo, ¿eh? Podríamos llamar a tu amigo, el tal William Texas, para ver si se animaba. ¡Ah, no! Perdona, no debe ser fácil jugar dentro de un ataúd.

Jacob estuvo tentado de estamparle los sesos contra la barra. Tarea que no le hubiera resultado fácil, a tenor de la envergadura que con el paso de los años había desarrollado Chad Spencer. A su lado, él era un alfeñique. Pese a todo, si había aprendido algo en la cárcel, era a no tener miedo a ningún hombre. Jamás bajaría la vista al suelo en presencia de nadie. Aún así, no podía meterse en líos con los Hickok en el pueblo. Aquellos desgraciados aprovecharían la más mínima oportunidad para volver a mandarle a prisión, y seguro que más años de los que había pasado ya. Sin duda el juez estaría al tanto ya de su llegada. Mal enemigo se había echado. Aquel juez y su hijo sabrían que Jacob y Emma estuvieron enamorados. Ya se habría encargado gente como Chad Spencer de contarlo. Jacob no olvidaba lo que Emma comentaba en sus cartas, Spencer y James Hickok eran como uña y carne. Aunque Jacob apostaba a que el hijo del juez lo utilizaba como escolta personal o algo parecido.

—Esfúmate, Spencer. Solo quiero tomar una cerveza tranquilo —dijo. Le dio la espalda e hizo un esfuerzo inconmensurable para no matarle allí mismo.

—Ajá... entiendo —respondió el gigantón—. Solo hay un problema. En este bar no son bien recibidos los ex-presidiarios. Se les considera... gentuza. Ya sabes, algo peor que los negros, los chinos o los mejicanos.

—Pues que venga el dueño y me eche —Jacob comenzaba a encenderse. El ser pequeñito que habitaba en su cabeza le gritaba algo y gesticulaba mucho, pero era como si en ese momento una furia roja le tuviera silenciado.

—Es el dueño del bar el que te echa —contestó Chad Spencer, poniendo una de sus manazas en el hombro de Jacob.

Este no aguantó más, la nube roja que ofuscaba su mente le pedía a gritos que le rompiera la cabeza a Chad Spencer, que ya luego encontraría una salida al lío que se iba a montar. Que el juez nunca daría con él si se olvidaba de vender la casa y escapaba río abajo. Así que se dio la vuelta y armó el brazo para golpear, pero alguien se lo sostuvo antes de que pudiera lanzarlo.

—¿Pasa algo con Jacob? —preguntó Noah, sonriente.

La mole de músculos y grasa, que había visto la oportunidad anhelada tiempo ha de reventar a golpes a Jacob Walters, chasqueó la lengua y dio un puñetazo en la barra. Pidió un trago al camarero, que se lo

sirvió temblando. Spencer apuró el whisky de un trago y reventó el vaso en la madera.

—No te conviene meterte donde no te llaman, Noah —dijo con voz cavernosa. Sin mirarle.

—Lo malo es que sí se me ha llamado —contestó este—. Había quedado con mi viejo amigo Jacob para tomar unos tragos después de salir del trabajo. Si no quieres que dejemos aquí nuestro dinero, lo dejaremos en cualquier otro bar. Hay muchos, lo sabes.

Jacob permanecía con los puños cerrados y los nudillos blancos de la presión. Para él, todo aquello no había acabado, aunque la presencia de Noah parecía haber aplacado aquella ira que se había hecho dueña de la situación.

*Te está salvando el culo.*

—No me gustan los listillos. Vosotros dos erais unos listillos de pequeños, y ahora, lo seguís siendo. Yo desayuno listillos, tú lo sabes, Noah. Este... quizá lleva demasiado tiempo entre rejas, pero tú no. Las cosas ya no son como antes, Walters. Y tú, Noah, estás tentando tu suerte. Sabes que en el pueblo no se le quiere —señaló con su enorme barbilla a Jacob—. Tu cuñado no va a ver con buenos ojos lo que acabas de hacer.

—Lo que mi cuñado piense o deje de pensar me lo paso yo por la entrepierna. Y ahora ve y díselo, solo te falta limpiarle el culo.

Noah no tuvo tiempo de reaccionar antes de que dos manazas le sujetaran por el cuello de la camisa y lo levantaran en vilo. La enorme nariz aplastada de Chad Spencer resoplaba como si fuese a perder los nervios de un momento a otro. Algo que reflejaban sus ojos, encharcados en odio.

—Puede que algún día no tengas quien te defienda.

—Ese día no llegará mientras yo siga con vida —dijo Jacob, que agarró el antebrazo de Chad Spencer e hizo que soltara a Noah.

—Me da que no tardarás en volver a The Walls, Walters —espetó Chad escupiendo a un lado. Fuera de aquí, los dos.

Con los pies por delante, pensó Jacob, recordando el día que llegó a prisión.

# 12

No sabía cuántas horas llevaba de viaje, aunque el sol se había puesto y la luna y un par de faroles guiaban al cochero. El trasero le dolía debido a los golpes que se daba contra la banqueta cuando las ruedas del carromato besaban alguna piedra. No podía dormir, ni en el suelo. Quiso no llorar, hacerse a la idea de que no sería tan malo lo que encontraría en The Walls, que era como llamaba el cochero a la cárcel estatal de Jefferson City, pero no lo consiguió y se arrebujó en una esquina, entre sollozos. Se sintió impotente al pensar en todo lo que había perdido y golpeó con los pies la portezuela del carromato hasta que su guía paró y le pegó un par de puñetazos que lo dejaron doblado de dolor.

—A ver si en The Walls golpeas así las puertas de hierro, pequeño tunante —le dijo antes de encerrarle de nuevo.

Transcurrieron algunas horas más, y al asomarse por entre los barrotes vio que bordeaban las aguas del Missouri. Aunque estuvo un buen rato pegado al ventanuco no apareció ni un barco de vapor que robase reflejos a la luna sobre el río. No volveré a ver un vapor al menos en seis años… y aquello se le hacía tan duro como no ver a Emma durante el mismo período de tiempo. Adiós a ser piloto, olvidaría todo lo aprendido sobre el Mississippi, que era bastante más de lo que muchos cachorros de piloto sabrían tras un año subiendo y bajando por las dos mil quinientas millas del Río Grande. En seis años el río habría cambiado, casi tanto como él, y aquello no podía ser bueno. Eso si salía con vida de la cárcel, ¿Y si muero allí dentro? ¿Y si alguien me mata o simplemente enfermo y no se molestan ni en curarme? ¿Y si me ponen a picar piedra hasta que muera de cansancio? No eran meras hipótesis, sabía de buena mano que cosas así ocurrían en la penitenciaría de Missouri. Y también sabía que muchos presos habían conseguido fugarse de allí y ocultarse en el río hasta desaparecer. Pero si alguna vez quería volver a pisar Hannibal no podía pensar en aquellas tonterías. Aún no había llegado a la cárcel y ya estaba pensando en fugarse de ella. ¿Es que no has aprendido nada de todo lo que te ha pasado, Jacob Walters?, se preguntó conteniendo de nuevo las lágrimas. No, aguantaría los seis años y volvería como un hombre nuevo a su pueblo para casarse con Emma y vivir felices el resto de sus días.

Se encontraba adormilado cuando el sol le tocó con dedos cálidos la cara. Había conseguido entrar en un estado de duermevela, pero su cuerpo no se sentía descansado. Al contrario, parecía que la banda de Chad Spencer al completo le hubiera vapuleado sin miramiento alguno.

—Aquí traigo al de Hannibal —decía en aquellos momentos el cochero. Alguien le contestó, pero Jacob no logró escucharle—. Sí, ese mismo. Espera, voy a sacarle.

El cochero no tuvo miramientos con él, le agarró del brazo y lo sacó a tirones. Jacob cayó al suelo de gravilla y se revolvió cegado por el sol, en ese instante pilló por sorpresa al hombre y le sacudió una patada en el mentón con tal fuerza que por poco le descoyunta la mandíbula. No es que tuviera intención de escapar, pero no estaba dispuesto a dejarse maltratar por nadie, ni siquiera en The Walls. El cochero se recompuso y se lanzó a por él, pero una enorme mano se posó en su hombro.

—Déjame a mí, Walt.

—Como quieras, Stone Fist —respondió el hombre, y se apartó a un lado, medio mareado.

Jacob no había visto en su vida a un gigante como aquel. Medía más de dos varas y media y pesaría casi tanto como un pequeño vapor. No supo hacer otra comparación. Era blanco, casi albino, aunque tenía el rostro pecoso. Y sus ojos, debido a alguna extraña enfermedad, eran de color rojo. Daban pavor solo con mirarlos fijamente. La mole tenía la cabeza afeitada, y sus músculos estaban embutidos en un uniforme color marrón de guarda del penal. La montaña se movió con rapidez y agarró a un pasmado Jacob del cuello, apenas tuvo que hacer esfuerzo para levantarlo del suelo y mantenerlo en vilo. Para él pesaba menos que un saco de paja. El chico en un principio no pensó, solo se ahogó. En un acto reflejo pataleó e intentó aferrarse a aquellas manazas para deshacer el nudo de dedos que le estaban asfixiando. Golpeó los antebrazos de aquel monstruo, pero era igual que golpear un yunque con las manos desnudas. Voy a morir como un ahorcado. Unos segundos después se le nubló la vista, el aire no llegaba a sus pulmones y ya no le quedaban fuerzas. Sintió que le mecían y le arrojaban a un lado como si fuera basura. Oyó las risitas del cochero, pero sobre todo las palabras del guarda:

—Me llaman Stone Fist, y espero que no tengas que comprobar por qué, preso trescientos treinta y uno. Ahora levántate y camina.

Jacob tomó aire al tercer intento. Su garganta le ardía y no podía dejar de toser, pero supo que no sería buena idea desobedecer al albino. Dobló las rodillas, arqueó la espalda y se levantó tambaleante. Masajeó su maltrecho cuello y observó por primera vez la fachada de la Penitenciaría estatal de Missouri. No era tan imponente como en un principio había pensado. Dos torres se destacaban entre las paredes lisas de ladrillos, y por entre las almenas vio a una pareja de guardias armados con fusiles. Catorce enormes ventanales enrejados devolvían el reflejo al sol, y una puerta de hierro doble marcaba la línea desde donde la vida de todo aquel que la traspasaba cambiaba para siempre. A peor.

—Por aquí —le dijo el gigante. Nada más entrar, a la derecha, había una pequeña habitación con una banqueta de madera junto a unos avíos de afeitar. No pudo ver aún el interior del pabellón principal porque otra pared se lo impedía—. Te voy a rapar media cabeza. Marca de la casa. Si te escapas daremos antes contigo y en la horca lucirás un estupendo peinado. A ver, esto lo podemos hacer por las buenas o por las malas, pero mi consejo es que te estés bien quietecito si quieres salir de esta habitación con todos los dientes dentro de la boca y no en el bolsillo. Así que siéntate ahí y sé bueno, preso trescientos treinta y uno.

A Jacob se le habían quitado todas las ganas de replicar. De hecho, lo único que quería era hacerse un ovillo de nuevo y llorar hasta que se secase entero de sentimientos. Hasta no padecer. Así que se sentó en la banqueta mientras Stone Fist le cortaba primero el pelo con unas viejas tijeras con los mangos llenos de mugre, y después untaba el jabón con la brocha para afeitarle un único lado del cráneo.

—Aquí hay pocas normas, pero todas son de obligado cumplimiento —continuó aquella mole mientras se lavaba las manos en una jofaina —. No hables con otros presos, ni fuera de la celda ni dentro de ella. Te daré ahora unos tapones para los oídos, quiero que los lleves siempre puestos, como si formasen parte de tu cuerpo. Si te los quitas te azotaré. Si te los quitan o los pierdes también te azotaré, así que cuídalos. No hay que mirar a los ojos a nadie, y cuando digo a nadie es a nadie. Siempre que un guarda se dirija a ti te quitas el gorro y los tapones y te miras la punta de los zapatos; y una última regla: sé que no vas a cumplir con la primera cuando no haya un guarda delante. La gente no puede evitar hablar, y más en esta cárcel. A muchos no les importa correr el riesgo de recibir una paliza. Hablar es una necesidad cuando lo pasas mal. Así que aquí va la última norma: no debes llamar a ningún preso “señor”. Los únicos señores de toda esta mierda somos los oficiales. Si cualquiera de estos hijos de puta de aquí dentro te dice

que le llames señor y te atreves a hablar, dile que quizá Stone Fist debería aprobar eso. Y me lo dices sin temor a un castigo, que ya actuaré yo en consecuencia. Si cumples estas normas nos llevaremos todos bien, si no las cumples, no te prometo que puedas salir de aquí con vida, ¿comprendido?

Jacob levantó la vista y a punto estuvo de cruzar la mirada con Stone Fist. Cuando se dio cuenta de que por poco incumple una de las normas a las primeras de cambio volvió a mirar al suelo, donde yacían los cabellos que le acababa de afeitar.

—Sí… sí, señor. Comprendido.

—Bien. Ahora levántate, vamos a por tu ropa.

—¿Pue… puedo hacerle una pregunta, señor?

—Hazla.

—¿Por… por qué los tapones?

—Para incomunicarte, para que pienses bien en las fechorías que te han traído aquí y te arrepientas —Stone Fist abarcaba casi todo el marco de la puerta, tanto en altura como en anchura—. Tampoco podrás enviar cartas al exterior hasta dentro de seis meses como mínimo, y eso si te portas bien. Y ahora ven a por tu ropa. Ah, y espero que tengas fuerzas para levantar un pico, mañana empiezas en la cantera, hay un pabellón que ampliar. Si has sido adulto para delinquir también lo serás para los trabajos forzados

Jacob lloró. No por tener que picar piedra en una cantera, sino por no poder escribir a Emma en al menos medio año.

# 13

Noah le condujo hasta otra taberna que le era desconocida, esta, más sucia y ruidosa, aunque con mejor ambiente. Allí iban a parar todos los trabajadores de los terratenientes que no tenían esclavos y que terminaban la jornada matinal. Entre codazo y codazo se hicieron hueco en un rincón de la barra. El lugar olía mal, seguramente por la tenería que estaba justo enfrente.

Noah pidió dos cervezas y guiñó un ojo cómplice al camarero. Un casi adolescente lleno de granos que sonrió con timidez y que les puso las jarras delante en un periquete.

—Gracias, George. —Le dijo al chico, antes de girarse hacia Jacob, que aún se preguntaba quién era George y por qué no le recordaba—. Las vueltas que da la vida, ¿eh? Cuando te encarcelaron aún tenía que huir de la banda de Chad Spencer. Como tú ya no estabas se burlaban de mí y me daban palizas día sí y día también. Me esperaban a la salida del colegio y raro era el día que no llevaba un ojo morado a casa. Padre se enfadaba conmigo, por no pelear. Twain dio la cara por mí un par de veces y también se la partieron. Le pedí que no lo hiciera más, pero ni caso me hizo. Hasta que llegó el juez y su querido hijo James y todo cambió. Ahora fíjate, podría decirle a Chad que es un orangután que se come los plátanos por el culo y no podría ponerme una mano encima. Soy intocable.

—¿A costa de qué? —preguntó con maldad Jacob. Aún se sentía impotente por el altercado con aquel matón. Intentó disculparse al momento con su amigo, pero Noah le pidió que callase con la mano.

—No hace falta que me lo repitas —respondió mirándole fijamente—. No sabes la de veces que me he cagado en el destino. Parece que todo se confabuló contra mi familia. Tu encarcelamiento, las enfermedades de mis padres, el encaprichamiento de James con mi hermana... Cualquiera diría que con esto último tuvimos un golpe de suerte, pero ser familia de los Hickok es una mierda disfrazada de bonito pastel. Todavía me pregunto cómo el juez permitió que su hijo se casara con mi hermana. En fin, no quiero seguir hablando de esto. Tengo algo que contarte.

Jacob dio un trago largo a la jarra y la apuró. A su lado alguien tomaba rape y decía que era bueno para las migrañas. Jacob recordó, envuelto entre nubes de humo, que con la bronca en el bar de Spencer se había ido sin pagar y sonrió. Al menos había bebido a costa de aquel cabrón. Pagó las dos cervezas y estaba a punto de pedir dos más cuando le vinieron a la memoria los problemas de Noah con la bebida. El gesto que hizo al camarero para que pusiera otra ronda se quebró, pero Noah tomó el testigo y en pocos segundos tenían otras dos espumosas cervezas frías en sus manos.

—Esto no te hace bien, Noah. ¿Por qué no estás en casa? Seguro que a esa pelirroja que tienes por mujer y a tu hijo les haría ilusión verte por allí.

—Ya estuve —dijo con una sonrisa colgando de sus labios—. Orión estaba de buen humor y me dejó salir antes. Salí disparado de la imprenta, llegué a casa, les di un beso, les dije que todo iría bien a partir de ahora y salí pitando para hablar con Emma y Twain sobre ti.

Jacob guardó silencio. El pulso se le aceleró en cuanto Noah nombró a su hermana, pero no iba a mostrar sentimiento alguno en público. Dio un trago a la cerveza y apuró casi la mitad, después, se quedó mirando estúpidamente el vaso.

—Escúchame... Twain estaba muy enfadado, pero le hice entrar en razón — continuó Noah—. Está dispuesto a que hablemos los tres e intentemos enmendar todo esto. No es tan rencoroso como te pudo parecer, pero no pienses que cualquiera te perdonaría con la misma facilidad con la que lo hice yo. Creo que un puñetazo es poco para saldar la deuda que contrajiste con nosotros —intentó reír.

—¿Y tu hermana? —no se creía lo que acababa de preguntar. Quizá la cerveza empezaba a hablar por él—. ¿También está dispuesta a hablar conmigo? Porque la vi en el puerto esta mañana y bien podría haber sido un desconocido para ella.

—¿Eres capaz de culparla? —preguntó dolido Noah. Soltó su cerveza en la barra y cerró con fuerza los puños. Jacob pensó que iba a recibir también aquel día—. ¿Después de lo que sufrió por ti?

Jacob se maldijo una y mil veces. Siempre estaba metiendo la pata. Debía empezar a hacer más caso al ser insignificante que se escondía dentro de él. Noah decía la verdad, ¿por qué estaba tan enfadado con Emma? Ella solo hizo lo que debía hacer por el bien de su familia. No tuvo oportunidad de elegir, sin embargo, él sí la tuvo. Y eligió alejarse

de ellos. Jacob se dijo a sí mismo que tenía que madurar, aprender a asumir las consecuencias de sus actos.

—Perdóname, Noah. Tienes toda la razón del mundo, amigo mío —se disculpó con sinceridad—. Tendría que sentirme afortunado porque aún queráis dirigirme la palabra tú y Twain. Emma tampoco tiene culpa de nada. Si hay que buscar culpables en esto solo hay uno, y soy yo. Si no os hubiera alejado quizá ella agarraría mi brazo hoy y no el de James Hickok. Maldito miedo... Ella... Emma está en todo su derecho a no hablarme nunca más. De hecho, quería comentarte algo...

Hubo silencio entre ellos, pero alguien entró dando gritos para informar sobre un vapor al que le había reventado una caldera y había ardido entero cerca de Nueva Madrid. Algunos hombres de río salieron, a trompicones, empujándose, como si el lugar fuese cercano, pero la mayoría de los presentes siguió a lo que estaba, que era beber como cosacos.

—No he dicho que ella no quiera hablar contigo nunca más, Jacob Walters —cortó Noah alzando una ceja—. Emma me dijo que te vio en el puerto, sí. Y que le entraron unas ganas horribles de saltar sobre ti y arañarte toda la cara hasta oír que te disculpabas a gritos. Pero tienes que comprender que ella ahora es una mujer casada. Se debe a su marido... Si hoy te hubiera dicho algo en el puerto te habría metido en problemas, y lo sabes. Piensa en eso antes de acusarla de nada más.

Jacob no se hubiera sentido peor si el mismísimo infierno se hubiera abierto bajo sus pies para tragarle. Terminó la cerveza y en esta ocasión sí pidió dos más. Necesitaba valor para contar a Noah sus planes, y no quería decepcionarle con sus decisiones.

—Noah... decirte esto es difícil para mí, pero tengo que abandonar la ciudad cuanto antes —soltó aturullando las palabras. Además, le resultaba extraño llamar ciudad al que había sido su pueblo hasta hacía seis años—. Necesito poner distancia entre mi pasado y yo. Entre Emma y yo. Me he engañado demasiados años pensando que ya no la quería, pero en cuanto la he visto hoy... no puedes ni imaginar lo que he sentido. Supongo que cualquiera diría que fueron celos, pero era como si me pudriera por dentro. Como si ya nada tuviera razón de ser. Si me hubieran sacado las tripas en aquel momento no me hubiera sentido tan vacío...

Noah le puso una mano en el hombro. Pese a que había abrazado a su amigo no hacía mucho, Jacob no estaba acostumbrado al contacto

humano. En la cárcel no existían los abrazos ni las muestras de cariño. Cualquiera podría matarte en cuanto te despistaras un poco. Aún así, no se sintió incómodo ante el gesto de Noah.

—Sé que tienes que irte, y lo entiendo —le respondió su amigo—. Es más, aunque me duela que te alejes de nosotros, yo iba a recomendarte que desaparecieras por un tiempo. No es seguro para ti estar por Hannibal aún. Quizá en unos años... pero ahora mismo Chad Spencer estará contándole al juez Hickok y a James que estás por aquí. Aún te consideran una amenaza. No por haber sido un timador, sino porque saben que Emma estaba enamorada de ti. Y esta gente nunca pierde, Jacob. No se arriesgarán. Te buscarán, te meterán en un lío, te acusarán de cualquier cosa y si tienes suerte volverás a la cárcel. Si no la tienes... acabarás boca abajo en el Mississippi como cualquier ventajista de tres al cuarto. Tienes que irte, Jacob.

—¿Y qué será de ti, Noah? —en esta ocasión fue Jacob el que puso su mano sobre el hombro de su amigo—. No quiero que tires tu vida por la borda. No eres un don nadie, ni un segundón. Yo siempre te admiré. Eres una gran persona, y seguro que un gran padre en cuanto te lo propongas. Quiero ayudarte, quiero que la palabra amigo se nos quede pequeña. Que estas cervezas que bebes hoy conmigo sean las últimas que bebes en tu vida. Quiero... recuperar el tiempo perdido... que algún día podamos volver a pescar en el río, joder.

Noah sonrió, Jacob le notaba cambiado. No era el hombre derrotado que vio la noche anterior. Aquel que vomitó a sus pies, aquel que estuvo metiendo la cabeza en un abrevadero durante más de una hora. Quizá su vuelta había tenido algo bueno, después de todo.

A su lado, un tipo con cara de bobalicón y nariz de borracho gritó que sabía amaestrar osos, que para ello solo tenían que darle una pandereta. La gente rió y alguien le tiró una cerveza por encima.

—Anoche, cuando llegué a casa, mi mujer y mi hijo dormían en nuestra cama — dijo Noah bajando la voz para que el camarero, que se había acercado al lugar que ocupaban en la barra, no le oyera—. Los miré largo rato; no sabes lo bellos que los vi en aquel momento. No te voy a decir que vi un aura alrededor de ellos, no estoy majara. Pero te diría que casi, aunque me tomes por loco. Pensé en el amor inconmensurable que sentía hacia ellos y en lo que estaba tirando por la borda. Quiero decir que verdaderamente lo pensé. No fue algo superfluo, sino que valoré realmente lo que tenía. Y me di cuenta de que estaba siendo tan estúpido como lo fuiste tú en la cárcel... me había dejado llevar por el miedo.

—Vaya, muchas gracias...

—No, en serio —dijo Noah tras una carcajada—. Quiero decir que tenía delante de mí a una mujer maravillosa que aguantaba lo indecible por mí. Una mujer que me quiere, que me recoge del suelo del salón cuando llego borracho y me mete en la cama sin reproche alguno. Una mujer que solo espera con paciencia el día en que su marido llegue erguido en dos piernas y le dé un beso en la frente. Y mi hijo... joder, apenas tiene un año, estoy a tiempo de demostrarle que su padre vale más que todo el oro que puedan encontrar levantando el suelo de media California.

—No sabes cómo me alegra oír eso, Noah.

—Debes irte cuanto antes, Jacob —respondió su amigo mientras asentía con gravedad—. Sin preocuparte más por mí. ¿Tienes dinero? Quizá podría dejarte algo...

—Ni lo sueñes, Noah Growney —quiso zanjar Jacob—. Voy a vender mi casa, bueno, la casa de la vieja... Stone Fist me dio una carta de recomendación para trabajar en la Collins Line. No habrá problema. Es una empresa de paquebotes que hace el reparto de correo transoceánico, de New York a Liverpool. Me vendrá bien estar lejos de aquí. Vivir nuevas experiencias antes de asentarme.

Alguien gritó que pelearía con cualquiera a cabezazos, que tenía el cráneo más duro que George Devol. La mención de Devol le amargó el trago a Jacob. Recuerdos poco gratos que conducían a William Texas. William Texas le llevaba hasta el juez Hickok, y el juez... a Emma. Todo un ciclo cruel.

—Pero vender la casa te costará semanas, quizá meses —dijo Noah con tono de preocupación—. No puedes estar aquí tanto tiempo, Jacob.

—Lo sé, no te preocupes. Anoche, antes de que hicieras tu aparición estelar en "El corsario de Hannibal", Billy King Junior me dijo con quién podía hablar para hacer un negocio rápido...

—Con Gran Drake, no me digas más.

—El mismo.

—Te va a timar...

Jacob terminó la cerveza. Se sentía un poco mareado, pero estaba

alegre por haber podido contar todos sus planeas a Noah sin que este pensara que le estaba fallando. Además, estaba la esperanza de poder volver a tener la amistad de Mark Twain. El niño que le prestaba libros sobre barcos de vapor. Otro hijo del río, cómo él.

—Lo sé, y no me importa —dijo—. Solo necesito dinero para llegar a New York. Trabajaré para la Collins unos años, ahorraré mucho y me compraré un barco para surcar el Mississippi a mis anchas. Nada de trabajar en chalanas y gabarras, sino que me compraré el mejor vapor que pueda. Haré fortuna y compraré uno más grande, hasta tener el barco más majestuoso que haya recorrido el Mississippi de punta a punta. Un barco que pueda dejar en pañales a la mismísima Reina del Mississippi.

—Dicen que el ferrocarril acabará con los vapores...

—Llevo escuchando eso desde que era niño, amigo mío.

—Esta noche iré contigo a ver a Gran Drake —volvió Noah sobre el tema—. Nunca le he visto, pero dicen que es listo. Y si es listo debe saber que soy cuñado de James Hickok... si estoy allí quizá te time menos dinero. Aunque es un delincuente de poca monta, sabe que no es bueno llevarse mal con los Hickok. El juez está deseando echarle el guante.

—Prefiero que no vengas —respondió Jacob—. Agarraré lo poco que me dé y me iré esta misma noche. Es lo mejor.

—Me da igual lo que prefieras, follador de vacas paralíticas —no pudieron evitar reírse—. Por cierto, esta vez me escribirás cartas, y quedaremos en algún pueblo cercano Twain, tú y yo, en cuanto regreses de tu primer viaje allende los mares. Esto no es opcional. Lo haremos y punto.

—¡Brindemos por esa reunión! —exclamó Jacob con alegría. Levantó su cerveza.

—¡Así sea! —convino Noah con una gran sonrisa, y chocando las jarras volvieron a ser tan amigos como antes de que sus vidas se torcieran—. Y ahora cuéntame cosas de la cárcel...

Y él le contó.

# 14

Apenas tenía fuerzas para picar la piedra, el último intento se había saldado con un calambre que le recorrió desde los dedos hasta la espalda pasando por los brazos. Tenía las manos destrozadas, le habían salido ampollas en los dedos y hasta en la misma palma de la mano. Varios callos pugnaban por endurecerse y no morir, y si lo hacían otros nacían sobre sus cadáveres. Jacob alzó la vista y el sol de septiembre le cegó por unos instantes. Solo había piedra y presos a su alrededor. Piedras duras, presos duros. Hacía tanto calor a aquellas horas del mediodía que ni las aves volaban. Se limpió el sudor que le escocía en los ojos y en las heridas y se lamió los labios resecos. Su espalda crujió como la hojarasca al ser pisada y soltó un gruñido que le llegó amortiguado por los tapones. Los tapones. Aquello era lo peor, casi tan duro como picar. No ya por las constantes pérdidas de equilibrio, sino porque el silencio era ensordecedor. Escucharse a sí mismo bajo los tambores de su corazón era lo más enloquecedor que había vivido nunca. En más de una ocasión estuvo tentando de quitarse los tapones y arrojarlos tan lejos como pudiera, pero ya había visto las consecuencias que podría ocasionar aquello. Uno de los presos que entró pocos días después que él llevaría para siempre la marca de los latigazos de Stone Fist.

—Espero que hayáis tomado buena nota —dijo tras el castigo público al resto de los presos.

Y Jacob había tomado buena nota, tanto de eso como de lo de reflexionar bien sobre las fechorías cometidas. No había minuto que no tuviera presentes las suyas: cada robo, cada timo, cada dólar manchado por la ilegalidad que había ido a parar a sus bolsillos. La noche en la que el juez Hickok mató a William Texas en aquel tugurio portuario, como si aquello fuese lo más rutinario del mundo. Si pudiera volver atrás y cambiar lo haría todo de otra manera. Hubiera buscado un trabajo más honrado, sí, como el de pescador. Se me da bien pescar, eso lo podría decir cualquiera del pueblo y de más allá. Pero fui avaricioso y me dejé llevar por el dinero fácil. Ya no lo haría de la misma forma. Ganaría dinero con el sudor de mi frente. Y mientras ganara un solo dólar legal lo emplearía en viajar en vapores y pedir que me enseñaran a pilotarlos. Algún día seguro que daría con un piloto competente que viera mi talento y me aceptaría como

cachorro. Y viajaría por todas las ciudades del Mississippi, aunque no tendría una novia en cada puerto. No señor, mi corazón siempre sería de Emma… Se palpó la cintura, pero la primera y única carta que había recibido no estaba allí sino en su celda, debajo de su mugriento colchón. Enterrado como un tesoro bajo una isla de paja.

Sus amigosdijeron que le escribirían cuanto pudieran, pero llevaba allí casi un mes y no había recibido más misivas. Quizá aguardaban una respuesta suya que aún tardaría en llegar, pensó. En la misma carta le escribieron Emma, Noah y Twain, y se emocionó al leer las palabras de todos ellos (aunque las de su amor fueron las que hicieron latir más rápido su corazón). Noah le decía que le echaba de menos y que no veía el día en que ambos se fuesen al puerto para ver llegar a los vapores y saludarles con la gorra levantada. Mark Twain se extendió, su caligrafía era abigarrada y aunque Jacob no entendía muchos de los adjetivos que usaba se le veía muy suelto en la escritura. Le contó que tras la muerte de su padre había querido dejar los estudios para entrar a trabajar de aprendiz de escribiente en la imprenta de su hermano Orión, pero que este le había obligado a continuar el curso escolar. Aunque lo que deseaba por encima de todo era hacer realidad el sueño que ambos compartían: pilotar un vapor por el Gran Río. Le habló de ciertos contactos de su hermano, y de que quizá, algún día no muy lejano…

Jacob se frotó las muñecas doloridas y miró hacia los lados. Lo único bueno que tenía aquella cárcel era que no había muchos guardias y podía tomarse un pequeño descanso de vez en cuando (al igual que otros aprovechaban para cuchichear pese al riesgo). The Walls había sido famosa por sus fugas constantes, y vaya que si entendía el porqué. De todos modos, las fugas cada vez eran menos frecuentes, la pena de muerte si te volvían a coger no era una minucia que obviar. Agarró de nuevo el pico y sus dedos le hostigaron. Piensa en otra cosa, en algo agradable. Piensa en Emma, en sus palabras. Recordaba la carta línea por línea, así que se la leyó mentalmente de nuevo. Decía así:

*Mi querido Jacob:*

*Me he reservado escribirte la última porque así los demás no leerán lo que te ponga. No sé siquiera cómo empezar esta carta, pero de alguna manera tiene que ser. En realidad no sé cómo actuar contigo, Jacob Walter. No sé si decirte que estoy tristísima desde que te fuiste. No sé si eso te haría bien o mal en tu situación, incluso puedes llegar a pensar que soy una tonta o*

*una egoísta porque sin duda tú estarás peor. No sé tantas cosas (estoy releyendo lo escrito y ya he puesto "no sé" cinco veces, seis si cuento esta. Hasta el señor Heathcliff me regañaría si leyese esto)… bueno, en verdad sí que hay algo que sé, que te echo de menos y que siento el vacío más inmenso que el alma humana pueda soportar. Ahora pienso que estuve perdiendo el tiempo no mostrándote antes a las claras la atracción que sentía hacia ti. Me lo tomé como un juego sin prisas. Como... No, no quiero pensar en eso tampoco… últimamente pienso demasiado.*

*¿Por qué tuviste que hacerte timador, Jacob? No, no me respondas a esto. Olvídalo. No soy nadie para recriminarte nada, y la muerte de tu madre enturbió tu juicio, seguro.*

*Pasemos a cosas menos tristes. Me han hecho miembro de vuestra banda, así que por las tardes me voy con mi hermano y con Mark Twain (vaya apodo ha ido a escoger Samuel) al puerto y de vez en cuando vemos atracar algún vapor. Lo hacemos por ti, para sentirte más presente y que de alguna manera tú mismo estés allí. Mi hermano me ha dicho que te describa cómo son para que los imagines, pero soy torpe en eso, no sabría por dónde empezar. Solo sé que son grandes, bonitos, y… poderosos. No se me ocurren otros adjetivos mejores para describirlos. No sé, se los ve ahí surcando el río y una nunca piensa que puedan naufragar ni nada de eso. Espero que Twain sepa describírtelos mejor. Por cierto, me hizo mucha ilusión que me dijeras que querías tener algún día un barco de vapor con mi nombre. El Emma Growney, ¡madre mía, cómo suena eso! Creo que es lo más bonito que me han dicho en la vida.*

*El juez Hickok ya se ha instalado en el pueblo. No cae bien a la gente. Ese hombre es taimado y peligroso, y lo peor es que tiene mucho poder. Está comprando tierras y la gente ya le teme. Es duro en extremo con los negros, dicen que el otro día mató uno a latigazos en su finca solo porque derramó una taza de café. Algunos abolicionistas quisieron ir a ajustarle cuentas, pero al final nadie se atrevió.*

*Se ha traído a su familia. La mujer siempre va bien vestida, con trajes caros y con un polisón ridículo que hace que parezca una hormiga espigada, solo le faltan las antenas. También conocimos a su hijo, James. Aunque educado, es insoportablemente altivo. Todos parecen ser sacos de mierda de las pocilgas de Rupert Brown comparados con él, y encima Chad Spencer se ha hecho inseparable suyo. Son odiosos, los dos.*

*En fin, que espero que encuentren un sitio mejor donde ir y desaparezcan pronto del pueblo. Este no es lugar para señoritos, tú lo sabes, así que se hartarán en breve de Hannibal. Aquí no hay nada.*

*Bueno, ni siquiera sé si podrás responder a esta carta, ¡por Dios, qué incertidumbre! Deseo y espero que estés bien. Me han contado cosas acerca de esa maldita cárcel, pero quiero imaginar que lo que se comenta son habladurías, a la gente le gusta exagerar las cosas. Dicen que obligan a los presos a llevar tapones para los oídos durante todo el día. Seguro que no es cierto, eso quiero creer, sería un infierno vivir así. Por favor, no causes problemas allí ni intentes fugarte. No quiero ni imaginar que te ahorquen por ello. No, no, ¡fuera de mi cabeza, pensamientos funestos! Perdona si ves que digo muchas tonterías, en realidad estoy muy nerviosa (creo que ya he puesto "en realidad" varias veces. Señor Heatcliff no me castigue, por favor. Jajaja).*

*Mi querido Jacob, voy a poner el punto y final aquí antes de que comience a delirar más. Te echo de menos. Estoy segura de que estos seis años pasarán rápido. Mientras tanto, aprovecharé para hacerme toda una señorita. Estaré tan bella cuando vuelvas que ni me reconocerás.*

Besos, Jacob.

Te quiere, Emma.

*PD: No dejes de escribir si puedes. Nosotros ya estamos ahorrando para poder volver a escribirte.*

# 15

La noche había apostado con los búhos y chotacabras quién podía hacer más ruido. Dos sombras alargadas salían de la ciudad cuando el reloj de la plaza marcaba las doce de la noche; se dirigían al puerto. Soplaba una ligera brisa que se agradecía tras un día de sofocante calor, y las ramas del bosque rozaban una contra otra, formando un rumor inquietante. Si hubieran sido niños habrían achacado el ruido al castañeo de dientes de los fantasmas errantes que abandonaban el cementerio en las noches oscuras.

—Déjame hablar a mí —le dijo Noah, que no perdía detalle del camino de arena para no tropezar y caerse.

—¡Ni loco! —respondió Jacob con el ceño fruncido—. La casa es mía y la vendo yo. Escucha, Noah. No he venido a negociar con él. Le diré lo que quiero, me hará una oferta, aceptaré y me iré de aquí. No tengo miedo del juez Hickok, ni de su hijo, y mucho menos de Chad Spencer. De lo que quiero alejarme es de aquello que amo. Porque me duele más que todos los latigazos que me han dado en la cárcel.

—Vale, pero déjame hablar a mí.

—¡Grrrr...! Me estás sacando de quicio, Noah Growney...

—Como en los viejos tiempos —respondió este tras reír—. ¿Sabes? Me he dado cuenta de una cosa... ahora ya no usas palabras inventadas. Cuando eras pequeño te las inventabas... Aún recuerdo el día que me mandaste a la mierda con mis nínfulas. O cuando me contaste una historia sobre un negro barbero de un vapor y dijiste algo de que no eran compitencias del piloto...

—Te estás ganando una paliza, Noah... —intentó decirlo en serio, pero no pudo evitar sonreír.

—Una pregunta... todas aquellas historias que me contabas, ¿eran verdad o también te las inventabas?

—La duda ofende. Eran tan ciertas como que yo estoy aquí esta noche andando contigo. Si hay alguien entre nosotros que invente historias ese es Twain...

—¡Y que lo digas! —exclamó su amigo—. Orión compró participaciones en el Journal de Muscatine y Twain publica relatos de viajes. ¡Tendrías que leerlos! Creo que Twain tiene más oportunidades de llegar lejos como escritor que como piloto del Mississippi, pero está tan obcecado como tú. Nunca se le ha borrado de la cabeza la idea de pilotar. Aunque no tiene la necesidad de tener su propio vapor, y solo quiere demostrar sus conocimientos sobre el río. Cada dos por tres baja a Nueva Orleans en barco y siempre que regresa me habla de sus viajes. En cierta manera me recuerda mucho a ti. Sois más parecidos de lo que creéis.

Jacob asintió pensativo, sintiendo un aguijonazo de envidia, ¿cuántas veces se habría recorrido de punta a punta el Mississippi Mark Twain? ¿Cuándo lo había hecho por última vez? Porque él llevaba más de seis años sin hacerlo. Le entraron escalofríos al pensar lo que podía haber cambiado el río en tanto tiempo. Lo que recordaba de él ya no serviría. Y encima tenía que volver a alejarse de allí. Su humor comenzaba a cambiar a marchas forzadas, pero al menos, ya estaban llegando al puerto.

El río lamía lentamente la orilla, y salvo varias balsas atadas al embarcadero y enormes cajas de madera con mercancía para algún vapor, poco más había allí. Gran Drake y su negro parecían no haber llegado, así que se acercaron, con las manos en los bolsillos, hasta las cajas, esperando ver al menos a algún borracho que las vigilara.

—Vendrá —dijo Noah al ver la cara de preocupación de su amigo.

—Eso espero. Pero Noah, deberías irte a casa. Tu familia te estará esperando y esto lo puedo hacer yo solo.

—Tranquilo, esto no nos llevará m...

Pero antes de que pudiera terminar la frase un negro enorme salió de detrás de las cajas. Portaba una revólver en la mano, y temblaba de pies a cabeza. Abrió los ojos de manera desmesurada al ver a los dos hombres. Como si solo esperase a uno. Su nuez subía y bajaba a un ritmo endiablado, y chorreones de sudor le caían por las sienes y le daban un aspecto más intimidador. Sin duda estaba fuera de sí. Jacob y Noah se quedaron clavados en el sitio, en silencio, intentando discernir qué estaba ocurriendo ante ellos.

—¿Es un ladrón? —preguntó Noah en un susurro.

—¿Gran Drake no tenía un esclavo negro gigantón?

—¿Jacob Walters? —preguntó el negro zarandeando nerviosamente el arma. Primero apuntando a Noah y después a Jacob—. ¡¡Jacob Walters!! ¡¡Yo no quiero hacer esto, pero el zeñorito Hickok me obliga!!

Aquel hombre estaba tan asustado como ellos, e iba a disparar. Noah lo vio en sus ojos y no esperó más, empujó a su amigo a un lado, instándole a correr. Pero aquello alarmó aún más al negro, que sin pensarlo disparó y le acertó en la cabeza a Noah. Este cayó al suelo tras dar dos pasos en falso. Quedó sobre la madera cuan largo era, y su pierna derecha se convulsionó un par de veces, hasta quedar quieta.

—¡Noah! ¡Noah! —gritó Jacob, que había acudido raudo hasta su amigo—. Levántate, maldito botarate. ¡Solo estás herido!

Pero Noah estaba muerto. En segundos una ira roja engulló a Jacob y lo vomitó convertido en otra cosa. Una bestia bañada en el lodo del odio, sin razón ni entendimiento. Un monstruo con ganas de sangre. Corrió hacia el negro, que intentaba cargar el arma de un solo disparo, pero antes de que se diera cuenta tenía las manos de Jacob alrededor de su cuello. Aunque el negro era fuerte, apenas podía apartar un dedo de la corbata que había hecho Jacob en su nuez cuando ya tenía otro cerrándole el paso a su respiración. Optó por hincar una de sus enormes rodillas en el estómago de su oponente, que soltó un resoplido y aflojó el nudo, cosa que el esclavo aprovechó. Apartó las manos de Jacob y le dio un gancho rápido en la mandíbula, un martillo de carne y hueso que descargaba en el yunque. Pensó que aquello noquearía al chico. Después de todo, ¿cuántos años podía tener, dieciocho? Pero el gancho que había dejado inconsciente a hombres mucho más viejos, curtidos en las peleas y corpulentos del que tenía delante de él, no surtió el efecto deseado. Jacob comenzó a descargar golpes con la diestra y la siniestra en su cara, pronto el negro perdió la noción de la realidad, y una neblina entre blanca y roja anuló su visión. La realidad se troceaba en marañas carmesí. El dolor cabalgaba sobre todo su ser. No podía creer que aquel enclenque le ganara. Y sin embargo, estaba siendo una pelea justa. Envistió con rabia y dio un cabezazo en plena frente a Jacob, que cayó hacia atrás, para incorporarse como si tuviera un resorte que le impidiera permanecer en el suelo. Pero quieres morirte ya de una vez, pensó el negro. Había temido muchas veces por su vida. Gran Drake le llevó en muchas ocasiones a pelear en timbas ilegales donde por poco no había besado a la muerte, pero en aquella pelea tenía un funesto presentimiento que no había tenido en otras: iba a morir.

Jacob saltó sobre él y descargó un puñetazo que le arrancó varios

dientes e hizo que se tambaleara hasta caer sobre las tablas, levantando pequeñas nubes de polvo. Un Goliat vencido por la onda de unos nudillos pequeños y duros. Lo último que el esclavo vio antes de que le destrozaran la cabeza fue el puño de Jacob ensangrentado. Y en cierta manera pensó que era libre. Que aquel puño cerrado destrozaba las cadenas que le habían hecho esclavo en aquella vida.

Jacob se levantó, bañado en sangre y dolorido. Trastabilló hacia Noah, y cayó justo a sus pies. Se arrastró hasta él, agarrándose a sus rodillas, y vio sus ojos vidriosos, el agujero de la bala en la frente. Intentó buscar su pulso, ignorando todo razonamiento lógico, y no lo encontró. Noah estaba muerto. Lo zarandeó por ser tan estúpido, pensando que le llegarían sus reproches. Pero el cuerpo continuó inánime.

*Muerto. MUERTO. ¡¡MUERTO!!*

Se levantó y volvió a clavar las rodillas en el suelo. Sin fuerzas. Hasta la corriente del río parecía lanzar sus gemidos plañideros ante la muerte de un buen hombre. Jacob gritó y gritó hasta que sintió desgarrarse las cuerdas vocales. Y solo cuando escuchó réplicas en la distancia se dio cuenta de que todo era una trampa. De que Gran Drake había ordenado a su negro que acabara con él, por orden de James Hickok. Le esperaban, y por error mataron al hombre equivocado. Alguien gritó "¡He oído un disparo en el puerto!" a lo que otro respondió "¡Vayamos!", y Jacob se giró y vio venir en la lejanía un grupo de al menos cinco hombres. Sabía lo que ocurriría a continuación: le darían caza. Le harían un juicio injusto y le acusarían de matar a Noah y al esclavo de Drake. Le acusarían de asesinato y le ahorcarían, y ahí acabaría todo. Ellos ganarían. Miró el cadáver de Noah, con lágrimas en los ojos. Pensó en él y en Emma, en los niños que fueron. Lloró por todos. Le dio un beso en la mejilla, y con todo el dolor de su corazón, corrió hacia el río y se arrojó a él.

# 16

Había noches en las que caía tan cansado en el camastro de su celda que se quedaba dormido antes de poder siquiera echarse la vieja manta por encima. Cuando no era el caso, cruzaba las manos en la nuca y miraba el techo de piedra de su celda. Y pensaba. Pensaba mientras otros de sus compañeros aprovechaban para contarse chismes:

*¿Has visto, Mad bear? Hoy uno de los guardias se fue a charlar con otro y estuvieron casi media hora entre cigarro y cigarro. Joder, tendríamos que haber aprovechado. Ni nos miraban, no se hubieran dado cuenta de que faltábamos hasta ya caída la noche que hubieran llamado a formar para pasar lista. De esta cárcel se fugaría hasta un ciego, y siguen sin poner perímetro de seguridad… cualquier día de estos liaremos una gorda, mataremos a todos los guardias y nos escaparemos de aquí. Menuda fiesta se montaría en Jefferson City, jajaja…*

A veces, cuando todo el pabellón estaba por completo en silencio, oía a alguien sollozar. Era entonces cuando peor se sentía, y cuando más fantasmas venían a visitarle. Llevaba mes y medio allí, y seguía sin tener noticias del mundo exterior. Ni una carta más. Solo la negrura consumiéndolo todo en su interior. ¿Estarían reteniéndole las cartas los carceleros? O peor aún, ¿se habrían olvidado sus amigos de él? ¿Y Emma, habría encontrado a algún apuesto novio que la hiciera olvidar en tan poco tiempo lo que sentía por él? Cuando pensaba así sentía que caía al vacío, a un pozo muy profundo y de aguas gélidas. A un pozo de piedra lisa del que nunca podría salir.

Aquella noche un guardia pasó por delante de los barrotes de su celda. En silencio, con la punta roja de su cigarro precediéndole. No era Stone Fist, pero tampoco es que fuese un hombre pequeño. Stone Fist, pensó, creo que no es un mal tipo al fin y al cabo. Solo cumple con su trabajo de forma eficiente. Si fuese menos duro los presos se le echarían encima, o habría más revueltas o fugas. Y es que después de todo los guardias no les trataban mal. Bien es cierto que el trabajo en la penitenciaría era duro, y que ellos no tenían miramientos a la hora de hacerlos trabajar de sol a sol con un látigo en la mano, pero bajo el mando de Stone Fist no se daban palizas sin motivo. Es más, entre los propios prisioneros había más altercados que los que pudieran tener

con los guardias. Además, el Estado abastecía bien a la cárcel. Hacían tres comidas, y siempre había aguadores por las canteras y en la pequeña fábrica de ladrillos de la prisión. No, los guardias no eran el problema de aquella cárcel, lo eran los "inquilinos". Jacob se había cuidado mucho de no establecer relaciones con sus compañeros. Sabía que en The Walls había de todo: asesinos, timadores, ladrones, violadores… nada que ver con sus inicios, cuando solo albergaba a ladrones de poca monta.

¿Y si hablaba con Stone Fist de lo de las cartas? Esperaría la ocasión, claro. No le abordaría, si no me sacaría la piel a tiras. Pero quizá, si él se dirige a mí… decidió que lo intentaría. Saber de Noah, Emma y Mark Twain bien merecía el riesgo. Sonrió a la oscuridad de su pequeña celda, se giró, oyendo crujir las cadenas que mantenían anclado el camastro a la pared y se echó a dormir. Esa noche soñó con el Mississippi, como en tantas otras.

………………………………………………………………………………

Los pájaros aún no habían abandonado la comodidad de los árboles cuando el carcelero pasó por su galería despertando a los presos. Poco después todos arrastraban los pies hacia un desayuno insípido y silencioso. Aquella mañana no tocaba aseo, así que al terminar los llevaron hasta la cantera. Jacob odiaba madrugar, y más en aquellas circunstancias. Era entonces cuando echaba de menos el colegio, y se decía con más insistencia que si se hubiese aplicado en sus estudios un poco más, solo un poco más, sus huesos no hubieran acabado en The Walls.

Los guardias acompañaban a los presos hasta la posición del día anterior. La misma enorme roca, las mismas pocas ganas. No muy lejos de él pusieron la bola de hierro a un preso que llevaba poco tiempo allí, pero que al parecer había dado muestras de querer fugarse. Jacob se preguntó cuánto pesaría aquella enorme bola. Sin duda, si el preso que la llevaba intentaba escapar no lograría andar ni unos metros antes de tener el tobillo destrozado.

Aquel día, mientras picaba la dura piedra, intentaba llamar la atención de Stone Fist. Pero era difícil ver si el mandamás se fijaba en él porque Jacob siempre tenía que estar mirando al suelo blanco de pedruscos y arenilla. Pasaron las horas y el sol fue trepando por entre las nubes hasta situarse justo encima sus cabezas. Eran las horas de más calor, y el calendario le advertía que pronto llegaría el verano.

Jacob miró a su alrededor. Cientos de presidiarios trabajaban casi sin

descanso, sin altercados aparentes, sin vida en sus ojos. Comenzó entonces a tararear, sin darse cuenta, una canción que había escuchado cantar a unos negros en un campo de algodón unos años atrás. Nunca podría olvidar cómo decenas de voces profundas vibraban al compás de aquella triste canción de trabajo mientras los capataces permanecían adormilados sobre su caballo. El espectáculo fue hipnótico y duró horas. Jacob jamás había escuchado algo igual, ni siquiera en el coro de la escuela dominical. La magia se esfumó junto con el sol, en el momento en que los capataces comenzaron a dar gritos para reagrupar a los negros y conducirlos de nuevo a sus barracones.

El chico no vio venir el latigazo porque estaba de espaldas, pero sintió, por encima del traje de rayas blanco y negro de presidiario, que la piel se le abría en dos. El dolor le hizo gritar y se le saltaron las lágrimas. Salió despedido hacia delante y clavó sus rodillas en la tierra antes de girarse y observar con una mezcla de odio y miedo a uno de los guardias, que gritaba algo. El hombre se ponía cada vez más nervioso, casi tanto como Jacob, que se sentía algo desorientado. Al final, el guardia le hizo gestos para que se quitara los tapones.

—¡Maldito batracio estúpido! —le gritó cuando supo que le oía—. ¡Quítate los tapones cuando te hable! ¿Qué es eso de cantar en esta jodida prisión? ¡Y encima canciones de negros! ¡Te voy a marcar este látigo por todo el cuerpo, desgraciado! — Acompañó las palabras del brazo.

Jacob se protegió como pudo. Levantó el brazo a la altura de la cara, pero no consiguió cubrírsela del todo y el cuero le abrió la ceja y le dejó una cicatriz que no se le borraría nunca. El guardia volvió a levantar el látigo buscando donde hacer daño, pero una enorme mano le agarró la muñeca y le impidió seguir.

—Dos latigazos son suficientes, Jones —dijo Stone Fist—. Ve junto a Bolton a vigilar su zona, ya me quedo yo aquí.

El chico miró a su alrededor pensando que el altercado habría llamado la atención, pero casi nadie reparaba en él, y los que lo hicieron, bajaron la vista al trabajo para no recibir ninguna reprimenda. Jacob sangraba por la herida y el ojo se le tiñó de dolor. Tuvo que cerrarlo con fuerza y entornar el otro para atisbar la gigantesca silueta del segundo hombre más importante de The Walls tras el alcaide. A este le conoció de manera muy rápida al llegar y le dijo que fuese un chico bueno y nunca tendrían que ampliarle la condena. Stone Fist le agarró por el codo y lo alzó como si pesara tanto como una brizna de hierba.

—Deja el pico ahí. Vamos a la enfermería a que te cosan esa herida, chico.

—Sí… sí, Señor —contestó Jacob, que vio la oportunidad de poder preguntarle sobre las cartas.

Soltó el pico, pero sus ojos se clavaron por detrás de la mole de músculos que era Stone Fist. No podía creer lo que estaba viendo. Poco más allá, junto a un pequeño billar de piedras, dos presos salían a correr en dirección al bosque que daba al río Missouri. No los vigilaban, y pronto se perderían de vista.

No los delató. Nunca haría algo así intencionadamente, no era un chivato o un suicida. Pero Stone Fist, al ver el pasmo de Jacob, se giró y los vio. No tardó ni un par de segundos en tocar su silbato y gritar "¡¡FUGA!!". Una pareja de guardias a caballo reaccionaron y siguieron la dirección que marcaba el dedo de Stone Fist, en pocos segundos entraban al galope en el bosque. Ahora sí que todo el mundo parecía alterado, Jacob permanecía con los ojos abiertos como platos. Como no tenía los tapones puestos oyó como alguien decía "¡Van a matar a Mad Bear por culpa de este chivato!". Cuando se giró tenía al lado a un viejo enclenque con pelos de loco que le señalaba con un dedo huesudo como la rama de un árbol muerto. En aquel momento, varios presos, entre ellos el de la bola de hierro, se quitaron los tapones y comenzaron a gritar. La cantera tronó bajo la proclama de "muerte al chivato", y fue entonces cuando Jacob se dio cuenta de que aún sin quererlo se había cavado su propia tumba. No saldría con vida de aquella penitenciaria.

………………………………………………………………………………

No dejaron salir de la celda a Jacob la mañana que ahorcaron a Mad Bear y a su socio en la fuga. Llevaba varios días allí encerrado, y, aunque comprendía que lo hacían para salvar su vida, no podía evitar la necesidad de salir de entre aquellas cuatro paredes y ver que si el cielo seguía encima de su cabeza. Mientras escuchaba al resto de presos gritar airados por el ahorcamiento, se entretuvo en contar los ladrillos de la celda. Uno, dos, tres, mil… Debía hacer eso para no enloquecer, para no estampar la cabeza contra los barrotes y evitarse lo que estaba por venir. Ahora tenía quinientos enemigos contra él, y muy pocos guardias para protegerle.

*Madre, Emma, Noah, Twain, ¿dónde estáis ahora? ¿Por qué me habéis dejado tan solo? ¿Tan malo he sido en estos años para merecerme todo esto?*

La noche anterior apenas pudo dormir. Cuando se apagaron las luces y los fantasmas comenzaron su ronda por los pasillos, varios de los presos empezaron a decirle que le iban a matar, que podía darse por muerto. En cuanto te dejen salir de ahí te haremos una nueva sonrisa en la garganta, traidor. Chivato, Mad Bear era mi amigo. Te clavaremos una navaja en la barriga y haremos que los cerdos te coman los intestinos. O mejor, alguien te clavará por la espalda un pico en esa cabeza de chivato que tienes, le decían entre murmullos. Aunque si algo bueno tuvo aquello fue el no volver a la cantera. Y es que Stone Fist le hizo una visita aquel mismo día y hablaron.

—En cuanto salgas por esa puerta van a intentar matarte —dijo con la espalda apoyada contra los barrotes. Parecía cansado—. He hecho correr la voz entre los presos de que si alguien te hace daño correrá la misma suerte que Mad Bear y Browson, pero idiota sería si pensara que esa amenaza va a servir de algo. No. Irán a por ti.

Desde luego no trataba de infundirle ánimos. Stone Fist le miró fijamente. En sus ojos no había dureza, más bien compasión. Nada parecía quedar en aquel grandullón del guardia que le recibió a puñetazos. Había metido al chico en un buen lío, y en cierta manera se sabía culpable. Nunca había sentido afecto por un preso, pero al fin y al cabo Jacob Walters era un crío al que no supieron encauzar. No encontraba maldad en él. Si algo había aprendido en tantos años dentro de los muros de The Walls era a ver la maldad en los ojos de la gente, y delante de él solo tenía un alma descarriada. Apenas un niño que ya sabía lo que era temer por su vida.

—No irás más a la cantera —prosiguió—. Te mandaré a cargar materiales al puerto. Allí trabajan los presos de confianza, los que llevan más años y no dan problemas. Hay guardas armados vigilando. Aún así, no podremos garantizar siempre tu seguridad y deberás cuidar bien tus espaldas. Tus compañeros te odiarán aún más por esto. Es un sitio donde muchos quieren estar porque no es tan duro como picar piedra, pero no tenemos más remedio que hacer esto o entonces no tendrás ninguna oportunidad, ¿me comprendes?

Pero Jacob ya no estaba allí. Sus ojos eran dos charcos de agua turbia donde veía mal reflejada su muerte. Moriría sin volver a saber de la gente a la que quería. Sin saber si Emma aún le amaba, sin saber si Noah conseguiría alguna vez un buen trabajo, sin saber si Mark Twain acabaría siendo un gran piloto del Mississippi.

—Chico —Stone Fist apoyó una de sus manazas en el hombro de Jacob—, ¿me has entendido?

—Sí… sí, señor, le he comprendido perfectamente —respondió devolviéndole la mirada.

A Stone Fist pareció no importarle en aquella ocasión. No hubo latigazos ni amenazas.

—De acuerdo. Tengo que seguir con mis funciones —abrió la puerta de la celda, salió y echó la llave.

—¡Señor! —Exclamó. Dio un salto del camastro y corrió hasta los barrotes—. ¿He recibido alguna otra carta? Mis amigos dijeron que me escribirían y llevo más de un mes sin recibir ninguna.

Stone Fist se mantuvo callado, después negó con la cabeza y, apretando el paso, se alejó de la celda. Entonces, todo quedó en silencio, hasta que por la noche volvieron los susurros.

# 17

Recorrer la mitad de la distancia hasta Clarksville le supuso un calvario. A los pocos minutos de huir del puerto a nado, tuvo un calambre en la pierna derecha y abandonó el río, aunque caminó sin salir del agua para no dejar rastro. Renqueó como perro apaleado, sin consuelo, con lágrimas en los ojos y abrigado por la oscuridad del bosque. Y que fuese de noche era uno de los aspectos positivos. Sin duda, los hombres de Hickok ya se habrían puesto manos a la obra para peinar la zona en su búsqueda, así que la oscuridad interponía su muro opaco entre él y sus perseguidores. Además, no sabían si había ido río arriba o río abajo. No le habían visto, solo el negro de Gran Drake podría haberle delatado. Pero estaba muerto. Muerto. Asesino, asesino, asesino. Aún así, temía a los perros, era cierto que no había salido del río, pero, ¿y si olían su sangre?, su olor metálico transportado en aras del poco viento que paseaba a ras del Mississippi. Aunque el mayor problema al que se enfrentaba era la lentitud. Si fuese de día habría abordado el primer vapor que encontrara a su paso. No como pasajero, sino como polizón, pues temía que los hombres de Hickok ya hubieran avisado al sheriff de Hannibal y este a su vez a todos sus compañeros de pueblos y ciudades cercanos mediante telégrafo. Tendrían todas las rutas de acceso controladas. Y eso incluía la vía portuaria. Pero siendo de noche las posibilidades de escapar por otro medio que no fuera a pie se reducían drásticamente. Llegó a pensar en robar uno de los tantos caballos de las plantaciones de algodón cercanas, pero llegó a la conclusión de que, en el caso de que lograra esquivar la vigilancia, cuando el dueño se diera cuenta de la falta a la mañana siguiente, avisaría a las autoridades y eso les daría una pista de la dirección que había tomado. Y aquello era lo último que quería, puesto que nadie en Hannibal —nadie vivo, pensó amargamente— sabía hacia dónde se dirigía. Tenía que arriesgar. Así que esa noche anduvo hasta que despuntó el alba, hasta que las rozaduras en los zapatos mojados se lo permitieron. Después, buscó cobijo en una pequeña cueva natural cerca de la orilla, pero lo bastante separada para que no le vieran desde el río, ni desde vapores ni desde cualquiera de las decenas de embarcaciones que pululaban por allí a diario. No era lo más seguro, porque sin duda estaría mejor en cualquier islote del centro del río. Pero no se atrevía a nadar en aquel estado de agotamiento, y menos con un calambre que hacía inútil su pierna derecha.

Intentó descansar algo, pero era tal el miedo que tenía a ser descubierto, que apenas daba cabezadas, donde la terrible realidad de haber perdido a su mejor amigo de infancia se mezclaba con las peores pesadillas que su subconsciente podía crear. En ellas veía al esclavo de Gran Drake levantar el arma, temblando, hasta que de pronto, los rasgos del negro comenzaban a cambiar y su piel mutaba de color y delante de ellos quedaba un James Hickok sonriente. Con ojos fríos. Un James Hickok que apretaba el gatillo y le volaba los sesos a Noah. Su amigo. Su hermano, pese a todo. Y de repente, en la pesadilla, todos los habitantes de Hannibal le rodeaban, le miraban con desprecio y le acusaban de haber provocado la muerte del chico. Y no había rastro del juez por ningún lado. Aunque su revólver apareció en las manos de Jacob, que soltó el arma al instante y se quedó mirando sus manos, empapadas en sangre. Y detrás de sus manos vio a Emma, agachada sobre el cuerpo inerte de su hermano. Llorando. En la pesadilla él caminaba hacia atrás, tropezaba y caía al río. Y se hundía, cada vez más, mientras la gente le tiraba piedras y alguien comenzaba a dispararle. Entonces despertó en la cueva, con los músculos engarrotados y con lágrimas en sus ojos. Como no se sentía descansado, cerró los ojos de nuevo. Llegó a pedir mil veces perdón en estado de duermevela a Emma, a Anna, la mujer de Noah, a su pequeño hijo, del que no llegó a conocer su nombre, a los Growney, a Twain... al fin y al cabo él era el culpable de la muerte de Noah. Si no hubiera aparecido por el pueblo, si no hubiera hablado con él, si no le hubiera dejado acompañarle al encuentro de Gran Drake... Cuando despertó escuchó gente a lo lejos, y a perros ladrar, pero debían ser cazadores, porque no se acercaron a la orilla. Aún así, decidió salir de su escondite y avanzar con cautela.

Cuando divisó Clarksville la noche comenzaba a cubrirlo a todo. Fue precavido y agarró un tronco viejo y medio podrido que yacía junto a la orilla, también una caña pequeña para poder respirar. Se metió en el Mississippi de nuevo, parapetado tras el tronco. Su pierna había mejorado con el descanso y se podía permitir bucear si no se esforzaba demasiado. En el pequeño embarcadero vio a dos hombres armados, pero la oscuridad se había asociado con él, y los dejó atrás en muy poco. Le buscaban. Habría hombres apostados río arriba y río abajo, y seguro que también por los pueblos limítrofes del interior. Los Hickok moviendo hilos, pidiendo que se les devolvieran favores, quizá. Ya imaginaba los carteles: se busca: JACOB WALTERS. Vivo o muerto. Muy peligroso. Y encima de su rostro mal dibujado una cifra con algunos ceros a la que pocos se pudieran resistir.

Tenía que llegar a Saint Louis y una vez allí encontrar la forma de subirse a uno de esos trenes que tanto odiaba para llegar a

Indianapolis. De allí a Cleveland, luego a Buffalo, Rochester, Syracusa, Albany y por fin New York. Una vez en la ciudad se enrolaría en la Colins Line y desaparecería del continente durante un tiempo. Hasta que las cosas se calmaran. Para buscar venganza.

*Vaya, dijoel pequeño ser que habitaba en su interior, lo planteas como si recorrer todos esos estados fuese fácil. Sin dinero. Con hambre. Con la ley buscándote ¿Cómo lo piensas hacer? ¿Vas a robar algún banco?¿Vas a matar a todo el que se te ponga por delante? Seamos serios, por favor. Lo que nos urge ahora mismo es alejarnos de aquí. Hay que arriesgar: tienes que subir a un vapor y llegar a Saint Louis. Será difícil que te encuentren, es una ciudad muy grande, y con muchos... escondrijos. De hecho, ni sabrán que te tienen que buscar allí. Así que contamos con esa ventaja. Y hazte un favor, si al final tienes la grandísima suerte de llegar sano y salvo a New York y conseguir trabajo en la Collins Line, no vuelvas de Liverpool. Quédate en Europa. Empieza una nueva vida. Nuevos amigos, quizá una mujer que te ame. Niños.*

*Equilibrio.*

Jacob sacudió la cabeza. Aquella voz... pensó que estaba enloqueciendo. Ya no la controlaba. Era como si estuviera fuera de su cabeza y a la vez dentro. Pero, loco o no, el pequeño ser que habitaba en su interior tenía razón. Como siempre. Si lograba poner un pie en Inglaterra, lo mejor era que se quedase allí.

*¿Lo mejor para quién? Pensó ¿Para mí o para el juez Hickok? ¿Crees, apestosa voz de mi conciencia, que puedo vivir sabiendo que Emma pensará que he matado a su hermano?*

*¡Eh, eh! Sin faltar al respeto. A ver, Jacob Walters, escucha con esas orejas de soplillo que el Señor te ha dado. Si Emma te conoce la mitad de lo que tú crees que te conoce, sabrá que tú jamás le harías daño a Noah. Joder, si eráis como hermanos.*

*¡No! Yo fui quien no quiso saber de él durante años. Quien les repudió. Le harán creer con artimañas y subterfugios que fui yo. Ella estará desolada, no les costará mucho esfuerzo. Le presentarán pruebas falsas para que piense que fui yo. Para que me odie, porque olvidar nunca se olvidará de mí. Tengo que volver y arreglar todo esto. Un hombre que no tiene nada que perder no alberga miedo. Mataré al juez Hickok y mataré a su hijo, y después que me ahorquen, pero al menos se habrá hecho justicia.*

*Ains... desde luego si tienes un don no es la inteligencia. Pero bueno, en algo estamos de acuerdo, lo primordial por ahora es alejarte de aquí. Ya*

*tendré tiempo de convencerte para que no vuelvas cuando estemos bien lejos. Así que… marchando.*



# 18

Hacía frío y aún no había salido el sol cuando los ocho se subieron en la parte de atrás del sobrio carruaje que les conduciría al puerto de Jefferson City. Uno de los privilegios de los que dispuso Jacob desde aquel momento fue el no tener que llevar los tapones puestos. Algo que agradeció más incluso que el dejar de picar. En cuanto ocupó su sitio en la balda metálica que le servía de asiento, algunos presos le miraron con suspicacia, otros no ocultaron su odio. La cárcel era pequeña y todo el mundo estaba al tanto de lo que el pequeño chivato había hecho. Mad Bear tenía muchos amigos en The Walls, y aún los que no eran amigos no querían a delatores cerca. Cuando los guardias cerraron el portón trasero y se dirigieron a los asientos delanteros, uno de los reclusos le escupió en la cara y le llamó cadáver. El lapo, verde y pegajoso, resbaló por la sien derecha de Jacob, que escrutó al joven con miedo y rabia. Hizo amago de levantarse para pelear, pero otro de los presos le pegó un codazo y volvió a su sitio entre las risas de los demás. Uno de los guardias golpeó el carruaje desde fuera con los puños y todos se callaron de golpe. Sin embargo, aquel chico rubio de ojos azules y nuez prominente no le quitaba ojo de encima mientras sonreía como un sádico.

Para sorpresa de Jacob, el puerto de Jefferson City era casi tan pequeño como el de Hannibal. Es más, la palabra puerto le venía grande. En todo caso era un embarcadero con unas ocho barcas de tamaños variados que se mecían al son tranquilo del río Missouri. No había atracado ningún vapor, ni se atisbaba el humo de las chimeneas en la lejanía. No había trajín de marineros, ni mozos de almacén transportando carretas de materiales. Tampoco viajeros agitando sus pañuelos o lanzando vivas a los que se iban. Tan solo había algunos pescadores que comenzaban a desatracar y a remar alejándose. Unos silbaban y otros maldecían por tener que ver la cara de los presos fuera de la penitenciaria. Estaba claro que allí no eran bienvenidos, algo normal después de tantas fugas e incidentes.

—Poneos aquí, ya mismo llegará el primero —dijo uno de los guardias, el más enjuto.

Jacob fue a dar un paso en dirección al guardia y alguien le zancadilleó. El chico cayó porque aún estaba esposado; ya en el suelo

miró hacia atrás y vio al rubio con los ojos abiertos como platos, sacando pecho, retándole sin hablar.

—¡Simon Ronnie! —Gritó otro guardia, el de mayor edad—. Vuelve a hacer una gilipollez como esa y te meteré esta porra por el culo, ¿entendido?

Ronnie asintió sin relajar aquella cara de loco. Cadáver, susurró de nuevo. Jacob se levantó y se unió a la fila. Pensó que había hecho un nuevo amigo, y le resultó gratificante que se dirigieran a ellos por su nombre y no por su número.

Esperaron casi media hora hasta que en la lontananza se divisó un barco. Les dieron instrucciones de forma metódica. Nada de tonterías. Si alguien intentaba escapar sería derribado a balazos. Si alguien molestaba a algún tripulante sería derribado a balazos, si alguien rompía alguna mercancía recibiría quince latigazos y volvería a picar a la cantera. Todo muy claro y sencillo. Seguramente todos los que estaban allí menos Jacob habrían escuchado aquellas advertencias cientos de veces, tantas que no prestaban ya la más mínima atención. Se centraban en observar el atraque del barco y en comprobar si había alguna mujer a bordo a la que pudieran desnudar con la mirada. Pero el más joven de los presos solo tenía ojos para el barco en sí. De frente presentaba un aspecto descomunal, y poseía un elegante diseño empujado por una rueda cuyas palas debían de medirse en millas.

*Voy a disfrutar este trabajo. Ojalá pueda conservarlo el tiempo que me quede aquí… si no me matan antes, se dijo con preocupación.*

Lo que descargaban del barco lo cargaban en el carruaje. Apenas tardaron quince minutos, aún así, el capitán del vapor bramaba contra ellos llamándoles “gandules de mierda" y "follaculos peludos”. Los guardias se limitaban a vigilarlos y a reírle las gracias a aquel hombre malhablado. A Jacob estuvo a punto de caérsele una viga cuando pasaba por la tabla, pero la visión de la cantera y de cientos de presos deseando su muerte hizo que sacara fuerzas de flaqueza. Y bien mereció la pena, porque mientras dos de los guardias se llevaban el carruaje cargado y a cuatro presos, él y los otros tres se quedaron en el puerto junto a los dos guardias restantes. Por lo visto, hacían turnos para ir a la cárcel a descargar el material y luego volver. Aquello, tras saber cómo era el duro trabajo de la cantera, le pareció el paraíso. Tan solo descargaron dos veces más aquel día, así que cuando volvió a su celda no estaba ni la mitad de cansado que en las semanas anteriores, ¡incluso había visto vapores! Para colmo, su felicidad se vio multiplicada cuando encima del camastro vio una carta. Una carta con

remite de Hannibal.

Se echó sobre el camastro casi de un salto. Sin abrir la carta la estrechó contra el pecho y cerró los ojos. Subió poco a poco sus manos hasta oler el sobre. Nunca había reparado en que el olor a papel fuese tan grato. Era la fragancia de la mismísima felicidad. Sintió que iba a llorar de alegría, pero a la vez los nervios y la preocupación atenazaron su estómago. ¿Y si había ocurrido algo malo? No podía esperar más para saber la respuesta, por lo que abrió el sobre con sumo cuidado y desdobló las hojas. De nuevo había tres páginas, con tres caligrafías diferentes. Decidió dejar la parte de Emma para el final, por puro miedo. La primera hoja pertenecía a Mark Twain y decía así:

*Estimado Jacob:*

*Espero que te encuentres bien a la llegada de esta carta. Aunque no has respondido a las anteriores que te mandamos, tenemos la esperanza de que algún día puedas hacerlo. Al menos sabemos que estás bien. Te preguntarás que cómo lo sabemos, pues gracias a mi hermano Orión, que conoce a muchísima gente debido a su trabajo en la imprenta. De casualidad conoció a un tipo de Jefferson City, y este tipo resultó ser un carcelero de "The Walls" y al decirle que tenías doce años cayó en quién eras. Quizá le conozcas, se llama Jonathan Feingbercon. Un tipo grande y charlatán, con tendencia a pasar ebrio las veinticuatro horas del día, al menos cuando no está trabajando. Eso dijo. En fin, al parecer tiene ínfulas de escritor, le hablaron de mi hermano y pasó por la imprenta para pedir presupuesto. ¡Escritor! ¿Imaginas una profesión más emocionante? Yo mismo he pensado muchas veces en poner por escrito algunas de las locas aventuras que se me ocurren. Aventuras que tendrían como principal protagonista al río Mississippi. No te voy a mentir, ya estoy haciendo mis pinitos en la escritura, pero con historias cortas. Es algo que mantengo muy oculto, ni siquiera Noah o Emma lo saben, pero te lo confío a ti, que sé que sabrás guardarme el secreto.*

*Pero hay algo que me preocupa, y es que esta nueva afición mía me consuma tiempo de mi otro gran sueño. Bueno, nuestro otro gran sueño, ¡ser piloto del Mississippi! Aunque estoy escribiendo muchas tonterías, porque ocupo un nuevo puesto en la imprenta de Orión. Soy cajista. A veces trabajo incluso los domingos y festivos transcribiendo sermones, así que imagínate. A este paso seré un viejo de al menos treinta años cuando pilote mi primer vapor.*

*He de dejarte, que me requiere mi hermano. Solo espero que pronto recibamos carta tuya, aunque sé que será tarea difícil. Eso nos comentó el señor Feingbercon. Aún así, que el ánimo no decaiga, verás cómo estos años transcurren rápidos y pronto podrás volver aquí, con tus amigos.*

*No te olvidamos.*

Afectuosamente

Mark Twain.

Jacob estaba emocionado, ¡Mark Twain escritor! Sí, desde luego ese oficio iba con él. Aunque le chocaba la escritura con la forma de hablar parca y tímida de su amigo. Sus pensamientos derivaron poco a poco hacia el carcelero. No sabía quién era el tal Jonathan Feingbercon, pero le debía una. Al menos sus amigos y Emma sabían que estaba bien, ¿aunque por cuánto tiempo?

*Cadáver, cadáver, cadáver, cadáver.*

Desdobló la carta de Noah y antes de comenzar a leer casi le da un vuelco el corazón. Era una misiva muy breve.

*Mi querido Jacob:*

*Pese a que han pasado dos meses sigo sin creerme que no estés aquí con nosotros. Muchas tardes me encuentro recorriendo nuestra calle para ir a buscarte a tu casa e ir al río, y no es si no al llegar que me doy cuenta de que allí no vive nadie ya. No quiero ponerte triste con esta carta, pero sí que seas consciente de que te echo de menos. Estoy enfadado contigo, y mucho. Debiste darte cuenta antes de que el rumbo que tomaba tu vida no era el correcto. Quiero decir, no pasa nada porque robemos algo de fruta en un huerto, o que robemos tabaco a los viejos, pero timar como lo hacías… fue ir demasiado lejos. Y que conste que esto te lo estoy diciendo como un amigo, pese a mi enfado. Espero que al menos te sirva de algo esta lección que te ha dado la vida. No me siento con ánimos para escribirte más. Deseo que lo comprendas.*

Te echo en falta.

Noah.

Jacob no pudo contener el llanto. El corazón le daba punzadas y los nervios se le agarrotaron a la altura del estómago. Noah estaba sufriendo por su culpa. El pequeño Noah. Se limpió las lágrimas con los dedos y apartó la carta a un lado. Ojalá pudiera pedirle mil perdones, a él y a todos. Sin embargo, no podía. Con dedos temblorosos desdobló el último folio rezando para que Emma no estuviera enfadada también con él.

*Amado Jacob:*

*Nos ha costado más tiempo del que creíamos poder volver a escribirte, y eso que los tres hemos tenido que trabajar duro para ahorrar. Aunque cualquier esfuerzo es poco, porque creo que en tu situación debes de agradecer muchísimo tener noticias de la gente que te quiere. Al menos nosotros supimos de ti gracias a Orión y a aquel carcelero que pasó por la imprenta. Aunque el hombre dicen que fue escueto dentro de su charlatanería.*

*No he leído la carta de Noah, cada uno escribe lo que quiere decirte y los demás tienen que respetar la intimidad del otro. Como te decía, no he leído lo que te ha escrito mi hermano, sin embargo, cuando estaba doblando la hoja vi que apenas había unos párrafos. Supongo que está enfadado, te ruego que le perdones, pero para él ha sido un duro golpe lo que ha pasado. Bien tú sabes que no hacía nada sin ti y que te echa de menos con locura. No quiero preocuparte en exceso, porque seguramente sea algo transitorio, pero está cambiando. Ya no cuenta con Mark Twain ni conmigo para ir al puerto, simplemente se mete las manos en los bolsillos y camina cabizbajo hasta allí. Se sienta en el muelle y se limita a mirar hacia el horizonte. Como si esperase tu regreso en uno de esos barcos de vapor que tanto os gustan.*

*En fin, soy una tonta por empezar mi carta así. Seguro que pronto vuelve a ser el de siempre. Al menos tiene trato con Twain por temas de trabajo, ya que sigue trabajando en la imprenta de su hermano y le han cogido mucho aprecio. Y gracias a Dios, porque las cosas van mal por casa. Mi padre ha caído enfermo, y aunque no parece muy grave, el médico le ha recomendado reposo absoluto hasta que sepan qué le pasa. Apenas entra dinero en casa, solo lo que trae Noah. Madre ha dicho que va a tener que ponerse a tejer redes de pesca, que no se le van a caer los anillos por trabajar. Pero Padre no quiere, ya sabes cómo es él.*

*Me doy cuenta de que solo te cuento cosas tristes, pero es que… pocas cosas buenas nos pasan. Yo sigo estudiando duro. No quiero ser una inculta. El señor Heatcliff dice que puedo llegar lejos si me lo propongo, aunque yo creo que no tiene en cuenta el factor económico. Y es algo muy a tener en cuenta.*

*El juez Hickok aún sigue aquí, y encima parece no tener pensamiento de irse, ya que está comprando tierras por doquier. La gente se queja, algunos dicen que se ven obligados a vender porque reciben visitas a media noche que no son nada gratas. Pero no hay pruebas contra este ladrón de guante blanco. Parece como si quisiera comprar el pueblo entero, y te digo que ya tiene muchas bocas cerradas gracias a sus apestosos dólares. Su hijo y Chad Spencer siguen haciendo de las suyas. A veces me ven por la calle y me silban, como si fuese una res o algo. No me gusta cómo me miran… es como… nada, mejor olvídalo. Son estúpidos descerebrados y acabarán mal. Dios les pondrá en su lugar.*

*Te echo de menos, Jacob Walters… quiero besarte. YA. AHORA. Vale, llámame deslenguada, pero es lo que siento, mi querido Jacob. Un ansia que me reconcome el alma. Ten presente siempre que Hannibal te espera, y yo también. Me despido ya, mi amado, que si sigo así tendré que escribir en el canto de la hoja, jaja.*

*P.D: Sé que quizá te sea imposible, pero por favor, si tienes alguna manera de hacernos saber de ti, aprovéchala. Es un sin vivir esto.*

Siempre tuya

Emma Growney.

No tenía manera, y aún quedaban unos cuantos meses antes de que pudiera responder a las cartas. Volvió a leer la carta de Emma, abrazó el papel contra el pecho y se echó a dormir.

# 19

Noah había muerto, su cadáver estaría ya frío, y a veces, con solo imaginarlo así, se tenía que doblar en dos porque el dolor del alma era insoportable.

Llegó a St. Charles oculto en una carreta desvencijada. El río estaba demasiado controlado y estuvieron a punto de dar con él en varias ocasiones, así que se tuvo que alejar de la orilla y apostar su vida a esconderse en los bosques cercanos al entramado de caminos que llegaba a Saint Louis. Cerca de St. Charles, con los pies tan destrozados que ya no podía dar un paso más, abordó a un anciano que viajaba en una carreta tirada por dos mulas viejas. Le dijo que necesitaba llegar hasta Saint Louis, pero que ni tenía dinero ni suela en los zapatos. El hombre le miró con desconfianza y permaneció en silencio. Le estudió con ojos de rata. Al instante hizo un gesto con la barbilla señalando la parte de atrás de la carreta, que estaba llena de sacos de patata vacíos, aunque apestosos. Jacob se tapó con ellos, y así, bache tras bache, el anciano le llevó hasta St. Charles echando toda una mañana en ello. Cuando llegaron a las afueras, a un cobertizo tan viejo como el hombre, se bajaron. Dio las gracias, pero como respuesta obtuvo un mendrugo duro de pan y una invitación a quedarse a dormir en el cobertizo. Cuando preguntó, con desconfianza, que por qué hacía aquello, el viejo le soltó un escueto "cuando miro a los ojos de alguien sé si es bueno o malo". Así que hizo noche allí, protegido por tablas y paja tan maloliente como los sacos de patatas vacíos. Al día siguiente, con la primera luz, abandonó el cobertizo. No quería causar ningún problema al anciano, y además, debía dejar rápidamente la ciudad para llegar hasta Saint Louis. Allí estaría seguro. O moriría, porque era una ciudad peligrosa. Lo había escuchado miles de veces en sus travesías por el Mississippi, y, aunque estuvo en su puerto en varias ocasiones, jamás se adentró en los brazos de aquellas calles repletas de blancos, negros y criollos.

Había un camino que unía, a través de un puente sobre el Missouri, el condado de St. Charles con el de Saint Louis. Pensó que estaría controlado, pero no encontró ni un alma. Aún así, investigó mucho la zona antes de cruzar el puente. Allí no había nadie. Quizá la influencia de los Hickok no llegase hasta tan lejos. Lo cierto es que alcanzar "La puerta del Oeste" ya no le supuso ningún problema. Y le acompañó la

lluvia. El clima en consonancia con su espíritu. Y es que, pese a estar en verano, aquel día llovía a mares. Tanto, que temió que la ciudad sufriera una de sus tantas inundaciones y no le hubiera servido de nada haber llegado tan lejos. Pero no fue así. La lluvia cesó pocas horas después, tras llenar todo de charcos y barro, pero sin inundar las calles. Jacob no tardó en llegar al norte de la ciudad, a uno de los barrios más peligrosos: Columbus Square, también conocido como "Castle Thunder". Donde las posibilidades de acabar apuñalado o en la cárcel eran tan altas que debías estar loco si ponías un pie allí. Y sin embargo, él no tenía otro sitio donde ir. Aquel sería el último lugar del mundo en el que la ley le buscaría. El último lugar del mundo en el que alguien iría a buscar trabajo... porque si algo tenía claro es que necesitaba dinero para llegar a New York. Dinero rápido. Manchado de sangre si hacía falta. Y en la cuna del vudú encontrar un trabajo así no era complicado.

Al entrar a un burdel un anciano negro se acercó hasta él.

—Toma este dinero y embarca en el primer vapor que salga hasta New Orleans. Ella te espera.

Antes de que Jacob pudiera preguntar nada más, el negro se había esfumado. Abrió la mano y contó los billetes. No podía creer que lo que le acababa de pasar fuese cierto. Pero allí estaba la prueba. Pensó que el viejo debía estar mal de la cabeza, pero no iba a desaprovechar aquella oportunidad. Se dirigió a puerto y embarcó en el vapor Natzchez con dirección a New Orleans.

.............................................................................................................

Cuando arribaron a New Orleans era de noche, y Jacob no sabía qué hacer, aunque parecía como si alguien estuviese tirando de él en algún sitio de aquella ciudad. Abandonó el puerto y siguió el rastro de borrachos y pendencieros hasta el norte del barrio francés, siempre atento a su retaguardia para no encontrarse con un puñal en la espalda. Llegar a un burdel no le fue difícil. Aún no lo sabía, pero el negocio lo regentaba Marie Laveau, criolla famosa en la zona por ser una de las más reconocidas practicantes de vudú de New Orleans. Se decía de ella que podía levantar a los muertos de sus tumbas mediante rituales de magia negra para usarlos como sus esclavos, y que veía el futuro entre brumosos sueños; aunque también se decía que lo único que veía era el dinero, y que su don de la precognición estaba basado en una red de chivatos que la tenían al día de todos los chismorreos de la ciudad. Chismes que ella sabía usar adecuadamente. Cuando Jacob entró en el lupanar, una chica mulata que solo conservaba las

enaguas, le abrazó. Olía a alcohol, a tacaco y a sudor. Jacob la apartó a un lado con brusquedad, y la puta se abrazó a un viejo adinerado, que apartó el puro de su mano izquierda para no quemarla.

Jacob echó un vistazo a su alrededor. La luz escaseaba en el local, y sombras vagas paseaban por aquí y por allí acompañadas del soniquete de un viejo piano. Su presencia no causó alboroto, ni silencio sepulcral. Pese a ser la clase de antro que era, se distinguía cierto orden y pulcritud. Además, no había ni una pelea, cosa que sorprendió al joven. En la barra servía un camarero negro, fuerte, con la barbilla angulosa y una cicatriz en el cuello, como si alguien se lo hubiera rebanado hacía tiempo. Cuando Jacob se acercó a la barra el negro le saludó:

—Bienvenido seas al Marie Laveau's Maison Blanche, o lo que es lo mismo: la casa del placer carnal —comentó con una sonrisa de un blanco impoluto—. ¿En qué puedo servirte?

Jacob decidió poner toda la carne en el asador. No tenía dinero para la copa de "cordialidad". Esa que te da derecho a preguntar al camarero por otro tipo de cuestiones de interés.

—Busco trabajo. Necesito dinero urgentemente...

Intuyó que la reacción del camarero sería la de echarle de allí a patadas. Pero este, para sorpresa suya, abrió una botella de whisky que sacó de un pequeño cajón reservado, y le llenó un vaso.

—Vaya, vaya. Así que tú eres la visita que esperaba madame Laveau...

—¿Yo? —preguntó Jacob sorprendido—. No tenía concertada ninguna cita con ninguna madame. La casualidad me ha traído aquí...

—Ajá —respondió el negro, sin borrar su sonrisa de la cara—. En cualquier caso, ella te esperaba. Me dijo que te tomaras una copa a su salud, y que al terminarla fueses a su casa en el French Quarter —tras decir esto, se inclinó sobre la barra y a modo de confidencia añadió—. Ella quiere hablar contigo. Sí, señor. Yo que tú no la haría esperar mucho...

Jacob no entendía nada. Dio un trago largo que le abrasó la garganta. Aquel whisky era bueno. Se quedó mirando al camarero, y preguntó:

—¿Tiene trabajo para mí o no?

El negro se encogió de hombros y se fue al otro lado de la barra, pasó

un trapo húmedo por su superficie e ignoró totalmente su presencia.

Jacob salió del prostíbulo medio mareado, el alcohol se le había subido un poco. No podía dejar de pensar en la muerte de su amigo, y en Emma. A aquellas alturas ya habrían enterrado a Noah y se imaginaba el sepelio. El pueblo entero llorando a un buen hombre y profiriendo maldiciones contra su asesino. Le dolía en el alma no estar allí para contarles a todos la verdad, para consolar a Emma con su abrazo. Para dar el último adiós a su mejor amigo. Pero no era el momento. Si se acercaba a Hannibal moriría antes de poder cruzar una palabra con Emma. Los Hickok se encargarían de ello. Se afianzó en su opinión, tenía que dejar pasar un tiempo antes de volver, quizá un año. Aunque Emma creyese durante todo ese tiempo que había sido el asesino de Jacob. Ya le abriría él los ojos en cuanto pudiera. Pero ahora, su vida estaba en riesgo y tenía que huir. Así que no le quedaba más alternativa, al menos esa noche, que ir al Frech Quarter y buscar a la tal madame Marie Laveau.

Cuando llegó a French Quarter no tuvo que preguntar por la casa de la madame. Era como si un hilo enganchado a sus tripas le condujera hasta ella. Caminó, casi sumido en la embriaguez, hasta que divisó una casona grande, de tablas pintadas en blanco, de verja acabada en punta de lanza, y con un gran porche. La puerta de acceso al jardín delantero estaba abierta, así que entro y subió, paso a paso, las escaleras del porche. Tocó a la puerta tirando de las aldabas con forma de lágrima, y el ruido llenó la noche. Al segundo toque un criollo abrió la puerta, asintió con un amago de sonrisa y le invitó a entrar apartándose a un lado. Jacob pasó sin decir ni una palabra. Se sentía como si llevasen tiempo esperándole, pero sin embargo él nunca había sabido nada de aquellas gentes. El criado le acompañó al patio, un patio enorme, donde no se veían los límites. Ya fuera por la oscuridad o por aquel extraño mareo que se había potenciado con el magnetismo de la casa. Y allí, al fondo del infinito, escuchó los tambores africanos. Rítmicos, al compás de su corazón. Y vio danzar a las sombras alrededor del fuego. Y entre las sombras, una mulata joven ataviada de una bata de colores chillones bailaba y cantaba con las manos en alto, hasta que se detuvo, y un ayudante mulato le entregó un pequeño gato negro. Ella siguió cantando, en ese extraño idioma, sin bailar, acariciando al animal. Hasta que se acercó al fuego y lo arrojó dentro. Entonces las llamas se avivaron al compás de los alaridos del gato. Y Marie Laveau se despojó de toda ropa, a la vez que comenzaba un sensual movimiento y se retorcía, como si el placer la poseyera, como si decenas de manos invisibles la acariciaran. Jacob no pudo evitar caminar hacia ella. No podía, ni quería impedirlo, como si la madame tirase más y más del hilo que le había conducido

hasta ella. En ese momento, cuando apenas estaba a unos pasos de aquel cuerpo tallado en ébano, pudo contemplar la belleza hecha mujer. Un encanto ancestral, una apariencia exótica, mezcla de raíces negras, blancas e indias. Una diosa, al fin y al cabo. La diosa del vudú.

El ayudante que le había entregado el gato se acercó hasta ella y le tendió un amuleto hecho con cuerno de carnero. Ella se lo puso, y el mulato se quitó el taparrabos y dejó al descubierto un enorme miembro. La madame se arrastró hasta él, poseída por la lujuria, y comenzó a chuparlo con desesperación. Cuando el pene estuvo lo suficientemente erecto, se tumbó en el suelo, abierta de piernas, y esperó la penetración. Y mientras el mulato la penetraba, ella miró a Jacob y le habló, sin pronunciar palabra.

—Bienvenido seas a mi humilde morada, Jacob Walters —el joven ni se percató, en su estado, de que aquella hechicera no había abierto la boca para dirigirse a él. Tampoco reparó en que sabía su nombre. Porque con cada palabra de ella todo su ser temblaba, por dentro, y por fuera.

—Buscaba... buscaba —tartamudeó Jacob, que no podía apartar la mirada de aquel espectáculo.

—Sé lo que buscas, chico —respondió ella, preñada de éxtasis. Y ante cada nueva palabra, Jacob sentía un temor reverencial—. A la Reina del vudú vienen a verla ricos, pobres, listos o ignorantes. La visitan desde aquí, desde allá y desde sitios tan remotos e ignotos que el hombre aún no ha llegado a conocer. Pero la Madame sabe siempre lo que ellos quieren. Lo ve en sus sueños y en el polvo de serpiente. Tú quieres dinero para viajar lejos, quizá cruzar un océano. Y tendrás ese dinero, madame Laveau te dará el dinero que necesitas. No quiero que trabajes para mí. Bastantes infortunios te esperan a lo largo de tu vida. Tan solo cumple con tu destino, que llegará el día en que sin que te des cuenta me cobre este favor...

Jacob comenzaba a marearse aún más. Casi no podía tenerse en pie. Marie Laveau y su ayudante follaban ahora de forma salvaje, frenética. Un negro, como aparecido de la nada, tocaba el tambor con lo que le parecieron dos fémures humanos. El sudor corría por sus cuerpos como la lava baja por el volcán. Las piernas del chico fallaban, casi no podía mantenerse en pie. Pero necesitaba saber más.

—¿Mi destino?

—Tu destino está bañado en sangre, chico —dijo con voz cálida la

bruja—. No hay cosa que agrade más a la madame que la sangre. Y ahora, vete. No tendrás problema alguno en llegar a donde quieres llegar.

Y dicho esto, Jacob cayó desmayado y tuvo pesadillas. En ellas volvía a The Walls...

# 20

Habían salido temprano de la cárcel. Aquel día de invierno era tan frío que Jacob pensó que podría untar el vaho que salía de su boca en un pan y desayunárselo. Tenía la punta de los dedos tan congelados que portar listones del barco a la carreta era peor que meter las manos en barriles de agua helada. Todos los presos intentaban calentarse los dedos durante unos segundos en la hoguera que habían hecho los guardias, pero estos, azuzados por las prisas del capitán del vapor, les increpaban para acabar rápido con el trabajo.

—¡Inútiles, en cuanto descarguéis podréis estar junto al fuego durante más tiempo! —gritó uno de ellos—. ¡Daos prisa!

Debía de quedar poca faena cuando Jacob notó que Simon Ronnie se comportaba de forma extraña. De normal se mostraba manso ante los guardias, pero en las últimas horas el rubio había comenzado a bordear la raya que le separaba de, como mínimo, una buena paliza. Farfullaba cada vez que alguien le ordenaba algo, y cuando le llamaban la atención por insultar a Jacob, sonreía maliciosamente y con sus dedos formaba un revólver que apuntaba al corazón del chico.

—Cadáver —llegó a decirle una de las veces cuando se cruzaron cerca de la pasarela de embarque.

Jacob le ignoró. El frío le atenazaba los dedos y la mente, así que solo prestaba atención a sus dedos enrojecidos y a sujetar bien la mercancía para que no se cayese.

El clima también tuvo mucho que ver para que los guardias descuidaran su trabajo. Acostumbrados a tratar con presos dóciles a los que la poca condena que les restaba tenía más peso que todas las cadenas, bolas y grilletes de The Walls juntos, nunca se esperaron que en el barco hubiera un compinche de Simon Ronnie que le pasase un revólver y se apostase con un rifle desde lo alto de la cubierta principal. Los dos socios no tuvieron problemas para matar a los cuatro guardias. Lo hicieron antes de que estos tuvieran tiempo de sacar sus manos de debajo de los ponchos. Cuatro disparos certeros. Bang, bang, bang, bang.

Después Simon mató al capitán del vapor, que intentó disparar a su

compinche por la espalda cuando vio lo que habían hecho. Todo transcurrió en escasos segundos, con los gritos descarnados de la tripulación y los viajeros de fondo, que corrían hacia las otras cubiertas.

Para cuando los otros presos se quisieron dar cuenta de lo que ocurría ya estaban manchados por la sangre de los guardias. Ninguno hizo nada para detener aquella masacre, solo se quedaron quietos, aguardando acontecimientos.

Ronnie se dirigió hasta el cadáver de uno de los guardias, le cogió las llaves que tenía colgadas al cinto y se quitó las cadenas. Ayudó a los demás con una sonrisa. A todos menos a Jacob, que aún temblaba con la boca abierta, paralizado por el shock de lo que acababa de presenciar. Ronnie le apuntó al corazón, su enorme nuez subía y bajaba, pero su pulso era firme.

—Esto es lo que merecen los chivatos —le dijo con una sonrisa.

Jacob miró el cañón del arma, luego la mano que lo portaba, subió por el brazo y miró al rubio a los ojos. Vio su muerte reflejada en ellos, y por una vez en su vida dejó de tener miedo. Asumió su destino, y se dio cuenta de quizá era el mejor que podía tener. Todo el que estaba a su alrededor sufría por su culpa: Emma, Noah, hasta Twain...

—Mátame... —dijo mientras asentía.

Ronnie frunció el ceño extrañado, hubiera preferido ver miedo, que el chico suplicara por su vida. Su dedo se tensó en el gatillo y disparó, pero antes de hacerlo una bala impactó en su cabeza y el tiro que iba destinado al corazón de Jacob acabó en su estómago. El chico dobló las rodillas y las hincó en la tierra mojada. Dolor, dolor, dolor. Insufrible, frío. Sus ojos se nublaron, sus oídos dejaron de escuchar, sus sentidos se concentraron en el agujero que tenía en la barriga y del que no paraba de manar sangre. Miró hacia el frente y vio cómo el piloto del barco intercambiaba disparos con el socio de Ronnie, que se tiró al agua cuando se le agotaron las balas. Jacob ya no pudo ver más, cayó de bruces contra el suelo, y aún con los ojos abiertos su conciencia le abandonó.

*Chivato, chivato, chivato...*

Oscuridad... inmensidad... vacío.

—¡Hay que estabilizarlo! —dijo alguien. En algún lado. En todos

lados.

Jacob se sumergía, se hundía en las profundidades como si todo su cuerpo fuese de plomo. Miraba hacia arriba. Hacia la superficie, donde el sol aún llegaba. Mientras, él caía, con sus brazos formando una cruz, con los ojos bien abiertos.

*Aquí no puedes respirar, ¿por qué respiras, Jacob?¡No lo sé! Pero, ¿quién me habla? Te hablo yo, o sea, tú. Ah… pues me hago un lío. Es como si fuésemos dos, ¿no? ¡Algo así! Comprendo.*

—Necesito un diagnóstico… —más voces. Lejos.

Ruidos metálicos.

—Hay orificio de salida, Doc. Después de todo ha tenido suerte de que el disparo fuese a bocajarro.

—Bueno, si a esto le llamas suerte, Rachel… más éter, se está moviendo.

—¡Estabilízalo, se nos va!

Nunca pensó que pudiera hundirse tanto, ¿cuánto tiempo llevaba cayendo? Siglos, llevo siglos. ¿Dónde quedaba la luz? Allá arriba, mil millas arriba, allá donde los soles y las lunas son los cascos de los barcos. Donde las constelaciones se las lleva la marea. Cierra los ojos, duerme, descansa, el Mississippi te acunará. Estoy muy cansado, sí, los párpados me pesan como sacos de piedra, y no puedo parar de hundirme, no me quedará aire para subir a la superficie. El río me arropa en su regazo. Me hace ser parte de su universo.

—¡He conseguido estabilizar la respiración, Doc!

—Muy bien, Rachel. Ahora ayúdame a ver qué órganos están afectados. No te pongas nerviosa, lo estás haciendo bien.

—El tracto intestinal está bien, Doc…

—Gracias a Dios. A este chico se ve que no le quieren aún por allá arriba… sigamos.

Jacob ya no oía nada. La oscuridad más absoluta se había cernido sobre él. Allí todo era paz y silencio, ¿pero dónde era allí? Estoy muerto. Esto es la nada. Ahora no soy, no existo, no me hundo más, sino que parezco flotar. ¿Cuánto tiempo estaré aquí? Si es que existe el

tiempo. Sí, debe existir. Por ejemplo, si puedo contar, el tiempo tiene que existir: uno, dos, tres, cuatro, cinco... el tiempo existe. ¿Por qué pienso esto? Quiero salir de aquí. El tiempo me importa un bledo. Me agobio. Necesito moverme. Gritar. Con fuerza. No puedo. ¡NO PUEDO! ¿Escucha alguien mis pensamientos? Vamos, tranquilízate, tienes que pensar en algo grato o enloquecerás. Vapores. Ellos siempre son gratos, nunca me he enfadado con ninguno de ellos, aunque claro, no son personas. No, claro que no, son mucho mejores que las personas. ¡Ey, Jacob! Cuéntame una de tus anécdotas sobre vapores. ¿Noah?, ¿qué haces dentro de mi cabeza? Si estoy muerto, no puedes estar aquí en la nada. ¿Ah, no? ¡Pues estoy! y déjate ya de excusas y cuéntame historias, follador de vacas paralíticas...

—... desde el cuarenta y dos hasta hoy han mejorado mucho las técnicas antisépticas...

—Y que lo digas, Doc..., ¿y ahora qué?

—Pues a esperar. Hemos hecho todo lo que está a nuestro alcance. No está en nuestras manos que este chico sobreviva. Que lo haga o no ya es cosa de Dios.

—Rezaré por él. Es poco más que un niño, después de todo.

..........................................................................................

*Había una vez un chico taciturno de la misma edad que nosotros al que un piloto le permitió ser su timonel. El piloto era mordaz y despreocupado, y gustaba de hacer bromas pesadas. Siempre se metía con todo el mundo, fuese negro o blanco, y si el capitán del barco que pilotaba no tenía mucha personalidad, también se convertía en el centro de sus burlas. No respetaba casi a nadie, solo al pequeño y silencioso timonel. Formaban una extraña pareja, y nadie sabía exactamente qué vínculo les unía. Yo les pregunté cierto día, haciendo la travesía entre Nueva Orleans y Cairo en el Princess Anna, que estaba llena de bajíos, pero ambos se hicieron los sordos. Unos decían que eran padre e hijo, aunque lo cierto es que no se parecían en nada. Otros rumores decían que el piloto había matado al padre del chico en una disputa de bares, en defensa propia, y que, arrepentido, como compensación, le prometió a la madre que haría del chico su cachorro y que estaría pilotando los mejores barcos del río en pocos años. Sea como fuere, ambos siempre estaban juntos. Si el piloto cambiaba de barco, el chico también. Si el piloto bajaba a tierra, su cachorro le acompañaba. Esto siempre era así... y digo era, porque una noche ocurrió algo...*

—¡No pueden llevarse al chico, Segundo! —gritó Doc.

—Aquí tampoco puede seguir, es un preso.

—¡Pero está grave! Podría morir si le mueven, tienen que dejar que se recupere un poco más..

—Doctor, llevamos dos días en este asqueroso puerto, no creo que la gente que viaja en este barco esté dispuesta a esperar un día más. A ellos les da igual que un preso muera con tal de llegar a tiempo a su destino. Hay dos guardias de The Walls esperando en el puente para llevárselo. Ha hecho lo que estaba en su mano, ahora deje que se lo lleven.

—Pero, Segundo... si no lo llevan a un lugar en condiciones podría morir de una infección... la cárcel debe ser el mayor foco de infección del mundo, capitán.

—No es nuestra responsabilidad, Doc. Se lo llevan. No hay más que hablar.

*... Jacob, ¿es una historia de miedo? Ya sabes que...*

*...Calla y no me interrumpas, Noah. Sé que te va a gustar, pero si me interrumpes pierdo el hilo y luego me cuesta recuperarlo. Bien, sigo... te decía que cierto día volví a embarcar en el Princess Anna. Era pleno verano, y me sorprendió no encontrar al piloto echado sobre una silla y con las piernas en alto, como acostumbraba a hacer. El pequeño timonel sí que estaba, y permanecía atento al río, obedeciendo las órdenes de su nuevo jefe, en total silencio, como siempre. Cuando pregunté al capitán que dónde se encontraba su antiguo piloto me condujo a su camarote y me contó una historia que me puso la piel de gallina.*

*... ¡Sabía que sería una historia de miedo!*

*... Pshhh, calla, Noah. Lo contaré todo palabra por palabra tal como me lo narró el capitán del Princess Anna. Por lo visto, habían atracado en Nueva Orleans apenas un mes antes. También en una tarde calurosa. Antes de que los porteadores comenzaran a descargar fardos el piloto y su cachorro ya habían bajado del vapor y se habían metido en una tasca del puerto. Nadie dio importancia a esto, los pilotos acostumbran a escabullirse en cuanto el barco atraca y no suelen volver hasta que parte de nuevo. Jamás se ha visto a un piloto hacer otra tarea que no sea la de pilotar. El caso es que nadie volvió a pensar en ellos dos hasta que a la noche el chico regresó solo. El capitán dice que temblaba de pies a cabeza, y que estaba tan pálido que por un momento le creyó cadáver. Le preguntaron que dónde se encontraba su jefe, pero el pequeño timonel no respondía. El capitán le llevó a su camarote y le calentó un poco de whisky, se lo dio a beber, y*

*entonces... entonces el chico habló como nunca en su vida había hecho.*

*Contó que habían vagado por entre calles extrañas, plagadas de lujuria y perversión, donde las mujeres, blancas y negras, se mostraban desnudas en plena calle, y se tocaban los pechos mientras les hacían indicaciones para que entrasen a sus locales. Donde rateros y apostadores perdían su dinero en peleas de ratas o partidas de cartas, y donde grupos de borrachos se partían la mandíbula a cada dos pasos. El chico contó que tras mucho vagar y perder dinero, acabaron en un prostíbulo, donde él se quedó en la barra mientras el piloto subía a... a... bueno, ya sabes, a acostarse con "merestrices" de esas. Así que allí se quedó, delante de un vaso de leche caliente y ante la atenta mirada de un mesero con malas pulgas. Varias chicas rodearon sus hombros, y le susurraron palabras feas al oído. Renegó de los servicios que le ofrecían con mucho nerviosismo. Él le dijo al capitán que aquel ambiente cargado de humo y de gente gritando y maldiciendo no le gustaba nada. Y que había algo oscuro en la mirada de todas las prostitutas que por allí se dejaban ver. Que se puso demasiado nervioso y que hizo algo que nunca había hecho: subir a buscar al piloto para marcharse de allí.*

*Contó que mientras subía las escaleras de madera crujiente hasta la segunda planta, ya vio pequeñas gotas de sangre sembradas por acá y por allá. Dijo que cuando se detuvo delante de la única puerta que permanecía cerrada, se arrepintió al momento de lo que estaba a punto de hacer. Narró que cuando giró el pomo y vio la carnicería que había en la habitación gritó hasta desgañitarse, hasta que sus ojos grabaron a fuego la escena en la que el piloto yacía desangrado, con la cabeza casi cercenada, y con dos preciosas mujeres de bellos y desnudos cuerpos y colmillos afilados lamiendo su sangre y bañándose entre sus entrañas aún humeantes. Explicó que cuando le vieron allí plantado comenzaron a reír a carcajadas, y que una de ellas se abrió de piernas y le pidió que se la clavara hasta el fondo.*

*...Cielo santo, Jacob. Sabía lo que pasaría mal escuchando esta historia... ¿y qué hizo el chico?*

*...Salió a correr hasta que llegó al barco.*

*...¿Y ya está? ¿No volvieron a buscar al piloto?*

*...Sí, claro. Nadie creyó la historia de primeras. El capitán mandó a un par de hombres, pero le dijeron en el prostíbulo que allí no había parado ningún piloto. Cuando los hombres subieron a la habitación que había indicado el muchacho solo encontraron una cama bien hecha, un sifonier y una jofaina de metal. No había rastro de sangre, vísceras o pilotos*

*descuartizados.*

*...Diantres. ¿No enloqueció el timonel? ¡Yo lo hubiera hecho! Presenciar algo así... tendría pesadillas por el resto de su vida. Aunque quizá se lo inventó todo, no sé.*

*...¿Y por qué inventar algo así, Noah? Yo me lo creo. Compartimos el mundo con criaturas espeluznantes, estoy seguro. Si existen barcos fantasmas, ¿por qué no estos demonios embutidos en cuerpo de mujer? Y volviendo al muchacho, supongo que volvió a ser timonel porque el río le mantenía cuerdo. Me quedé tan impresionado por la historia que me contó el capitán que ni me atreví a preguntarle al cachorro el motivo de seguir surcando el río.*

—Este crío está más muerto que vivo, Stone Fist. El segundo de a bordo del barco estaba deseando que le sacáramos de allí, pero el médico que lo salvó decía que era sentenciarlo a muerte.

—Comprendo —respondió este con tono de preocupación—. Llevadlo a la enfermería, tendremos que ingresarle. Que Richardson le prepare una cama. Y dile de mi parte que si deja que el chico muera le cortaré los huevos y haré que se los coma, ¿entendido?

Jacob se debatió entre la vida y la muerte durante semanas. Tal y como temió el joven médico que trabajaba por horas en la cárcel, la infección hizo acto de presencia. Al fin y al cabo la enfermería era una celda un poco más limpia, pero igual de fría y húmeda que el resto, y además, con un olor mezcla de heces y orina, proveniente de una fosa séptica cercana. La fiebre irritativa arremetió contra él, a lo que siguió un drenaje purulento desde las incisiones, y ya en pocos momentos se despejaron las brumas de la inconsciencia que rodeaban al muchacho. Él era un viajero sin luz en una ciudad oscura. La herida supuró pus, un pus que presagiaba muerte, y que olía aún peor que la fosa. Y el chico padeció dolores insufribles. Dolores que se adentraban en su mente formando las peores pesadillas y que eran tan sólidos como los barrotes de la puerta principal de The Walls. Varias veces Richardson le dio por muerto y pegó su oído a la nariz del chico mientras comprobaba si su pecho subía y bajaba; tenía claro que una sepsis aplastante acabaría con él. Pero la vida se sujetaba a Jacob como una garrapata a un chucho. Y al final, consiguió vivir.

La primera vez que Jacob fue verdaderamente consciente de dónde se encontraba y de por qué estaba allí, había pasado más de un mes y medio. Despertó solo, miró a su alrededor y vio paredes de piedra vasta salpicadas de utensilios médicos. Cuando intentó incorporarse,

un latigazo en las tripas volvió a tumbarle. Gritó pidiendo ayuda, con la vista clavada en la gruesa puerta con barrotes que daba a uno de los pasillos de la cárcel, pero nadie acudió. Llamó a Stone Fist, a Emma, a Noah, a Twain, incluso a su madre muerta, pero fue en vano. Estaba solo. Aún así, gritó hasta desgañitarse. Siempre he estado solo, pensó. ¿Dónde se meten Emma, Noah y Twain en estos momentos? ¿por qué me han dejado solo aquí? ¡He estado a punto de morir y nadie ha venido a verme! ¡A despedirme! ¿Es esa la huella que dejo? Parece ser que la única que se preocupaba por mí después de todo era la vieja borracha. Intentó tranquilizarse, y aunque un ser muy pequeño que habitaba en su mente le decía que no estaba siendo justo con sus amigos, sentía una rabia inconmensurable al imaginárselos en sus quehaceres diarios. Vio a Emma de charla con el señor Heathcliff a la salida de la escuela, sonriendo, feliz, con sus libros estrechados contra el pecho y ajena a todo lo que le había ocurrido. Imaginó a Noah en la imprenta, ayudaba al hermano de Twain, y al propio Twain saliendo cada tarde al puerto y hablando quizá con algún piloto para convertirse en su aprendiz. Una inquina furiosa hacia ellos se abría paso a hachazos en su corazón. De nada le servía saber que el único culpable de que acabara en la cárcel había sido él mismo. Tampoco le valían las cartas que había ido recibiendo y a las que no había podido responder, esas cartas que seguían llegando, y en las que sus amigos le mostraban su preocupación. Después de todo, seguramente ni supieran que la muerte le había revuelto el flequillo.

*¡No puedes odiarles, ellos no tienen la culpa de nada! Se preocupan por ti y te escriben...*

*¡Cállate, sé que no debo odiarles, pero les odio! ¡Una carta es solo un mísero papel! ¡Ellos deberían estar aquí! Tendrían que haber encontrado el modo de venir. ¡Yo lo hubiera hecho por ellos!*

*¿Pero por qué? No saben de ti, no les dejarían visitarte, y son pobres para permitirse el desplazamiento. ¡Madura!*

*Que se mueran. Si de verdad lo quisieran estarían aquí. ¡No les quiero! ¡Viviré solo toda la vida!*

*No puedes desearles eso. Son tus amigos. Te quieren.*

*He dicho QUE—SE—MUERAN.*

Aplastó con un dedo enorme a aquel pequeño ser que habitaba en su mente. Entonces lloró de rabia, de impotencia, de dolor. Estaba solo en el mundo, siempre lo estaría. Lo aceptó con decisión, al igual que

aceptó que moriría cuando el cañón del arma empuñada por Ronnie le apuntaba al corazón. Nadie podía fallarte si no tenías sentimientos. Enterró a sus amigos. Después de todo, la vida podía tener sentido si uno luchaba por sus sueños, y su sueño era convertirse en piloto del río. Siempre lo había sido. Pasase lo que pasase en su vida, nunca se le había olvidado que él anhelaba ser piloto y tener su propio vapor. El Mississippi era el único que nunca le había fallado. Era un padre, pero de los de verdad, no como el que él había tenido. Un padre que le recibiría con los brazos abiertos cuando abandonara aquella maldita cárcel.

Una hora después apareció Richardson y se mostró alegre por la recuperación de Jacob, agarró una banqueta de madera y se sentó junto a él.

—Parece ser que vas a poder cumplir tu condena —le dijo en broma.

Y la cumplió, pero en esos seis años ocurrieron muchas cosas, además del maceramiento del odio de Jacob hacia todo lo que tuviera que ver con su vida anterior. Entre ellas la más destacable fue la epidemia de cólera que se desató en Jefferson City dos años después del balazo que Jacob recibió en el estómago. La muerte llegó al puerto, como si de una mercancía lúgubre se tratara. La portaban miembros de la iglesia mormona que viajaban camino de California en el Monroe, un vapor mediano que recorría el Missouri. Cuando llegaron al puerto desembarcaron buscando la ayuda que una ciudad sin hospital no les pudo dar. Durante más de dos años la parca se paseó por las calles de la ciudad, llevándose consigo sesenta y cuatro vidas; sobre todo parecía tener especial interés en los niños menores de cinco años. El comercio exterior se paralizó por completo. The Walls también recibió la visita de tan insigne dama, mermando la población penitenciaria, y provocando un mayor número de fugas. Los presos querían huir de una ciudad infecta. Fueron tiempos difíciles en la penitenciaría que Stone Fist manejaba junto al alcaide con mano de hierro, y aunque la guadaña de la muerte pendía sobre todos, guardias incluidos, Jacob no tuvo miedo. Él siguió creciendo, haciéndose un hombre entre aquellos muros. Pronto su altura no tuvo nada que envidiar a la de Stone Fist, y la sombra de la barba apareció en su rostro. Su fama de chivato quedó atrás. Se volvió retraído, taciturno y peligroso cuando se le provocaba. Envió a la enfermería a dos presos que le molestaron durante una comida. Los dos tipos habían ingresado en The Walls pocos días antes, e intentaron labrarse fama de matones para que no les molestaran, pero el tiro les salió por la culata y eligieron a un Jacob que no tenía miedo a nada porque no tenía nada que perder. Los latigazos de Stone Fist se le quedaron grabados en la espalda de por vida. Pero nunca

odió a aquel hombre, ni aquel hombre le odió a él. Al contrario, desde que Stone Fist puso su vida en peligro se convirtió en su protector. Se sintió tan responsable de él, que en ocasiones le visitaba en su celda y le interrogaba sobre el futuro, sobre qué haría Jacob al salir de la cárcel, sin dinero, sin profesión. También le llevaba libros sobre vapores, y le preguntaba el motivo por el que desde que salió de la enfermería había solicitado que no le hicieran llegar más cartas. De nadie. Incluso en cierta ocasión, varios años después, en la que Stone Fist le había llevado un fajo de cartas provenientes de Hannibal, el chico las había destrozado con rabia delante de él. Había roto con su pasado, le dijo aquella vez. Pero Stone Fist veía más allá de las palabras. Allí donde la duda anidaba en el alma de Jacob Walters. Y el día en que Noah, Emma y Mark Twain se habían presentado a las puertas de la penitenciaría, Jacob se negó a verlos. Para él ya era tarde, dijo.

La mañana en que Jacob quedaba en libertad, Stone Fist entró en su celda para despedirle. El gigante se sentó en el camastro, junto a él. Tras unos momentos en silencio le alargó una hoja doblada en dos.

—¿Qué es? —preguntó sin desdoblarlo un Jacob de dieciocho años al que habían rapado para igualar el pelo.

—Un empleo —Stone Fist se sentía viejo y un poco triste—. Algo para ayudarte a empezar con tu nueva vida. Entrega esta carta en las oficinas de la Collins Line y te darán una ocupación. El viejo Collins me debe más de un favor y es hora de cobrárselos.

Jacob apenas pestañeó, tampoco se giró para mirar a la cara a Stone Fist.

—También puedo vender la casa de mi madre.

—Quizá lo que te convenga sea pasar un tiempo alejado de tu pueblo. Como me dijiste una vez, has roto con tu pasado. Así que no entiendo que lo primero que quieras hacer sea volver a Hannibal —dijo severo—. La Collins Line lleva el servicio postal entre New York y Liverpool. Estarías en un vapor, cruzarías el océano y visitarías el viejo continente. No tiene mala pinta. Quizá conozcas a una inglesita guapa y te quedes allí. O quizá no, y entonces cuando vuelvas puedas ver todo lo que te ha ocurrido desde otro prisma y regresar a Hannibal con la mente despejada.

Jacob observó la hoja, la desdobló, la leyó y la volvió a doblar. Después miró a los ojos a Stone Fist.

—Gracias —El gigante no supo si le daba las gracias por aquello o por haber cumplido su promesa de mantenerlo con vida mientras estuviera en The Walls—. La guardaré —añadió.

—No quiero volver a verte nunca por aquí —respondió Stone Fist. Se levantó de la cama y le abrió la celda para que saliera por última vez de ella. Quería darle un abrazo al chico, pero jamás lo haría.

—Antes muerto —sentenció Jacob totalmente en serio.

El Jacob Walters que salió de la cárcel nada tenía que ver con el que entró.

# 21

Cuando despertó, al día siguiente, sobre una banqueta del puerto, con las gaviotas volando en círculos sobre él, y con la resaca más impresionante que hubiera soportado en su vida, tenía dinero más que suficiente en los bolsillos como para llegar hasta New York e incluso comprar calzado nuevo. Eso y el amargo recuerdo de sus paso por The Walls.

*Tu destino está bañado en sangre...*

Como no había ferrocarril hasta Indianápolis, hizo el trayecto en diligencia. Una vez allí, llegar hasta Cleveland fue relativamente fácil. Al igual que Búfalo, Rochester, Syracosa, Albany, y por último New York. Un viaje largo, en el que tuvo mucho tiempo para pensar sobre lo acaecido aquella noche en casa de la madame Marie Laveau. Definitivamente, no quería volver a ver a aquella mujer nunca más.

Si de algo se hablaba en New York aquellos días de 1853 era sobre la primera Exposición Universal en el Reservoir Square, y de la compra por parte del Ayuntamiento de casi toda el área situada entre las calles 59 y 106. Jacob lo había escuchado en el vagón en el que viajaba a dos caballeros muy espigados, pero al bajar en la estación también lo oyó en varias conversaciones frente a los kioscos de prensa. Al parecer, el Ayuntamiento quería crear un gran parque allí, algo así como el pulmón de New York, y estaban dispuestos a gastarse la friolera de cinco millones de dólares en adaptar aquella parcela fea y arisca de la urbe y construir el Central Park. A Jacob, acostumbrado a estar rodeado de naturaleza, río y gente sana, aquello le parecía cuanto menos curioso. Él, en Hannibal, solo tenía que cruzar un par de calles para estar en un parque tan grande como New York entero. Agarró el New Evening Post de la balda y leyó un titular del periodista y poeta William Cullen Bryant que recogía declaraciones suyas de tres años atrás: "Que la municipalidad abra un parque, un gran parque, un verdadero parque que, para la sana diversión del pueblo, lo aleje del alcohol, del juego y de los vicios, para educar en las buenas maneras y en el orden."

Pensó que de buena gana se acercaría en aquellos momentos al alcohol, el juego y los vicios, pero no quería echar más mierda bajo la

alfombra.

Al salir de la estación y ver en todo su esplendor parte de aquella descomunal urbe, solicitó a un cochero que le llevase a South Street, la dirección que venía en la carta de recomendación de Stone Fist. En el momento en el que los cascos de los caballos comenzaron a chocar contra las piedras de la vía, Jacob entró en estado de duermevela. Un viajero cualquiera, y más de la zona rural, hubiera aprovechado para echar un vistazo a aquellas calles de edificios tan altos que costaba creer que la luz pudiera colarse por entre ellos. Pero, desde que huyera de Hannibal no había podido conciliar bien el sueño y se sentía sin fuerzas. Siempre soñando que lo perseguían, siempre atormentándose con el pensamiento de que Noah había muerto, y de que Emma, y también Twain, podrían pensar que él había sido el asesino. Cuando el cochero dio varios golpecitos en la puerta, Jacob se sobresaltó, salió del carruaje y pagó al hombre con un dinero del que prefería no recordar la procedencia. Con una inclinación de cabeza el cochero se despidió y partió de vuelta y sin mayor demora hacia la estación.

La mañana llegaba a su fin y el río Hudson acariciaba New York con delicadeza. Las gaviotas les sobrevolaban en círculos, atraídas por las sobras de los pesqueros, mientras barcos llegados de toda Europa traían a inmigrantes, sobre todo irlandeses y alemanes, en busca de una tierra mejor donde echar raíces. Y de eso charlaban los pescadores, de la inmigración. De si era un problema, o al contrario, algo necesario para el crecimiento del país.

Jabob no podía cerrar la boca de la admiración que sentía, aquel era el puerto más grande y vivo que había visto en su vida. Todo era movimiento. Barcos, de vela, vapores, o híbridos partiendo hacia mil y un destinos, otros atracando en los numerosos muelles y descargando mercancías de todos los confines de la Tierra. Había tantos barcos que era imposible contarlos. Estibadores, marineros, mozos, pescadores, esclavos, terratenientes, damas, aventureros. Una orgía de color, de clases y estamentos. Música para sus oídos. Intentó no embelesarse mucho y caminó, con las manos en los bolsillos, hasta dar con la fachada de la New York & Liverpool United States' Mail Steamship Company, más conocida como la Collins Line. La oficina estaba en la esquina norte de South Street con Burling Slip. Por lo poco que le habían contado en el tren de camino a New York, la Collins era el rival americano en cuanto a correspondencia transoceánica de la Cunard británica. Con barcos mejores, el doble de grandes y cómodos, pero también, con el doble de gastos, ya que consumían el doble de carbón que el vapor más grande de la Cunard. Además, se rumoreaba

que la Collins no estaba pasando por buenos momentos económicos. Decidió dejar los rumores a un lado y conocerlo todo de primera mano. Así que entró en las lujosas oficinas con paso decidido y se dirigió hacia un mostrador junto a la entrada, donde un recepcionista con anteojos y enormes patillas escribía con pluma sobre un papel.

—Buenos días, señor —saludó. Entre sus manos, pegada al pecho, la carta de recomendación de Stone Fist—. Venía a hablar con el señor Edward Knight Collins.

El recepcionista apartó la atención del papel en el que escribía y le dirigió una mirada reprobatoria. Después, se asomó por encima del mostrador, bajó sus lentes, y le inspeccionó desde la cabeza hasta los pies. Se puso bien los anteojos y preguntó con desdén:

—¿Usted? ¿Al señor Collins? —dicho esto lamió la punta de la pluma, la metió en el bote de tinta y volvió a escribir con esmerada caligrafía. No tenía ya interés en aquel chico medio vagabundo.

—Traigo esta carta de recomendación. Si usted me hiciera el favor...

El hombre le ignoró. Escribía sobre algo tan sumamente interesante, que la presencia de Jacob le resultaba tan molesta como un mosquito en medio de la noche. Ris, ras, ris. Escribía despacio y se detenía a mirar cada letra después para ver si estaba a su gusto. Jacob tragó saliva, comenzaba a enfadarse, a sentir que la nube roja le nublaba la razón, y es que después de todo lo vivido para llegar hasta allí, un chupatintas no iba a impedirle ver a Edwark Knight Collins. Así que dio un golpe con la mano en el mostrador y volvió a repetir, palabra por palabra y con tono amenazador, lo que había dicho anteriormente sobre la carta. El tipo se le quedó mirando como si el mosquito se hubiera convertido en una cobra, y agarró la carta con cuidado. La abrió, leyó el contenido con una ceja alzada, y se retiró con ella por un pasillo trasero. Tardó cerca de cinco minutos en aparecer, pero cuando lo hizo, su tono de voz había cambiado por completo y lucía la más falsa de las sonrisas.

—El señor Collins está dispuesto a atenderle, señor Walters. Por favor, pase.

Le condujo por el pasillo hasta una puerta labrada en madera de roble, donde podía leerse, en el cristal incrustado, el nombre y cargo del dueño de la Collins. Tocó un par de veces, abrió la puerta, y dejó pasar a Jacob, que se encontró frente al magnate Edwark Knight Collins. Collins bien podía aparentar los cincuenta años, con entradas

amplias y pelo largo y oscuro, ojos claros y cara de bobalicón; Un granjero embutido en un traje negro y medio ahogado por un pañuelo blanco de seda, que observaba varios mapas tras un escritorio repleto de cartas de navegación. El hombre levantó la vista y le hizo un gesto con la mano para que se le acercara. Parecía nervioso.

—Así que te manda mi primo para que te dé trabajo —dijo el magnate, aún sin mirarle a los ojos—. Vaya, vaya, a la gente le gusta mucho esto de pedir favores. Yo también los pido, sí, lo reconozco, y si no que se lo digan al Senado, que le acabo de mandar otra carta para el tema de las subvenciones. Pero esto de mi primo... hacía tiempo que no sabía de él, prácticamente desde que trabaja en esa cárcel de mala muerte, y ahora me vienes tú con una carta de recomendación firmada por él. Que me arranquen la cabeza. Pero bueno, siéntate, chico. ¿De dónde vienes?

Jacob se sentó, apartando varios libros de la silla. Se fijó en la ventana posterior del despacho, y en las preciosas vistas que tenía al puerto.

—Procedo de Hannibal, señor —respondió—. Aunque ya no sé si ese es mi hogar...

Collins levantó una carta de navegación y la miró con detenimiento. No parecía haberle escuchado, de hecho, parecía haberse olvidado de la presencia del joven. Jacob se sintió dolido, en cierta manera, le acababa de abrir un poco su corazón al viejo. Así que carraspeó para molestarle, definitivamente, aquel hombre o estaba muy concentrado o era muy despistado. Pronto se decantó por la segunda opción.

—¿Sigues aquí? —preguntó el hombre.

—Sigo aquí, señor. Si ni siquiera hemos intercambiado un par de frases — respondió Jacob, incrédulo.

—¡Ah!, ¿no? —el viejo se rascó la coronilla—. Creía que sí. Tienes acento sureño, ¿de dónde eres?

—De Hannibal, señor —suspiró Jacob, resignado.

—¿Y eso dónde diantres queda? —preguntó Collins levantando otra vez la misma carta de navegación.

—En Missouri, es un pueblo pequeño a orillas del Mississippi.

—Mmm... así que mi primo quiere que te dé trabajo. Menudo sinvergüenza. Tan grande y tan maleducado. Nunca escribe, ¿sabes?

—volvió a quedarse en silencio, y señaló un punto en un mapa del escritorio, después asintió—. Bueno, ¿y qué sabes hacer?

Aquello pilló descolocado a Jacob, que en realidad, salvo picar piedra, transportar material de construcción y hacer labores de lavandería, poco más sabía. Lo explicó, diciéndose a sí mismo que lo mejor era ser sincero. Collins se le quedó mirando y dijo:

—Vamos, que eres una mula de carga, ¿eh, joven? ¿Y estás seguro de querer trabajar en la Collins? ¿Qué sabes de nosotros?

—Sé que son la competencia de la Cunard británica en lo que se refiere a transporte transoceánico —contestó Jacob, contento de haberse puesto un poco al día respecto a la empresa—. Que sus barcos son mejores, aunque más costosos de mantener. Y poco más, la verdad, señor.

—¡Ja! ¿Competencia dices? —el hombre se echó hacia atrás y comenzó a reír con fuerza, agarrándose la barriga—. La Collins no tiene competencia, muchacho. Tenemos cuatro barcos de más de tres mil toneladas, el Atlántico, el Ártico, el Báltico y el Pacífico se llaman. Todos ellos el doble de grandes y lujosos que cualquiera de las naves viejas de ese ruin de Samuel Cunard, y más rápidas, al menos doce nudos. Así que eso de competencia es irrisorio, ¡no tenemos competencia! —Edward Knight Collins parecía acalorado y había comenzado a sudar y a retirarse con un dedo el pañuelo del cuello para poder respirar mejor.

Jacob temió haber contrariado al magnate, pero el hombre solo reía. Pensó que quizá el de pueblo, al fin y al cabo, era él. Y que si aquel hombre había llegado a rico sería por algo. Así que sonrió y esperó a que Collins acabase su disertación para ver si le iba a dar trabajo o no. Cosa que quizá había dado por hecho sin reparar demasiado en ello.

—Una pregunta —miró brevemente la carta de recomendación de Stone Fist para recordar el nombre—, Jacob Walters, ¿por qué quieres este trabajo?

Pensó en mentirle. En decirle que siempre fue su sueño trabajar en una empresa como la Collins Line. Que amaba el océano, que era un hombre de mar. Que quería una novia en cada puerto...

—Señor Collins, quiero ganar mucho dinero y tener el día de mañana mi propio vapor para surcar el Mississippi. No quiero otra cosa. ¡Solo ser piloto de un gran vapor!

El viejo dejó de reír y entrecerró los ojos para estudiar a Jacob.

—Muchacho, me caes bien —dijo—. Eres tan ingenuo, que no te veo capaz de engañar a nadie. Admiro a las personas con sueños, con ambición. Te pareces a mí cuando tenía tu edad. Además, eres joven y fuerte, se te ve. Pero ocurre una cosa… no te veo trabajando en ninguno de mis barcos.

A Jacob se le paró el corazón. Necesitaba aquel trabajo, necesitaba huir, alejarse, poner océanos de por medio…

—Déjame acabar, chico —intentó tranquilizarle Collins cuando vio su cara de alarma—. Quiero decir, que no te veo en ninguno de mis barcos, no en los construidos, al menos. Pero tengo otra cosa para ti… aunque necesito por tu parte la promesa de que no dirás nada a nadie de lo que te proponga ahora, aceptes o no. Si mi primo te recomienda, cosa que nunca ha hecho con nadie, es que debes ser de fiar… pero yo necesito esa promesa, por tu honor.

Jacob pensó si tenía honor o no, y llegó a la conclusión de que lo tenía intacto de no usarlo. Así que decidió apostarlo. Total, necesitaba el trabajo y el viejo había despertado su curiosidad.

—Lo prometo —dijo—. Nada de lo que me diga saldrá de este despacho.

—¿Usarías tu vida como aval para esa promesa? —preguntó el viejo muy seriamente.

—Lo haría —respondió Jacob algo sorprendido. No entendía tanto misterio, pero diablos si no había conseguido llamar su atención.

—Me fío —asintió Collins—. Bueno, en ese caso, te pondré al día. Me están construyendo otro barco en los astilleros. Uno no tan grande, y tampoco tan lujoso, como los cuatro que ya tenemos. Un barco del que pocos conocen su existencia o su propósito. Cuya labor será diferente a la de mis otros barcos. No vamos a cruzar el océano con él para llevar pasajeros o cartas, no. Lo que haremos será muy diferente —el viejo se acercó a Jacob y el resto lo susurró—. Buscaremos tesoros hundidos, amigo mío. Monedas de oro y de plata, joyas, coronas… y empezaremos por El mar de los Sargazos, ¿te suena ese nombre?

Jacob negó con la cabeza, aún impactado por la confesión de Collins. Buscador de tesoros, no sonaba nada mal aquello, más bien parecía el inicio de una novela de aventuras. Apoyó un codo a la mesa y se aproximó al viejo:



—Cuénteme más —dijo con la convicción de que aceptaría el trabajo.

# SEGUNDA PARTE

# 22

El Mediterráneo era la mejor máquina náutica que sus ojos habían visto nunca. Un buque de vapor colosal que en nada tenía que ver con los que llevaba vistos en el Mississippi, pese a lo que le había dicho Edward Knight Collins respecto a su pequeño tamaño. Pesaba más de 2300 toneladas y era de triple mástil. La primera vez que Jacob lo vio en uno de los fondeaderos del muelle se quedó con la boca abierta. Había varios carboneros arrimados a él, proporcionando a aquella mole el combustible necesario para llevar a buen puerto la misión, y a su lado parecían barquichuelas de juguete. Sus mástiles debían de medir al menos doscientos pies de altura y con aquel casco férreo le veía capaz de soportar cualquier embate del mar. Ni la tormenta más fuerte que enviara la naturaleza podría hundir aquel barco. Pensó en Mark Twain, sin duda, él hubiera disfrutado muchísimo visitando aquel buque, o pilotándolo.

Desde que Jacob subió al barco hasta que se puso a trabajar no habían pasado ni diez minutos. En un principio fue todo caótico, tras entregarle el contrato a uno de los oficiales, este le ordenó que se uniera a los marineros que limpiaban la cubierta, pero al llegar a ella el oficial de cubierta le dijo que ayudase a cargar los fardos de uno de los viajeros, así que junto a otro marinero que parecía tan perdido como él, buscaron el camarote de popa donde tenían que llevar el equipaje.

—Me llamo Sergio Lleó, hoy es mi primer día —se presentó su compañero. Era un tipo alto, de piel oscura, que rondaba los cuarenta años y sin un pelo en la cabeza.

—Jacob Walters —dijo este, lacónico. Intentó que las maletas no se le cayesen mientras buscaba el dichoso camarote. Jamás hubiera imaginado que se tendría que orientar en un buque tan grande—. Mi primer día también. Tienes un nombre extraño, ¿no?

El tipo sonrió, con orgullo. Tenía cara de buena persona. Se le cayó una maleta en el pie y comenzó a dar brincos teatrales y a maldecir en español. Jacob no pudo evitar reír, aunque no se detuvo en su búsqueda del camarote y lo dejó un poco atrás. Al momento, Lleó estaba a su lado en el pasillo con gesto serio.

—Me lo puso mi padre —contestó como si no hubiera pasado nada—. Nombre español. Emigró de Valencia a New York hace ya más de cincuenta años, aquí conoció a mi madre y del fruto de su fornicio nací yo. ¿Y tú, de dónde eres?

La salida del Mediterráneo estaba programada para el día siguiente, pero Jacob veía a tanta gente trabajando a destajo, que le parecía imposible que fuesen a cumplir con el objetivo. Jornaleros hacia arriba, maquinistas hacia abajo, jefes de tripulación dando órdenes a los marineros, oficiales que presionaban con su presencia y a veces con sus insultos, tapiceros que embellecían, carpinteros que remataban puertas... una torre de babel a punto de ser lanzada a la inmensidad del océano.

—¿Cómo dices? —preguntó Jacob, abstraído.

—¿Que dónde te salieron los dientes? Y no me refiero a la boca, ¡eh!

—Soy de Nueva Orleans —mintió descaradamente, aunque por su acento, podría colar. No podía decir su verdadera procedencia, a nadie. Tan solo lo hizo con el viejo Collins, y ya no volvería a ocurrir. Nadie en aquel barco debía conocer su pasado.

Cuando encontraron el camarote soltaron las maletas y tras un vistazo a su alrededor y un silbido de admiración, volvieron a la cubierta. Allí, el oficial, a gritos, les mandó a barnizar las piezas bruñidas para que no se oxidasen. Jacob presintió que aquel sería un día largo, y no se equivocaba, estuvieron trabajando sin descanso hasta la noche, y cuando esta llegó y los candiles se encendieron, les mandaron retirar y bajar a puerto los andamios que había en cubierta. No fue hasta pasadas las doce de la noche que no pudieron reposar sus espaldas en los camastros dedicados a los marineros de la más baja clase. Los que estaban más cerca de la caldera y donde el calor era asfixiante.

—¿Habías trabajado tan duro alguna vez, Jacob? —le preguntó Sergio, ya con las lámparas de aceite apagadas.

—Alguna vez, sí —respondió este al recordar sus días de picar piedra en The Walls.

*Maldito juez Hickok...*

Pensó en Emma, en cómo estaría. Deseaba abrazarla. Poder viajar en el tiempo y tomar decisiones menos desafortunadas.

Alguien les mandó callar, y así lo hicieron. Estaban tan cansados que

el sueño se los llevó antes de terminar de cerrar los ojos. Aquella noche Jacob soñó con Noah, pero no el Noah adulto, sino el niño. Cuando despertó, bien temprano, tenía las mejillas cubiertas por el rocío del llanto.

.................................................................................................................................................

El segundo día de viaje, por la noche, se encontraron con una tormenta en alta mar. El Atlántico se había convertido en una mala bestia a la que el buque había enfadado. Jacob ya no estaba tan seguro de que el Mediterráneo pudiera con todo. Aquella lucha con las olas era encarnizada, pero el océano contaba con una gran ventaja: era incansable. El agua atacaba al barco por todos los costados, lo mismo lanzaba un golpe por proa que por babor. Y cada impacto era mayor, en algunos casos incluso llevándose planchas del casco. En esos momentos oían al barco gritar, como si fuese un animal titánico al que han herido, y al océano responderle triunfal.

*Estamos muertos, pensó Jacob, que junto a Sergio y otros marineros limpiaba la proa de agua, temiendo que cualquier golpe de mar se los llevara a las gélidas profundidades. Aquello nada tenía que ver con los rabiones del Mississippi.*

Oían al capitán Barret, agarrado a los guardalados, dar órdenes con brío, incluso reír a carcajadas. Jacob pensó que aquel hombre de baja estatura y complexión fuerte les llevaría a una muerte segura, pero tenía que reconocer que hasta ese instante toda la tripulación seguía con vida. Él profería instrucciones y los oficiales las repetían una y otra vez. Entonces, el Atlántico escupió una ola de más de cincuenta metros, una montaña de agua, y barrió a unos cuantos marineros de la cubierta, entre ellos a Sergio. Por suerte, ninguno cayó del barco, todos estaban esparcidos entre los destrozos.Algunos, heridos, pidieron ayuda, pero habían llegado a un extremo en que era casi imposible distinguir nada entre tanta agua y oscuridad. Jacob tropezó con algunos tablones y cayó al suelo, cubierto por casi tres pies de agua. Oyó a Sergio pedir ayuda y se incorporó como pudo.

—¡Aquí, socorro! —gritaba el hombre, a cierta distancia.

Pero no había manera de verlo, el océano los estaba cegando. Un nuevo golpe de mar dio un derechazo a eso de las siete, llevándose el pavés de estribor. Se oyeron gritos, aquello era un huerto sembrado de alaridos. El terror volaba junto a la espuma de las olas. Alguien, no muy lejos de él pedía auxilio mientras repetía "por el amor de Dios, por el amor de Dios Santísimo".

—¡Sergio! —llamó Jacob, haciendo altavoz con sus manos.

—¡Aquí, aquí! —gritó el interpelado—. ¡Me ahogo!

—¡Tenemos que escapar de esta trampa a toda prisa, Capitán! —gritó el segundo oficial. Para Jacob era imposible identificar de dónde venían las voces en aquel laberinto de madera y agua.

—¡Y una mierda, Donovan! ¡Antes me arrancaría la cabeza y se la daría de comer a un maldito tiburón! —respondió este a grito pelado —. Recibiremos de frente a las olas, ¡dile a máquinas que hay que capear a medio vapor!

El Mediterráneo se estremecía con cada arremetida, y los gritos de auxilio de Sergio llegaban cada vez más débiles. Está en peligro, está en peligro. Las planchas del casco no hacían más que saltar, jamás en su vida Jacob había visto tanta furia descontrolada. El océano los reclamaba, y ellos no podían más que temblar. El hombre jamás debió medirse con dioses, pensó Jacob. Otro golpe de mar se llevó a algunos marineros más, incluso Jacob tropezó con uno con el cuello partido, que yacía boca abajo en el agua acumulada en cubierta, y que se mecía violentamente de un lado a otro.

*¡Está muerto, joder!*

—¡A... Aquí, Jacob! —Sergio estaba a pocos pasos de él.

Caminó a tientas, agarrándose a lo que podía para no perder el equilibrio. Todo el mundo parecía haber perdido el control, Jacob vio a marineros correr para resguardarse, como si cuando el barco se hundiera no fuesen a morir ahogados en las bodegas o en los compartimentos. De repente oyó un gemido, miró hacia abajo y vio a Sergio, con el cuerpo medio aplastado por una de las planchas que cubrían la bita de proa. Cuando el agua de la cubierta subía un poco, la cabeza y el cuerpo de su compañero quedaban sumergidos bajo ella. Jacob se agachó y tiró de él con fuerza, sintiendo puro terror de que el marinero muriese ahogado antes de que consiguiera sacarlo. No pudo moverle, ni un centímetro, y el barco, que estaba un poco varado, no movía el agua para proporcionarle un respiro. Buscó ayuda con la mirada, y después gritó, pero nadie venía en su auxilio. Volvió a tirar del brazo de Sergio, pero el intento resultó infructuoso. La impotencia se apoderó de su ánimo justo en el momento en que el oficial de cubierta agarraba la plancha y levantaba con fuerza.

—¡Tira ahora de él! —ordenó a Jacob.

Así lo hizo, y en esta ocasión, sí logró sacarlo. Echó el cuerpo en su hombro y miró al oficial, que le indicó que le llevase a la enfermería y volviese a cubierta para achicar agua. Prácticamente le estaba condenando a la muerte. Pero Jacob comprendió que ese era su deber, que si se había embarcado en el Mediterráneo era con todas las consecuencias. Asumió, en aquel momento, que quizá nunca más volviera a Hannibal y que la muerte de Noah jamás fuese aclarada. El destino era más fuerte que cualquier voluntad, y quizá su destino era morir ahogado en mitad del océano. Soltó a su compañero en el suelo de la enfermería, sobre unas mantas, ya que no quedaba sitio en los camastros con tanto herido. Sergio le agarró de la muñeca, quiso decir algo y se desmayó. Jacob rogó por volver a verle y abandonó la enfermería. Tenía un océano al que enfrentarse.

........................................................................................................................................

Aquella noche, para cuando escaparon de la tormenta como un perro huye de las pedradas de los niños, habían muerto trece hombres. La tripulación pronto rumoreó que aquel número maldito les acompañaría durante todo el viaje, y que el Mediterráneo estaba gafado y de una manera o de otra, todos acabarían muertos. Más de un marinero aseguró que un gallo había cantado en el barco el día de su botadura, y que habían visto tiburones siguiéndoles desde hacía millas. Un marinero raso acusó a un oficial de haber matado a un albatros y tuvieron que encerrarlo tras un ataque de ira. Incluso alguien llegó a acusar a Jacob de tener raíces finlandesas y proceder de una estirpe conocida de brujos. El colmo del mal augurio marinero. A la mañana siguiente, el capitán tuvo que advertir a grito pelado que arrojaría al océano a cualquiera que siguiera expandiendo rumores de tal calibre. Que todas aquellas acusaciones eran absurdas y que tenían una misión que cumplir. Aquello aplacó un poco la situación; aún así, para la tripulación, la tormenta y el número de muertos eran un mal presagio.

Cuando todo se tranquilizó un poco y tuvo un rato libre, Jacob se acercó a la enfermería para visitar a Sergio. Fue algo sobre lo que dudó mucho. No quería más amigos en su vida, bastante mal lo pasaba todo aquel que se cruzaba con él como para arriesgarse. Pero supuso que el hombre necesitaría ánimos. Así que se presentó en el camarote y tras pedir permiso al oficial médico, se acercó hasta la camilla del hombre. Al parecer no tenía nada roto, solo contusiones, arañazos y un buen susto. Le darían el alta al día siguiente.

—Me salvaste la vida, Jacob. Nunca te estaré lo suficientemente agradecido...

—Déjate de tonterías, Sergio —dijo el otro con una sonrisa amarga—. Solo hice lo que tenía que hacer. La verdad es que aún no sé cómo estamos vivos. Nunca en mi vida vi a la naturaleza tan furiosa. Pensé que moriríamos todos anoche.

—No eres el único que lo pensó —Sergio se apoyó en el codo e intentó incorporarse—. Este viaje no empieza con buen pie, amigo mío. Esta mañana se ha hablado mucho sobre eso por aquí, y creo que arriba también. Hay rumores de que el capitán Barret está loco y nos llevará a una muerte segura, y eso no es bueno. Un capitán nunca debe poner a toda la tripulación en su contra. De hecho, suelen ser los segundos oficiales los que transmiten las órdenes para que nadie coja manía al capitán.

—Bueno, hay que reconocerle que nos sacó de la tormenta —concedió Jacob—. No sé si otro hubiera sabido hacerlo. En cuanto a los rumores de motín, tampoco creo que sea para tanto. La gente habla mucho y hace poco. Han muerto trece hombres, es normal que haya habladurías y que pronto se recurra a los malos augurios. Pienso que pasado mañana, cuando lleguemos al Mar de los Sargazos, todo se tranquilizará. Y si encontramos ese supuesto tesoro... ya me entiendes, nadie se acordará de las penurias cuando tenga unas monedas de oro en el bolsillo para gastar, como prometió el viejo Collins.

Un herido comenzó a toser y el enfermero de a bordo le acercó un vaso de agua. El herido tenía mala pinta, probablemente no se recuperaría.

—En eso tienes razón, sureño —concedió Sergio—. ¿Sabes la historia de por qué vamos al Mar de los Sargazos?

—La verdad es que no —respondió Jacob encogiendo los hombros—, pero digo yo que Collins no gastaría tanto dinero para nada. A mí me pareció un hombre muy cabal y muy convencido de esta misión. Sus buenos motivos tendrá.

—¿Muy cabal? —una enorme sonrisa se dibujó en su rostro— Supongo que no estás enterado de que intenta contactar mentalmente con su esposa cuando esta viaja a alta mar... Ya veo que no estás enterado de nada... Pero bueno, te contaré la historia del tesoro. Al parecer, un día, un viejo vestido con harapos irrumpió en la oficina del puerto. Exigió hablar con el señor Collins, y cuando lo fueron a echar de allí a patadas sacó un par de monedas de oro y una especie de coordenadas en una carta de navegación. El hombre parecía ido, pero por supuesto le dejaron pasar y Collins le atendió en persona.

Digamos que la compañía no está en una situación muy boyante, y Collins esperaba un milagro. Así que le puso su mejor coñac a aquel desconocido, y este, justo en el momento en que iba a contarlo todo como un pajarito, murió de un infarto al corazón. Así, sin más. Nunca se supo en qué embarcación viajaba el viejo, o qué había sido de ella y sus tripulantes. Lo único que Collins tenía era un cadáver, dos monedas de oro y una carta de navegación con unas coordenadas.

El médico advirtió a Jacob de que tenía que dejar descansar a Lleó y volver a sus quehaceres.

—¡Cielo santo! —exclamó el de Hannibal—. Pero... ¿y si aquel hombre era un loco? De hecho, ya dice mucho de él que tuviera monedas de oro y vistiera como un vagabundo ¡Podríamos estar haciendo este viaje para nada!

Jacob no podía dar pábulo a las palabras de su compañero. Pero desde luego, no se había molestado en averiguar mucho sobre la historia del tesoro. Quizá, sus ganas de huir del pasado le habían hecho ser desprevenido. Desde luego, aquella historia de Collins intentando contactar mentalmente con su esposa no decía mucho sobre la cordura del magnate.

—Y tanto —respondió Sergio, tras dejarse caer sobre la camilla—, por eso la tripulación está tan nerviosa. Esta zona del océano suele ser tranquila, lo del la tormenta ha sido algo muy raro... y el Mar de los Sargazos... ya lo verás, no tendré que explicarte nada, pero aquello es como un desierto en tierra. Un lago en mitad del océano. No hay nada más que sargazos en miles de millas a la redonda.

—Pero si tú y más marineros sabíais esta historia, ¿por qué os enrolasteis en el Mediterráneo?

—Fue por las monedas, amigo mío —a Sergio se le iluminaron los ojos—. Yo pude verlas, ya que iba con un oficial al que se las enseñó Collins el día de botadura del Mediterráneo. Eran monedas de oro de un galeón español desaparecido en el año 1612. Un galeón cargado de oro y plata del que nadie había sabido nada desde su partida de Cádiz.

El médico ordenó de mala manera a Jacob que se retirara de enfermería. Se despidió de Sergio y subió a cubierta para seguir trabajando. No dejó de rumiar toda la historia que su compañero (se negaba a llamarle amigo) le había contado.

# 23

A Sergio le dieron el alta al día siguiente y la jornada transcurrió plácidamente entre los quehaceres rutinarios de los marineros de bajo rango. Jacob no terminaba de acostumbrarse a no ver orillas selváticas o campos de algodón, como si aquel océano fuese poco más ancho que el Mississippi. Y para colmo de males, poco antes de media mañana, se vieron cercados por una niebla tan espesa y siniestra que muchos de los marineros se santiguaban comentando que no habían visto en su vida semejante niebla. Tuvieron que reducir la velocidad y usar la sirena para indicar su posición y evitar un posible choque con otro navío.

—¡Por las barbas de Cristo!, parece como si esta niebla del demonio fuese perenne —se quejó el capitán Barret un par de horas después.

Si a aquellas alturas el capitán estaba molesto, la tripulación estaba asustada. Bien era cierto que todos se habían topado con nieblas en alta mar en alguno de sus anteriores viajes, pero aquella... era diferente... como si susurrara palabras ininteligibles, pero peligrosas. Jacob jamás había sentido algo igual. La niebla le resultaba repugnante, parecía que se impregnara en sus ropas y se le quedasen pegajosas y sucias. No podía describirlo de otra manera. Además, en más de una ocasión le pareció como si tuviese a alguien justo detrás suyo y respirase en su cogote, pero al darse la vuelta y tantear con sus manos, solo había aire.

—Esto no me gusta nada, capitán —dijo el segundo de a bordo.

—¿Dónde está usted, Donovan? No le veo —respondió Barret.

—Diría que a no muchos pasos de usted, capitán.

—¡Por todos los infiernos, creía que era el que me ha rozado por la espalda!

—No, señor. Yo no me he movido de aquí.

Hubo entonces un silencio asfixiante. Nadie podía ver más allá de un par de palmos, así que el capitán ordenó reducir aún más la velocidad, hasta el punto de que parecían haber echado el ancla. La sirena

mantenía su cadencia, pero su ruido comenzaba a parecerles enloquecedor. Algún marinero dijo que debían apagarla si no querían que alguien acabase saltando por la borda para suicidarse, y aunque el tono era jocoso, el mensaje no lo era tanto. Todos hubieran acabado saltando. El capitán, pese a tener sus reticencias, accedió a quitarla. Aquello era de locos. Pero la niebla era como un ente, algo que escapaba a su control y tenía personalidad, y todos en el Mediterráneo presintieron que no le gustaba el ruido de la sirena. Así que nadie se quejó de la decisión del capitán. Tan solo permanecieron en sus puestos, casi esperando una orden para ponerse manos a la obra y escapar de allí como alma que lleva el diablo.

—¿Se encuentran todos bien a bordo?

La pregunta, formulada con tono irónico, retumbó en los oídos de cada marinero del Mediterráneo, sin importar el rango. La voz procedía de todos sitios, y de ninguno en concreto. Como si hubiera nacido de unas cuerdas vocales que no estaban preparadas para el lenguaje humano. Era como si el océano les hubiese escupido cada palabra, junto con una porción de infierno. Pese a la pregunta con supuestas buenas intenciones, allí no eran bien recibidos. Eso lo supieron Jacob, Lleó, el segundo Donovan y el capitán, a la vez.

—¡Avance a toda máquina! —gritó el capitán Barret cuando dejó de temblar.

Y todos los marineros fueron uno con el barco, formando un engranaje perfecto y difícil de igualar. El Mediterráneo pronto viajó a su máxima velocidad, sin importarle lo más mínimo a su tripulación que no pudiesen ver un palmo más allá de sus narices. Lo único que querían era alejarse de aquella niebla. De aquella voz surgida de lo más profundo del océano.

*¿Se encuentran todos bien a bordo? Aquella pregunta, educada en gran medida, había causado el terror aquel día. Nadie supo jamás quién la hizo o de dónde salió. Pronto la tripulación comenzó a elucubrar, que si había sido el segundo Donovan para bromear con el capitán, que si había sido el ayudante del cocinero, que se había ganado la vida como ventrílocuo antes de enrolarse en aquel viaje... lo cierto es que todos sabían que había sido algo... diferente. Que la voz no había surgido de garganta humana... pero era mejor así, bromear sobre ello lo hacía más humano. Más tangible y por lo tanto, más real.*

........................................................................................................

No fue hasta el quinto día, navegando a doce nudos, que llegaron a divisar los primeros islotes verdosos que no hacían más que predecir la inmensa pradera de sargazos, algas y fucos que estaba por venir. Venían padeciendo calma chicha desde hacía horas, y Jacob pensó que para una embarcación de vela aquello debía ser desesperante, cuando no peligroso si la situación se alargaba. Se sentía aliviado al escuchar el ronroneo de las máquinas y el suave balanceo del buque.

—Y aquí estamos —dijo Sergio a Jacob. Ambos permanecían apoyados en sus escobas y habían dejado de barrer la cubierta para observar aquel llamativo paisaje—: el mayor cementerio de barcos del planeta. Se dice que hasta los fenicios y los cartaginenses naufragaron en estas aguas, y que Cristóbal Colón, al llegar aquí desde España, pensó que estaban llegando ya a tierra.

Jacob observaba aquella llanura verde, sucia, interminable, inmóvil. Allí no había vida. Como tampoco la había en los ojos de Noah cuando le había dejado abandonado en el puerto de Hannibal.

*No pienses ahora en eso, se dijo. Llegará tu hora. Los Hickok pagarán por lo que hicieron...*

—La verdad es que no me gustaría tener que pasar por aquí con un barco de vela — respondió tras apartar a un lado los pensamientos lúgubres—. No sopla ni una brizna de viento.

El capitán salió de su camarote junto con el espigado segundo oficial y ambos se dirigieron a la cubierta principal con paso decidido. Tras varios gritos de aviso del segundo, el capitán Barret impuso silencio y la tripulación escuchó en formación.

—Mis querido marineros, hemos llegado al Mar de los Sargazos —empezó. Les miró con seriedad, abrigado por su levita negra—. Ya sé las leyendas que corren por ahí, y sé de muchos barcos que han quedado atrapados en esta trampa mortal, pero el Mediterráneo no es como esos barcos. Señores, tienen bajo sus pies al mejor navío que el ser humano haya podido construir, y tengan claro que unos musgos y lapas no le frenarán. Así que no teman por su vida, si no nos mató aquella tormenta del demonio no lo hará tampoco este mar calmo. Tenemos carbón suficiente como para atravesar varias veces este asqueroso sitio, unas hierbas no frenarán nuestras potentes ruedas. Pero no teman, no tendremos que atravesarlo varias veces, puesto que lo que venimos a buscar se encuentra justo en el centro.

Los hombres lanzaron una ovación, pero cuando callaron, un marinero

incauto preguntó:

—¿Tampoco hay que temer a los gusanos barrenadores del Trópico, capitán?

—¡Por las barbas de Cristo, botarate! —exclamó este exasperado mientras buscaba con la mirada al que había lanzado tal disparate—. ¡Acaso piensas que vamos a estar tanto tiempo parados en algún sitio! ¡Llegaremos a las coordenadas, encontraremos el tesoro y nos volveremos a casa más ricos de lo que jamás soñamos, diantres!

La tripulación rió, aunque Jacob no tenía ni idea de qué estaban hablando el capitán y el marinero. En su vida había oído hablar de gusanos barrenadores del Trópico, aunque los imaginó gigantescos y con unos colmillos tan grandes como los de los castores. Sergio le propinó un codazo para que se uniera al club de la risa, y Jacob sonrió con timidez.

—Y ahora quiero que me presten atención y dejen de cacarear —prosiguió el capitán. Se apoyó en la baranda de la cubierta y entornó los ojos—. Algunos hombres de a bordo ya estaban al tanto de esto. Toda seguridad es poca para casos como el que nos ocupa. Como bien sabrán todos, estamos buscando el tesoro de un galeón español hundido. Y tras la pista de ese tesoro nos puso William B. Milles. Sí, ese "viejo borracho con pintas de mendigo y monedas de oro en los bolsillos" que realizó una visita al señor Collins para morir felizmente entre los efluvios del coñac. Pues tengo que decirles algo: Milles no murió, y se encuentra entre nosotros. Adelante, señor Milles.

La tripulación se quedó en completo silencio durante unos segundos. Luego prorrumpió en gritos y reclamaciones, aunque todos se preguntaban para sus adentros dónde y a quién habían escuchado contar la historia del viejo de las monedas de oro. El segundo oficial dio varios golpes con una vara en la madera de la baranda y ordenó callar. En ese momento, apareció un anciano de no menos de setenta años. Canoso, apoyado en un bastón, doblado en dos por la artrosis, con mirada triste y perdida. El capitán pasó una mano por sus hombros y lo giró hacia la tripulación, que volvió a guardar silencio cuando Barret levantó la mano. Jacob no entendía nada.

—Queremos que entiendan que se tuvo que fingir la muerte de este pobre anciano o su misma vida correría peligro. Además del destino de esta misión —dijo haciendo un gesto para abarcar toda la nave—. La historia que se contó no es totalmente cierta. Nosotros esparcimos adrede la mentira. William B. Milles, aquí presente, jamás llevó una

nota con las coordenadas del tesoro, ¿quién sería tan incauto? Las coordenadas están en su memoria, que casi seguro sea más lúcida que la mitad de todas las vuestras. Llegó a un acuerdo con el señor Collins. Él nos conducirá hasta el tesoro, a cambio, se llevará su parte. ¿No es así, señor Milles?

El hombre asintió levemente, pero no dijo ni una sola palabra. Era como si estuviera haciendo un esfuerzo titánico por estar allí. Por la mente de Jacob pasó una pregunta que ya se había hecho antes, ¿qué ocurrió con la anterior embarcación en la que viajaba aquel anciano? No se atrevió a realizar la pregunta, aunque el orondo cocinero se le adelantó.

—¡Capitán! Podemos entender que se nos mintiera sobre eso, pero, ¿qué ocurrió con el barco en el que viajaba el viejo?

—Botulismo —contestó William B. Milles con una voz tan potente que no concordaba con su aspecto decrépito y senil—. Todos murieron de botulismo, menos yo. Buscábamos el tesoro. Todo empezó cuando encontramos su localización exacta y subieron los primeros cofres. Pienso que la enfermedad venía en el agua, puesto que no todos comimos carne aquellos días. Se propagó rápidamente. Fueron cayendo uno tras otro... pensé que yo también moriría, pero no fue así. Quedamos vivos el segundo oficial, el jefe de máquinas y yo, lo que hizo imposible manejar el buque.

—¿Cómo sobrevivió usted entonces? —preguntó Jacob, verdaderamente interesado por la historia de aquel hombre.

—Eso mismo me lo pregunto yo cada noche, antes de dormir. Lo único que pudimos hacer fue echar un bote pequeño de vela al mar y confiar nuestra vida a Dios. No sé cuánto tiempo estuvimos encerrados en este maldito mar. Sin viento y con los sargazos impidiéndonos remar. Llevábamos agua y comida, pero no sabíamos cuánto nos durarían, o si estaban contaminadas y moriríamos por botulismo como nuestros compañeros. Yo evité comer y beber tanto como pude. Al fin y al cabo, era el que menos hacía. Una mañana, cuando desperté, el segundo de abordo no estaba. El pobre hombre se había arrojado al mar durante la noche, desesperado. Solo quedamos el jefe de máquinas y yo. El hombre era duro, y remó por los dos, aunque pronto enfermó también y murió a los pocos días. Tuve que arrojarlo al mar. Un día, hastiado de mi suerte, dejé de remar, me recosté en el suelo del bote y cerré los ojos, esperando mi muerte. Pero lo único que encontré al despertar fue a una gaviota posada en el banco de remos. Había llegado, no sé aún cómo, pero supongo que arrastrado por la

corriente ecuatoriana, a la costa de Florida.

—¿Encontraron mucho oro? —preguntó el cocinero.

—Como he dicho, solo pudimos rescatar dos cofres pequeños, pero tenían tanto oro en su interior que podrían hacernos inmensamente ricos a todos —contestó el anciano— . Y debajo de los sargazos hay más, mucho más...

Después de aquel testimonio, el capitán dio un par de órdenes y subió a la timonera junto con el segundo oficial, que los miró a todos con un desdén poco habitual en él. El barco se adentró en el Mar de los Sargazos, también conocido como el mar del silencio y de los barcos perdidos. Los hombres cantaban alegres, las palabras de aquel viejo artrítico habían calado fuerte en su ánimo, para bien. Lo que no sabían era que el Mediterráneo jamás saldría de allí. Pero aún así, cantaban con brío "New York Girls":

*As I walked out on South Street,*

*a fair maid I did meet*

*Who asked me please to see her home*

*she lived on Bleecker Street*

..........................................................................................................................

Un par de horas después, poco antes del atardecer, Jacob divisó un extraño objeto que sobresalía de la superficie a un par de millas de distancia. Avisó al oficial de cubierta, que a su vez agarró unos anteojos y al ver de lo que se trataba dio la voz de alarma. Pronto toda la tripulación se reunió en la cubierta principal para ver qué ocurría. El Mediterráneo avanzó hacia el barco hasta casi tocar el oxidado cobre de su forro. William B. Milles aseguró que no era el barco en el que viajaba. Este lo encontraron volcado de costado, naufragado, con las cadenas pendiendo de sus obenques y con treinta piezas de artillería inservibles apuntando al cielo. Hacía tiempo que no albergaba vida en su interior y que solo era el cadáver herrumbroso de una fragata inglesa. Aún así, el Mediterráneo lo rodeó y lanzó silbidos que ponían la piel de gallina entre tanto silencio, para cerciorarse de que estaba totalmente abandonado.

—¿Te has fijado en que los botes de salvamento siguen en su sitio, sureño? — preguntó Lleó en un susurro.

—¿Y qué ha podido ser de ellos? —preguntó Jacob al percatarse del detalle.

—A saber. Pero no me extrañaría nada que al quedar aquí varados acabasen con las provisiones en poco tiempo. Más de uno se daría un banquete con sus compañeros, aguardando una ayuda que nunca llegaría.

—Qué muerte más horrorosa —añadió Jacob, que no podía apartar la vista del naufragio.

Algunos marineros avispados hablaron de abordarlo para ver si escondía algo de valor dentro, pero el capitán ordenó que se continuase con el plan inicial. No podían permitirse contratiempos y aquel buque naufragado no era lo que habían venido a buscar en el Mar de los Sargazos. Sin duda, el capitán Barret debía estar bien pagado sin necesidad de encontrar el tesoro como para al menos no ver qué encontraban dentro del navío abandonado. Algunos se quejaron, pero nadie se atrevió a levantar mucho la voz. Así que, a regañadientes, el Mediterráneo continuó con su marcha, apartando algas a paladas con el ocaso pintando de naranja el horizonte y con la sombría sensación de que aquel viaje estaba maldito desde su origen.

..........................................................................................................

Aquella noche tranquila las estrellas se contaban por millones. El barco había dejado de mecerse, encajado entre los sargazos. La mayoría de los hombres jugaban a las cartas sobre barriles. Bebían vino y gritaban alumbrados por candiles inmóviles. Cuando Sergio le propuso que se incorporasen a alguna partida, Jacob negó violentamente con la cabeza. No quería volver a saber del juego en su vida. Lleó se encogió de hombros y se sentó junto a tres hombres más, que arrojaban sus dólares sobre un tapete imaginario como si ya hubiesen dado con el oro español. Jacob se alejó un poco de todo aquel alboroto, necesitaba una soledad que no podía encontrar en un buque plagado de hombres rudos y gritones.

Cuando halló un sitio más o menos tranquilo, se sentó en una caja y viró su vista de nuevo a las estrellas, ¿podría contarlas? Necesitaría una eternidad. Sin saber exactamente por qué, sus pensamientos le llevaron a Emma. Sin duda seguiría rota por la muerte de Noah. Él no había querido pensar mucho en su amigo, porque si lo hubiera hecho,

no tendría fuerzas suficientes para querer seguir viviendo. En el Mediterráneo, habiendo puesto miles de millas de distancia de Hannibal, recapacitó sobre si podía encauzar toda aquella situación. En caliente, se había imaginado cientos de veces matando a los Hicock y recuperando a Emma tras contarle la verdad. Pero aquello era pueril, jamás sería tan fácil. Tenía que ser realista. ¿Pero qué podía hacer? ¿Pedirle ayudar a Twain cuando volviese a pisar tierra? Seguramente no le querría ni ver. Aunque, ¿y escribirle una carta? Quizá era una opción viable…

Una hora después le dolía tanto la espalda de estar apoyado contra la madera, que incluso el camastro junto a las calderas le parecía tan bueno como una cama de colchón mullido, sábanas de seda y dosel. Se retiró, despidiéndose de algunos hombres, y bajó hasta su compartimento con un bostezo en la boca. Cerró los ojos y se durmió escuchando la voz de Emma, que le decía que todo iría bien. Fueron los gritos de la tripulación los que le despertaron.

—¡Nos atacan! —gritaba el contramaestre, que bajaba de cubierta.

# 24

Jacob se levantó y corrió hacia la puerta. Apenas llegó, vio cómo un salvaje de piel oscura y cabellera larga, ataviado con un taparrabos, disparaba un dardo con una cerbatana a un marinero recio que reconoció como Stevens, el ayudante del cocinero. Stevens no tardó ni tres segundos en caer al suelo hecho un guiñapo. Jacob no supo si estaba inconsciente o muerto, pero tampoco tenía tiempo para comprobarlo. En el Mediterráneo solo se escuchaban gritos y maldiciones por todas partes. Arriba, la lucha parecía más encarnizada. Jacob se lanzó con el brazo armado sobre el salvaje, y le dio un puñetazo en pleno rostro justo cuando este se disponía a lanzar uno de sus dardos contra él. La nariz del desconocido crujió bajo sus nudillos. Ya con su oponente en el suelo, Jacob dio una patada a la cerbatana y le pisó el cuello, el salvaje se agarró a su pierna antes de morir ahogado. Acababa de matar a otro hombre.

*Asesino, asesino, asesino.*

—¡Por el amor de Dios! —exclamó un marinero que pasó corriendo a su izquierda. El exabrupto le sacó de su momentáneo aturdimiento—. ¿Qué es todo esto? ¡Hay que subir a cubierta! ¡Nos atacan, nos atacan!

Decenas de hombres subían en tropel. La marea arrastró a Jacob, que iba de un lado a otro sin poder tomar el control de la situación. Varios salvajes bajaron por las escaleras para enfrentarse a ellos. Portaban palos gruesos y no dudaron en estrellarlos contra la cabeza de algunos marineros. Se formó una aglomeración en los escalones. La lucha era encarnizada, Jacob se afanó en lanzar puñetazos y patadas contra todo aquello que olía a salvaje. Sabía que estaba en juego su vida, pues había comprobado que aquellos desconocidos no tenían miramientos a la hora de reventar cráneos. Arriba, en cubierta, sonaron disparos, pero pocos. Los salvajes emitían extraños gritos de guerra, algo así como un "la—la—la—la" prolongado, y parecían poseídos por la excitación o por los efectos de alguna droga. Y lo que era peor, cada vez bajaban más por las escaleras. Los tripulantes del Mediterráneo echaron mano de todo aquello que les pudiera servir como arma, y pronto la escalera comenzó a llenarse de los cadáveres de aquellos invasores que habían irrumpido en la tranquilidad de la noche de Dios sabía dónde. Cuando Jacob llegó a cubierta no fue ni el primero ni el

último. Arriba, la lucha era sin cuartel, había salvajes por todas partes, y más que subían desde el mar mediante cuerdas hechas a base de hierbas secas. El suelo estaba regado de sangre y cuerpos. El "la—la—la—la" reventaba sus tímpanos y se incrustaba en su cerebro, enloqueciéndole. ¿De dónde diablos salían aquellos salvajes? Si estaban en mitad del Mar de los Sargazos, a miles de millas de cualquier tipo de civilización.

Desde el juanete de la mesana, decenas de ellos escupían, unos dardos con sus cerbatanas y otros piedras con sus ondas; y no tenían mala puntería. Los marineros caían uno tras otro. Jacob vio a Sergio Lleó en el castillo de popa. Había conseguido hacerse con uno de los palos y lo usaba para romper costillas o cualquier extremidad del color del ébano que se le pusiera por delante. Jacob buscó al capitán y lo encontró en la cubierta principal, caído entre unas cajas y con un dardo en el cuello sobresaliendo de su levita. Se dio cuenta de que no estaba muerto, pues sufría convulsiones esporádicas.

—¡Sureño, toma! —Lleó le lanzó otro palo, Jacob lo agarró al vuelo—. ¡Esto es una locura, no paran de subir!

—¡Hay que cortar las cuerdas! —contestó el de Hannibal—. ¡Están subiendo más!

El segundo oficial apareció en cubierta. Blandía una fina espada que utilizaba con maestría. A su paso, todo salvaje moría. Escuchó lo que decía Jacob y se aproximó, poco a poco, a la baranda de proa, donde comenzó a cortar las cuerdas que los salvajes lanzaban desde abajo. Pero aquello era inútil, ningún marinero caía en la cuenta de que los salvajes derrotados eran rápidamente reemplazados por otros descansados que subían por las cuerdas. Pronto les acorralaron contra el alcázar. El suelo de la cubierta estaba formado por un amasijo de cuerpos, de uno u otro bando. Aunque sin duda, los perdedores habían sido los marineros del buque. La tripulación juntó espaldas, acorralados, hasta que solo quedaron el segundo oficial, Jacob y Sergio. Los demás habían caído por el camino. Un salvaje, el más alto de todos, se abrió paso hasta ellos. A su lado permanecía aquel viejo de mirada triste que se hacía llamar William B. Milles.

—¡Traidor! —gritó el segundo de a bordo.

Antes de que pudiera ensartar al viejo con su espada, el jefe del ataque de los salvajes asintió, levantó una mano y comenzaron a llover dardos. Jacob no sintió ningún dolor antes de caer sobre la madera.

Aquella tarde, Emma, Jacob y Noah habían recorrido caminos alejados de Hannibal. Hacía calor, y ambos chicos caminaban con la camisa anudada a la cintura. Jacob, que ya se sentía atraído por Emma, se esforzaba para ser gracioso, o valiente, según las circunstancias. Si oían el ruido de una serpiente, allá que iba Jacob con un palo para ver si daban con ella. En realidad tenía algo de miedo, pero impresionar a Emma era más importante que la picadura de cualquier serpiente.

—Nada. Se habrá ido cuando nos ha escuchado —dijo él, tras volver del pasto al camino, y aliviado por no tener que habérselas visto con ningún tipo de reptil.

No tenían destino, simplemente disfrutaban de la libertad que les otorgaba el ser unos niños sin responsabilidad alguna. Cuando el camino les conducía cerca del río Mississippi, se acercaban para acariciar sus aguas y refrescarse un poco. Después, volvían al sendero y, hablando, caminaban con el sol en el horizonte. Se sentían pletóricos, dueños de todo lo que su vista abarcaba, y eso se marcaba en su espíritu. Jacob jugaba a lanzar pequeños guijarros del camino a Emma, cuando esta no se percataba. Pero Emma sabía a la perfección que su amigo jugaba con ella. Quizá, a esa edad, muchas chicas fueran aún tan inocentes de no darse cuenta del coqueteo intrínseco en ese tipo de juegos. Pero no ella. Así eran los chicos, te tiraban una piedra para mostrarte que estaban interesados en ti.

—Estamos bastante lejos —dijo Noah. Ajeno al flirteo que se producía delante de sus narices—. No reconozco esta plantación de algodón.

—Creo que pertenece a los Middleton, pero no estoy seguro —respondió Jacob, con una mano a modo de visera para otear la lejanía.

—Sí, creo que sí, Jacob —dijo Emma. En sus manos llevaba un par de flores que había arrancado unos pasos atrás.

"Jacob", qué bien sonaba su nombre pronunciado por ella. Sus labios parecían mágicos y todo lo que salía por ellos era más bello, menos mundano. Ya a esa tierna edad el chico bebía los vientos por ella. Si Emma le hubiera pedido que le trajese la piel de un aligátor, no hubiera dudado un segundo en combatir con uno en plena corriente del río. Le hubiera arrancado la piel a pellizcos si hubiera hecho falta. Pero Emma era muy sutil, jamás le hubiera solicitado algo parecido, aunque no permanecía ajena a los esfuerzos que Jacob Walters dedicaba a hacerse notar.

Siguieron caminando, Hannibal quedaba muy lejos, a sus espaldas. Los pies comenzaban a doler y la luz del sol ya bañaba con el anaranjado tono del crepúsculo las inmensas llanuras de algodón. Era hora de ir planteándose el regreso si no querían que la noche cayese sobre ellos. No tardaron mucho en escuchar los cánticos de una brigada de esclavos negros. Uno de ellos cantaba un blues, con un ritmo uniforme y en apariencia improvisado.

*Ole Aunt Jemima grow so tall,*

*Dat she couldn' see da groun'.*

*She stumped her toe, an' down she fell*

*From de Blackwoods clean to town.*

—¿Os habéis fijado en lo bien que cantan los negros? —preguntó Noah— ¡Y sin instrumentos que les acompañen!

—Bueno, tengo entendido que algunos instrumentos sí que usan a veces —añadió Emma.

—¡Sí! Emma tiene razón —Apoyó Jacob, sonriendo y al rescate—. En la plantación del viejo Palme he visto más de una vez a un negro tocar el violín. Palme está bastante contento con él, dice que quizá lo lleve a algún Minstrels show para que aprendan cómo toca un buen negro. Aunque Noah y yo hemos escuchado a otros negros tocar el banjo, y mucho más cerca de Hannibal. Y Tom Sawyer me dijo que una vez vio a uno tocar una especie de flauta antigua y que lo hacía de mil demonios. Palabras suyas, una por una.

Querían volver a casa, pero la canción de aquel negro anónimo, que hablaba sobre la dura jornada de trabajo y sobre corazones rotos, se lo impedía. En un momento dado, Emma agarró del codo a Jacob, le sonrió, y le dijo que era hora de que se marcharan o sus padres se preocuparían demasiado. Bañada por aquella luz mortecina, la sonrisa que Emma le dedicó hizo que su corazón se disparara, al igual que su lengua. Jacob no paró de hablar durante el camino de regreso, ante las quejas de Noah, que de vez en cuando quería escuchar el ruido de tal pájaro o tal insecto.

Poco a poco, un Jacob adulto fue despertando. Aún no recordaba que

unos salvajes habían atacado el Mediterráneo. Cuando abrió los ojos, vio algunos zapatos, algunos brazos, y unos barrotes. Se encontraban suspendidos sobre el Mar de los Sargazos, en una jaula de enormes dimensiones. Pero eso aún no lo sabía. Cerró los ojos de nuevo y deseó volver a soñar con Emma y con Noah. Transportarse a años mejores. Durmió durante horas...

.............................................................................................................

Cuando Jacob volvió a despertar tenía hambre y le dolía la cabeza. Intentó incorporarse, pero se golpeó con los barrotes de la parte superior de la jaula. Con los ojos entornados y el cuerpo dolorido miró a su alrededor. En la jaula había cinco hombres más, entre ellos el capitán Barret, Donovan, el segundo de a bordo y Sergio. A los otros dos apenas les conocía, pero sabía que trabajaban como mecánicos en las calderas. El suelo de la jaula era de madera medio podrida, y el capitán dormía sobre ella mientras que el segundo oficial se esforzaba en arrancar un par de barrotes. Como si detrás de ellos no hubiese una caída mortal hasta el mar.

Hacía calor. Un calor sofocante, que les quemaba la piel.

—¿Estás bien, sureño? —le preguntó Sergio. Parecía cansado, y tenía los labios resecos y despellejados. Reposaba su espalda contra los barrotes, con una pierna doblada y otra encogida.

—Todo lo bien que puedo estar en una situación así —respondió Jacob—. ¿Dónde nos tienen? ¿Qué ha pasado?

—Sabemos lo mismo que usted, Walters —respondió Donovan—. Cuando hemos recuperado la conciencia nos encontrábamos aquí encerrados. No somos los únicos supervivientes del ataque, si se fija, allí, en aquella otra plataforma, tienen otra jaula con más marineros.

Los dos marineros que había con ellos parecían dormitar. De vez en cuando se movían, como para demostrar que seguían vivos.

—¿¡Y aquel viejo!? —preguntó alterado Jacob al recordar a William B. Milles—. ¡Nos traicionó! ¡Estaba del lado de los salvajes!, ¡No le hicieron el más mínimo rasguño!

—Sin duda es un traidor... —contestó el segundo—. Ojalá pudiera ensartar con mi sable a ese hijo de las mil perras. ¡Ah, mis queridos hombres! Hemos sido descuidados, muy mucho. Admiro al capitán Barret, pero no algunas de sus decisiones. Siempre he sido partidario de tener a muchos hombres de guardia por las noches, aunque

permanezcamos en alta mar. Nos pillaron con la guardia baja. Debíamos haber estado más alerta. Como dijo Aristófanes "La desconfianza es la madre de la seguridad". Cuán necios hemos sido...

Jacob avanzó unos pocos de pasos hasta los barrotes, la jaula se balanceó levemente y un mareo súbito le estrujó las tripas. Cerró los ojos, agarrado al metal, y cuando la jaula dejó de moverse los abrió. Se quedó estupefacto, sin poder creer lo que veía. Estaban rodeados por finas torres de madera, algunas se perdían entre las alturas y rascaban la barriga del cielo. Miró hacia abajo y vio que aquella especie de ciudad se sustentaba sobre una base de madera que alcanzaba más allá de su vista. Como si se tratase de una enorme ciudad flotante. Poco más arriba de donde se encontraban ellos suspendidos, vio puentes hechos con tablones y anclados con cuerdas, y por ellos pasaban salvajes. Hombres, mujeres, niños...

—Es... es...

—Una civilización perdida, desconocida, Walters. Eso es lo que es. No hay mapas donde aparezca, ni tratados que hablen sobre ellos. Supongo que siendo así, podríamos bautizarla como "La civilización perdida de los salvajes del Mar de los Sargazos", ¿qué le parece? —dijo un sarcástico Donovan.

—¿Entonces no había oído usted hablar de ellos antes, Donovan? —preguntó Lleó, con los ojos cerrados y un rictus de dolor contenido.

El segundo de a bordo se mantuvo unos instantes en silencio. Con la mirada perdida más allá de los barrotes, después negó con la cabeza.

—Había oído hablar de los habitantes de la Atlántida, de los selváticos adoradores de Nyarlathotep, o de la civilización perdida de Yonaguni... —respondió—. Pero jamás escuché nada sobre una civilización de salvajes en el Mar de los Sargazos. En teoría, esta zona debería estar yerma... por aquí han pasado muchos barcos y ninguno documentó nada. Y bien es cierto que bastantes naves se han adentrado aquí para no salir... pero se decía que era por estos malditos sargazos que reinan por doquier y por la falta de viento. Ahora encuentro una explicación más razonable a aquellas desapariciones.

—¿Y el viejo, qué pinta en todo esto? —Jacob no podía quitarse de la cabeza la imagen de aquel hombre junto a los salvajes.

—Eso es algo que espero averiguar antes de morir, Walters —respondió Donovan. Después se tumbó y estudió el techo de la jaula, donde había una trampilla.

La trampilla se abrió varias horas más tarde, cuando ya todos los hombres, incluido el capitán, estaban despiertos. Asomó por ella una cabeza indígena, para segundos después desaparecer. Cayó entonces una especie de morral sucio en cuyo interior había una bota de agua, habas y guisantes crudos, y un poco de carne salada de cerdo. Uno de los dos marineros, que se había presentado como Tisdale, saltó desde su sitio hasta el centro de la jaula para apropiarse del contenido, pero el segundo le asestó una patada en las costillas y le lanzó contra los barrotes. Tisdale se incorporó como pudo, miró enfurecido a Donovan y estuvo a punto de saltar sobre él. Pero su compañero, Lauper, se lo impidió negando con la cabeza.

—Sabia decisión —dijo el segundo, que había adquirido una posición defensiva—. Repartiremos la comida como hombres civilizados. Nada de peleas. Ninguno de nosotros comerá un bocado más que el otro. No nos convirtamos en tan poco tiempo en salvajes como los que por aquí habitan.

Jacob aplaudió en silencio la actuación de Donovan. Sin duda, tras el ataque, y en aquella jaula, parecía ser el hombre más adecuado para impedir que los allí encerrados se matasen entre ellos. El capitán Barret había quedado reducido a un guiñapo taciturno que apenas había abierto la boca desde que despertara. Y Sergio parecía débil, sin duda necesitaba comer y beber. Donovan volvió a hacer gala de su buen criterio y dio de beber a Sergio en primer lugar. El de Nueva York tragó un poco de agua antes de comenzar a toser; cuando se incorporó tenía la cara enrojecida. Asintió, satisfecho, y el segundo pasó entonces a dar de beber al capitán Barret. Bebieron todos, Jacob el último, y aún así, no podía quejarse. Quedaba agua para él. Donovan también se encargó del reparto equitativo de la comida, y todos comieron como si llevaran semanas sin hacerlo. Cuando terminaron, el salvaje volvió a abrir la trampilla, arrojó una cuerda e hizo señas hacia el morral.

—Creo que quiere que lo ate para subirlo, Donovan —habló el capitán.

—¡Eh, tú, salvaje! —gritó este—. ¿Qué queréis hacer con nosotros? ¡Sacadnos de aquí y os ensartaré en mi sable como viles perros!

El salvaje volvió a señalar hacia el morral y viendo que ninguno hacía el amago de atarlo a la cuerda, enseñó la punta de una afilada lanza e hizo gestos de extremo furor. Tisdale se arrojó de inmediato a darle lo

que quería, ante la mirada de asco de Donovan. Después la trampilla se cerró y la siniestra noche se cernió sobre ellos. Les sorprendió que en aquella ciudad de madera no se encendiera ni una sola antorcha o lámpara de aceite. Aunque en cierta manera, tenía su razón lógica. Todo ardería hasta sus cimientos al menor incidente con el fuego, el infierno en el Mar de los Sargazos. Poco a poco, los enjaulados se dispusieron a intentar dormir. Seguía haciendo calor y ni una suave brisa se compadeció de ellos.

—Sergio… ¿estás bien? —preguntó Jacob. Juntó su hombro con el de Lleó.

—Creo que no, Jacob.

—Vaya, lo siento. ¿Quieres que te cuente una historia? Al menos así estarás entretenido.

—No estaría mal —respondió Lleó—. Nada mal.

—Bien. Esto que te voy a contar me sucedió a mí cuando era pequeño. Vivía yo… —se quedó en silencio cuando se percató de que iba a dar más datos de los que deseaba. Tras recapacitar un breve instante, continuó. Ya nada importaba, lo más seguro es que nunca salieran de allí con vida—. Vivía yo en Hannibal, un pequeño pueblo de Missouri a orillas del Mississippi…

# 25

**… cuando cierta mañana me escapé de casa, como hacía habitualmente, para embarcar en cualquier vapor que recorriese el río, ya fuese hacia el norte, o hacia el sur.**

> >La verdad es que suelo ser bueno con los nombres, y recuerdo con clara nitidez casi cada vapor en el que me he embarcado desde que era un niño, pero en esta ocasión, el nombre del barco no se me quedó grabado. Ya pudo ser debido a la prisa o al desinterés. Sin embargo, sí que hubiera jurado haber visto con anterioridad a sus viajeros, no en cientos, sino en miles de ocasiones: los típicos peleadores y apostadores que arribaban a Hannibal como si allí se encontrara la mismísima ciudad de oro. Los veías llegar desde cualquier punta de América, borrachos, graciosos, profanos… y en cierta manera te daban pena. Venían a buscar algo que tú, como autóctono, sabías que no encontrarían. Ellos te miraban con condescendencia, como si no conocieras la tierra en la que te has criado. Y aún así, era gente en la que se podía confiar, con honor, pero incapaces de ahorrar un centavo. Las putas de la zona les dejaban los bolsillos vacíos en cuanto cruzaban la puerta del lupanar, a veces incluso antes.

Entre la tripulación del barco había un marinero negro, su capitán lo había comprado en un mercado de Nueva Orleans cinco años atrás, y dijo que lo hizo solo por su voz. El vendedor le puso a cantar y el capitán no tuvo reparos en pagar por él lo que pedían. El esclavo respondía al nombre de Martin, y tenía una particularidad que resultaba molesta a su dueño: aunque podía estar horas cantando y siempre acataba las órdenes, no hablaba. Le dijeras lo que le dijeras, le preguntaras lo que le preguntaras, no respondía. El capitán se lamentaba de que en cierta ocasión, un adinerado terrateniente de Saint Louis quiso comprarle por un buen dinero al negro para que actuara en obras a la manera de raudevilles, pero al darse cuenta de que Martin no articulaba palabra si no era cantando, rompió la negociación.

Es imposible que te describa con palabras lo prodigiosa que era su voz. Pensé que podría quedarme sentado sobre aquella caja toda la vida. Le escuchaba mientras el sol caía a plomo y disfrutaba como nunca del río. Sus canciones parecían alegres, todo el que las

escuchaba se animaba y sonreía. Pero digo que parecían alegres porque tras ellas yo creía intuir quejidos y lamentos. Los negros dominan el arte de hacer agradable la penuria más grande a través de su canto. Y aunque este sonreía constantemente a todo el mundo, sus ojos eran los más tristes que había visto. Una vez me di cuenta de este detalle, supe que aquel esclavo debía guardar en su interior una terrible historia. Una historia que yo nunca llegaría a conocer.

*Dear Lord! Dear Lord! When slavery´ll cease,*

*then we poor souls can have our peace;*

*There´s a better day a—coming, will you go along with me?*

*There´s a better day a—coming, go sound the jubilee.*

Cantaba. Y yo no podía dejar de imaginarme a Martin, quizá venido directamente de África, siendo obligado a bailar y cantar en la cubierta del barco bajo la melodía del restallar de los látigos sobre su cuerpo. ¿Puede haber sufrimiento tan grande, Sergio, que obligarte a parecer feliz cuando tu vida es una tragedia? Quizá sus días más duros habían quedado atrás, antes de embarcarse en aquel vapor donde su capitán jamás le puso una mano encima y donde todos disfrutaban con su voz, pero puedo jurarte que aquel hombre no conocía la dicha.

La verdad es que yo, aunque hacía muchas amistades de un día, no solía encariñarme con nadie cuando me escapaba de casa. Ya sabes, en los viajes por el río conoces a mucha gente, y uno no puede permitirse el lujo de pasarlo mal cuando hay que decir adiós. Cosa que ocurre muy a menudo, pues nadie está quieto en el Mississippi. El transitar se hace necesario. Me quemaban los pies si estaba mucho tiempo en el mismo sitio. La vida en movimiento. En fin, estoy divagando y se hace tarde... como te decía, no solía encariñarme de nadie, pero aquel negro sembró en mi corazón tanta ternura, que no pude evitar hacerle un regalo. Era una tontería, la pata de un conejo que le había robado el día anterior al sabelotodo de la escuela. Aunque a esa edad, a mí me parecía un verdadero tesoro. Me costó desprenderme de ella, pero pensé que merecía la pena. Me acerqué a Martin, le dije un "te dará suerte", él la agarró, la examinó con el mismo esmero que si tuviera una pepita de oro entre sus dedos, sonrió hasta que los labios le llegaron al lóbulo de la oreja y habló. Es la primera vez que alguien me trata con cariño en esta tierra. Gracias. Eso me dijo, y en un

perfecto inglés. Si yo me quedé sorprendido, no te quiero decir nada del capitán. Se le cayó de los labios el puro que estaba fumando y después comenzó a maldecir y a gesticular con los brazos en alto. A mí me echó del barco a puntapiés, y a Martin le amenazó con darle una paliza o venderle en cualquier plantación de esclavos. ¡Cinco años alimentando a este gandul y jamás habló! ¡Desagradecido! gritaba. El pobre hombre recordaría el sustancioso trato que se fue a pique por culpa de la cremallera que cerraba los labios del negro.

De esta historia me quedo con la última mirada de Martin. Sus ojos me mostraron un agradecimiento sincero. Vi, ya desde el puerto, cómo el negro se colgaba del pantalón la pata de conejo. Y me fui, con las manos en los bolsillos y silbando, hasta la ciudad.

..............................................................................................................

Cuando Jacob terminó de narrar su historia, se percató de que todos le observaban en la oscuridad. Todos menos Lleó, que respiraba profundamente, entrando quizá en una fase pesada de sueño. La trampilla de la jaula se abrió y apareció por ella la cabeza de un nuevo indígena, que se quedó mirando al de Hannibal con fijación.

*—Akengele nashu… —dijo antes de volver a cerrar la trampilla.*

—Es usted un gran narrador —concedió el segundo de a bordo tras el pequeño incidente con el salvaje.

—No me gustaría tener un negro al lado mientras navego —masculló Tisdale—. Nunca me sentiría seguro.

Todos guardaron silencio, las discusiones sobre la abolición se hacían cada vez más frecuentes en todos sitios. Había mucho malestar social y mucha presión por parte de los norteños para abolir la esclavitud. Pero darle la libertad a los negros se hacía impensable en tierras sureñas. Aquella noche, nadie tuvo ánimo para debatir sobre ello. Jacob se tumbó por completo y miró hacia el techo, no a la jaula, sino a la infinidad de estrellas que llenaban de pecas el firmamento. Reconoció algunas constelaciones, y pensó en buscar un conjunto de estrellas que le recordasen al rostro de Emma. Tras intentarlo infructuosamente, sus pensamientos derivaron hacia las mismas preguntas que se hacía una y otra vez. ¿Cómo estaría Emma? ¿Le odiaría mucho? ¿Le habría creído capaz de asesinar a Noah? Se quedó dormido sin darse cuenta. No muchas horas después, le despertaron los gritos.

# 26

Provenían de la otra jaula, la que estaba en la plataforma contigua. Jacob se giró en el suelo y su espalda crujió como si estuviera pisando cañas secas. Observó en la distancia cómo entre varios salvajes sacaban de su encierro a uno de los marineros. Entornó los ojos, pero no pudo reconocer a su compañero; estaba demasiado lejos. Hubo cierta resistencia en el interior de la otra jaula; los gritos, un batiburrillo de inglés y de aquella lengua extraña que hablaban los salvajes, le llegaron amortiguados. El alboroto duró un par de minutos, pues las lanzas de aquellos indígenas convencieron a los demás de que no era buena idea resistirse. Allí dentro, sin defensa ni escondrijo posible, no eran más que ratas de mar esperando ser ensartadas.

—¿Adónde se lo llevan? —preguntó Lauper, alarmado.

—Buena pregunta, marinero —respondió el capitán Barret, agarrado a los barrotes, con los dientes apretados.

—¿Es Josuah al que han cogido? —inquirió Tisdale. Tras un infructuoso intento de reconocer al marinero volvió a su sitio.

—Lo que está claro, caballeros —dijo el segundo, con su habitual lógica y buenos modos—, es que aquí no somos más que corderos. Pueden hacer con nosotros lo que les plazca. Y si se han llevado a un marinero de aquella maldita jaula...

—Quiere decir que pueden llevarse a cualquiera de nosotros cuando quieran... — anunció Tisdale, con media sonrisa en los labios. Parecía disfrutar con aquello.

—Así es —confirmó Donovan.

—A mí no me llevarán con tanta facilidad —Lauper tenía el puño en alto y apretaba los dientes. Pese a la seguridad de sus palabras, los dientes le castañeaban.

—Lo harán —respondió Jacob, a su pesar—. No tienen más que apuntarnos con sus lanzas desde arriba. O escupirnos dardos envenenados con sus malditas cerbatanas. No podemos hacer nada, si

les da por hacer una carnicería aquí, la harán. Supongo que si nos mantienen con vida será por algo. Es lo único a lo que nos podemos aferrar.

Todos guardaron silencio durante unos segundos para asimilar aquellas palabras.

—Habla por ti —respondió Lauper tras pensarlo. Escupió a un lado—. Yo me defenderé con los dientes si hace falta; si salgo de aquí será para escapar.

Sergio tosió varias veces, era el único que no se había incorporado tras los gritos. Jacob se acercó hasta él y le tocó la frente. Si su cabeza hubiera estado metida en una caldera no estaría más caliente. El marinero casi no parecía haber notado que alguien le hubiera puesto una mano encima. Jacob lo tomó como una mala señal. Lleó estaba muy enfermo. Miró a su alrededor, con la duda de si debía comunicar su descubrimiento a los demás. De los allí encerrados, tanto el capitán como el segundo Donovan le merecían su confianza. Eran oficiales, orgullosos pero nobles. Civilizados. Sin embargo, Lauper y Tisdale eran marineros, zafios, egoístas, avariciosos, cobardes… no había más que mirarles a los ojos para saber que en su alma no anidaba nada bueno. De repente, Sergio se dobló en dos y comenzó a vomitar lo poco que le quedaba en el estómago.

*Me temo que ya no te hará falta tomar una decisión…*

La reacción de los prisioneros no se hizo esperar. Todos, con la única excepción de Jacob, que se quedó paralizado, se alejaron de Lleó y le miraron con repugnancia.

—¡Ese hombre está enfermo, por todos los demonios! —exclamó Tisdale.

—Como para no estarlo, con todo lo que hemos vivido… —le defendió Jacob—. No tiene más que un poco de fiebre, nada por lo que alarmarse.

—¡Fiebre amarilla! —exclamó Lauper persignándose—. ¡Nos va a contagiar! ¡Hay que hacer algo! ¡Matadle!

—¡Ven a por él si te atreves! —Retó Jacob, dejando el cuerpo de Lleó a un lado con delicadeza y preparándose para la lucha.

Lauper levantó los puños y Jacob esperó el ataque.

—¡Que me caiga un rayo encima si voy a aguantar cualquier insubordinación, señores! —gritó el segundo, situándose en medio de la pelea. Tras su captura, el capitán Barret más parecía un pelele que un oficial de alto rango, pero Donovan se había crecido ante el peligro —. Este hombre puede tener fiebre amarilla, como puede tener cualquier otra cosa, Lauper. Ninguno de los aquí encerrados es médico y no podemos matarnos entre nosotros ante los síntomas de una gripe común. No queda otra que arriesgarse y esperar a que no sea nada grave, ni… contagioso.

El marinero raso miró de forma inquisitiva al capitán, pero este se sentó, con la vista clavada en el suelo de madera y agradecido a Donovan por interceder y llevar la voz de mando en aquellas circunstancias.

—Estoy muy cansado… —fue lo único que dijo.

Y en realidad así se le veía. Las bolsas se habían pronunciado bajo sus ojos hasta tal punto que parecían un abismo oscuro e insondable. Sus arrugas se habían marcado sobremanera, y sus barbas habían crecido cual bosque descontrolado. Más parecía un vagabundo que un bravo capitán que hubiera cruzado el océano en más de una ocasión.

Lauper y Tisdale se miraron, pactando una unión que Jacob ya había predicho. Aún así, pese a que la tensión se podía cortar con un cuchillo, no realizaron maniobra alguna. Las hienas siempre esperan a estar en ventaja, pensó el de Hannibal. Al cabo de unos segundos, Tisdale comentó que de una manera u otra todos morirían allí. Lauper, que conservaba los puños apretados y no apartaba la mirada de Jacob, asintió, relajó la mandíbula y se sentó. Pero Jacob sabía bien cuándo alguien intentaba colarle un farol, lo había aprendido a la fuerza, y aquellos dos, simplemente esperarían al momento adecuado para actuar.

—Unos morirán antes que otros —sentenció Lauper. Después, se recostó e hizo como que dormía.

Pocas horas después del incidente, Sergio recuperó la conciencia. Le dolían la cabeza y la espalda, pero era algo soportable. Observó en silencio a Jacob, sin que este se diera cuenta. Una mueca de dolor se dibujó en su rostro. Sabía que le había salvado la vida, de nuevo. Conocía, mejor de lo que todos en aquella jaula creían, a marineros de la talla de Tisdale o Lauper. E incluso a gente de peor calaña. Mientras todo fuera bien no había problema con ellos, podían reír o beber como el mejor de los hombres, pero en su esencia era gente de carácter ruin.

Cuando las cosas se torcían no dudaban en clavarte un puñal por la espalda si les fuese provechoso. Bien lo sabía él, sí. Había clavado más de uno y más de dos. Durante unos segundos se olvidó de su misión. La verdadera misión que le había llevado a embarcarse en el Mediterráneo, y le dio, mentalmente, las gracias a Jacob por haber intercedido por él. ¿Debía seguir con su cometido? ¿Con aquello por lo que le habían pagado una fuerte suma? ¿Qué importaba ya la misión, si en la situación en la que se encontraban todo parecía indicar que iban a morir? Pero él nunca había dejado un trabajo a medias. Nunca en su vida había dudado tanto. En un momento dado, el de Hannibal clavó sus ojos en él y pareció leerle el pensamiento. Nada más lejos de la realidad, ya que al cabo de unos segundos le sonrió.

—¡Eh, te has despertado! —exclamó, acercándose a él—. Y sin duda tienes mejor pinta.

Cuando Lleó iba a contestar, se abrió la trampilla y cayó un morral cargado de comida y bebida en el centro de la jaula. Antes de que nadie moviera un dedo, el segundo ya se había hecho con los alimentos.

—Volveré a encargarme yo del reparto equitativo —dijo sin apartar la vista de Tisdale y Lauper, que, instintivamente, permanecían hombro con hombro en el rincón opuesto a los demás.

Comieron y bebieron todos, y el sol murió bañado en sangre en aquel páramo inmenso de sargazos. Para cuando la noche se instaló con sus negras enaguas, Sergio parecía encontrarse mucho mejor; ya no le dolía la cabeza ni le torturaba su espalda, así que permanecía tranquilo. Al contrario que Jacob, que no dejaba de cavilar sobre un posible ataque nocturno a manos de Tisdale y Lauper. Quizá no podría pegar ojo. No había manera de fiarse de ellos, y sería tan fácil que los dos cayesen sobre él o Sergio aprovechando el sueño...

—Ey, sureño —llamó su atención Sergio—. ¿Por qué no nos cuentas otra de esas historias tuyas del Mississippi?

—Secundo la moción —añadió Donovan. Parecía interesado de verdad.

—Son historias muy aburridas. Recuerdos alterados por el tiempo y la percepción, seguramente —se hizo de rogar Jacob, pero aquella petición le había agradado.

El Mississippi había sido su vida, su amante, y hablar del río siempre

le hacía feliz. Tenía mil y una historias que contar, y si sus huesos no hubieran acabado en la cárcel podría añadir otras miles más, de eso estaba seguro. Carraspeó mientras rebuscaba en los cajones oxidados de su mente una historia que mereciera la pena. Una historia en la que no aparecieran ni Noah, ni Twain y mucho menos Emma. El recuerdo sería tan doloroso que no estaba seguro de poder terminar la narración. Cuando dio con una vivida por él solo, miró hacia las estrellas, que también parecían expectantes, y comenzó a narrar con ímpetu. Se fue muy atrás en el tiempo, a cuando de pequeño vio al Mary Jane, el barco fantasma del Mississippi.

Una vez terminada la historia, y antes de que nadie pudiera comentar nada, la trampilla se abrió y el mismo indígena de la noche anterior volvió a decir las mismas palabras:

—*Akengele nashu...*

Como Jacob había intuido, aquella noche no pudo dormir. Permaneció sentado, sin desviar la atención de Tisdale y Lauper. Ellos tampoco durmieron ni le quitaron la vista de encima.

..........................................................................................................

Las historias que Jacob contaba se convertían en bálsamos para aquel horrible encierro. Les habló de pilotos de río, de marineros, de esclavos, de Hannibal y su gente. De todo lo que conocía. Ningún salvaje vino a por ninguno de ellos, ni a por los de las otras jaulas, en los dos días siguientes. Simplemente se dedicaban a alimentarlos y a mantenerlos prisioneros. Mientras tanto, pocas cosas ocurrían y ninguna era buena. La comida no abundaba, al igual que el agua. Pero lo peor de todo fue que las fiebres volvieron a tomar el cuerpo de Lleó tras una falsa recuperación. Un cuerpo poseído por la ictericia. Tan amarillo que daba apuro mirarlo. Ya nadie dudaba de que Sergio Lleó tenía fiebre amarilla, ni siquiera Jacob, que permanecía con el ánimo abatido. El segundo Donovan y el capitán Barret no dijeron nada, aunque se les veía incómodos. Después de todo, ambos tenían claro que no iban a salir de allí con vida, pero Tisdale y Lauper sí que se quejaron. Tenían esperanza de huir de aquella maldita ciudad de madera llena de salvajes. Tanteaban el terreno, intentaban encontrar ventaja, convencer a los oficiales de que lo mejor era "arreglar" aquella situación deshaciéndose del problema. Alegaron que había que buscar el bien de la mayoría, tomar una pronta decisión respecto al marinero enfermo, aunque fuese dura. Todo esto lo decían cuando Lleó apenas estaba consciente y Jacob permanecía tan adormilado que la neblina del agotamiento embotaba sus sentidos y casi no podía

articular palabra. Sin embargo, el segundo tenía un espíritu tan noble que no se veía asesinando a sangre fría a un enfermo, aunque no hacerlo supusiera su muerte. Y el capitán simplemente se dedicaba a asentir a cualquier cosa que le decían, sin prestar atención a palabra alguna. Así que Tisdale y Lauper no sabían si a la hora de la verdad recibirían su apoyo o no.

*Lo que está claro es que moverán ficha más pronto que tarde, pensó.*

Y no se equivocaba. Lleó fue asesinado esa misma noche, pero antes, en ese punto intermedio en el que el atardecer disfraza de inferno la Tierra con tonos demasiado rojizos, Jacob y él tuvieron una conversación. Una conversación que destrozó por dentro al de Hannibal.

—¿Estás despierto, sureño?

—Creo que nunca he dormido tan poco —contestó este. Apoyó la espalda en los barrotes.

—Me muero. Lo siento en cada poro de mi piel —Jacob pensó que no hacía falta que se lo jurasen. Lleó tenía más pinta de muerto que de vivo—. Muy pocos sobreviven a la fiebre amarilla... y presiento que yo no seré uno de ellos.

Una ligera brisa les acariciaba, y las nubes, transeúntes, viajaban sobre un océano que más parecía un río Estigia alimentado por corrientes de sangre.

—Tonterías —respondió Jacob.

—No lo son... yo sé que no lo son —respondió Lleó con un rictus fruto de un profundo dolor—. No creo que aguante mucho más... ¿un día? ¿dos? Ni la más remota idea, pero no me queda mucho tiempo. No sé cómo empezar con esto que te quiero decir. He visto la muerte muy de cerca, créeme. La he visto en la puñalada que un borracho de Tenesse me dio cerca del corazón cuando perdía a las cartas, en la flecha que un indio Paiute me clavó en el vientre cuando trabajaba para Brigham Young despejando Utah de indios... en el Mediterráneo, cuando me aplastaban aquellas planchas en la bita de proa durante la tormenta. En aquella ocasión tú salvaste mi vida... y la salvaste precisamente cuando yo quería acabar con la tuya. Si las planchas no hubieran caído sobre mí, tú yacerías en el fondo del océano.

—¿Qué diablos quieres decir? —No era que no lo comprendiera, pero no daba crédito a lo que acababa de escuchar.

El resto de los prisioneros dormitaba, alguno incluso roncaba. La conversación, casi susurrada, no parecía importar a nadie. Solo a Jacob, que tenía un enorme nudo en el estómago. ¿Qué diantres significaba todo aquello?

—Lo que escuchas no es el delirio de un condenado a muerte, sino la pura verdad. Te lo debo... No me embarqué en el Mediterráneo por casualidad. Si lo hice fue por ti. Me pagaron para matarte, Jacob.

—No... no entiendo nada.

Jacob se sentía caer de nuevo. Aquella sensación ya empezaba a ser constante en su vida. Sintió vértigo. Ya no parecían estar a decenas de metros sobre el Mar de los Sargazos, sino a cientos. Todo daba vueltas a su alrededor, los barrotes se retorcían como las curvas sinuosas de una bailarina ante la más lasciva de las melodías. Cerró los ojos con fuerza. No quería saber más, no quería escuchar más. No quería conocer la realidad de la vida, porque en el fondo era demasiado cruel el mensaje que esta tenía que darle. Quiso pedir a Lleó que no siguiera, pero el moribundo estaba dispuesto a contar hasta el final.

—El juez Hickok me contrató para matarte, Jacob. Ya había trabajado para él y para James en otras ocasiones y nunca les fallé. Te seguí la pista desde que los informadores de Hickok en Columbus Square nos comunicaron que estabas en Saint Louis. Hablé con el camarero del Laveau's Maison Blanche y te seguí hasta la mansión de Marie Laveau y después a New York. Informé al juez de que te enrolabas en la Collins, y este pagó a Edward Knight Collins para que me contratase como marinero raso, con la excusa de que era un sobrino molesto que necesitaba alejar de casa. Yo ya sabía, gracias al capitán Barret, que es muy dado a irse de la lengua con unas cervezas de más, que emprendíais viaje al Mar de los Sargazos. Así que fue fácil convencer al viejo Collins para infiltrarme en el Mediterráneo. Hickock nunca te perdió la pista, solo esperó a que estuvieras lo bastante alejado de Hannibal para actuar. Habías escapado de allí, y sí, era posible que no volvieras nunca, pero los Hickock no son gente que arriesgue. Ya que aquel negro no te pudo matar en el puerto de Hannibal contrataron mis servicios, y fui yo quien les dijo que lo mejor era matarte en alta mar y camuflarlo todo como un accidente. Nadie en Hannibal volvería a saber de ti. Mucho menos Emma Hickock...

—¿Por qué... me cuentas esto? —Preguntó Jacob, con lágrimas en los ojos. Impotente. De nuevo engañado.

—Porque vamos a morir todos —sentenció Lleó—. Durante mi vida,

nunca llegué a plantearme si mataba a hombres buenos o malos. Siento decir que para estas cosas no tengo conciencia. Podría excusarme contándote que viví un infierno durante la infancia y mil motivos más por los que me haya convertido en un hombre sin alma. Pero soy así, y no le doy más vueltas. Si me pagan por matar a alguien lo mato. Es un oficio, al fin y al cabo. No hay nada personal contra las personas que asesino. Pero en tu caso... sí se ha acabado convirtiendo en algo personal. Tras salvarme durante la tormenta tuve ciertos... remordimientos. Pensé en olvidar la misión y desaparecer en cuanto regresara a New York... pero ante todo, siempre he sido un profesional, no dejo trabajos sin hacer una vez me han pagado. Si la fama que tengo como asesino se fuera al garete ya nadie volvería a contratar mis servicios, y, sinceramente, no tengo edad para cambiar de profesión. Así que me autoconvencí de que debía matarte para subsistir... pero ocurrió lo de los salvajes, y ya no me fue posible cumplir con mi misión. El resto... bueno, el resto ya lo conoces. Me has salvado la vida dos veces, mientras que yo intentaba quitártela a ti. Así que ya que vamos a morir, y parece ser que yo me iré antes que vosotros, tenía, al menos, que ser sincero contigo y contarte todo esto. No siento que deba pedirte perdón, ya que no has sufrido daño alguno por mi parte. Físico, quiero decir. Te buscaste un enemigo muy poderoso, Walters. Supongo que la chica merecería la pena...

Jacob sonrió con amargura y lágrimas en los ojos. Alguno de aquellos salvajes, en la lejanía, comenzó a tocar una especie de flauta. La melodía era triste, muy a tono con el estado que embargaba al de Hannibal.

—Vaya que si la merecía —respondió al final—... y te equivocas. Sí he recibido daño por tu parte. Quizá no un daño físico, como dices, pero sí que has resquebrajado más si cabe mi alma, que ya venía tocada desde pequeño. Me cuesta confiar en las personas. Hay una promesa que me he hecho muchas veces ya, y es el no volver a creer en la amistad. No quiero decir que confiara en ti ciegamente, no hace tanto que nos conocemos, pero estabas cerca de lograr que volviera a olvidarme de antiguas promesas.

Dicho esto cambió de posición y le dio la espalda a Sergio Lleó. Fue la última vez que habló con él. Cobijados por la oscuridad de la noche, y en completo silencio, Tisdale y Lauper se arrastraron hasta el moribundo. Mientras Lauper vigilaba que nadie despertase, Tisdale, con un trozo de su camisa en la mano, saltó sobre Lleó, lo inmovilizó y tapó su nariz y su boca con la tela hasta asfixiarlo. Después, Tisdale arrojó el trozo de tela al océano. Ambos volvieron a su sitio en la jaula y se recostaron, victoriosos. Jacob continuó mirándoles hasta mucho

rato después.

*Adiós, Lleó. Adiós.*

Volvió a dormirse.

# 27

No hubo grandes sorpresas cuando a la mañana siguiente el segundo se dio cuenta de que Lleó estaba muerto. Nadie derramó una lágrima por él. Nadie planteó siquiera la posibilidad de que le hubieran podido dar muerte. Tan solo, Donovan le dedicó una oración y todos bajaron la cabeza como muestra de respeto. O al menos fingirlo. En realidad, y aunque ni el capitán Barret ni Donovan lo hubieran reconocido jamás, la muerte del marinero fue un alivio para todos ellos. La fiebre amarilla era muy contagiosa y pocas veces perdonaba una vida, aunque por el momento nadie parecía tener los síntomas de la enfermedad. Pese a eso, todos trataban con suspicacia cualquier pequeña tos de Jacob, o le observaban disimuladamente para ver si su tez adquiría un tono amarillento, pues era el que había estado más en contacto con Lleó. Pero Jacob se sentía bien, el único dolor, el de su corazón, quedó sepultado bajo toneladas de desprecio. Durante la noche comprendió de manera definitiva que tenía que emparedar sus sentimientos, al menos los que le hacían débil, y no darles de comer hasta que murieran de hambre. Cada vez odiaba más a la gente que le rodeaba. El mundo era un lugar precioso, aunque lleno de peligros, pero la gente... No te podías fiar de nadie. Todos merecían morir. El ser humano era mezquino, ruin, traidor, falso, avaricioso, destructivo. Una de las pocas personas buenas que había conocido, Noah, murió a manos de un par de tipos despreciables, un par de entre millones de tipos despreciables que habitaban el continente. Tal para cual. Padre e hijo. Desde que llegaron a Hannibal su vida se había convertido en un infierno. Charles Hickock le mandó a prisión, su hijo, James, le había robado al amor de su vida, y encima había matado a su mejor amigo. Y para colmo, cuando huyó, le siguieron la pista y mandaron a un sicario para acabar con él. Lejos de Emma, lejos del Mississippi. Donde ellos eran los reyes y él solo un muerto de hambre. Dinero... el dinero podía comprarlo todo, si tenías dinero el poder llegaba, cosa que también sucedía al contrario: el poder llamaba al dinero.

Tenía que matarles. No merecían respirar el mismo aire que Emma. ¿Pero cómo escapar de allí? Si tuviera una visión más amplia de todo aquello... pero encerrado en una jaula que colgaba sobre el Mar de los Sargazos y rodeados por cientos, quizá miles de salvajes... No, aquello era imposible. Cerró los puños con fuerza y se mordió el labio superior. Sentía tanta impotencia, tanta rabia, que cada vez que

pensaba en los Hickok la vista se le nublaba y perdía la razón.

.......................................................................................................

Tisdale y Lauper le hicieron comprender al salvaje que traía la comida que Lleó había muerto. El salvaje silbó y aparecieron dos más, uno grandote y el otro enclenque. Mientras el grandote bajaba a la jaula para comprobar que aquello no era una trampa, los otros dos apuntaron con cerbatanas al interior. Ni Tisdale, Lauper, el capitán o Donovan hicieron gesto alguno que pudiera ser malinterpretado. No querían provocar una masacre allí dentro. Sin embargo, ninguno de los prisioneros, incluido Jacob, que parecía permanecer más ajeno a la situación, perdió detalle. Buscaron cualquier posible vía de escape, algo que se les hubiera pasado en anteriores revisiones… pero todo fue rápido. El salvaje que estaba dentro cargó el cuerpo de Lleó y se lo pasó a uno de sus compañeros. Pronto volvieron a estar a solas y con la trampilla cerrada desde arriba.

—A saber qué harán ahora con el cuerpo. Lo mismo se lo comen —dijo Lauper.

—Tenga usted un poco más de consideración, Lauper —reprendió el segundo—. Walters era su amigo, esta muerte ha tenido que ser un varapalo para él.

—Por mí no se preocupe, Donovan —respondió Jacob, con la mirada perdida en el horizonte. La voz no le tembló.

Permanecieron un rato en silencio. El tiempo allí arriba parecía haberse detenido. El capitán Barret se miraba las manos. Miles de grietas recorrían sus palmas y sus dedos, cada una de ellas podría contar una historia. Se preguntó a sí mismo en qué momento había dejado de luchar para rendirse. Miró a sus hombres, ¿qué pensarían de él? Un capitán que había sido tan bravo ante aquella colosal tormenta que pugnaba por llevarles al fondo del océano, y que ahora no era más que un muñeco de barro al que unos salvajes habían tirado al agua para ver cómo se descomponía poco a poco. Y también estaba el tema del engaño. ¿Cómo había podido engañarles aquel viejecillo que cabía perfectamente bajo su brazo? William B. Milles, apocado, servil, traicionero… seguramente hasta su nombre fuese falso. ¿Pero qué relación unía a aquel viejo y a los salvajes? Una cosa tenía clara, el viejo Collins había sido tan engañado como él, y ya podía dar por perdido un barco bien costoso. Nunca recuperarían el Mediterráneo. La compañía se resentiría de aquel fracaso. Quizá la Collins fuese a la quiebra.

—No es que me agrade estar de acuerdo con usted, Lauper, pero no le falta razón. Tenemos que intentar algo —dijo el capitán Barret, continuando una conversación que todos creían ya muerta.

Lauper, que estaba recostado, se incorporó y zarandeó a Tisdale para que prestase atención. Jacob también se extrañó del repentino cambio de ánimo que se había producido en el capitán. El segundo Donovan dejó de limpiarse las botas con el pequeño pañuelo que siempre guardaba en el bolsillo de su camisa. Todos aguardaron expectantes.

—Siempre supe que moriría en el mar, caballeros. Desde la primera vez que me subí a la cubierta tambaleante de un barco intuí que sería en el mar donde encontraría la muerte. Pero no así. No hay ninguna honra en morir como un animal.

—¡Bravo, capitán! —aplaudió Lauper—. ¡Así hablan los hombres de verdad! —al pronunciar esta última frase miró de soslayo y con malicia a Jacob.

—Si bien ya sabe que estoy a muerte con usted, capitán Barret —dijo Donovan—. Me gustaría saber si ha ideado algún plan o si esto es solo fruto de un arranque momentáneo de ira. Les recuerdo que estamos en clara desventaja. Y sé que no hace muchos días yo era el primero que, cegado por el enfado y la sed de venganza, quería arremeter contra estos salvajes.

—No se ablande ahora, Donovan —masculló Tisdale con desprecio.

—Y usted no sea insolente, marinero —se encaró Donovan—. Si trazamos un plan yo seré el primero en atacar, así lo pido. Pero no de cualquier modo.

—¿Plan? —preguntó con tono de ironía Lauper—. El plan aquí es agarrar al primer salvaje que asome por esa trampilla, meterlo aquí dentro y acabar con él a golpes. Después tendríamos vía libre...

—¿Vía libre hacia dónde? —preguntó el capitán Barret—. No, señores, en realidad Donovan tiene razón, esto hay que meditarlo un poco más. No podemos actuar de cualquier manera. Allí, en aquella especie de ciudad —dijo señalando las construcciones de madera—, puede haber cientos de salvajes. Formar escándalo al huir de aquí nos llevaría a una muerte segura.

—¿Más segura que la que nos espera si permanecemos quietos, capitán? — preguntó, irrespetuoso, Tisdale.

De nuevo llegaban a un callejón sin salida. Jacob permanecía recostado sobre los barrotes. Con una uña rascaba la madera mientras escuchaba la conversación. En un momento dado pronunció una palabra en alto. Nadie pareció escucharla, así que la repitió.

—¡Rascar!

Todos le miraron.

—¡Está loco! —gritó Lauper, fuera de sí.

—Un momento... —intercedió el segundo Donovan—. Escuchemos lo que este chico tenga que decir.

—Si rascamos poco a poco la madera —dijo Jacob, al que ya le sangraba el dedo— , llegará el momento en que la podamos quebrar. Esos salvajes ni se darán cuenta, porque siempre habrá uno de nosotros aquí tapando la brecha que vayamos haciendo. Ellos no bajarán aquí, a menos que muera alguien, y esperemos que eso no ocurra. Y de todos modos, como habéis dicho, ¿qué tenemos que perder si nos descubren? No creo que nos tengan mucho tiempo con vida aquí. Los prisioneros no salen baratos. Eso lo sabemos todos, así que qué más da. Yo, al menos, lo voy a intentar... y si lo logramos, escaparemos de noche, sin hacer un ruido. Estos salvajes deben tener embarcaciones por algún lado, si no, ¿cómo llegaron hasta nosotros cuando nos abordaron? Cuando se quieran dar cuenta podemos estar a muchas millas de aquí y les será imposible alcanzarnos.

Tisdale se agachó junto a él y le palmeó el hombro. Jacob sintió una repugnancia tan grande que a punto estuvo de golpearle, sin embargo solo transmitió su odio con la mirada. Si Tisdale se dio cuenta, no lo aparentó.

—¡Eres un genio, chico!

—La verdad es que no es tan mala idea —reconoció el capitán—. Poco más se puede hacer, no tenemos margen de maniobra. Aunque siempre tienen a alguien vigilando... la cuestión sería eliminar al vigilante cuando lo consigamos y escapar. ¡Y por supuesto liberar a los marineros de la otra jaula!

—No se hable más, Walters —añadió el segundo—. Como dijo el gran poeta Henry Wadsworth Longfellow "Si bien los molinos de Dios muelen despacio, muelen muy pequeño; aunque con paciencia espera, muelen con exactitud todo". Ha tenido una gran idea. Le conmino a que empiece usted. Podemos hacer turnos de dos horas y trabajar

durante las veinticuatro horas del día. Lo que sea para salir de aquí cuanto antes.

Jacob asintió y continuó rascando la madera. A la hora de la verdad, no sabía si ayudaría a nadie más a escapar. Para él ya solo existía una meta: asesinar a los Hickok. Rascó la madera con más saña, imaginando que eran los ojos de James. El dolor que le recorría desde la punta de los dedos hasta el brazo no le detuvo.

..............................................................................................................

Transcurrida una semana ya habían conseguido labrar un pequeño surco. Sin bien todos se habían quedado sin uñas y el trabajo comenzó a ralentizarse.

Lauper siempre estaba de mal humor y decía que aquello era una pérdida de tiempo, y quizá hubiera dejado de rascar si Tisdale le hubiera mostrado su apoyo. Pero Tisdale sí que creía que a falta de algo mejor, aquella era una buena idea. El marinero tenía claro que no iba a intentar un ataque más directo con los salvajes en tan clara desventaja. Así que pasaban las horas, los turnos, y el surco se hacía más profundo y más ancho. Siempre que uno de ellos se sentaba para trabajar en él, tapaba con media pierna el agujero y si se oía algún ruido arriba ponían la pierna entera y se juntaban todos más para no dejar huecos visibles. Los salvajes no se percataron de nada. Seguían llevándoles comida y apenas se detenían para observarles. Al capitán Barret le dolía el orgullo, aquellos salvajes no esperaban de ellos la más mínima intentona de insurrección. Por tan cobardes les tenían. Así que normalmente, acababa con los dedos más estropeados que nadie. Un día, Donovan le llamó la atención con mucho tacto. Le dijo que si los salvajes se percataban de que tenían los dedos tan sanguinolentos y estropeados sospecharían algo, y si bajaban a comprobarlo... averiguarían su plan. Esto contuvo un poco a todos, y tuvieron más cuidado a la hora de escarbar.

—Walters, cuénteme una de esas historias suyas del Mississippi —pidió el segundo, una noche en la que todos parecían dormir menos ellos.

—El Mississippi... no me puedo creer que esté tan lejos de él ahora mismo.

—La distancia no la impone la geografía, mi buen amigo.

Jacob se quedó pensativo. La frase de Donovan tenía mucho sentido, pero él no podía evitar reparar en que le separaban muchos miles de

millas de su amado río, y algo más: la falta de libertad. Sin embargo, si cerraba los ojos, podía ver la multitud de flores de colores brillantes que lamían las orillas del Mississippi. Si se concentraba más podía incluso oler el aroma tropical dulce de las magnolias del sur y oír a los pescadores de río hablar sobre sus quehaceres, sobre política o sobre el mismo Mississippi.

Sintió que había una puerta que podía cruzar y que de hacerlo, se encontraría plantado en un soleado y caluroso día, en el puerto de Hannibal, donde las ondas del agua indicarían que un vapor había abandonado el lugar no hacía mucho.

—El río tiene vida propia, es bravo y odia las confianzas —dijo en alto—. Eso me lo dijo una vez de pequeño un mendigo al que tomé por loco, pero que en realidad era demasiado sabio para que le comprendieran los que le rodeaban.

—Entiendo.

—¿Usted dónde se crió, Donovan?

—En Five Points, New York… —contestó este—. Supongo que para un sureño tan joven como usted no le será un barrio conocido. Mis padres eran irlandeses, arribaron a New York pensando que encontrarían algo mejor para el anhelado hijo que estaba a punto de nacer, y se encontraron viviendo en un barrio donde la mendicidad, la prostitución y el robo eran el día a día. Recuerdo que vivíamos hacinados con veinticinco personas más en una casa semiderruida… y que yo salía a jugar con mis amigos esquivando la basura que mis propios vecinos tiraban por la ventana. Imagine qué ambiente tan insalubre. Pero si hay algo que recuerdo como si lo estuviera viviendo ahora mismo es el hambre. Había días en los que solo hacía una comida, y no muy consistente. En definitiva, éramos muy pobres.

—¿Y cómo consiguió llegar a segundo de a bordo? —preguntó intrigado el de Hannibal.

—La suerte tuvo mucho que ver, Walters. Yo acudía de vez en cuando al puerto para recoger las sobras de los barcos pesqueros. Pescado en mal estado que no se quería vender y que no se comían ni los famélicos gatos del puerto. Cierto día un capitán me vio, le di pena, y me cogió bajo su tutela. El resto es largo de contar…

—¿Cambiaría en algo su infancia, Donovan?

—¿La verdad? Nada. Ni lo más mínimo —dijo totalmente convencido

—. Vivir lo que viví me ha hecho ser la persona que soy hoy en día. Los valores que hoy en día mantengo los aprendí de pequeño. No, para nada. No reniego de mi infancia, por muy dura que fuera.

—Usted lo dice porque está orgulloso de en lo que se ha convertido —respondió Jacob, apartando la mirada.

—¿Usted no?

—No, no lo estoy —dijo sin meditarlo si quiera—. Pero no quiero hablar más de esto. ¿Quería escuchar una de mis historias sobre el río? Le contaré una que he recordado...

Como venía ocurriendo anteriormente, tras estar largo rato narrando la historia, un salvaje abrió la trampilla y soltó un Akengele nashu.

—¿Qué diablos significará lo que dicen?

—No lo sé, Walters —respondió el segundo, que ya se preparaba para dormir—, pero sí me he percatado de que esta gente le mira con cierto respeto.

..............................................................................................................

Transcurrieron tres semanas hasta que el pequeño surco que hacían con sus uñas tuvo el tamaño de un lápiz. Lauper había desistido ya y nunca hacía su turno, y en general, todos estaban bajos de ánimos. Aquel era un trabajo lento y duro, les habían salido callos encima de los callos y sabían que harían falta meses y mucha suerte para poder llevar a cabo su plan de escape. El comportamiento de Tisdale tampoco ayudaba. Se mostraba muy irascible y ya no aceptaba órdenes de nadie. Dijo que allí ya no había jerarquía de mando porque no estaban en ningún barco, sino en "una jodida jaula encima del mar". Lauper hizo fuerza con él, como ya se había temido Jacob en más de una ocasión. Aún así, no hubo ninguna pelea importante. Solo dejaron a un lado el respeto a sus superiores y se negaron a hacer nada que no quisieran.

Un día, los salvajes se llevaron al capitán Barret. Nadie lo esperaba, porque no habían vuelto a llevarse a ningún prisionero desde que sacasen a un marinero de la otra jaula.

La mañana estaba siendo aburrida, Jacob rascaba la madera, pero permanecía más ensimismado que otra cosa. El segundo y el capitán tarareaban una vieja canción de la marina, y Tisdale y Lauper hablaban sobre las prostitutas que se habían tirado a lo largo y ancho

de varios estados. De repente, la trampilla se abrió y asomaron tres lanzas, en cuyo final se encontraban tres salvajes. En esta ocasión habían mandado a tres de los más fuertes, uno de ellos, el que bajó a por el cadáver de Sergio Lleó. Tras el susto inicial por parte de los prisioneros, los salvajes señalaron al capitán, que palideció al momento.

—¡Tendréis que bajar a por mí o matarme a lanzazos si me queréis! —gritó Barret, con el puño en alto y escupiendo salivazos.

Donovan, en un acto de valentía y honor, se levantó y se situó delante del capitán. Ni Jacob ni Tisdale o Lauper se habían movido un centímetro. Tan solo contemplaban la escena con atención.

—¡Aquí otro al que tendréis que matar a sangre fría, perros! —gritó el segundo.

Los salvajes se enfurecieron y uno de ellos intentó clavar una lanza a Donovan, pero este la esquivó con cierto esfuerzo, pues no había mucho sitio al que moverse. Un nuevo ataque por parte de otro de los salvajes acabó con la punta de la lanza atravesándole el bíceps del brazo izquierdo. Una mancha roja tiñó la camisa y la sangre manó brazo abajo. Aún así, no cejó en su empeño de proteger a su capitán.

—¡Vaya con ellos, hijo de mil perras, al final conseguirá que nos maten a todos! — exclamó Tisdale, dirigiéndose a Barret.

Lauper, que era más de actuar que de hablar, apartó al capitán a un lado de un empujón y asestó un puñetazo a Donovan, que cayó al suelo semiinconsciente. Entonces, Lauper se giró hacia Jacob retándole con la mirada, y este solo le devolvió una sonrisa artificial. No pensaba mover un músculo por el capitán. Sabía que era un buen hombre, pero ya había interiorizado que no arriesgaría su vida por nadie más. Nunca.

Tisdale y Lauper agarraron al capitán Barret, que se retorcía como una culebra, y lo acercaron a la trampilla.

Entonces, el primer oficial pareció reaccionar.

—¡Malditos! —gritó tras apartar a un lado a Lauper y Tisdale y dirigiéndose a los salvajes—. Habéis herido a un buen hombre. Un oficial de gran valor y nobleza — Donovan, que comenzaba a recuperar el conocimiento, le miraba desde el suelo con una mezcla de admiración e impotencia—. Válgame Dios si esto no lo pagaréis con vuestras vidas. ¡Dejad a estos marineros en paz! ¡Iré con vosotros, pero

no prometo que no os mate por el camino como a animales!

Fue la última vez que Jacob vio con vida al capitán Barret.

..........................................................................................................

—Nunca le hubiera imaginado en la cárcel, Walters.

Se ponían al día sobre sus vidas, y pese a sus palabras, el segundo no le juzgaba. Sabía bien de sobra que a veces la ley se excedía, e incluso que en ocasiones no era justa.

—Ya decía yo que no eras trigo limpio —dijo Lauper, después escupió a un lado.

—Nadie ha pedido tu opinión, Lauper —respondió Jacob sin apartar la mirada.

Tisdale no prestaba atención a nada y se encontraba tumbado y con los brazos cruzados en la nuca. Llevaban prisioneros dos meses, y ya solo escarbaba Jacob. Donovan se había recuperado de la herida, pero necesitó varias semanas de curación y Jacob temió que una infección le matase. Lo que menos quería en aquellos momentos era quedarse a solas con Lauper y Tisdale, parecían tan estúpidos que podrían matarle sin pensar que aumentarían así sus posibilidades de ser elegidos en la siguiente visita de los salvajes. La comida y el agua seguía llegándoles día a día. No pasaban hambre ni sed. Los mantenían con vida por algún motivo, y aunque tenían mil teorías, no podían probar ninguna. En cierta ocasión les había parecido escuchar cánticos y timbales, pero el ruido era amortiguado por la distancia.

—La próxima vez que vengan pienso hacer algo —dijo Lauper.

—¿Entregarles en bandeja a alguno de nosotros? —ironizó el segundo.

—Lo mismo si le parto el cuello no se cree tan gracioso, Donovan.

—Ni cinco como usted podrían doblegarme, mastuerzo.

Tisdale observaba la situación con una sonrisa poco tranquilizadora. Ni él ni Lauper tenían últimamente en cuenta a Jacob, pues este se había encerrado en sí mismo desde la muerte de Lleó y no tomaba nunca partido por nadie, así que la pelea pintaba a dos contra uno. Lauper crujió sus nudillos, y Tisdale hizo amago de incorporarse. El segundo hizo lo propio, a sabiendas de que tendría que pelear contra dos rufianes a los que poco importaba el honor y la pelea justa. Ni

miró a Jacob, no le ayudaría. El chico estaba perdido, su alma desenfocada. Llegó perdido al Mediterráneo y se perdió aún más durante el viaje.

—Si llamáis la atención con una pelea y esos salvajes descubren lo que estoy haciendo, os mataré a todos —dijo Jacob, con la mirada puesta en el horizonte.

Tisdale y Lauper se quedaron quietos, el segundo se mantuvo a la defensiva, con los puños en alto. Jacob se mantuvo en silencio. Era como si las palabras no hubieran salido de su boca, sin embargo, sí que había hablado y muy claramente.

—¿Piensas matarnos tú solo? —respondió con tono de sorna Tisdale. Lauper se debatía entre saltar sobre Donovan o sobre Jacob.

El de Hannibal le lanzó una mirada gélida, después dibujó una sonrisa desagradable.

—Está como una cabra —dijo Lauper—. Yo digo que les matemos a los dos y cuando los salvajes vengan a ver qué ha pasado, aprovechemos para intentar escapar. No sé si lo conseguiremos, pero desde luego prefiero morir a seguir un día más encerrado aquí con estos cobardes.

Tisdale valoró las opciones. Lauper era el músculo, él el cerebro. Sabía que a una palabra suya, su amigo atacaría, ¿pero, y después qué? Tenía tantas ganas como Lauper de acabar con Jacob y Donovan, pero hacerlo significaría tener menos opciones de salir de allí con vida. Y tampoco era seguro que ganasen en la pelea, pues el segundo era ducho con los puños, y de Jacob poco sabían, pero tenía el cuerpo de un hombre y los músculos de un granjero. No, por mucho que le fastidiara no podían permitirse una pelea en aquellas condiciones. Con su mano aplacó la ira de Lauper, que apretó los labios en señal de insatisfacción. Volvieron a sentarse y se mantuvieron un rato en silencio.

—Gracias por interceder, Walters —susurró el segundo al cabo de un rato.

—No lo he hecho por usted, Donovan —respondió este.

—¿Sabe? Se me da bien conocer a las personas. Averiguar qué es lo que hay dentro de su alma. Y usted no es mala persona, Walters. Se ve que ha sufrido mucho, eso está claro. Pero uno no elige cómo ser, lo es y punto.

—¿Me está diciendo que las circunstancias no pueden cambiar a una persona?

Jacob rememoró todo aquello que le había hecho daño a lo largo de su vida. Sentía las heridas muy abiertas, y eso le daba rabia.

—Buena pregunta, Walters. Debo reconocer que toda circunstancia adversa supone una oportunidad de cambio, sea para mejor o para peor. Pero si le soy sincero, creo que las circunstancias solo cambian a alguien cuando su espíritu aún no está formado del todo. Quiero decir, cuando es niño. Es muy complicado que a su edad, y menos a la mía, alguien cambie la esencia de lo que es. Se puede cambiar temporalmente, eso sí, pero luego todo vuelve a su lugar natural.

Una ligera brisa meció la jaula. A lo lejos, escucharon tambores y el murmullo de otros marineros en la jaula más próxima.

—No estoy de acuerdo con usted, aunque respeto lo que dice —respondió Jacob. Comenzó a rascar con la uña. Cada minuto pasado allí era un infierno—. Creo que puede llegar el momento en la vida de alguien en que ya no pueda más. El día en que abandone definitivamente ideales, el día en que se deje de ser ingenuo, el día en que se pierda toda esperanza de llevar la vida que uno quería llevar.

—¡Ay, amigo! Toca usted temas muy profundos para su juventud —Donovan le palmeó el hombro y le sonrió, afable—. La vida dice... habla usted de la vida como si fuera un corcel que se pudiera domar, y no es así. Uno no dirige su vida, si no que la vida le dirige a uno. ¿Le ha pasado a usted que mientras que quería ir por una vereda la vida le ha llevado por otra completamente diferente?

—De continuo, casi desde que era niño.

—¿Y aún no ha comprendido que esa es la esencia de la vida? —El segundo dejó caer un corto silencio para que Jacob recapacitara sobre su pregunta—. Si me lo permite, le compararé la vida con su amado Mississippi. Todo cambia de un momento a otro, no se puede estar seguro de nada. Cuando menos lo espera uno surge un banco de arena o un tronco justo delante de tus narices y te hace naufragar. Da igual lo buen piloto que seas o creas ser. Y usted mejor que nadie, Walters, debería comprender eso. ¿Y qué es lo que forja a los grandes hombres? El saber reponerse y actuar. Las almas débiles se sumirán en la pena. Echarán la culpa al mundo y sus circunstancias, al "no lo vieron venir", pero los hombres de verdad tropiezan, caen, se levantan y siguen andando. Y si la vida les da una bofetada, sonríen.

—¿De verdad se cree todo lo que me está diciendo? —respondió Jacob, mirándole fijamente.

—¿Recuerda usted que le conté que un capitán de barco se apiadó de mí y me sacó de las calles de Five Points? —preguntó el segundo. Sin darle tiempo a responder continuó hablando—. En aquella ocasión le dije que la historia era larga de contar. Omití que también era dolorosa. Quizá haya llegado la hora de narrarle qué fue lo que me ocurrió en aquellos años. Después de todo, puede que sea la última vez que lo haga...

> >Como en toda buena historia, hay una mujer. Aunque cuando conocí a Maggy, ella apenas contaba con catorce años. Maggy era la hija del señor Morgan Debison, el capitán que me recogió en su regazo, y de Deborah Smith, fiel ama de casa. Se puede decir que nos enamoramos a primera vista, y que si en el mundo hay una mujer predestinada a cada hombre, ella lo estaba para mí. Quizá no era muy bella, pero tenía un alma tan pura y luchaba por sus creencias con tal devoción, que no pude por más que beber los vientos por ella durante los años que el Señor tuvo a bien concedernos.

Maggy tocaba el violín con maestría. Tanto es así, que daba clases particulares a los hijos de los nobles más poderosos de New York. Llegó a estar muy bien posicionada, y muchos le echaban en cara que perdiese el tiempo con un marinero mequetrefe como yo, pudiendo buscar acomodo entre alguien de clase social más alta. Aún así, debo decir que estas voces que se alzaban en contra no provenían de la familia Debison. Pues allí, yo era muy querido.

Maggy tenía muchas virtudes, al menos, lo eran para mí, pero para otros estas virtudes eran un tanto molestas. Fue una de las primeras abolicionistas que conocí. Ni desde su más tierna infancia vio bien la esclavitud, al contrario, siempre se mostró abiertamente contraria, lo que le provocó muchos problemas en su vida adulta. Estos problemas lo único que ocasionaron fue que ella se volviera más liberal, a la par que radical. Trabajó en la Sociedad Antiesclavista Americana, lo que nos dio aún más quebraderos de cabeza. Pero, ¡ay, mi amigo!, ella siempre luchó por causas perdidas, y yo siempre estaba ahí para apoyarla. Poco antes de casarnos, comenzó a frecuentar la compañía de Elisabeth Cady Stanton, feminista hasta la médula, seguro que hasta Hannibal llegaron noticias de ella. Pero volviendo al tema, si bien la cuestión del abolicionismo nos trajo problemas, tras la boda, recibimos muchas amenazas a causa de su relación de amistad con Elisabeth Cady. El abolicionismo era permisible, el feminismo, no. Maggy no les prestaba la más mínima importancia a estas amenazas,

pero la situación empeoraba con cada conferencia en la que se hablaba abiertamente del sufragio universal. Las mujeres querían votar, Walters, y la mía, era la que ponía voz a los deseos de muchas...

> >Llevábamos un año casados cuando la mataron. Yo me encontraba en alta mar, en el barco pesquero que su padre gobernaba. Nos enteramos de su muerte cuatro días después, cuando volvimos al puerto. Me la habían asesinado, Walters, por defender sus ideales. Por ser mujer y pensar que hombres y mujeres teníamos que ser iguales ante la ley y ante la sociedad. A la salida de una de sus conferencias un par de Emmascarados le descerrajaron cuatro tiros. No hubo nada que hacer.

No quiero ahondar más en estos recuerdos, pero imagínese lo que llegué a sentir. Perdí toda esperanza en la vida, en el ser humano. Solo me sentía vacío y quería encontrar a los que habían hecho aquella barbaridad y hacerles lo mismo que ellos habían hecho a mi amada Maggy. Ni más ni menos. Ojo por ojo. Pero como puede suponer, esto no llegó a ocurrir nunca. No se dio con los asesinos, la policía decía no tener pistas, y tanto Morgan Debison como yo no pudimos averiguar gran cosa por nuestros medios. Quizá si hubiéramos tenido mucho dinero... pero no lo teníamos, y los culpables se esfumaron. Como puede suponer yo me sumí en la más absoluta de las miserias. Volví a Five Points, a la misma casa donde había convivido con veinticinco inmigrantes más. Mis padres ya habían fallecido, y nadie se acordaba ya de ellos. Solo yo. Me encerré en mí mismo, como ahora está usted, Walters. Dejé que una espiral de autodestrucción se apoderara de mí. Comencé a robar y a gastarme lo robado en alcohol. A veces me despertaba abrazado a una botella de whisky y llorando, sin saber muy bien dónde me encontraba. Me sentía patético, y deseaba morir. Imploraba a Dios que alguna vez alguien a quien robara me disparase y así no tuviera que volver a revolcarme en mi propia mierda un día más... pero como puede ver eso no ocurrió. Sin embargo, Morgan Debison volvió a rescatarme de mí mismo. Un día, pocos meses después, apareció en Five Points preguntando por mí. Me encontró, esperó a que estuviera sobrio y me habló, mirándome directamente a los ojos, como hacen los hombres de verdad.

—Maggy se avergonzaría de ti ahora mismo, hijo.

—Maggy no está, Morgan. Alguien la mató, y nosotros no hemos podido hacer nada para vengarla.

Morgan Debison me cruzó la cara de una bofetada, no pude por más que abrir la boca y balbucear algo incoherente.

—Escúchame, imbécil —me dijo al borde del llanto—. Hemos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance. Probablemente nunca demos con quien la asesinó. Estoy seguro de que alguien ha tapado el crimen con muchos dólares, pero lo importante no es eso. Maggy luchaba por sus ideales, tenía unas creencias férreas que ni tú ni yo podíamos mover. Ella creía en algo, y tú también, por eso siempre pensé que formabais una buena pareja y nunca me interpuse en vuestra relación. Pero parece ser que a ti se te ha olvidado lo que querías hacer con tu vida.

—Yo... yo quería ser...

—Desde que te saqué de estas calles siempre dijiste que querías ser marinero. Que tu lugar estaba entre los oficiales de un navío. Soñabas con vestir una levita y dar órdenes. Ser un oficial valiente y noble que cruzara los océanos. Y tanto Maggy como yo siempre pensamos que lo conseguirías, pero mírate. Estás hecho un andrajoso, un borracho y un ladrón. Has perdido toda la fe, y eso no es justo. Ni para ti ni para Maggy. Ella siempre creyó que la gente era buena, pero que los cambios conllevaban esfuerzo y sacrificio, y en ocasiones, sangre. ¿Y sabes qué? Que no puedo estar más de acuerdo con ella. Así que deja de hacerte más daño y vuelve a la vida. Sé quien de verdad eres, sé lo que Maggy creyó que eras.

> >Y aquí me tienes, Walters. Nunca olvidaré a Maggy. Y nunca olvidaré la lección que me dio su muerte. Estoy seguro de que has vivido momentos muy duros, pero si salimos de esta, nunca olvides lo que siempre has anhelado ser.

—Yo... quiero ser piloto de un barco de vapor. Quiero volver al Mississippi.

—Saldremos de aquí, Walters, y cumplirás tus sueños.

Jacob quiso rebatirle, hablarle de sueños rotos, de vidas truncadas, ¿pero quién era él para hablarle de todas esas cosas a aquel hombre que lo había perdido todo y aún así se había repuesto hasta lograr ser lo que siempre quiso?

Se recostó y la oscuridad de su mente dibujó a Emma en pocas pinceladas. Lo hacía a menudo, pero enseguida intentaba desviar sus pensamientos hacia temas más mundanales. ¿Qué sería de ella? La imaginó en el puerto de Hannibal, mojando sus pies en el agua, con la mirada triste. Ella no merecía lo que les había ocurrido. Ninguno de ellos lo merecía.

*Todos los Hickok deben morir, pensó antes de quedarse dormido. Al día*



*siguiente, los salvajes se llevaron a Jacob.*

# 28

Cuando abrieron la trampilla y aparecieron las lanzas supieron que venían a por uno de ellos. Akengele nashu! Akengele nashu!, exclamaron los salvajes señalando a Jacob. Donovan negó con la cabeza y susurró un "¿lo intentamos?", pero Jacob le indicó con un gesto de barbilla el pequeño surco en la madera y le sonrió. Siga usted, pensó con amargura. Allí terminaba su plan de fuga. Al menos, su primera opción. La segunda sería defenderse con uñas y dientes una vez abandonara la jaula. Aunque le matasen.

Tisdale y Lauper se relajaron en cuanto vieron las intenciones de los indígenas. Lauper incluso se permitió un sonoro ¡Ja!

—¿No decías que ibas a hacer algo cuando se volviera a abrir la trampilla? — preguntó Jacob, con los puños apretados—. ¿O es que te referías a cagarte encima?

Lauper saltó hacia él y le asestó un puñetazo en plena mandíbula. Jacob actuó casi por reflejo y dio un rodillazo en los genitales al otro, cuando Lauper se dobló de dolor, le golpeó en la espalda con las dos manos unidas, haciendo que cayese al suelo. Tisdale prorrumpió en carcajadas.

*—¡Akengele nashu! —uno de los salvajes le acercó la lanza al pecho y le hizo señales para que saliera.*

Miró por última vez a Donovan. Casi se compadecía de él por tener que quedarse a solas con aquellos dos despojos, ¿pero acaso no le esperaba a él peor destino? Bien era cierto que no sabían qué hacían con los que se llevaban, pero tampoco había que ser un lumbreras para imaginarlo. Todas sus elucubraciones acababan con él muerto.

—Espero volver a verle, Walters —se despidió el segundo. Le estrechó la mano y después le dio un sentido abrazo.

—Hágame caso, siga con el surco, pronto conseguirá romper la madera y tendrá una opción para escapar de aquí —le susurró Jacob —. Y cuidado con estos dos, son tan estúpidos que podrían hacer cualquier cosa.

Donovan asintió, volvió a abrazarle, y se sentó junto a los barrotes con semblante triste. Tisdale se echó a dormir con una sonrisa y Lauper se arrastró hacia un lado y exclamó:

—¡Ruega para que te maten estos salvajes, porque si vuelvo a verte reventaré tu cabeza como un huevo!

Jacob ni se molestó en responderle. Uno de los salvajes se agachó y tendió su mano para ayudarle a subir. Él la estrechó y se agarró al borde de la trampilla, sopesando cómo podría dejarle fuera de combate y hacerse con su lanza. No tuvo tiempo de hacer nada porque detrás de los salvajes, medio escondido, se encontró con el anodino William B. Milles, el canoso anciano que les había traicionado y que a duras penas se sostenía en su bastón.

—¡Maldito traidor! —se lanzó hacia el viejo con el brazo en alto, dispuesto a matarlo a golpes.

No dio un paso cuando dos de los salvajes le interceptaron y le impidieron avanzar. Jacob intentó zafarse, pero era imposible competir contra dos hombres tan fuertes. Y menos tras unas condiciones de cautiverio duras, en las que les proporcionaban lo mínimo para no morir de hambre o sed.

—Le ruego que se calme —pidió Milles, algo acongojado, pero con la voz de tenorio de la que ya hubiera hecho gala en la cubierta de El Mediterráneo—. Si hace alguna tontería estos hombres le matarán. Y créame si le digo que es mejor que me siga y escuche con atención.

El viejo dio media vuelta y se apoyó en su bastón. En contraposición a los salvajes, que vestían con taparrabos, el hombre iba ataviado con un traje marrón sin chaqueta, solo con la camisa blanca y fina con chorreras y el chaleco a juego con el pantalón. Calzaba unos zapatos negros que tenían tantos años como arañazos, con calcetines blancos zurcidos con mil cicatrices. Parecía como si su indumentaria fuese un puzle formado por sobras de otros trajes. Los trajes más lujosos que la indigencia pudiera comprar. Y a Jacob no le extrañó, pues después de todo, el ropero del viejo estaría formado por prendas ufanadas a los inocentes marineros que caían en sus trampas al llegar al Mar de los Sargazos.

*¿Iría vestido de forma parecida cuando se presentó en la Collins?, se preguntó.*

Los salvajes rodearon a Jacob y sus lanzas le conminaron a andar. Así que, reticente, siguió a Milles por un estrecho puente colgante que

conducía a aquella especie de ciudad flotante de madera. Ciudad que apenas era visible desde la jaula, pues quedaba encima del saliente del que los prisioneros colgaban.

Cuanto más se alejaban de las jaulas más aumentaba la sorpresa de Jacob. Sus ojos contemplaron maravillas que jamás creyó posible: calles forjadas con los restos de un millón de barcos abordados y desguazados. Barcos que bien pudieran pertenecer a siglos diferentes. Mascarones de proa de enorme belleza labrados en maderas milenarias asomaban por cornisas y parecían vigilar aquel mar estancado y verde. No contó menos de una treintena, casi todos ellos, bustos de la diosa Minerva, cuando no de alguna ninfa o sirena. Observó también altas columnas hechas con mástiles de madera que unían unas plataformas con otras, y cuyas bases estaban talladas con símbolos extraños que no supo identificar. Se sorprendió al ver, incrustadas en el suelo, monedas de oro, rubís, zafiros y esmeraldas, que iban pisando como si tuvieran el mismo valor que una cucaracha en la cocina de un navío. Caminaron por pequeñas plazas abarrotadas de mujeres de piel de ébano con los pechos al aire, niños desnudos, y algunos hombres que no iban armados... todos inclinados en silencio ante gigantescos tótems cuya parte superior era la cabeza de un pulpo con tentáculos que abarcaban varios metros.

—Alusah, kumba yero... —dijeron los salvajes que le escoltaban cuando recorrieron la plaza con el prisionero.

—Están orando, es la hora —le informó Milles sin girarse—. En otro momento casi no podríamos ni caminar. Estaríamos rodeados, y la gente querría tocarle. No se preocupe, no queda mucho, pronto llegaremos.

—¿Pronto llegaremos a dónde? —preguntó Jacob con tono exigente.

Pero el viejo no respondió. Continuó caminando, con paso lento, por aquellas callejuelas estrechas, pasando por más puentes colgantes, algunos a tanta altura que Jacob prefirió no mirar hacia abajo. No pudo evitar volver a preguntarse por el papel de Milles en todo aquello. Los salvajes parecían respetarlo, y estaba claro que tenía a hombres bajo sus órdenes, ¿pero, por qué? ¿Cómo había acabado allí?

—¿Van a matarme? —quiso saber Jacob.

—Responderé pronto a sus preguntas, pero por favor, camine y guarde silencio.

Al menos en esta ocasión obtuvo respuesta. Pese a las palabras del

viejo, Jacob no paró de idear planes de fuga, quedándose con posibles rutas de escape y estudiando a los salvajes para intentar descubrir puntos flacos en ellos. Fue así como se percató de que el salvaje más fuerte, al que debía atacar primero, sufría una cojera bastante acentuada, fruto de una herida mal curada. Si conseguía asestarle una patada en ella, podría hacerse con su lanza. Y a punto estaba de atacar cuando llegaron a una plaza en la que, en el centro, reposaba un enorme trono hecho también de madera noble y rodeado de distintas piezas de orfebrería. Y sentado en él, vio a un salvaje adolescente, de poco más de catorce años. Apenas se diferenciaba de los demás por su escasa vestimenta, salvo por los brazaletes y por un collar de plumas blancas acompañado de un zafiro azul de tal tamaño que bien valdría la vida de muchos hombres de allá donde Jacob venía. A sus pies, como custodios, permanecían varios salvajes más y un joven blanco, ataviado con el mismo taparrabos. Llegaron hasta el trono y el viejo hizo crujir su espalda con una leve inclinación. Los salvajes obligaron a Jacob a ponerse de rodillas.

*—Kukumbo jare´h ist, Makelo —Dijo Milles señalando al prisionero.*

*—¿Akengele nashu? —preguntó el casi hombre mientras acariciaba su zafiro repetidas veces y miraba a Jacob con ansia en sus ojos color avellana.*

—Akengele nashu —respondió el anciano, que también se había vuelto hacia el de Hannibal.

En la lejanía se escucharon voces. Un coro de ellas. Las plegarias de aquellos salvajes le recordaron en cierta manera a la melancolía con la que cantaban los negros en los algodonales. ¿Acaso esta gente tiene dioses?, se preguntó Jacob extrañado. Resonaron entonces timbales y tambores, y recordó cuando desde la jaula escuchó, amortiguada, aquella misma música. Volvió a mirar a ambos lados, quizá aquel era el momento de actuar, los salvajes que le custodiaban habían bajado sus armas.

—Chico, si quieres salvar el pellejo cuenta tu mejor historia.

Las palabras de Milles le confundieron, ¿qué querían de él? No entendía nada. El viejo se apartó a un lado y le hizo un gesto para que se acercara más al trono. No supo reaccionar hasta que una lanza apretó el filo contra su espalda y un aguijonazo le recorrió la espina dorsal. El dolor provocó que diese un respingo hacia adelante y ya no se detuvo hasta llegar a los pies del trono, junto al enjuto muchacho blanco que parecía uno de los sirvientes de aquella especie de rey y

que le observaba con curiosidad. Jacob, sin apartar los ojos de aquel adolescente entronado, preguntó:

—¿Qué diantres es esto, viejo?

—Si no quieres morir haz lo que te digo. Cuenta una buena historia, de esas que has narrado a tus compañeros mientras estabas en la jaula. Hasta los oídos de nuestro Sumo Sacerdote, El que camina entre las estrellas, ha llegado el rumor de que eres un Akelengele nashu... un diablo contador de historias maravillosas. Makelo quiere escuchar una de ellas. Si es de su agrado, te dejará vivir. ¿Hasta cuándo? No lo sé. Pero siempre será más tiempo que el resto de los que han pasado por aquí, y no tendrás que volver a la jaula.

Jacob pensó que no se habían equivocado entonces, que los estaban matando poco a poco. ¿Qué hacer en aquella situación? No había mucha elección, o narrar o morir. Desde luego, aquellos salvajes no parecían muy piadosos.

*—¡Kokisha! —Exclamó Makelo dando un golpe en uno de los brazos acolchados del trono.*

—El Sumo Sacerdote se impacienta, chico. No te queda mucho...

Jacob calculó por última vez las posibilidades que tenía de escapar con vida de allí. No era que tuviese que enfrentarse a cuatro salvajes, a cada cual más fornido, y escapar como alma que lleva el diablo, sino que en aquella ciudad de madera bien pudiera dar cabida a cientos de ellos, quizá a miles, como habían sospechado. Aún consiguiendo derrotar a aquellos cuatro, ¿qué podía hacer? Sería toda una chifladura, correría de un lado para otro como una loca a la que se le quema la casa. Debía ganar tiempo, estudiar un buen plan de fuga, debía...

—Se dice que hubo una ocasión en la que más de mil jugadores de cartas se congregaron en un evento a orillas del Mississippi —comenzó —. Casi todos vestían trajes negros, con botas negras, sombreros oscuros y chalecos de vistosos brocados...

Milles comenzó a traducir, y Makelo, el Sumo Sacerdote de los salvajes, se acomodó en su incómodo trono y escuchó con atención. Escuchó hasta que cayó la noche, y cuando Jacob terminó de narrar, el Sumo Sacerdote se levantó, bajó varios peldaños, y con una pequeña escolta, en la que iba el joven blanco, abandonó la plaza.

*—Trasiah omh —dijo antes de desaparecer.*

—Que viva —tradujo el viejo. En sus palabras no había alegría o pesar. Solo indiferencia.

# 29

Llevaron a Jacob a una plataforma de las más altas. Tan alta, pensó Jacob, que acertaría a darle una pedrada a la luna. Para llegar hasta allí tuvieron que subir escaleras de cuerda medio podrida y deshilachada, y caminar por puentes colgantes y plataformas que de tan viejas se diría que superaban a la muerte en edad. Milles no les acompañó, ni siquiera volvió a dirigirle la palabra a Jacob una vez Maleko abandonó el trono. Así que en el aire quedaron muchas preguntas sin respuestas para el de Hannibal.

Cuando pensó que ya no podría subir más, llegaron a una pequeña plataforma a la que se accedía por una escalera de madera que los salvajes tuvieron que poner, pues descansaba en el suelo de otra plataforma. Ordenaron a Jacob subir, y cuando este lo hizo, retiraron la escalera. El joven se asomó, y vio que los salvajes se marchaban y que había demasiados pies de altura para poder saltar y escapar de allí. Fue así como se enteró de que había llegado a la que sería su cárcel desde aquel momento. Una de aquellas placitas de madera, con una pequeña choza de planta ovalada cuyo tejado estaba formado por sargazos secos, y en la que le aguardaba una cama de madera con colchón de plumas algo maloliente. Nada más. Nada menos.

Allí quedó abandonado. Solo la visita ocasional de alguno de los salvajes para llevarle comida y bebida rompía el sentimiento de soledad que se abatía sobre él. Tuvo tiempo para pensar, para recordar. Repasó una y mil veces su vida hasta llegar al Mar de los Sargazos. Y cada vez que hacía memoria, sus ánimos desfallecían. ¿Cómo diablos había podido acabar atrapado por unos salvajes en mitad del océano Atlántico? No podía evitar sentir que todo era consecuencia de la mala vida que había llevado desde pequeño. Quizá si hubiera estudiado más en lugar de hacerse aprendiz de tahúr. Su madre, la vieja borracha, probablemente no estuviera desencaminada en sus consejos. Solo le falló el método para ponerlos en práctica.

Durante aquellos días también pensó en Noah. Recordó las mil aventuras que habían vivido de pequeños, cuando la vida aún no les había enseñado los dientes, y podían correr casi desnudos a orillas del Mississippi, y bañarse en él cuando el calor apretaba. No hubo día en que no recordara a su mejor amigo, ni hubo día en que su muerte no

martirizara su corazón. ¿Y Emma? En muchas ocasiones dormía al raso en aquella plazoleta que era solo suya, y se imaginaba a Emma Growney abrazada a él. Contaban las estrellas y les ponían nombres. La imaginaba anotando esos nombres en una pequeña libreta, con letra bonita y menuda, mordiéndose los labios para hacer la caligrafía lo mejor posible. Todo eso en un mundo donde no había salvajes, ni Hickoks, ni impedimentos para que estuvieran juntos.

*Tu destino está bañado en sangre… le había dicho aquella bruja, Marie Laveau, en Saint Louis. Y bien estaba en lo cierto. Pensó en ella muchas veces. Quizá, mediante aquella magia negra que la consumía, había visto su futuro y el de todos los que le rodeaban. ¿Por qué no le advirtió entonces? ¿Le hubieras hecho caso?No, seguramenteno, se dijo.*

Preguntó a varios de los salvajes que le llevaban comida, si el segundo Donovan se encontraba bien, pero ninguno de ellos le dijo nada. Ni le entendían. Sin la mediación de Milles no podía comunicarse con ellos más que por señas. Pasada una semana, creyó que enloquecería, como cuando en The Walls le pusieron los tapones y no podía hablar ni escuchar a nadie. En la cárcel, pese a todo, había tenido a Stone Fist, pero allí, en la ciudad flotante de madera, ¿a quién tenía? Le habían separado de la única persona con la que malgastaría saliva: Donovan. Y Dios sabe si volvería a verlo con vida.

El tiempo pasó lento y preñado de hastío y dolor. Y aunque Jacob estudió mil maneras de escapar de allí, ninguna era factible. Si quería abandonar aquel sitio debía ser durante la noche, y durante la noche, nunca ningún salvaje se acercó hasta allí y tendió la escalera, por lo que estaba aislado y sin poder salir de aquella cárcel. Saltar era imposible si no quería romperse el cuello, y no tenía nada a su alcance para fabricar una cuerda y poder descolgarse de la plataforma. Atacar a uno de los salvajes que le subía la comida era un estupidez, porque abajo esperaba otro armado, y porque de día, una fuga era imposible. Demasiados salvajes, mucha luz, y pocos sitios en los que poder esconderse hasta llegar al supuesto puerto que aquellas gentes pudieran tener. Estaba seguro de su existencia, ¿si no, cómo llegaron hasta ellos para abordarlos?

El suicidio nunca estuvo dentro de sus planes. El ansia de vengarse estaba por encima de cualquier atisbo de quitarse la vida. Quería ver a los Hickok muertos. A padre e hijo. Quería bailar sobre sus tumbas, mearse encima de ellas, y luego, desenterrar sus cadáveres y sacudirlos hasta descuajeringar todos sus huesos para después prender una hoguera con ellos. Pero si era realista, aquello era tan posible como ser el nuevo Sumo Sacerdote de aquellos salvajes.

Cuando transcurrió un mes y la tarde daba paso con sus tonos rojizos a la oscuridad, el sirviente blanco de Maleko acompañó a uno de los salvajes, subió las escaleras y se plantó delante de Jacob:

—Nuestro Sumo Sacerdote quiere volver a escuchar una de tus historias —dijo en perfecto inglés.

..................................................................................................................................

—Contesta antes a alguna de mis preguntas —exigió Jacob, sentado y con las piernas cruzadas.

Sin intención de moverse.

—Creo que no tenemos mucho tiempo, Maleko no destaca por su paciencia.

—Pues que ordene matarme —respondió el de Hannibal, y no se echaba un farol—. Para vivir prisionero aquí, mejor descansar en el fondo del mar. Aunque sea un mar tan feo y apestoso como este.

El joven sonrió, no se atisbaba en él el menor rastro de amenaza. Más bien, parecía admirado.

—Tienes agallas, ¿cuál es tu nombre, Akelengele nashu?

—Me llamo Jacob Walters. Y no soy ningún Atenguele nashu o como se diga.

—Bien, Jacob Walters —concedió el otro—. Yo soy Tom, aunque aquí se dirijan a mí como Mossoi, o lo que es lo mismo para ellos, diablo sirviente. Responderé a las preguntas que te dé tiempo a formularme antes de llegar a la Koshi mua, la plaza de los rituales.

—¿Por qué nos hicieron prisioneros? —preguntó Jacob, sin levantarse y sin titubear.

Tom permaneció en silencio, con los brazos cruzados en actitud de espera. Jacob comprendió, y no sin cierta reticencia, se levantó y le acompañó. El salvaje que aguardaba abajo tendió de nuevo la escalera y el joven pidió a Jacob que bajara.

—Para los Maleko—kai el hombre blanco es uno de los demonios más fuertes que hay. Capturar y matar Mokishimos, como os llaman, es su obligación moral y religiosa. Un Maleko—kai no puede ser guerrero hasta que no haya matado a un hombre blanco en Koshi mua. Y ser

guerrero es el honor más alto al que un Maleko—kai puede aspirar.

—¡Pero nos tendieron una trampa! —exclamó Jacob, golpeando su puño derecho contra la palma de la mano izquierda—. ¡El viejo nos traicionó! Nos hizo venir hasta aquí tras prometer montañas de monedas de oro... para que estos salvajes pudieran emboscarnos. ¿Qué honor puede haber en el engaño?

Volvieron a caminar sobre pasarelas de peldaños podridos o crujientes. A Jacob le pareció que caminaban sobre los huesos de miles de barcos distintos. Aquella ciudad era un colosal cementerio de barcos.

—Los Malako—kai defienden que cualquier método para acabar con los Mokishimos es noble —afirmó Tom—. Si los Mokishimos recurren a los engaños, ellos también. Si los Mokishimos usan sus armas, los Malako—kai usan las suyas, aunque prefieran las luchas limpias. Matar con las manos. Pero creo que estoy dando una imagen un poco sesgada de los Maleko—kai. No son gente violenta de por sí. Son grandes oradores y pescadores, aunque tienen tejedores, alfareros, constructores o comerciantes, como en cualquier civilización. Además, forman familias, hacen vida social, respetan la ley que les dicta el Sumo Sacerdote... pero sienten que tienen la obligación moral de acabar con los demonios que habitan Iä —dijo abarcando con sus brazos todo, la ciudad y el mar.

—¿Nosotros demonios? —preguntó Jacob, incrédulo—. ¡Ellos son unos salvajes! Mira lo que han hecho con la tripulación del Mediterráneo. Nos abordaron en mitad de este mar, nos metieron en jaulas y nos matan poco a poco, a sangre fría ¿quién es el demonio aquí?

Tom abría el paso, seguido de él, trastabillaba Jacob, que aún escuchando las respuestas que el otro le daba, rumiaba planes de fuga y volvía a estudiar el recorrido que les llevaba de vuelta de nuevo a la plaza del trono. Buscó, infructuosamente, el puerto de aquella ciudad flotante a la que Tom había denominado Iä. Cuando vio que su guía no iba a contestar a la última pregunta hizo otra.

—¿Qué pinta ese ruin de Milles en todo esto? —Jacob vio, no muy lejos, la plaza del trono. Le quedaba poco tiempo— ¿Qué clase de tratos tiene con estos salvajes para haber traicionado a sus congéneres?

Tom se detuvo en seco, se dio la vuelta y se encaró con Jacob. De sus

ojos manaba una rabia mal contenida. El chico apretó los puños y endureció la mandíbula.

—El que tú llamas ruin es mi padre, y créeme si te digo que lleva una carga a sus espaldas mayor de la que has llevado o llevarás en tu vida, Jacob Walters. No sabes nada. Es fácil juzgar sin ser poseedor de toda la información necesaria para hacerlo. Y ahora, guarda silencio. Si Maleko, el Sumo Sacerdote, te ve llegar hablando probablemente te corte la lengua y la arroje al mar. Y quizá no sea algo malo.

Dicho lo cual, se dio la vuelta y reemprendió el camino.

..........................................................................................................

La plaza, al contrario que la última vez que la visitó, estaba llena de salvajes. En esta ocasión ocurrió lo que el viejo Milles había predicho: casi no podía avanzar. Todo el mundo quería tocar al Akelengele nashu, el diablo contador de historias. Así que sintió cómo manos, masculinas y femeninas, le tocaban con más o menos cuidado. Hubo ocasiones en las que incluso le arrancaron mechones de pelo. Los salvajes que le escoltaban intentaban impedir que Jacob sufriera daño alguno, pero era complicado controlar a aquella masa que, enfervorecida, trataba de llegar hasta él.

Cuando rodearon parte de la plaza y la gente quedó atrás, pudo ver a varios salvajes sentados junto a tambores y timbales. A una orden de Tom comenzaron a tocarlos y la música se desparramó sobre Iä como un plato de sopa volcado sobre la mesa. Los salvajes avanzaron hasta el trono vacío de Maleko y condujeron a Jacob hasta su derecha. Tras el trono, apareció William B. Milles, apoyando su vejez, sus ropas raídas y sus dolores, en el bastón. A dos palmadas de Tom varios salvajes trajeron mesas alargadas mientras las mujeres depositaban platos de madera a rebosar de comida. Jacob no reconocía la mitad de los ingredientes, pero supo, por pura lógica, que la gran mayoría del menú estaba compuesto de pescado y algas. El aroma que llegó hasta él le hizo la boca agua. Aún así, pensaba en todo menos en la comida: ¿Debía narrar otra historia? ¿Por qué había tanta gente allí? ¿Se trataba de alguna celebración especial?

A una nueva orden de Tom los timbales y las gentes callaron. Un silencio solemne que no se atrevía a romper ni el crujir de las tablas bajo los pies se apoderó de la Koshimua, la plaza a la que Tom se había referido como la de los rituales. A través de uno de los accesos de la plaza se abrió un pasillo entre el gentío. Se oyeron lanzas golpear repetidas veces sobre el suelo. Un salvaje comenzó a tocar

rítmicamente el tambor: ¡TAM—TAM—TAM! Por el pasillo cruzaron varios escoltas, y entre ellos, apareció el adolescente Maleko. Sin mirar a nadie, caminando con los brazos cruzados sobre su desnudo pecho. A su paso, toda su cohorte de indígenas se ponía de rodillas. Jacob, obligado por una lanza, hizo lo propio. Aún así, se fijó en que nadie levantaba la vista del suelo cuando el Sumo Sacerdote pasaba junto a ellos. Él no apartó la mirada, y en un momento dado los ojos de Maleko se cruzaron con los suyos. Jacob solo observó en ellos fría diversión. Como si se tratase de un niño malcriado con un juguete nuevo.

*¿Qué crees que te hará cuando se canse de ti?, pensó.*

Maleko subió al trono, y cuando alzó la mano, el tambor paró de sonar. Dirigió una mirada a los cientos de súbditos que allí se congregaban, y tras un espeso silencio, inició lo que parecía ser un sermón que en nada comprendió Jacob, que desconocía el idioma. Varios minutos más tarde, el Sumo Sacerdote calló y los vítores de sus acólitos no se hicieron esperar. Maleko sonrió complacido. Después, habló a Milles. El viejo asintió y se acercó a Jacob.

—Maleko, el Sumo Sacerdote, el que camina entre las estrellas, quiere que le diviertas con una de tus historias.

Jacob suponía que su presencia allí no era gratuita, así que había recuperado del recuerdo una anécdota que si bien no le apetecía contar a aquellos salvajes, sí que necesitaba narrar en voz alta para que fuese más vívida. Para recuperarla y evadirse de la realidad por un momento. Carraspeó, y sin mirar a nadie en concreto, narró la historia del barbero negro del Lord Jones. Cuando Milles terminó de traducirla, Maleko no pudo parar de reír, tanto que casi se le saltaron las lágrimas. Una vez recuperada la compostura, ordenó que le trajesen algunas de las viandas y se relajó en su trono. Después, con la boca llena, dio otra orden y de entre la marabunta aparecieron tres niños. Jacob calculó que ninguno de ellos tendría más de once años. Solo vestían taparrabos y una raya roja se dibujaba de lado a lado de sus frentes. La gente despejó el centro de la plaza y los tres pequeños salvajes se situaron allí e hicieron una reverencia al Sumo Sacerdote.

—Esta es la prueba que todo Malako—kai debe superar para ser guerrero —susurró Tom, que se había situado a la derecha de Jacob sin que este se diera cuenta.

Se abrió de nuevo otro pasillo entre los salvajes y el mismo griterío que se formó cuando apareció Jacob volvió a resonar en cada

recoveco de la Koshi mua. Escoltado, y algo más delgado que la última vez que Jacob le vio, apareció Tisdale. Traía las manos atadas, y aún así, pretendía golpear a todo aquel que quería tocarle. El filo de una lanza le instaba a caminar cada vez que se detenía. Cuando llegó al centro de la plaza, junto a los tres pequeños salvajes, le obligaron a ponerse de rodillas. Tisdale hizo amago de levantarse y un golpe con la madera de otra de las lanzas en sus rodillas hizo que desistiese. Desde aquella posición, negándose a bajar la mirada, vio a Jacob.

—¡Hijo de mil putas! —exclamó—. ¡Sigues con vida! ¡A Lauper le daría un infarto del disgusto si se enterase!

—¡Silencio! —ordenó Milles con un grito.

—¡No obedezco a traidores, vieja rata asquerosa! —respondió Tisdale, después escupió a un lado—. ¿Qué te dan estos salvajes? ¿Te dejan follarte a alguna de estas niñitas acaso? ¿O acaso te dan placer con sus vergas?

—¡Kushia! —gritó el viejo.

Una lanza azotó la espalda de Tisdale, que se golpeó el rostro contra la madera al no poder apoyar las manos. Jacob rió para sus adentros. Una parte de sí mismo se sentía mal por disfrutar de aquella situación, pero el nuevo Jacob no quería compasiones. Solo venganza. Sangre. Muerte. Tisdale no volvió a dirigirse al viejo, sino que sus ojos no se apartaron de los del de Hannibal. Sonrió, pero con la sonrisa de un demente. Acto seguido, una carcajada brotó de sus adentros.

—¿Y tú, Walters, qué has hecho para seguir vivito y coleando? —preguntó— ¡Dímelo, así tendré al menos una oportunidad de sobrevivir!

Jacob guardó silencio, pero se permitió una sonrisa. Maleko no parecía molesto con el circo que se había montado. Al contrario, en sus ojos se veía que disfrutaba con todo aquello. Sin embargo, Milles quería acabar con la ceremonia cuanto antes.

—¡Mukuma shin turna esh! —ordenó tajante.

Desataron las manos de Tisdale, que se frotó las muñecas y se levantó. Un timbal comenzó a repicar, monótono. Los salvajes aguantaron la respiración y abrieron bien los ojos. El aliento contenido.

—Si quieres vivir tendrás que luchar, Mokishimo —dijo el viejo.

Los tres niños salvajes tomaron sitio en el círculo central de la plaza. Tisdale no les quitaba ojo de encima. Ninguno de ellos iba armado. Ninguno de ellos tenía el cuerpo de un hombre. Le pareció irrisorio. Aún así, no podía bajar la guardia. Los tres niños le rodearon, giraban a su alrededor con los ojos inyectados en sangre. Como si estuvieran consumidos por la ira. Se mantuvieron algunos minutos así, sin atacar. Tisdale, airado, intentó agarrar al más enjuto, pero no había aún alargado su brazo por completo hacia él cuando sintió que alguien le agarraba del tobillo izquierdo, el del pie que le servía de apoyo, y le arrojaba al suelo. Cuando se quiso dar la vuelta los tres niños habían caído sobre él. Uno intentaba aferrarse a su cuello, otro le agarraba de un brazo y el último le mordía con saña el gemelo izquierdo. Tisdale gritó, y el terror que sintió en aquel momento le sirvió para sacar fuerzas de flaqueza. Dio una patada al que le mordía, de un manotazo apartó al que sujetaba su brazo y al tercero lo agarró de la cabeza y se la estampó contra el suelo, dejándolo muerto en el acto. El gentío comenzó a gritar y a saltar, disfrutaban con aquello, y Jacob pensó que aquella ceremonia no se diferenciaba mucho de los anfiteatros romanos, donde los gladiadores luchaban a muerte o los cristianos eran sacrificados por las zarpas y los dientes de los leones. La gente quería sangre y muertes. Fuese del bando que fuese. Simple y puro espectáculo.

Tisdale se incorporó, pero apenas podía apoyar su pierna izquierda porque las dentelladas del salvaje le habían destrozado los tendones. El hombre se limpió el sudor. Sus dos adversarios le miraban ahora con más respeto, aún así, no había miedo en sus ojos. Tan solo tejían estrategias en sus pequeñas mentes. Tisdale se reprendió a sí mismo, ¿cómo unos niños podían haberle herido tan pronto y de tal manera? Se dijo que no estaba acostumbrado a luchar contra salvajes, cuya forma de pelear no se parecía en nada a cualquiera que hubiese visto hasta la fecha. Uno de los niños hizo amago de atacarle, Tisdale se puso a la defensiva, y vio cómo el otro salvaje aprovechaba para colarse por el flanco izquierdo. Como no podía defender dos flancos a la vez, golpeó al de la izquierda mientras recibía un golpe en pleno estómago del otro. Cuando se dispuso a contraatacar, el de la izquierda le asestó una patada en la pierna herida y volvió a caer al suelo entre gritos de dolor. Los dos niños aprovecharon el momento y uno de ellos se lanzó sobre su cuello, mientras el otro hundía sus dedos en el amasijo de tendones, carne, pellejo y hueso que era su pierna izquierda. Tisdale no tuvo tiempo a gritar más, el niño que tenía sobre su cuello le arrancó la nuez de un bocado. Murió entre gorgoteos de sangre y vítores de salvajes.

Sus ojos, ya sin vida, quedaron apuntando hacia Jacob. El de Hannibal

pensó que nadie merecía morir así, ni siquiera Tisdale.

—¿Ahora qué harán? —preguntó a Tom.

—Comérselo. Creen que les hará más fuertes. Ahora ya son Maleko—kais guerreros y les darán un nombre de guerrero. El mayor honor que puede haber para ellos y sus familias. Cuando solo queden los huesos de tu compañero, los lanzarán al mar, para calmar al Dios Makhosi, aquel que vive en las profundidades —dijo señalando a uno de los tótems que adornaban la plaza, el que acababa en una talla de una especie de pulpo de gigantescos tentáculos—. Pero tranquilo, no tendrás que ver cómo le devoran, el ritual ha terminado y no está permitido que permanezcas aquí durante la celebración. Ni tú, ni yo, ni mi padre. Así que levántate, ordenaré que te acompañen a tu... choza.

........................................................................................................................................

Le mantuvieron otro mes encerrado. Un mes en el que creyó enloquecer de nuevo. Mantenía diálogos en voz alta consigo mismo mientras pergeñaba los planes de fuga más absurdos. Se imaginó una y mil veces saltando hasta la plataforma inferior, sin romperse las piernas, y huyendo bajo el cobijo de la noche oscura. En su mente, su fuga siempre terminaba bien. Cierta vez, cuando ya Iä dormía, se desnudó, hizo una cuerda con sus ropas y se colgó del armazón. Miró hacia abajo, dispuesto a soltarse. Pero era tanta la altura... se mantuvo con la fuerza de sus brazos, y cuando estaba a punto de ceder, soltarse, y partirse la crisma, la imagen de los Hickok le vino a la memoria. No la de su amor perdido, sino la de los que habían hecho que tuviera que huir de su propio pueblo. Quizá, si hubiera pensado en Emma se habría dejado caer. Ya no tenía su amor, al contrario, ella estaba casada con su enemigo. Y le odiaba, estaba seguro de ello. No, pensar en el amor no iba a insuflarle fuerzas para luchar. Pero el odio... el odio era tan fuerte que estaba dispuesto a aguantar lo que hiciera falta si podía acabar con los Hickok. Así que al final se agarró a la vida y trepó por ella.

Cuando transcurrieron treinta días recibió la visita de Tom. Jacob, con la soledad reconcomiéndole las tripas, hubiera agradecido incluso los golpes de algún salvaje con tal de tener algo de compañía. Así que no pudo por más que alegrarse de aquella inesperada visita. Tom, con mirada traviesa, se sentó junto a él y ambos observaron aquella enorme ciudad abrazada por la inmensidad del océano. Jacob, dominado por el orgullo, no disparó primero. Esperó a que Tom abriera la conversación, y este, comprendiéndolo, no se hizo esperar:

—¿Sabes que tus amigos han escapado en una barca? —dijo como si aquella noticia fuese una anécdota que se cuentan dos amigos en un bar delante de un whisky—. Los dos que quedaban en la jaula norte y estaban contigo.

El corazón de Jacob dio un vuelco. No podía creerlo, después de todo, su plan...

—¿Cómo... cómo han escapado? —atinó a preguntar, incrédulo.

—Un agujero en la madera del suelo —sonreía, como si aquello le resultase tan divertido como a Maleko las historias que le narraba sobre el Mississippi—. Parece increíble, es un trabajo que requiere de mucha paciencia. Se os registró a todos antes de encerraros allí y nadie portaba nada con lo que se pudiera raspar. De hecho, es la primera vez desde que estoy aquí que sucede algo así. Solo se me ocurren una hipótesis para explicar la fuga... que a alguno se le cayera un diente o una muela y rascase la madera con él, o... con las uñas. Pero eso requeriría algo más que paciencia, las uñas no dan para rascar mucho, la madera se las come y los dedos se deforman —dijo mirando los dedos de Jacob. Cuando vio que las puntas seguían deformes su sonrisa se amplió—. Quizá sepas algo, Jacob Walters, después de todo, tú estabas dentro cuando ese plan se urdió.

—¿Y crees que de saberlo te lo diría? —el de Hannibal no dejó rastro de simpatía en el tono usado.

—¿Crees tú que yo soy tu enemigo?

Tom se levantó y observó el horizonte. El sol había mermado hasta convertirse en una línea anaranjada que pronto devoraría aquel horrendo mar.

—¿Entonces quién eres? —preguntó Jacob, enfadado y a la vez preocupado. Sabía que no le quedaban muchos minutos de compañía y quería saber más.

—Un prisionero, como tú, como mi padre.

—No veo yo muchas cadenas alrededor de tu cuello o tus muñecas —Jacob se irguió y se enfrentó a Tom, aunque este no dejó de sonreír, y eso hacía que el de Hannibal se enfadara aún más—. Y, aunque no lo podría jurar sobre la tumba de nadie, tampoco creo que durmáis en jaulas colgadas sobre este apestoso mar. Así que permíteme que no crea mucho en tus palabras.

—Lo entiendo, de verdad que lo entiendo —Tom dejó de sonreír—. Mira, si he querido averiguar cómo han podido escapar tus amigos no es para contárselo a Maleko. Yo no soy parte de ellos, pese a lo que pudieras ver u oír. Nos consideran demonios, a mí, a mi padre, a ti. Solo que somos demonios útiles. Tú le gustas. Ve divertidas las historias que cuentas sobre tu infancia en el Mississippi. Les encanta conocer al enemigo, y les parecen fascinantes las historias sobre "el mundo de los demonios más allá de Iä". Pero ante todo, le gusta que seamos sus esclavos, sus servidores. Doblegar al demonio. Para ellos es fácil matarnos, ya viste lo que hicieron esos niños durante la ceremonia, y los adultos están mucho más preparados en el arte de matar. Pero poner de rodillas a un Mokishimo... para eso hay que ser un Dios. Y los sumos sacerdotes son tratados de deidades aquí, ya lo has visto.

Jacob rumió las palabras de Tom. Necesitaba saber más.

—¿Por qué le servís? —preguntó.

—¿Por qué le sirves tú? ¿miedo a morir? —devolvió el otro— No hace falta que contestes. Mi padre hace lo que estos salvajes le piden para que no me maten. Aquí no soy ningún indispensable. A nosotros nos capturaron cuando viajábamos en barco hacia Liverpool, siendo yo pequeño. Abordaron nuestro navío de noche, mataron a las mujeres allí mismo, incluida mi madre, y al resto nos trajeron aquí. Nos encerraron en jaulas, exactamente igual que a vosotros, y fueron matando a los hombres. Mi padre y yo fuimos de los últimos supervivientes, y cuando un día vinieron a llevarme para que me enfrentase en combate con uno de los niños, mi padre chapurreó algunas palabras en el idioma de estos indígenas. Durante el encierro se había mantenido taciturno y a la escucha, quería entender. Conocer las intenciones de los Maleko—kais... No recuerdo qué fue lo que dijo mi padre, pero el guerrero que vino a por mí se fue y al rato vino con otro más. Entre ambos, nos arrastraron hasta la Koshi mua y allí nos recibió Maleko. No pongas esa cara de sorpresa, aquí cada Sumo Sacerdote se hace llamar Maleko y tienen hijos porque creen que, cuando mueren, su alma inmortal pasa a ocupar el cuerpo de su primogénito. El Maleko que te digo era el padre del actual y quiso divertirse con nosotros. Sobre todo con aquel demonio que había aprendido algo de su idioma. Pero el anterior Maleko no era tan curioso como este, así que a los pocos días se aburrió de la novedad y quiso de nuevo que se me usase como prueba de hombría para uno de los aspirantes a guerrero. Mi padre, entonces, les prometió que haría cualquier cosa si me dejaban vivir. Incluso traer hasta ellos a más Mokishimos. Maleko aceptó y le dio un mes para atraer hasta el Mar

de los Sargazos a otro barco. Mi padre, a cambio, lo único que pidió, fueron dos o tres monedas de oro. Las que lleva siempre encima cuando viaja al continente. Sus monedas de Judas.

Las últimas palabras fueron pronunciadas con pesadumbre. Jacob se quedó en silencio, intentando asimilar la historia que Tom le había contado. Antes de que se diera cuenta, el joven bajaba por las escaleras, donde un salvaje le aguardaba.

—No nos juzgues, Jacob Walters. Solo intenta ponerte en nuestro lugar. Mi padre, ese viejo traidor y ruin, como dijiste, me ama con tal locura que es capaz de cometer los actos más viles que se le puedan atribuir a un ser humano. Pero la maldad no anida en él. Y yo... yo soy demasiado cobarde para quitarme la vida. A veces pienso que si me quitase la vida daría paz a su alma, y además, ahorraría la muerte de mucha gente inocente. ¿Pero sabes qué, Jacob Walters? No todos nacimos para ser valientes. Yo también sueño con poder escapar algún día de aquí...

Dicho lo cual, desapareció escaleras abajo. El salvaje que le escoltaba miró a Jacob con seriedad, después retiró la escalera, y ambos desaparecieron, dejando al de Hannibal con el ánimo más bajo que antes de recibir la visita.

# 30

Trece años después de aquella conversación, Jacob seguía siendo prisionero de los Maleko—kais. Durante aquel tiempo, la rabia, y en muchas ocasiones el hambre, royeron sus huesos. Su barba, al igual que su pelo, crecieron tanto como su odio hacia todo lo que le rodeaba, ya fuese hombre, mujer, niño u océano. Sus ojos se volvieron tristes, su cuello una espiga, sus músculos desaparecieron. Y se le secó el alma. Muerto en vida, enterrado en leguas de agua y sargazos.

Ocurrieron muchas cosas durante aquellos años, incluidos varios intentos de fuga que terminaron mal. También, cinco años atrás, falleció William B. Milles. Al viejo le dio un infarto poco antes de empezar una ceremonia y no se pudo hacer nada por él. Tom, que poco a poco había trabado cierta amistad con Jacob, comenzó a consumirse por la pena, y lo que quedaba de él eran despojos de lo que un día fue. Jacob pensó que tras la muerte de Milles matarían a su hijo, y quizá también a él, pero Maleko, queriendo congratularse y parecer piadoso ante su pueblo, les perdonó la vida, siempre y cuando siguieran a su servicio. Tom aceptó, pero vivía como el que espera la muerte llegar, sin esperanzas de abandonar aquella maldita ciudad de madera. Sin valor para intentar la huida o acabar con su vida arrojándose desde algún mascarón al mar. El verde y muerto Mar de los sargazos. A veces, sobre todo tras la muerte de su padre, subía hasta la cárcel sin rejas de Jacob y departía con él durante horas. Dejaban que las estrellas se desparramaran sobre ellos y sus confidencias. Jacob llegó a contarle más historias a él que al Sumo Sacerdote, ya que este no solía requerir su presencia más de un par de veces al mes. El resto del tiempo, Jacob permanecía enclaustrado, sin compañía, enloqueciendo de soledad y envenenado por el odio.

Pensó muchas veces en Donovan y Lauper, ¿conseguirían llegar a tierra? ¿Salir de aquel infierno verde y pestilente? Esperaba que sí, no por el rufián de Lauper, sino por el Segundo. Aquel hombre no merecía una muerte por hambre o sed en mitad del océano. Pero salir de aquel mar sin corrientes y sin aire parecía tarea imposible, más sin víveres. Sea como fuere, aun habiendo muerto, lo habrían hecho en libertad. Razón más que suficiente para envidiarles.

También recordó mucho a Emma, a Noah, incluso a Mark Twain.

¿Qué sería de ellos? ¿Seguirían con vida? ¿Y Twain, sería ya piloto de vapores? Cuando se hacía esas preguntas, se recriminaba a sí mismo, ¿de qué servía pensar en aquello? Solo incrementaba su agonía. Mejor vaciarse de todo. Ser un sargazo más.

*Algún día... algún día escaparé de aquí, mataré a los Hickok y seré piloto de vapor. Como siempre soñé.*

Se repetía aquellas palabras con asiduidad, pero con el paso de los años se daba cuenta de que estaban vacías. De que podría darles un golpe con el martillo de la realidad y se desmoronarían como huesos de tumba que se convierten en polvo en cuanto el aire los toca.

Gracias a Tom llegó a visitar el puerto de aquella ciudad de madera. Aunque llamarlo puerto era hacerle un gran favor, ya que se trataba de un pequeño embarcadero —más pequeño que el de Hannibal— donde no había barcos grandes, solo pequeños botes y viejas balsas que de tan planas no resistirían el envite de una pequeña ola. ¿Para qué iban a querer algo más grande? Allí no había comercio con el exterior, no había correo, no había viajeros, no había mareas. Fue en aquel ridículo embarcadero donde intentó fugarse por primera vez. Se trató de un acto impulsivo, cuando pasaban junto a un bote saltó a él e intentó remar a la desesperada, pero, aparte de estar amarrado, dos salvajes que les escoltaban saltaron también al bote y el amago de fuga no duró ni un par de minutos. Tom se enfadó mucho, quizá porque la cobardía que anidaba en él le impedía intentar siquiera una locura semejante a la que había hecho Jacob. El resultado fue que Tom no volvió a llevarle nunca más, y además, estuvo cuarenta días sin visitarle. Jacob, en cierta manera, sintió que le había fallado. Después de todo, eran tan prisioneros el uno como el otro y podría haberle puesto en serios aprietos ante Malenko.

A Iä llegaron más navíos que pronto desguazaron. En ocasiones la tripulación llegaba allí bajo el engaño del viejo Milles, cuando este aún vivía, y en otras, simplemente, tenían la mala suerte de pasar cerca del Mar de los Sargazos. Cuando los Maleko—kais que hacían guardia en pequeñas embarcaciones, en los límites de la zona, les detectaban, ya no había vuelta atrás. Jacob vio morir a muchos hombres inocentes. Sin embargo, no vio a niñas o mujeres blancas en los trece años que permaneció allí. Las asesinaban antes de llegar a la ciudad flotante. Eran menos valiosas que los Mokishimos. El de Hannibal deseó en más de una ocasión que la ciudad ardiera entera, aunque muriera él también. No le hubiera importado el dolor, ni propio ni ajeno, con tal de verlos morir a todos. Pero no hubo ningún gran incendio, sin embargo, el día más anodino, algo que sobrepasaba

la credulidad de Jacob ocurrió…

………………………………………………………………………………………………

Se había acostado boca arriba, mirando las estrellas, como tantas otras noches. La monotonía era ya algo más que una simple compañera, era su amante. Pero una amante infértil que yacía en su lado de la cama. Una amante que había dejado de amar, que estaba a allí porque tenía que estar. Vacía, yerma. Jacob siempre se decía que iba a vaciarse de sentimientos aún más, que se iba a convertir en un oso que hiberna hasta que pasa el invierno y puede salir a alimentarse; pero lo cierto es que cada noche pensaba en los mismos temas: su pasado, su gran amor, sus sueños rotos, los Hickok, la muerte de Noah…

Si antes de entrar en la cárcel le hubieran preguntado, hubiera dicho que el hombre es dueño de su destino, que somos aquello por lo que luchamos ser, pero ahora, tras vivir todo lo vivido, se daba cuenta de que el hombre es como una pequeña embarcación que va a la deriva en pleno océano y que está sometido continuamente a los caprichos de la tormenta que es el destino. Podía intentar huir con mucho esfuerzo, pero las ciclópeas olas le llevarían a donde les diera la gana. Profundidades abisales de los océanos incluidas.

Una y otra vez se detuvo mentalmente en los puntos decisivos de su vida para estudiar qué decisiones había tomado mal. En su imaginación, se retrotraía en el tiempo y tomaba otros derroteros, y la elección de esos nuevos caminos le conducía por lugares mucho más placenteros que los que transitaba. Ahora todo le parecía más evidente, los errores y los aciertos destacaban más. Tenía todo el tiempo del mundo para examinar su vida a conciencia. De hecho, allí, salvo contadas excepciones en las que Maleko requería su presencia, no tenía otra cosa que hacer. Siempre con la incertidumbre de cuándo el Sumo Sacerdote se hartaría de sus historias y le pondría a luchar en la Koshimua. Estas eran sus preocupaciones hasta aquella noche, en la que un temblor, como si de un pequeño maremoto se tratara, sacudió la ciudad flotante.

Las estrellas pulsaban con fuerza cuando Jacob sintió que el mundo real, y no el onírico, se tambaleaba. Abrió los ojos y se quedó tal y como estaba, bocarriba y con los brazos extendidos, con la mente quitándose las legañas. Supo que algo le había despertado, pero la sensación era muy parecida a la que vivía cuando de repente, en pleno sueño, sentía que caía sobre el colchón de la realidad. Aguardó unos segundos, esperando a que el sueño lo metiera en su saco y se lo llevara de nuevo. Pero cuando los ojos se le cerraban el temblor volvió

acompañado de un gemido titánico. Otra vez. Con más fuerza. Se incorporó, aquello no era normal. En los trece años de cautiverio jamás se había dado un caso semejante. La madera de Iä, como si fuera un ente vivo, se había quejado. Había gritado. Jacob no tuvo donde asirse, pero el temblor no duró más de unos segundos. Se incorporó y se acercó al borde de la plataforma, a sabiendas del peligro que aquello entrañaba, puesto que podía caer. Escuchó gritos a lo lejos, no gritos de dolor, sino de miedo. Y entre los gritos, había una palabra en boca de hombres y mujeres que destacaba por encima de las demás, Makhosi. Tom le había hablado varias veces de Makhosi, aquel que habita en lo más profundo, pero él lo había tomado como un mito. Un Dios que para él era tan irreal como los dioses griegos o romanos.

Aunque Tom sacó en varias ocasiones el tema, intentando instruirle, Jacob no había mostrado el más mínimo interés en versarse sobre esta deidad. Pero aquellos temblores... aquellos temblores no eran causa de ningún mito. Eran reales.

El tercer temblor fue el más duradero. Su cabaña crujió, la ciudad flotante gritó como si estuviera sometida a la más inhumana tortura medieval. Los Maleko—kais abandonaron sus chozuelas, se reunieron en plazas, corrieron por pasillos asfaltados de oro y joyas, parecían hormigas a las que han pisado el hormiguero. Hormigas no enfadadas, sino asustadas. Hormigas que no ven venir el pie que las destruye de tan grande que es. Algunos tambores comenzaron a escucharse. Coros repartidos por la ciudad intentaban congraciarse con el dios destructor. Un dios que todavía no había mostrado su cara, sino tan solo una ínfima prueba de su poder.

Un tentáculo tan enorme como cinco vapores de doscientas varas alineados cayó sobre Koshi mua, la plaza en la que tanta muerte había presenciado. El sitio sagrado para los salvajes, el lugar en el que el trono del Sumo Sacerdote había echado las raíces más profundas. No quedó ni una astilla de la plaza, voló entera por los aires. Las plegarias de los Maleko—kais no arañaban ni la superficie de un Makhosi airado. En un visto y no visto, cayeron sobre el mar decenas de hombres, mujeres y niños. La gran mayoría muertos. Los gritos arreciaron, los tambores les acompañaron, la noche se había convertido en una orgía de destrucción y esquirlas de madera en la que todos morían por igual, sin distinción de sexo, rango o edad.

Tom llegó pocos minutos antes de la cuarta envestida. Venía solo, algo nunca acontecido. Situó la escalera para que Jacob pudiese bajar y se echó a un lado.

—¡Deprisa! —gritó, pálido—. Mi padre me advirtió de que esto podía pasar.

No había preguntas que hacer. Jacob supo que si no escapaba de allí aquella noche no lo haría jamás. Así que bajó los peldaños de dos en dos, y, antes de llegar hasta Tom, la ciudad sufrió una cuarta envestida acompañada del gemido más horripilante que sus oídos podía aguantar. La sacudida fue más grande. Tanto que hizo tambalearse a Iä entera. Derrumbó plazas y calles, arrojó al mar puentes colgantes, chozas, mástiles y mascarones, y mató a cientos de salvajes. Fue la sacudida que partió la ciudad en dos. Jacob no tuvo tiempo de asirse a nada, tampoco hubiera importado, puesto que vivir o morir ya no estaba en su mano. Sin embargo, la plataforma en la que se encontraban no sufrió grandes daños. Tom, que lucía varios arañazos profundos, le instó a seguirle cuando el mundo dejó de tambalearse. Debían de salir de allí cuanto antes. La vivacidad que creía perdida en él y en Tom había resucitado aquella noche. A Jacob no le pareció contradictorio sentirse más vivo que nunca entre tanta muerte. Así que corrieron, treparon, cayeron y se levantaron una y mil veces. Vieron decenas de tentáculos gigantescos caer sobre la ciudad flotante, y cuando estuvieron cerca del embarcadero, unos ojos negros y fríos, tan grandes como el mismo infierno, se clavaron en ellos. Makhosi, aquel que habitaba en las profundidades, había despertado abandonado las profundidades abismales para encargarse de todos ellos. Sus ojos no mentían. Eran la verdad, eran el mal. Un tentáculo cayó sobre Tom, que estaba un poco más adelantado, y en cuestión de segundos el sirviente del sumo sacerdote Maleko dejó de existir. Adiós a sus penas, a sus tribulaciones, a sus esperanzas muertas. De él no quedó más que un mejunje compuesto de sangre, carne y huesos rotos. Jacob no tuvo ni tiempo ni ganas de llorarle. Corrió por la madera temblorosa como nunca había corrido en tierra firme. Un tentáculo cayó casi rozándole y la madera y él salieron volando por los aires. Aterrizó a varios metros de distancia. Se levantó y dos salvajes intentaron atraparle. A Jacob le pareció mentira que se preocuparan de capturarle en una situación así. Se zafó con dos rápidos movimientos, mientras sentía que ya no pertenecía a aquel mundo que se ahogaba entre sus vómitos. Sus movimientos eran calculados y rápidos, su mente volaba y volaba hacia Hannibal, donde le esperaban un juez extorsionador y asesino y su hijo. Donde sus ansias de venganza serían bien recibidas. Y donde se dejaría abrazar por la muerte gustosamente si conseguía sesgar la vida de los Hickock.

Otro de aquellos gigantescos tentáculos cayó sobre él. Casi no lo vio llegar y se apartó rodando en el momento justo para salvar la vida. Sin embargo, el camino quedó tan destrozado que tuvo que echarse al mar

y proseguir a nado. Llegar al embarcadero apenas le costó unos minutos. Los mismos minutos que le habían costado a Makhosi destruir toda Iä. El mar estaba repleto de cadáveres, sargazos y tablones, de supervivientes heridos que se asían a la vida, de salvajes temerosos que a pesar de no estar heridos, no podían levantar la cabeza de las piezas deslavazadas de la ciudad porque pensaban que orando a su Dios este volvería a las profundidades y les permitiría continuar con sus vidas al menos una generación más.

Jacob subió a uno de los botes, como había hecho años atrás en su ridículo intento de fuga. Lo desamarró, y con el espíritu aún encogido por la muerte de Tom y temiendo que uno de aquellos gigantescos tentáculos terminase con su huida, se puso a remar. Los ojos de Makhosi se clavaron en él, y pensó que aquello era el fin. Adiós a su venganza, adiós a su sueño de ser piloto de un vapor. Adiós a la vida... pero aquel que habita en las profundidades no atacó su pequeña embarcación. Era como si su castigo no fuese más con él. Nadie ni nada pudo evitar que el de Hannibal escapase a tamaña destrucción. Tantos años después de haber llegado prisionero a la ciudad de madera, los sargazos se abrieron ante la escasa fuerza de sus brazos. Pero antes de abandonar las cercanías de la ciudad, en una ironía del caprichoso destino, un enorme trozo de mástil cayó justo a su lado; estaba repleto de incrustaciones de monedas de oro y rubíes. Jacob se abalanzó sobre él y lo subió a bordo.

..........................................................................................................

Aquella noche rezó por ir en dirección a la corriente norecuatorial. Se maldijo por no haber aprendido más sobre cómo orientarse en mitad del océano mediante la posición de las estrellas. El rumor de los remos era el único ruido que se escuchaba en aquel mar de muerte. Jacob remaba y remaba apartando los sargazos hasta la extenuación, entonces, cuando los brazos le pesaban como si fuesen de plomo, se echaba sobre el banco de madera del bote e intentaba descansar, sin querer, de ninguna manera, sumirse en los sueños que como sirenas le atraían con sus mortíferos cantos.

*¿Existirán también las sirenas? Se preguntó en aquel estado de semiconsciencia. ¿Y por qué no?Ya había visto que existen otros monstruos marinos que jamás hubiera imaginado.*

Aún temblaba de miedo al recordar a Makhosi. En aquel momento podría estar debajo de él, aguardando a que se creyese a salvo, para emerger en toda su grandiosidad y partirle en dos con el esfuerzo del que mata a una hormiga con la fuerza de su dedo índice. Echó de

menos el río, el gran río. Allí podía jurar sobre la tumba de su madre que no existían monstruos así.

Se miró las manos, llenas de ampollas y sangrantes de tanto remar y se preguntó cómo iba a sobrevivir en mitad de aquel abigarrado mar de sargazos. Sin agua, sin comida, casi sin esperanzas. No tenía ni un triste sedal con un anzuelo en una de las puntas. Cerró los ojos y se recostó sobre la banqueta. Silencio. Cuando la extenuación le venció se quedó dormido, y tuvo pesadillas donde se veía a sí mismo encerrado de nuevo en una de aquellas enormes jaulas donde le confinaron los salvajes al inicio de su cautiverio. Por encima de él, asomados a uno de los miradores hechos con mascarones de proa de barcos hundidos hacía cientos de años, estaban los Hickok, acompañados de Sergio Lleó y de Emma. Se reían y le señalaban, a él, a la pulga de mar, mientras un alarido surgido de las profundidades abisales acallaba las estridencias de sus carcajadas.

Jacob despertó gritando. Aún quedaba rato para que amaneciera. Se irguió e hizo crujir su espalda. Intentó no desesperarse al observar cómo seguía cercado por millas y millas de sargazos.

*El infierno verde.*

—Allá vamos —dijo, y agarró con fuerza los remos.

Un par de horas después hizo un alto. De nuevo sentía los brazos destrozados, con calambres. Tenía la garganta seca y un remolino en su estómago que se lo tragaba todo. Las tripas se quejaban tanto como la espalda y los riñones, y las rozaduras y las ampollas de las palmas de sus manos le torturaban al más mínimo contacto con la madera de los remos. Oteó el horizonte en busca de las velas o las chimeneas de algún navío, pero toparse con un barco en aquellas latitudes era tan difícil como encontrar un oasis en mitad del desierto. No podía confiar su suerte a esperar ser salvado. Debía remar. Su lucha no terminaba allí, en aquel páramo. Después de más de una década era libre, nadie le vigilaba, no había muros, ni barrotes, solo leguas de agua. Y si llegaba a tierra sería rico, pensó mirando el trozo de mástil repleto de monedas de oro y rubíes. Aquello le facilitaría mucho las cosas para sus planes de venganza.

—Saldré de esta —y decirlo en voz alta le infundió ánimos. Agarró de nuevo los remos e ignoró el dolor de las rozaduras. Los alzó y comenzó a batir el agua. Una, y otra, y otra vez.

........................................................................................................

No supo cuántas horas remó, pero cada vez que desfallecía se imaginaba a los Hickok paseando impunemente por Hannibal. Emma del brazo de James, y el juez, elegante, quizá acompañado por una viuda de alta alcurnia a la que se hubiese declarado. Los cuatro pasearían hasta cansarse, y después, volverían a su mansión en un lujoso carromato tirado por caballos quarter, saludando con la cabeza a aquellos que la inclinaban a su paso. Sintiéndose los dueños de todo y de todos. Decidiendo sobre la vida y la muerte de sus vecinos. Como habían hecho en su día con él.

Se preguntó qué haría si Emma y James Hickok hubieran tenido hijos. Después de todo, habían transcurrido trece años, era más que lógico que el matrimonio tuviera descendencia, ¿mataría al padre de los hijos de Emma? ¿Provocaría tanto sufrimiento en unos niños? La respuesta, inevitablemente, era positiva. Sí, mataría al juez y a James, y ya puestos a quien se interpusiera en el camino de su venganza. Menos a Emma...

Se odió a sí mismo. ¿Por qué seguía teniendo en consideración a Emma? Había pasado tanto tiempo desde que eran unos críos enamorados... Ni siquiera habían yacido juntos. Su amor había sido más fruto de su idealismo que de hechos concretos. ¿Es que acaso la vida no le había enseñado a madurar a base de golpes? ¿Cuántos más le hacían falta para vaciarse por entero de sentimientos? ¿Tenía que aparecer otro Sergio Lleó en su vida y clavarle un puñal en la garganta para que se diera cuenta de que no había nada más importante en el mundo que su venganza? Además, si conseguía volver a Hannibal, ¿seguiría siendo ella la misma Emma que recordaba? Seguramente viviría influenciada por la personalidad de su marido y su suegro. Quizá ya no fuera ni buena persona, ni tuviera el carácter de antaño.

Volvió a echarse sobre la madera del banco y cruzó los brazos sobre su pecho. Estaba tan cansado de todo. De remar, de pensar, de vivir. ¿Sería tan malo morir en mitad del océano? Si moría se terminaría todo el dolor. Tan solo tenía que dejar de remar. No era tan difícil. Rendirse, relajarse, dormirse y no recordar...

*—Ja, qué gracia eso. ¿Cómo está mi Emma?*

*—¡No es tu Emma! ¡Tú no podrías ser novio ni de una vaca paralítica!*

*—No seas así, Noah, sabes que tu hermana y yo estamos predres… predesti… ¡maldición!, que estamos hechos el uno para el otro, vaya.*

*—¡Y una mierda así de grande!*

El sol, a lo largo de la jornada, había quemado su piel y había llenado sus labios de surcos; su garganta raspaba como una lija. Casi no podía tragar saliva. Y la noche había vuelto para meterlo en sus entrañas. Mientras tanto, él seguía echado sobre la bancada, boca arriba, debatiendo en su interior si merecía la pena seguir con vida.

*Si logras sobrevivir podrás tener el vapor más grande, potente y lujoso que jamás haya navegado por el Mississippi. Con más de trescientos pies de largo y cien de ancho. Con un par de chimeneas tan altas que ni la vista las alcanzará, y con unas palas tan anchas que con solo una vuelta el barco recorrerá varias millas. El Río Grande jamás habrá visto semejante coloso. Todos aplaudirán a su paso, y se reunirán en puertos, organizando fiestas y bailando al son del algún violín.*

Jacob, con los ojos cerrados, sonrió. Allí estaba él, con una barba frondosa, con el pelo largo y enmarañado, huesudo como un enfermo terminal, pero sonriendo como el niño que en su día fue. Como ese Jacob que con apenas diez años ya había sido polizón en decenas de vapores y sabía lo que era amar al Mississippi. Una lágrima escapó de su ojo izquierdo y acabó en el fondo del bote. Le daba rabia haber olvidado lo que era pensar en su sueño de infancia. Creer en él.

*Ahora es posible. Si llegases a la civilización serías inmensamente rico. Más que los Hickok incluso.*

El hecho de pensar en los Hickok hizo que su sonrisa se desvaneciera. Aún así, se incorporó y con los ojos cerrados volvió a remar, enumerando en voz alta todas las virtudes y comodidades que tendría su flamante barco de vapor. El barco del que sería capitán y piloto. El mejor barco del Mississippi.

.......................................................................................................

No fue consciente de cuándo los sargazos comenzaron a escasear. Su realidad estaba dentro de su cabeza, donde se había refugiado durante horas de esfuerzo. Lo único que consiguió espabilarle fue la lluvia. Y tardó en sentirla sobre él, pero cuando lo hizo, su consciente emergió con la misma fuerza con la que lo hizo Makhosi de las profundidades para destrozar Iä. Miró hacia arriba, hacia los nubarrones que descargaban sobre él, e incrédulo, abrió la boca para beber. Cuando sació su sed, observó su alrededor y se dio cuenta de que no había sargazos cercándole y sí olas. Olas espumosas que movían el bote sin necesidad de que él remase. Además, soplaba algo de brisa, aunque de poco le servía sin velas. Intentó levantarse, pero se encontraba tan débil por el hambre que se cayó. Se apoyó en la chumacera y se

levantó de nuevo. Debía alimentarse, pero era más fácil quererlo que lograrlo.

No sabría decir cuánto tiempo transcurrió hasta que vio a un pez saltar sobre el agua. No ha saltado, era como si… no, no puede ser. Pero sí, había sido, el pez no había saltado, más bien había… volado. Remó en la dirección en la que había visto caer al pescado, y cuando llegó, vio en la lejanía como un par de peces más salían volando del agua para volver a caer a una considerable distancia.

—¿Pero qué…? —farfulló.

De repente, un enorme pez le golpeó en el costado y cayó en el fondo del bote. Dio varias sacudidas y se quedó quieto. La lluvia arreció, y Jacob se quedó estupefacto viendo cómo la vida se le escapaba al animal por la boca. Varios peces golpearon el costado del bote y él salió de su estupor. Esquivó a otro pez, que también acabó dentro, y ya, sin pensarlo dos veces, Jacob saltó sobre él, lo agarró y se lo llevó a la boca. El primer impulso tras probar su carne cruda fue el de vomitar, pero no podía permitírselo, así que mordió y mordió, intentando imaginar que lo que devoraba era un suculento plato hecho de pollo y verduras. El de Hannibal casi lloró de alegría. No podía creerlo.

—¡Estoy comiendo, maldita sea! —Gritó a la vasta inmensidad del océano.

¿Y si su suerte había cambiado? Tras devorar uno de los peces, apartar otro muerto a un lado y matar a un tercero dándole golpes con la bancada, agarró los remos, miró al horizonte y se puso manos a la obra.

Remó durante toda la mañana y parte de la tarde. Sin prisa pero sin pausa. Pretendía cansarse lo menos posible y aprovechar al máximo el impulso de las olas. Sin duda, había topado con una corriente, aunque no sabía cuál, si no era la norecuatorial y era la corriente del Golfo casi que podía darse por muerto, porque el océano Atlántico le devoraría de nuevo. Pero no podía pararse a pensar en eso, solo debía confiar en esa nueva suerte que había llegado hasta él cuando ya se creía muerto.

Aquella noche tuvo frío por primera vez en muchos años. En Iä el clima era muy cálido y casi nunca soplaba viento, pero allí, dondequiera que se encontraba Jacob en aquel momento, hacía un viento de tres pares de narices. Así que se tumbó en el fondo del bote,

en posición fetal, y trató de dormir, puesto que no tenía ni hambre ni sed (había echado agua de lluvia en la piel del pez volador que se comió y aún le quedaban un par de tragos).

Le despertaron unos golpes en el costado izquierdo del bote. Se incorporó y asomó la cabeza para observar el agua, que entre la oscuridad y la profundidad, parecía más negra que el mismísimo pozo que conducía al infierno. Al principio no vio nada, pero el agua hacía extrañas ondas, como si allí abajo hubiese algo moviéndose, tanteándole. Pensó de inmediato en Makhosi, pero estaba tan lejos de Iä, o eso quería creer... No, aquel pulpo gigante no le habría perseguido durante tantas millas para dar unos golpecitos a su pequeña embarcación. Estaba por olvidar el asunto y atribuirlo a un mal sueño cuando un golpe seco en el otro costado hizo que por poco cayese al océano, y entonces vio una aleta descomunal bañada por la luz de la luna, y bajo esa aleta un tiburón al menos tres veces mayor que toda la envergadura del bote.

Jacob se quedó con la boca abierta, para, acto seguido, lanzar una carcajada tan grande que pensó que destrozaría su garganta. ¿Un tiburón? ¿Así iba a acabar aquello? ¿con él dentro del estómago de un gigantesco escualo? El destino no podía ser tan cruel. Agarró uno de los remos y vigiló los costados del bote hasta que vio de nuevo la aleta acercarse a toda velocidad. Jacob, pese a estar esperando el golpe contra el bote, no pudo evitar salir despedido tras el impacto y caer al agua.

*Estás muerto, ahora sí. Se dijo tras volver a emerger.*

Ya no tenía el remo para defenderse, y el tiburón podía atacarle desde cualquier ángulo sin darle tiempo a verle. Tan solo podía hacer el intento de volver al bote, pero estaba tan lejos y él tan cansado. Algo le golpeó en un pie y pensó que se lo habían arrancado, pero no sentía dolor. El tiburón jugaba con él. Aquello le dio rabia. Metió la cabeza bajo el agua, buscando a su atacante, pero no lo vio por ningún lado. El miedo espoleó sus ganas de vivir y nadó hacia el bote, presintiendo que no llegaría a él con vida. Pero para su sorpresa, llegó hasta la madera, se agarró al costado izquierdo y subió. Sin saber en realidad de dónde le habían llegado las fuerzas.

Con las manos temblorosas, de nuevo apoyado en la bancada, agarró el único remo que le quedaba y lo mantuvo en alto, a la espera del ataque definitivo que destrozara el bote y terminara por fin con todo. Pero el ataque no llegó. Al cabo de unos minutos vio la aleta del tiburón a cierta distancia, después se hundió y no volvió a aparecer

más.

*Estás de suerte, muchacho.*

Miró el único remo que le quedaba y pensó que no estaba de tanta suerte. Agarró medio pez volador y lo masticó sin dejar de pensar en lo cerca que había estado de nuevo de la muerte.

.............................................................................................................

Hacía horas que había dado el último trago de agua. Los labios ya no solo tenían surcos resecos, ahora habían proliferado las ampollas. Dolorosas. Su cuerpo irradiaba calor, como la caldera de un vapor, como una hoguera en una noche gélida o como dos amantes bajo una manta. La fiebre le poseía y se había llevado sus fuerzas, así que veía pasar las nubes en el cielo tumbado en la bancada, sin poder remar. Buscaba formas reconocibles entre ellas, y le daba rabia que Emma fuese la que más apareciera. Rabia por no haberse deshecho de aquel lastre de su pasado, y paz porque no encontraba mejor manera de morir que entreviendo los delicados rasgos de la única mujer que había amado.

Aún quedaban restos de pescado, pero no tenía ni fuerzas ni ganas de comer. Girarse sobre la bancada ya le suponía un esfuerzo sobrehumano. Y sabía que si comía y no bebía podía darse por muerto. Después de todo, algo había aprendido sobre supervivencia en el mar.

Cerró los ojos y le pareció escuchar un piano. Desde sus teclas flotaba una canción triste. Una canción que hablaba de tiempos que ya nunca volverían. Al piano se le sumó un banjo, y sonaba igual que aquel que tocaba el negro de la cabaña que habían escuchado subidos a un árbol él y Noah siglos atrás. Jacob lloró. ¿Por qué no podía volver a aquellos años? Lo haría mejor. No acabaría en la cárcel y jamás le dispararían, no moriría Noah, no hubiera tenido que embarcar jamás en el Mediterráneo. No se metería en los asuntos del juez Hickok. Le dejaría hacer a su antojo, como hacía todo aquel que fuese un poco listo. Tan solo agarraría una barquita e iría a pescar todos los días al Mississippi junto a Noah, Emma y Twain. Y se declararía a Emma, claro que sí. Y ella, con su genio y su sonrisa, le recriminaría el no haberlo hecho antes. Sus tirabuzones rubios y sus ojos brillarían gracias al reflejo del sol sobre el río, y pescarían mucho, para que sus familias estuvieran muy contentas y no pasaran necesidad. Pobres y felices, ¿para qué más?

Jacob se moría. No era consciente de ello, porque ya no abría siquiera los ojos. Se dijo que allí terminaba todo, y que no era tan malo. Que era cómodo dejarse llevar. Morir. Eso haría, sí, se moriría, sin más.

..........................................................................................................

....

El 18 de febrero de 1867, uno de los marineros del Escocia divisó un pequeño bote a la deriva en la lejanía. De él rescataron a Jacob Walters, con fiebre, débil, pero con la vida enganchada a sus huesos. Entre delirios y cuidados médicos narró una loca historia en la que se mezclaban naufragios, engaños, una civilización de salvajes y un dios kraken.

El Escocia viajaba por la línea norecuatorial hacia New York. Le restaban tres días de travesía. Aunque todos repararon en el trozo de mástil plagado de oro y rubíes, el capitán del navío, un tal Jeff Brights, dijo que cortaría la cabeza del que osara acercarse a las pertenencias del naufrago. Todos le creyeron capaz.

# TERCERA PARTE

# 31

En 1867 la epidemia del Cólera mató en New York a casi mil doscientas personas. También, ese mismo año, se aprobaron en el Congreso las leyes de Reconstrucción, entre las que se encontraba la que hacía posible el sufragio de la población masculina negra. La esclavitud se había abolido gracias a Lincoln tras la guerra de Secesión. Una guerra que había durado más de cuatro años y había dividido al norte y al sur, la Unión contra los Confederados. Una guerra tras la que había nacido el Ku Klux Klan. Ese mismo año, Jesse James y su banda cometían los más sonados atracos a bancos y trenes tras la guerra civil. Se estaba forjando un mito. Y los primeros automóviles, artículos de lujo, circulaban por las calles de tierra de las principales ciudades del país. Por otra parte, Rusia estaba a punto de vender Alaska a Estados Unidos por 7.200.000 dólares. Una locura. El mundo había cambiado mucho en aquellos años, y un renqueante y débil Jacob, con los bolsillos cargados de monedas de oro y rubíes, lo comprobó al poco de bajar del Escocia en el puerto de New York. Era como si hubiese viajado al futuro. Como si fuese un anacronismo con piernas. Un color extraño que desentona en un precioso cuadro.

Jacob, la noche anterior, había sobornado al capitán Brights, que no era tan noble como trataba de hacer creer, para que por una moneda de oro le diese ropa y le dejase desembarcar antes que el resto de los viajeros y en el más absoluto anonimato. Brights, si los rumores propagados por la tripulación se disparaban demasiado y las autoridades se acercaban hasta el Escocia a preguntar, les haría creer que el rescatado era un náufrago loco al que no lograron sacar información alguna y que se había arrojado al mar poco antes de llegar a puerto. Y que ese naufrago loco no portaba nada de valor.

Lo que Jacob no sabía es que, aunque el capitán faltase a su palabra, jamás podrían averiguar mucho sobre él, ya que los delirios que narró bajo la fiebre a su llegada al Escocia no tenían ni orden ni concierto. Aún así, el de Hannibal no podía arriesgarse a ser detenido e interrogado, por lo que abandonó el puerto en cuanto llegó. No sin antes pasar por la esquina norte de South Street con Burling Slip, donde hacía más de una década se encontraban las oficinas de la Collins Line, y donde comprobó que un negocio de antigüedades ocupaba su lugar. Cuando preguntó a un marino de avezada edad que

pasaba por allí, este le dijo que la Collins había quebrado hacía más de un lustro.

¿Qué habría sido del viejo Edward Knight Collins?No le hubiera extrañado que estuviese muerto. Aunque tampoco era algo que le importara en exceso. Por eso, y por no llamar la atención, no ahondó más en su investigación. Ya averiguaría todo más adelante, desde la distancia. Pensar en Collins le condujo a recordar a Stone Fist. ¿Qué sería de aquel carcelero grandullón? Le parecía que hacía toda una vida que había abandonado The Walls. Anotó en su cuaderno mental estas preguntas para intentar darles respuesta en un futuro cercano y dejó que la bruma acompañara sus pasos. Se dirigía hacia Five Points. Antes de abandonar la ciudad necesitaba hacer una comprobación y algunas gestiones para cambiar el oro y los rubíes por dinero.

..........................................................................................................

Llegó casi guiado por el mal olor a la intersección de la calle Anthony con Orange, que junto con parte de la calle Park formaban Five Points. Para muchos, el barrio más peligroso del mundo. Jacob no sabía si hasta allí le había empujado la osadía o la estupidez. Sea como fuere, intentaba aparentar que podía mantenerse espigado entre el gentío. Y, sin miedo en los ojos, caminó entre cubos de basura destartalados, cerdos, gallinas, perros, ropa sucia caída de oquedades que fueron ventanas y miles de mosquitos provenientes de la zona más pantanosa cercana al antiguo lago colector.

—¿Dónde vas, estirado? —preguntó un borracho, sentado entre vómitos y cristales rotos, con los dientes picados y la cara comida por la viruela—. Andas tan recto que parece que te han metido un palo por el culo, jajaja.

Por suerte, los ropajes que le había cedido el capitán Brigths no eran para nada suntuosos. Aún así, más de uno se le quedó mirando con cara de querer quitarle hasta la cera de los oídos para hacerse una vela. Si pretendía pasar desapercibido se equivocaba de cabo a rabo. No se había aún adentrado unos metros en el barrio de calles angostas y sórdidas, cuando tuvo la intuición de que le costaría salir con vida de allí. Intuición que casi se convirtió en certeza cuando dos negros con el cuello tan ancho como el muslo de un elefante comenzaron a seguirle. Jacob aceleró el paso, pero se golpeó con la rodilla al torcer una esquina y la momentánea cojera hizo que sus perseguidores ganasen terreno. El de Hannibal vio su propia muerte reflejada en los ojos fríos de aquel par de negros. Levantó los puños para morir luchando, pero una sombra surgida de un soportal se abalanzó sobre

él y le dio un abrazo.

—¡Amico mio, por fin has llegado! —le dijo el desconocido. Vestía pantalones de tirantes, una camisa blanca y un bombín ajustado a la cabeza. Un fino bigotillo acompañaba a unos ojos alegres.

Los negros se detuvieron y observaron la escena. Cuando reconocieron al tipo que abrazaba a Jacob levantaron las manos y se dieron la vuelta, malhumorados y dando patadas a la porquería del suelo. El italiano pasó una mano por el hombro de Jacob y le instó a caminar, sin dejar de echar rápidos vistazos hacia su retaguardia.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó el de Hannibal cuando se hubieron alejado por un callejón estrecho y en sombras. El sol ya mismo se pondría.

—Digamos, amico, que cuando alguien con cara de pazguato pasea por mi barrio, me gusta saber por qué. Nadie decente y en sus cabales entra aquí, todo el mundo da un rodeo de varias manzanas antes que atravesar estas chabolas —respondió el otro en perfecto inglés—. Ya sabes, en Five Points somos muy dados a saber quién caga en nuestras calles, para después, matarlo. Me llamo Alessio Cornacchia, aunque todos aquí me llaman Cuervo.

Jacob estuvo a punto de pisar a un niño que, demacrado y sucio, levantaba una mano hacia todo aquel que pasaba, pidiendo una limosna. Y no eran pocos los transeúntes en aquel crisol de culturas que mezclaba africanos, irlandeses, judíos, ingleses e italianos, como el que posiblemente le había salvado la vida.

—No pareces muy hablador, y tampoco tienes buena pinta. ¿Enfermo? Porque no es que por aquí tengamos los mejores Ospedale.

—Más bien débil. Podría decirse que últimamente no he comido bien —respondió Jacob.

Callejearon un poco entre mendigos, bandas y puestos de fruta podrida. Los edificios estaban subdivididos hasta la saciedad. Amontonados unos encima de otros sin ningún sentido arquitectónico. Los dos hombres parecían no dirigirse a ninguna parte en concreto. Jacob no podía creer que aquel fuese el barrio más famoso de América. Allí donde mirara había tanta miseria y basura que incluso a los perros les daría asco tumbarse.

—Eso podemos remediarlo —continuó Cuervo la conversación rato después—. En mi casa no es que sobre el dinero, pero estoy seguro de

que Annunziata, mi moglie, podría prepararte una buena sopa caliente. ¿Qué me dices, amico sin nombre?

—Que no soy tu amigo y que tendrás que disculparme, porque busco a alguien —el de Hannibal intentó acelerar el paso.

Una mano le agarró con fuerza del hombro, le giró y Jacob acabó estampado contra una pared de ladrillos vistos. Su espalda se resintió por completo y los dientes le temblaron. Abrió desmesuradamente los ojos y se preparó para zafarse, pero las palabras del italiano le detuvieron.

—Amico mio... Si quieres salir con vida de Five Points escúchame atentamente. Desde que cruzaste la esquina de Orange te han echado el ojo los Conejos muertos y los Whyos. Aquellos negros de los que te salvé forman parte de una pandilla pequeña y peligrosa, pero no de la peor. Y a mí me respetan porque no quieren líos con los italianos, aunque eso puede cambiar de un momento a otro. Así que si no estás viendo que quiero salvar tu huesudo culo es que eres un torrone di merda o un orgulloso de cojones. Da igual qué cosa de las dos seas, porque acabarás siendo un cadáver si no haces lo que te digo. Ahora sé humilde y acepta la invitación de este pobre pero honrado italiano y acompáñame a casa.

Jacob miró a ambos lados y observó cómo por todos los rincones parecía haber gente semioculta, acechando. Asesinos, estafadores, ladrones, prostitutas... lo más corrupto de la sociedad asfaltando sus calles. Un grito femenino reverberó a no muchas calles de distancia. Aquello terminó de convencer a Jacob de que quizá debía aceptar la ayuda que le ofrecían, sin bajar la guardia. Asintió y Cuervo le ayudó a estirarse la ropa. Agarrado de su brazo como si de un anciano se tratase, deshicieron el camino hasta encontrarse poco más adelante con diez o doce policías que escoltaban a un grupo de aristócratas. Estos disfrutaban del tour con una mezcla de miedo y fascinación. El italiano pasó junto a ellos, hizo una graciosa inclinación y prosiguió la marcha hasta llegar a la calle Mott, a un edificio de pocas plantas y chimeneas malheridas de cuyas ventanas colgaban colchas comidas por la mugre y las chinches. Alguien arrojó por una de las ventanas un saco de basura seguido del contenido de un orinal. Cuervo se encogió de hombros ante la mirada de incredulidad de Jacob. Después pasaron al edificio, que olía peor que las tripas podridas de una rata, pero que no estaba tan sucio como el de Hannibal hubiera imaginado.

—Sígueme.

Cuervo sacó del bolsillo de su pantalón una llave de hierro al subir los desvencijados escalones de la primera planta. Cuando llegó al número cinco la introdujo en la cerradura, dio dos golpes y abrió con un "soy yo, amore mío". El habitáculo que cumplía la función de salón y dormitorio al mismo tiempo era muy pequeño, muy del estilo de los tenements de Five Point. De la cocina le devolvieron un nada cariñoso "¡Ya era hora, sacco di merda!". Cuervo se giró hacia Jacob y alzó una ceja, después sonrió.

—¡Traigo a un invitado, cariño!

Annunziata no contestó, sin embargo, a los pocos segundos, salió secándose las manos con un trapo deshilachado. Era bella y regordeta, todo contraste con la vivienda. Con unos enormes ojos color miel y con un ligero sonrojo en sus mejillas hizo una inclinación de cabeza. A Jacob le impactó mucho que alguien en aquel barrio pudiera no estar pasando hambre. La mujer se guardó el trapo en el vestido azulado de cuadros e intentó componer su mejor sonrisa.

—¡Oh, Alessio, eres un imbecille! —exclamó—. Debiste decirme que traerías visita.

El italiano caminó hasta ella y le besó la mano.

—Querida mía, me da a mí que nuestro amico hacía turismo por nuestra amada ciudad y se perdió hasta llegar a Five Points...

—No es eso... —quiso explicarse Jacob.

—¡¿Pero cómo?! —Le cortó Annunziata, que dejó caer el trapo al suelo— ¿ gli manca una rotella? Venir aquí así, a este barrio, ¡han podido matarle! Además, usted está enfermo, no hay más que verle la cara. Ese rostro pálido, esas bolsas, esa delgadez... ¡Ya se está usted sentando que hoy va a comer como es debido! En este hogar no habrá mucho dinero, pero la Annunziata aquí presente hace unos cocidos de marisco daleccarsi i baffi... se va a chupar los dedos ¡Siéntese, señor...!

La mujer acompañó sus palabras con una butaca que tenía pinta de haber pasado sus mejores tiempos.

—Drew... Ernest Drew —respondió Jacob tras sentarse. En cierta manera, estaba conmovido por la aparente generosidad de aquella familia italiana. Aún así, permanecía con la guardia alta. Un buen estafador siempre cae bien, William Texas era un claro ejemplo. Y aunque no quería desconfiar, la vida le había demostrado que era mejor pecar de precavido.

Annunziata desapareció tras unas cortinas plegadas que conducían a la cocina. Cuervo, con una sonrisa bajo su bigote, agarró una silla con el tapiz roto y se acercó hasta él.

—Le ofrecería whisky, amico, pero hace una semana que no tengo.

—Se lo agradezco, tampoco lo hubiera aceptado —respondió Jacob, seco.

Cuervo se levantó y bajó un poco las esmirriadas persianas de la única ventana del salón y probablemente de toda la casa. Quizá para ocultar las llagas que se abrían en las paredes de aquel viejo edificio.

—No es usted muy dado a aceptar la hospitalidad ajena, ¿cierto, señor... Drew? — Ante el silencio de Jacob, Cuervo se afiló el bigotillo con los dedos y sonrió de nuevo— . Bien, dígame qué o a quién busca en la gran úlcera central de la miseria estadounidense y muovere cielo e terra para ayudarle. Tranquilo, no le cobraré nada. Y no me diga que no tiene dinero, porque no para de proteger su bolsillo derecho como si llevase un tesoro ahí, y por el bulto yo no apostaría lo contrario. Pero tranquilo, amico mio, no me interesa su dinero, aunque nunca se sabe cuándo a uno le pueden devolver el favor. Mi padre decía "chi non rischia non rossica" ... "Quien no arriesga un huevo no tiene una gallina", y esa máxima la aprendí muy bien.

Jacob apartó la mano de su bolsillo; en verdad que a veces podía llegar a ser muy estúpido. Resopló y se incorporó un poco sobre la butaca, dispuesto a hablar. Después de todo, no tenía nada que perder por indicar el motivo de su visita a Five Points.

—Busco a un hombre que se crió aquí —comenzó—. Marinero, segundo de a bordo. Ahora debe rondar los cincuenta años, delgado, de carácter noble y modales exquisitos. Hace más de una década que le vi por última vez. Ni siquiera sé si seguirá con vida, o si de seguir entre los vivos hubiera vuelto a Five Points, ya que le perdí la pista muy lejos en el tiempo y en la distancia. Pero como no tengo otro sitio donde buscarle, me he decidido a venir hasta este lugar.

—¿Y cómo se llama ese oficial? —preguntó Cuervo, inclinándose hacia adelante como si Jacob le fuese a contar el mayor de los secretos.

—Le conocí siendo yo marinero raso. Nos dirigíamos a él por su apellido, Donovan y la verdad es que nunca me interesó su nombre de pila. Estuvo casado con una tal Maggy Debison, hija de un capitán de barco, pero ella murió asesinada. No sabría decirle mucho más, han

pasado tantos años que muchos datos han quedado en el olvido...

Cuervo levantó la cabeza, como buscando telarañas en el techo. Comenzó a frotarse la barbilla y a fruncir los labios, todo acompañado de extraños ruiditos.

—Aquí en este fangal nos conocemos todos. Y aunque no he tratado mucho con él, sé de quién me habla, Ernest —por fin había dejado de llamarle amico mio, algo que agradeció para sus adentros—. El hombre que busca fue el único superviviente del naufragio de un barco que se decía que pertenecía a la Collins Line. Apareció por la ciudad meses después de las últimas noticias que se tuvieron del... del...

—¿Mediterráneo?

—¡Che è! El Mediterráneo, el mar que baña las costas de mi querida patria —dijo golpeando una mano con la palma de la otra—. Los rumores dicen que el viejo Collins lo quería usar para encontrar tesoros y para hacer no sé qué experimentos paranormales —terminó santiguándose.

—¿Cómo? No sé de qué experimentos paranormales me está hablando.

—Bueno, eso se comentaba —dijo Cuervo. Se removió incómodo en su asiento—. Que Collins matto da legarey... que estaba loco y se había obsesionado con la vida después de la muerte. Creía en la telepatía, el espiritismo y todo eso. Al final se volvió loco, su mujer y su hija se ahogaron en un naufragio, mientras hacían uno de esos experimentos telepáticos... Pero volviendo al caso: sé de quién me habla.

—Y... ¿está... está con vida? —preguntó Jacob con un nudo en el estómago.

Tocaron a la puerta y el italiano abrió. Habló en su idioma, parecía discutir con varias personas. Tras un rato cerró la puerta y volvió a tomar asiento.

—Los otros inquilinos con los que compartimos vivienda. No se preocupe, les he dicho que nos dejaran a solas hoy y que usted les dará un dólar mañana. Respecto al tal Donovan, sí, está vivito y coleando. De hecho, no vive muy lejos de aquí —al de Hannibal le dio un vuelco el corazón—. Solo hay una pequeña pega... digamos que tras su regreso... vamos, que el viejo está siempre borracho.

—¡Necesito verlo! —Exclamó Jacob. Hizo amago de levantarse y su

espalda crujió como si le hubieran partido un palo encima.

—¡Quieto ahí, amico! —Respondió Cuervo con las manos en alto—. Yo iré a buscarle. Se suele mover a estas horas por el Callejón de los bandidos, en Mulberry Bend. Una zona desolada, prohibida para visitantes. Si va usted aparecería muerto y desnudo mañana por la mañana en algún establo. Y no se crea que le darían entierro, en este barrio los muertos son la comida de los cerdos. No se preocupe, estaré de vuelta antes de lo que mi Annunziata tarde en preparar el cocido. ¡No se impaciente!

Dicho y hecho, Cuervo abandonó la vivienda sin despedirse siquiera de su mujer. Esta canturreaba en italiano mientras preparaba la comida:

*Lo Guarracino 'nche la guardaje*

*de la Sardella se 'nnamoraje;*

*se ne jette da na Vavosa,*

*la cchiù vecchia maleziosa;*

*l'ebbe bona rialata*

*pe mannarle la mmasciata.*

*La Vavosa pisse pisse*

*chiatto e tunno nce lo disse*

Jacob no pudo evitar quedarse medio adormilado, estaba tan cansado... El cocido al fuego olía tan bien que incluso anulaba el olor irrespirable de aquellas calles. Soñó con su madre, que preparaba también un cocido y le esperaba con una sonrisa tras su llegada de la escuela, y no con una vara verde. Cuando se quiso dar cuenta el ruido de la puerta de la calle al abrirse le despertó. En un principio, desorientado, no supo calcular cuánto había dormido, pero la luz había cambiado; ya era de noche. Entre la penumbra, pudo reconocer a Cuervo. A su lado renqueaba un anciano estropeado, consumido por las arrugas y el hambre. Le costó reconocer al grácil segundo Donovan cuando el italiano encendió una vela. El hombre vigoroso y de

modales elegantes que le había insuflado esperanzas durante su cautiverio, el noble y valiente hombre que había escapado de la jaula gracias a su plan, se había convertido en pellejo embutido en ropas de andrajoso.

A Donovan le temblaban las manos y tenía la mirada perdida, y cuando la posó en el espantajo que descansaba en la tumbona, no pudo o no supo reconocer a quien en ella se encontraba.

—No conozco a este señor. Le expliqué que no tengo entre mis amistades a ningún Ernest Drew —dijo el segundo, dándose la vuelta —. Y ahora déjeme, mi Maggy me está esperando en casa.

—Donovan, su Maggy murió hace mucho —respondió Jacob. Se incorporó con esfuerzo del asiento—. Y por lo que me contó en aquella jaula en la que nos encerraron los salvajes del Mar de los Sargazos, era una gran mujer. ¿De verdad no me recuerda? Yo nunca dejé de pensar en usted, y no sabe cómo me alegro de que pudiera escapar de aquel infierno verde con vida. Al final sirvió de algo tanto rascar la madera, ¿eh?

El anciano se giró hacia él lentamente, dio un par de pasos, el labio inferior le temblaba. Aguzó la mirada, le agarró de los antebrazos y poco a poco sus ojos se nublaron por la emoción.

—¿Wa... Walters? —preguntó incrédulo.

Buscó bajo la barba, las incipientes patas de gallo y el pelo largo a aquel joven de Hannibal tan gallardo que había visto por última vez hacía más de una década, cuando salía de una jaula para ser sacrificado por los salvajes.

—Ahora ya no me llamo así —dijo este, sintiéndose un poco incómodo ante Cuervo, al que había mentido—. No sabe cómo me alegro de verle, segundo.

Donovan se abrazó a Jacob con tanta fuerza que por poco acaban los dos en el suelo. Annunziata, que había salido de la cocina al escuchar tanto jaleo, también se abrazó a su marido y ambos observaron la escena sonriendo. Después de todo, pensó Jacob, parecen buenas personas.

—¡Nadie me creyó! —exclamó Donovan, al que tuvieron que acercar un vaso de agua para intentar tranquilizarle—. A mi regreso, después de pasar muchas penurias en alta mar con ese vil de Lauper, nadie creyó mi historia. ¡El viejo Collins renegó del Mediterráneo! Dijo que

la Collins jamás había fletado ese barco. Y las autoridades no quisieron enviar buques de guerra para terminar con aquellos malditos salvajes. ¡Me tomaron por loco! Especularon mucho, hasta que llegaron a la conclusión de que el Mediterráneo había naufragado llegando al Mar de los Sargazos, supusieron que solo logramos sobrevivir Lauper y yo, y que yo enloquecí debido al hambre y la sed que pasamos hasta ser rescatados. Me acusaron de haberme comido a Lauper. ¡Y sí, me lo comí, lo confesé, pero él había intentado matarme a traición para devorarme! ¿Me cree, verdad, Walters? ¡Usted vio lo zafios que eran esos dos marineros!

—Le creo, por supuesto que sí —sonrió con benevolencia Jacob, aunque sintió que las tripas se le revolvían de imaginar al oficial comiendo carne humana—. Tisdale y Lauper eran zafios, de la peor calaña. A Tisdale le mataron en una especie de ritual. Y si le soy sincero me alegro de que estén muertos los dos. Donovan, creo que tenemos mucho de qué hablar, mi viejo amigo.

# 32

A las doce de la noche del siete de junio de 1867, un irreconocible Jacob y un servil Cuervo pasaban por la Quinta Avenida y entraban en el elitista Club del viajero que estaba justo enfrente. Ambos iban bien vestidos, con un par de fracs oscuros y ajustados, y sombrero de copa alta. Por el camino solo se habían topado con policías y borrachos, dándose el caso de encontrar alguno que reunía ambas condiciones. Cuervo hizo un comentario jocoso sobre que la gente honrada hacía ya tiempo que estaba en la cama.

—¡Uhhh... la Madonna! —exclamó el italiano en cuanto atravesaron el umbral del club. Un club que ocupaba cinco plantas y que ostentaba una lujosa decoración, muy a la moda, y donde el que pudiera permitírselo podía disfrutar de sus billares, salas de lectura, salones de cena, pianos de cola o de las decenas de vinos y licores que el bar ponía a la disposición de sus socios.

—Deja de llamar la atención, Cuervo —reprendió Jacob, buscando con la vista un sillón en el que apoltronarse—. Intenta aparentar que no es la primera vez que pisas un sitio como este.

Cuervo asintió mientras sus labios dibujaban una sonrisa pícara. En los casi tres meses que llevaba trabajando para Jacob, siempre había sabido hasta dónde tenía que llegar con su efusividad y sus bromas. Siguió al que se había convertido en su jefe hasta un par de sillones rojos que tenían pinta de ser muy cómodos. Se fijó en un enorme cuadro en el que Prometeo luchaba contra el Águila de Zeus y se preguntó cuánto valor tendría. Se sentaron y Jacob llamó a un camarero. Al poco acudió un hombre elegante, entrado en años y con sonrisa gentil.

—Señor Drew —dijo haciendo una reverencia hacia Jacob. Después miró a Cuervo—. No tengo el gusto de conocer a su amigo...

—Él es el señor Cornacchia, ha querido visitar conmigo el Club. Con suerte quizá decida quedarse con nosotros.

—Oh, eso sería magnífico, señor Drew —aprobó el camarero, con unos ojillos transformados en dos finas líneas—. ¿Qué quieren tomar los caballeros? Si lo que les apetece es vino y me lo permiten, les sugeriría

una copa de Old sercial, superior.

—Acepto la sugerencia —Jacob quería librarse rápidamente del camarero.

—A mí me pone una botella de cerveza, per favore —solicitó Cuervo.

—¿Cómo? —preguntó estupefacto el camarero.

—No haga caso, el señor Cornacchia es un bromista nato. A él sírvale una pinta de Scotch Ale.

Cuando el camarero se retiró, Jacob reprendió a Cuervo con la mirada. Este se encogió de hombros y susurró:

—Disculpe, patron, pero uno está acostumbrado a timar, robar, extorsionar, propinar palizas... no a pedir bebidas con nombre raro que cuestan el sueldo mensual de un jornalero. Tendría que haberme apuntado a esa escuela de modales a la que va usted —se rascó el cogote y después la entrepierna—. Y encima me encuentro incómodo con esta ropa. Es como si llevase un disfraz... ni per tutto l'oro del mondo vuelvo a vestirme así.

Jacob sonrió para sí, pero no mostró ni un atisbo de alegría en su rostro. Estaba nervioso. No sabían a qué hora llegaría la persona a la que esperaban. En realidad, no sabían siquiera si llegaría. Así que se apoltronaron en sus asientos y departieron sobre temas triviales durante al menos una hora.

—¿Cree que podrá reconocerlo? —preguntó Cuervo, que ya había pedido la segunda Scotch Ale.

Jacob iba a responder afirmativamente, pero se contuvo. ¿Habían pasado trece años desde que se vieran por última vez? ¿Cuánto puede cambiar un hombre en ese tiempo? ¿Le reconocerían a él? Sentía que había envejecido más de dos décadas, y no solo de espíritu, sino físicamente. Además, la barba y el pelo largo y en parte canoso le hacían mayor. Cuando se miraba en el espejo de su habitación en el New York Hotel casi que no se reconocía. Ojeras, arrugas incipientes, piel cuarteada... ¿Qué quedaba en él de ese niño vigoroso que fue? Nada, se dijo, hasta el tiempo envejece. Se miró las manos, donde había grietas profundas, y un amago de sonrisa triste se desvaneció en sus labios. La vida se le escurría por entre los dedos, como aquel que coge el agua a puñados.

—Le reconoceré —dijo con la mirada perdida.

Y así fue. En cuanto Mark Twain, antaño Samuel Langhorne Clemens, cruzó con paso tambaleante la entrada del Club del viajero, Jacob supo que era él. Pelo ondulado y largo, mostacho poblado, mirada intensa. El mismo hombre del que se hizo amigo cuando eran apenas unos críos y Noah y él se lo encontraron sentado sobre una acera, frente al cobertizo de su casa, abrazado a sus rodillas con la cabeza hundida entre ellas y llorando por la cercana muerte de su padre. El mismo Mark Twain que le había dado un puñetazo a su regreso a Hannibal, tras pasar una larga temporada entre los muros de The Walls y haber traicionado la confianza y el amor que tanto él como Noah y Emma le habían depositado.

Jacob se removió en el sillón, incómodo. Cuervo lo notó y estudió a las cuatro o cinco personas que acababan de entrar al local y dejaban sus chaquetas y sombreros en el recibidor.

—¿Es uno de ellos? —preguntó.

Jacob asintió, miró su copa de vino y la apuró al instante. Hizo un gesto al camarero para que le trajese otra. Aquel trago no era fácil. Twain departía con otro caballero junto a una de las columnas de granito del salón.

—Es ese —señaló con la barbilla—. El que viste traje marrón y pajarita roja.

—Tiene pinta de Essere un po' di fuori, de faltarle un tornillo, quiero decir. ¿Se lo traigo ya? —preguntó Cuervo, haciendo amago de levantarse.

—Espera —le detuvo Jacob con la mano, sin dejar de estudiar a los recién llegados—, deja que se pongan cómodos. No quiero violentarle. Esta conversación se tiene que producir de la manera más relajada posible.

Un cuarto de hora después, Mark Twain y sus compañeros charlaban amigablemente en unos asientos no muy lejanos a una enorme escalera de mármol y bronce de estilo renacentista. Se trataba de un grupo muy variado, compuesto de italianos, franceses, americanos e ingleses. Bebían como si no hubiese un mañana, y hablaban con el tono alto sobre Tierra Santa, Egipto, Crimea o Grecia. Jacob temió que ya estuvieran demasiado borrachos como para abordarles. Sin embargo, a su orden, Cuervo se levantó y se acercó hasta el grupo, pidió disculpas por interrumpir y se agachó junto a Mark Twain. Le susurró algo al oído y este fijó su mirada en Jacob. Acto seguido se

levantó y se dirigió hacia él junto con Cuervo; al llegar se inclinó levemente y le dio la mano.

—Señor —saludó, con tono ebrio, aunque se esforzaba por disimular.

—Un honor conocer al autor de La célebre rana saltarina del condado de Calaveras —Jacob guardó toda la compostura que le fue posible.

—¿Lo ha leído?

—Me reí bastante. Hace usted gala de un ingenioso sentido del humor.

—Me alegro de que lo vea de ese modo, señor...

—Drew, Ernest Drew... —mintió Jacob. Le miraba a los ojos, intentando discernir si su "disfraz" salvaguardaba su verdadera identidad. Y así parecía ser, sabía que Twain era un hombre impulsivo, fervoroso, no tenía tanta sangre fría como para disimular que no le había reconocido—. ¿Me dejaría invitarle a una copa?

A Twain le brillaron los ojos, había tocado un punto sensible: el alcohol. Aún así se hizo de rogar.

—No sé si debería, mis amigos y yo partimos para Europa mañana en el Quaker City y tenemos que planificar muchas cosas aún...

—Se lo ruego, por favor —pidió el otro, señalando el sillón que minutos antes había ocupado un Cuervo que se mantenía alejado y que examinaba con curiosidad un busto femenino.

Jacob se dirigió al camarero y pidió una copa para su interlocutor, que ya tomaba asiento.

—Bueno, no todos los días se encuentra uno a un lector que le invite a una copa — concedió Twain, con un amago de sonrisa.— En este club he encontrado siempre personas agradables, venidos de cualquier punto del atlas. Creo que el viajar expande el alma y desarrolla los sentimientos que tan amablemente puso en nosotros la naturaleza ¿De dónde es oriundo usted, señor Drew?

—Menudo personaje ese Jim Smiley y sus legendarias hazañas como apostador — respondió Jacob, haciendo caso omiso a la pregunta que le había hecho Twain y refiriéndose al relato que le había hecho famoso como escritor.

Desde que recibió sus cartas en la cárcel supo que llegaría lejos con la

pluma y el tintero.

—Veo que se quedó prendado de él. Escuché hablar de Jim Smiley mientras vivía en Calaveras de boca de Ben Coon, un parroquiano del bar del hotel Campo de Ángeles me la contó. Así que en este caso mi inventiva no tiene tanto mérito —se sinceró Twain mientras daba un trago al whisky que el camarero le había servido.

Jacob intentó ver en aquel hombre tan carismático al pequeño e introvertido Samuel, pero la vida les había cambiado.

—Oh, sin duda que tiene usted mucho mérito. Estoy seguro de que ha sabido mejorar la historia que llegó a sus oídos.

—Puede ser —concedió con falsa humildad Twain—. Y ahora bien, señor... Drew, quiero serle franco. Uno debería ser siempre sincero con quien le invita a una copa. Su cara me suena de algo, pero me siento demasiado borracho como para recordarle. Solo puedo decirle que su presencia me causa desasosiego, ¿quién es y qué quiere en verdad de mí?

Jacob se removió incómodo en el sofá, aunque no apartó la mirada de la de Twain. Por fuera era un témpano, pero por dentro, todo su ser temblaba. Profesaba un respeto profundo por el hombre en que se había convertido Samuel, su amigo de infancia. El mismo que le había dado un puñetazo la última vez que se vieron. El mismo que había compartido amistad con Noah y con Emma.

—Le seré sincero yo también, Twain —respondió Jacob a sabiendas de que iba a mentir—. Quería hacerle una oferta, aunque por lo que me comenta creo que llego tarde. Lo que me ha traído hasta su persona es el deseo de convertirme en piloto del Mississippi con mi propio barco para el transporte de mercancías. Sé que usted tiene la licencia de piloto, y quería averiguar si estaría dispuesto a enseñarme para conseguir la mía. Por supuesto, esta oferta incluye salario de doscientos cincuenta dólares al mes como estipula la Asociación Benéfica de Pilotos y un buen barco para pilotar. Un barco nuevo y lujoso que está a punto de salir de los astilleros de New Orleans.

Mark Twain endureció el rostro y entornó la mirada. Aquel hombre no le era del todo desconocido. Sabía que le había visto en algún otro lugar, y también sabía que quizá podría reconocerlo si no estuviera tan borracho. Aquello le daba rabia. Apuró su copa y pidió otra. Nada mejor para disipar preocupaciones y alegrar el espíritu. Estaba dispuesto a terminar la noche en cualquier sitio y de cualquier modo.

Una valentía potenciada por el alcohol.

—Ya le he contado mis planes para meses venideros —contestó tajante —. Siento no poder serle de utilidad, señor Drew. Pero me temo que mi camino, en este momento de mi vida, está lejos del Gran Río.

Jacob le sostuvo la mirada y movió los hielos de su vaso. Después, asintió y su rostro adquirió una expresión compungida.

—Vaya… me duele oír eso —dijo, aunque sabía de antemano que aquella sería la respuesta—. Pensé que una oferta como la mía le haría replantearse ese viaje.

—No. No me replanteo nada, señor Drew —Twain comenzaba a encontrarse incómodo. Conocía a ese hombre, y el no recordar de qué le exasperaba—. Este viaje me es… necesario, y no por motivos monetarios, sino personales. Y aunque me hace un honor con su propuesta, no entiendo por qué me elige a mí. Si bien conozco el río como la palma de mi mano, no soy uno de los mejores pilotos. Si acude a la Asociación Benéfica de Pilotos los encontrará a pares mejores que yo.

—¿A quién me recomendaría? No me importa pagar más si el piloto lo merece.

Twain arrugó el entrecejo y se mantuvo en silencio unos instantes. El alboroto causado por sus amigos hizo que se girara y cuando volvió a encararse con Jacob su expresión había cambiado hacia una más afable.

—Vaya al puerto de Saint Louis y pregunte por el señor Bixby, fue el piloto que me enseñó a mí todo lo que sé —dijo—. No hay mejor piloto que él, se lo aseguro. Dicen que se hace viejo, que ya no ve igual, pero yo le digo que incluso ciego maniobraría mejor su vapor que el más joven y talentoso de los pilotos de río.

—Le buscaré pues, es usted muy amable —respondió Jacob con una sonrisa amable. Por fin había llegado el momento de la verdad. Tomó aire—. Una última pregunta, si me la permite. Quiero conocer bien el Mississippi y sus pueblos portuarios, ¿qué me cuenta de Hannibal? ¿Merece la pena visitarla? Usted vivió allí muchos años, según tengo entendido.

Twain se levantó de golpe y a punto estuvo de trastabillar con sus propios pies y caer.

—Señor Drew… no quisiera ser descortés, pero creo que usted no está siendo del todo claro conmigo —dijo irritado cuando sus piernas encontraron estabilidad—. ¿De entre todas las ciudades portuarias del río solo me pregunta por una de las más pequeñas? ¿Por la mía? Me huelo que busca algo más. Además, tengo la sensación de que nos hemos visto anteriormente…

Sin lugar a dudas, no le había reconocido, aunque si le diera más tiempo y más pistas…

—Puede que así fuera, y también puede que nos volvamos a ver —respondió Jacob, que se había incorporado y hacía un gesto con la cabeza hacia Cuervo para indicarle que se marchaban—. Lamento haberle causado desasosiego, no era mi intención. Tan solo soy un hombre de negocios al que le gusta estar preparado. En cualquier caso, ha sido un honor poder conversar con usted esta noche e invitarle a una copa. Créame que le admiro mucho y estaré pendiente de todo lo que publique. Es un gran escritor.

Jacob dio un par de pasos, recriminándose el no haber conseguido al menos un poco de información sobre los Hickok o Emma.

—Señor Drew, una última cosa. Y ni siquiera sé por qué se la digo —le frenó el escritor con una mano en el hombro—. Supongo que cree saber lo que se hace al mandar construir un vapor, pero el transporte de mercancías por el río ya no es lo que era antes de la guerra. El ferrocarril está matando el negocio. No ganará mucho dinero, si es lo que quiere. La ganancia de los vapores está ahora en los casinos de lujo, pero tendrá mucha competencia. Entre ellos a alguien con el que no le recomiendo competir. Un hombre sin escrúpulos: James Hickok.

A Jacob se le tensó la mandíbula tan solo de escuchar aquel nombre. Apretó los puños y las aletas de la nariz se le hincharon. Después de todo, quizá pudiera conseguir algo de información. Tranquilízate, se dijo, si se te nota algo raro acabará reconociéndote, y no es el momento. Disimula.

—Creo haber escuchado antes ese nombre —dijo, atando en corto sus nervios—. Viajo mucho y puede que ese nombre se haya colado en alguna conversación. Aunque lo relaciono más con la justicia que con los vapores o casinos.

—¿Justicia? Me reiría si no fuera porque sé que se refiere a su padre, el juez Charles Hickok.

—Seguramente así sea. ¿Qué es de él?

—Murió, lo asesinaron en la guerra —respondió Twain, que no pudo evitar sonreír—. Digamos que tenía muchos enemigos, en ambos bandos. Y digamos, aunque no sea muy honorable por mi parte, que no lamento su muerte. Como tampoco lamentaría la de su hijo.

Jacob abrió los ojos desmesuradamente y una vena comenzó a latirle en la sien. ¿Por qué la vida jugaba con él de aquella manera? ¿Cuántas veces había soñado con clavarle un puñal en el pecho a aquel juez desgraciado? ¿Cuántos discursos había ensayado en su cabeza para pronunciar ante un moribundo Charles Hickok con el cuello rebanado por su cuchillo? ¿Cuántas veces se había imaginado astillando cada hueso de su cuerpo por pequeño que fuese? Tantos años, tanta frustración…

—¿Qué le ocurre, señor Drew? —preguntó Twain, suspicaz. Podía estar borracho, pero era un hombre muy observador—. Se está poniendo usted muy pálido.

Jacob sacudió la cabeza varias veces, como si su antiguo amigo le hubiera noqueado con las palabras. Tenía que mantener el control, después de todo el juez estaba muerto, y verle muerto era lo que quería.

—Nada, nada —mintió. Se levantó, aún conmocionado—. Es solo que quizá la bebida me haya sentado mal. Si no le importa, debo dejarle.

Estrechó la mano de Twain, cuyos ojos le estudiaron por última vez a fondo, y con paso rápido abandonó el Club del Viajero seguido de Cuervo. Necesitaba aire fresco, salir de aquel ambiente enrarecido por el humo del tabaco.

—¿Y bien, patrón? Su amigo parecía fuori come un balcone —preguntó este mientras caminaban por la Quinta Avenida de nuevo.

—Me ha dado la peor noticia que alguien podría darme: el juez que me metió en la cárcel murió asesinado durante la guerra —escupió a un lado de la acera, al igual que lo hubiera hecho sobre la tumba del juez Charles Hickok—. Quería romper el cuello de ese desgraciado con mis propias manos. Ya solo me queda el consuelo de poder matar a su hijo. El que hizo que asesinaran a mi mejor amigo y provocó que tuviera que huir de Hannibal y todo lo que vino después —añadió recordando a Lleó y a su cautiverio a manos de los salvajes—. Lo único bueno que saco de esta charla es que Twain no me ha reconocido. Puede que sea porque esté algo borracho, sí, pero si él no lo ha hecho dudo que nadie —salvo quizá Emma, pensó— pueda

hacerlo.

—¿Entonces, cuándo partimos hacia Hannibal? —preguntó animado Cuervo.

—Cuando tengamos nuestro barco y un piloto. Apunta en tu cabeza este nombre: señor Bixby, debemos preguntar por él en el puerto de Saint Louis. Preparaos tú y Annunziata para partir mañana hacia allí al encuentro de Donovan, tenemos que convertir nuestro barco en el mejor casino que haya surcado el Mississippi nunca.

# 33

Desde la alta percha de la casilla del piloto, el silbido de El Imbatible anunció que iba a tomar una curva cerrada. Se decía que el silbato de los vapores podía tener tonalidades que oscilaban de la alegría a la melancolía pasando por el enfado o el terror, y que los niños de ribera que aguardaban en los puertos su llegada apostaban por saber a qué barco correspondía cada silbido desde varias millas antes. Del silbido de ElImbatible pronto comenzó a decirse que era perturbador.

Jacob, conocido como el capitán Ernest Drew entre la tripulación, permanecía en la cubierta principal con los brazos cruzados, viendo pasar villorrios de tramperos o de indios, nuevos algodonales que crecían tras la guerra, pueblos en reconstrucción, ciudades pequeñas que apenas conseguían salir adelante, pequeños comercios... y todo ello encima del barco más enorme y lujoso que hubiera surcado el Mississippi: trescientos treinta pies de largo y noventa de ancho, dieciocho calderas y una cuarentena de personas como tripulación.

Ni el Sueño del Fevre se podía comparar a El Imbatible.

—Señor Bixby, más despacio, quiero disfrutar del río —le dijo al piloto. Este asintió con gesto grave y transfirió la orden al ingeniero por el tubo de la cabina.

A Jacob no le había costado contratarle, ya que el dinero no era problema. Trescientos dólares mensuales cerraron el acuerdo delante de un par de pintas de cerveza y convirtieron al Señor Bixby en uno de los pilotos mejor pagados del Mississippi.

Pero sabía que el dinero no había sido el elemento principal a la hora de cerrar el acuerdo. Bixby, convertido en una especie de paria, viejo y sin trabajo, simplemente se sintió respetado por Jacob, que en verdad consideraba necesario contar con él. Y si encima venía recomendado por Twain, uno de sus mejores cachorros... las negociaciones no duraron más de un par de horas. Y Jacob se sintió regocijado de poder aprender del mismo gran hombre de río del que había aprendido Twain en su juventud. Ese Twain con el que compartió el sueño de ser piloto de vapor, el mismo que le dejó un libro con un título que no recordaba y cuya portada estaba ocupada

por La reina del Mississippi.

Poco a poco, Jacob se desentendió de los recuerdos y se dio la vuelta para observar aquella majestuosidad. Pensó que el destino era muy irónico, y que si no le hubieran hecho prisionero los Maleko—kais jamás hubiera podido conseguir un barco tan majestuoso.¿Pero compensaba? ¿Compensaban las penurias que había pasado? ¿las muertes que los salvajes habían ocasionado a sus compañeros? Negó con la cabeza. Tanta sangre... como había predicho la bruja Marie Laveau en Saint Louis. No, nada lo compensaba, pero a pesar de todo... a pesar de todo, allí estaba El Imbatible. El más lujoso barco de vapor que había surcado río alguno. Su sueño, regado por la sangre de los barcos abordados por los salvajes a lo largo de siglos, por la sangre de los mismos salvajes muertos por el ataque de su Dios kraken.

Su arma.

Había enviado a Cuervo río arriba una semana antes de que el barco subiese por New Orleans. Le ordenó anunciarles. Le dio mucho dinero para sobornar a los alcaldes, a las autoridades portuarias, a los editores y reporteros de río, a los mercaderes, a los mejores jugadores de cartas, a cualquier persona influyente... el señor Ernest Drew, capitán y propietario de El Imbatible, les quería a todos en su casino flotante. Y dio orden tajante a los crupieres del barco de dejarse ganar y hacer la vista gorda ante los tramposos, a Annunziata, la jefa de cocina, de que preparasen los mejores manjares a precios irrisorios, al segundo Donovan de que no hubiese nadie displicente entre la tripulación y que los viajeros fuesen tratados con la mayor amabilidad posible. ElImbatible tenía que hacerse un nombre, y Jacob no estaba dispuesto a esperar mucho para ello. Necesitaba llamar la atención de James Hickok, y quitarle clientela era su principal objetivo. Y si para ello debía perder dinero, lo perdería, porque no le importaba volver a ser pobre si con ello conseguía destrozar la existencia de su máximo enemigo.

Pensó en Emma. Si al volver a ver a Twain había sentido una alegría que no estaba dispuesto a admitir, ¿qué sentiría al ver a la persona a la que tanto había amado? A la hermana de su mejor amigo. El muerto. Asesinado por el hombre con el que estaba casada. No quiso pensar, prefería enterrar en un pozo ciego sus sentimientos antes que enfrentarse cara a cara con ellos. El único miedo que debía mantener vivo era el de no acabar con lo empezado. James Hickok debía morir. Como murió su padre.

Jacob decidió que no hicieran parada en Hannibal a la subida del río.

La harían a la vuelta. Aún así, ralentizó el ritmo entre Hannibal y Davenport, donde ya esperaban a ElImbatible cientos de personas. Principalmente apostadores de todo el país que se embarcaban con curiosidad en el barco y que habían leído sobre él en diversos periódicos. También se organizaron fiestas nocturnas, con el barco amarrado a puerto y con las mejores bandas de música que el dinero pudiese comprar, tocando en un salón principal interminable, enmoquetado de pared a pared y con espejos y vidrieras tan caros que nadie se atrevía a acercarse mucho a ellos por miedo a su fragilidad. ElImbatible estaba en boca de todos, incluso en la de los peones que esperaban bajo la sombra de los árboles para descargar del barco una mercancía que nunca se llegó a cargar. Y es que Jacob se negó a embarcar cualquier tipo de mercancía en su trayecto. Cosa que irritó a muchos y poderosos comerciantes, que veían un desperdicio que un barco tan grande solo se dedicara al vicio.

—Este barco elitista arderá, y usted con él —dijo a Jacob el propietario de un buey premiado en una feria de ganado de New Orleans ante la negativa de embarcar en El

Imbatible.

.........................................................................................................

En Red Wing dieron la vuelta al barco y comenzaron el camino de bajada del Mississippi.

Tras una subida triunfal, El Imbatible estaba en boca de todos. Cuando el vapor se detenía en cada puerto, centenares de hombres, mujeres y niños se acercaban aunque solo fuese para contemplarlo. Fue así como Ernest Drew comenzó a grajearse la amistad de muchas y variadas personalidades de río, desde comerciantes, banqueros, periodistas y políticos hasta estafadores, ladrones y asesinos. Supo ver con astucia qué podía obtener de cada uno y cómo conseguirlo. Sabía qué ofrecer a cambio. Todos tenían un precio y un talón de Aquiles.

Así que aprendió mucho, y no todo bueno. Incluso Cuervo le enseñó a boxear al estilo Irish Stand Down, como lo hacían en los bajos fondos de Five Points, y a arrebatar una navaja a un atacante con un par de movimientos.

El segundo Donovan no veía con buenos ojos el rumbo que estaba tomando la vida de Jacob, así que un día, mientras la tarde cedía su lugar a la noche y el río estaba manso como una yegua cansada, se acercó hasta la silla en la cubierta principal en la que Jacob se sentaba

y le dijo:

—Debo de confesarle, Walters, que no me gusta nada lo que veo —hacía tiempo que sus delirios habían pasado, en cuanto estuvo de nuevo sobre la madera de un barco, y ahora volvía a ser el hombre cabal, valiente y honesto que Jacob había conocido en el Mediterráneo—. Creo que lo vivido junto a usted me permite hablarle con la franqueza de un padre: no debe seguir por la senda que ha elegido. Le está destruyendo. Dígame una cosa, ¿desde cuándo está usted tan muerto?

—¿A qué se refiere, segundo? —preguntó Jacob sin comprender del todo al anciano.

—Mi querido Walters —dijo este tras comprobar que nadie en la cubierta podía escuchar el verdadero nombre de su amigo—, usted murió hace tiempo. Su vida no le pertenece. Fue a parar a manos de ese tal James Hickok. Él está viviéndola por usted. ¿Cree que él le recuerda? Se lo digo yo: No. Sin embargo, usted solo respira por él. ¿Qué pasaría si mañana ese hombre muriese por cualquier motivo? ¿Qué haría Jacob Walters? ¿Se suicidaría? Mire, entiendo sus deseos, al fin y al cabo soy tan humano como usted, pero observe a su alrededor, tiene los ingredientes necesarios para ser feliz. ¿Por qué poner todo esto en riesgo? Si al menos fuese por amor... pero tanto usted como yo sabemos que no es así. Ni aunque Emma le pidiese que dejase a un lado su venganza lo haría. ¿No es cierto?

Jacob había apartado la mirada y la mantenía en la margen derecha del río. Acariciaba con ella la frondosa vegetación, surcada de claros por donde se veían caminos o algodonales. No quería arrodillar su voluntad ante nadie, así que sus ojos no se cruzaron con los del segundo.

—Donovan —respondió al fin—, sabe que le admiro como he admirado a pocas personas en esta vida, pero...

—Entonces hágame caso, Walters —interrumpió el anciano—, como dijo Herodoto "No intentes curar el mal por medio del mal". Disfrutemos de todo esto, vivamos tranquilos, que nos lo hemos ganado... piense también que hay gente que le admira e incluso le quiere. Yo mismo, sin ir más lejos. Si no fuese por su idea para escapar de aquella jaula ya estaría muerto. Si no hubiese venido a por mí a Five Points cuando regresó, seguramente estaría comiendo restos de basura o ratas y muriéndome solo. No, no puedo evitar un sentimiento de amor hacia su persona, ¿y qué me dice de Anunzziata? Esa mujer le

idolatra, usted les sacó de aquel barrio del demonio y les dio una vida mejor. Y en Cuervo tiene un buen amigo, alguien de confianza. Abandone, se lo ruego.

—Jamás abandonaré, Donovan —zanjó Jacob, levantándose—. Mi mejor amigo yace en una tumba con una bala en la cabeza gracias a ese desgraciado, y la mujer a la que amo… amé, duerme con él cada noche. He sobrevivido a la cárcel, al cautiverio durante más de una década en manos de una civilización de salvajes, a la ira destructiva de su Dios, al hambre y la sed en mitad del océano… Así que ni se le ocurra volver a intentar convencerme de que me detenga. James Hickok debe morir, y no pienso dejar que nadie se me adelante —dijo, con la mirada, esta vez sí, clavada en la del segundo—. ¡Señor Bixby, acelere! Próxima parada: Hannibal.

El anciano observó a Jacob mientras se alejaba. Una lágrima zigzagueó por entre sus arrugas y cayó sobre su mano derecha. Después, negó con la cabeza, se secó la cara y volvió a su puesto.

# 34

Jacob aguardó a que el barco atracase en el pequeño puerto de Hannibal. Lo hizo con uno de sus mejores trajes, con los brazos cruzados en el pecho y con la preocupación tatuada en el ceño fruncido, mientras los oficiales de la tripulación gritaban órdenes y se desplazaban de un lado a otro. Algunos viajeros se apilaban junto a la pasarela para abandonar El Imbatible y otros tantos se acercaban a puerto desde las calles aledañas para subirse en él. A todo ese gentío, había que sumar la curiosidad de los lugareños, que dejaban sus quehaceres a un lado para acercarse a ver con sus propios ojos el barco del que todo el mundo río abajo o río arriba hablaba. La vida bullía a borbotones y hasta el más pobre parecía feliz cuando un barco así arribaba.

*De nuevo aquí, se dijo Jacob buscando alguna cara conocida en el puerto de Hannibal. Su pueblo, para bien y para mal. Lugar de sus mayores alegrías y desdichas. No quiso reconocerlo, pero la inquietud había calado en sus huesos. Sus convicciones y firmezas temblaban como pilares hechos de arcilla. Su destino era un revólver que le apuntaba directamente a la cara, y el dedo en el gatillo era el de James Hickok. Apartó a un lado los malos augurios y se giró. Vio a Donovan, con su porte espigado, que sonreía amablemente y se despedía de algunos de los viajeros. ¿Y si le hacía caso? ¿Y si se olvidaba de toda su vida anterior y volvía a empezar una nueva bajo la identidad del adinerado Ernest Drew, capitán y dueño de El Imbatible? Desde luego dinero y prestigio no le faltarían, y quizá, con el tiempo, encontraría a una buena mujer con la que casarse y tener hijos.... pero no, no podía olvidar o perdonar. Era como pedirle a un religioso que dejase a un lado su fe. Tan solo tuvo que mirar a su alrededor para tener claro que no se detendría. Puesto que en aquel mismo puerto donde la gente reía, donde se intercambiaba mercancía, o donde los niños corrían y jugaban o abrían la boca admirados ante aquel portentoso barco, había sido el mismo lugar donde más de una década atrás había muerto su mejor amigo de un balazo en la cabeza. Por culpa de James Hickok. Todavía parecía tener en la retina cómo el negro gigantón había salido de detrás de las cajas aquella fatídica noche, cómo sudaba y estaba descompuesto por los nervios, cómo preguntó por él y apretó el gatillo, acertándole a Noah, que tras dar dos pasos en falso cayó al suelo muerto...*

—Scusa,patrón, tiene mala cara —dijo Cuervo, poniéndole una mano

en el hombro. Jacob no le había visto llegar—. ¿Le preocupa algo?

—No es nada, solo recuerdos.

—Los recuerdos son todo, ¿capisci? —respondió Cuervo muy serio—. Mi abuelo decía que todos nosotros estamos hechos de recuerdos, y no de agua, como dicen los médicos.

—Muy sabio tu abuelo —zanjó Jacob. Después, volvió a mirar a puerto—. Prepárate, cuando caiga la noche desembarcaremos.

—¿De noche? ¿Por qué no ahora?

—El sitio al que vamos es mejor visitarlo cuando la gente honrada duerme — ironizó Jacob, recordando la noche en la que habían caminado por las calles de Manhattan para encontrarse con Mark Twain en el Club del Buen Viajero.

A lo lejos podían ver las chimeneas de ladrillo maltratadas por la humedad. La estampa le pareció sentimental, algo romántica.

— Abbastanza bene —asintió con gesto grave el italiano para después llevarse la mano a la sien a modo de saludo—. ¡A sus órdenes, capitán Drew!

Cuervo desapareció y Jacob volvió a su camarote. Se descalzó y se echó sobre la cama. Alguien, fuera, ofrecía a voces sus servicios de espiritista, diciendo que podría poner a cualquiera en contacto con un familiar fallecido o con grandes personalidades que ya no estuvieran entre los vivos. Definitivamente, pensó Jacob, estamos de nuevo en la tierra de la superstición. Uno de los marineros de El Imbatible mandó callar al espiritista y este obedeció. Jacob cerró los ojos y volvió a vivir la muerte de Noah como si acabara de suceder.

………………………………………………………………………………………………

Cuando Jacob y Cuervo pusieron sus pies en la cubierta principal hacía rato que los ecos del pueblo se habían apagado. La noche era oscura, sin estrellas. Varios gatos se enzarzaron en una pelea, cerca del puerto. El de Hannibal se giró, asintió y bajaron por la pasarela en el más absoluto silencio. Cuervo se movía con sigilo y se mantenía bien alerta, si alguien pretendía asaltarles lo pagaría caro, pensó Jacob.

Sin apenas farolas que iluminaran el camino, Jacob se percató de que el pueblo había cambiado poco. De que parecía haberse mantenido igual con el paso del tiempo. Salvo un par de casas o tres que eran de

nueva construcción, la mayoría eran las mismas que había conocido cuando pequeño, algo más viejas y descuidadas. Así que siguió una ruta conocida y pronto acabó en la calle Bird. Por un momento temió que "El corsario de Hannibal" no existiese ya. Que el sitio hubiese sido arrasado durante la guerra o que simplemente hubieran muerto tanto Bill King como su hijo, Bill King Junior. Pero dos borrachos peleando en la puerta del antro le indicaron que este seguía existiendo. Cuervo se adelantó unos pasos y con elegancia arrojó a los dos hombres al suelo, Jacob entró entonces en el Corsario, que seguía oliendo igual de mal con el paso de los años. Cuando sus ojos se acomodaron a la tenue luz del interior se dirigió a la barra, sin apenas fijarse en los cuatro o cinco individuos que bebían en silencio, separados unos de otros, pero con pinta de haber compartido el local en más de una ocasión. Jacob solo tenía ojos para Bill King Junior, después de todo, aquel tipejo había sobrevivido a la guerra, pensó.

—Ponme el mejor Whisky que tengas, tabernero —pidió.

Cuervo se situó a su derecha y se apoyó en la barra con aire chulesco.

—A mí lo mismo, amico.Paga el patrón.

Bill King Junior, igual de calvo y tan gordo que no podría dar tres pasos rápidamente sin sufrir un infarto al corazón, sonrió con falsedad y sacó de uno de los estantes superiores que tenía a su espalda una botella cuya marca quedaba oscurecida por los años y la poca iluminación, ya que las lámparas de aceite escaseaban tanto como la última vez que Jacob visitó el sitio.

—Cuervo, ¿eres de los que ve el vaso medio lleno o medio vacío? —preguntó Jacob.

—Soy de los que beben directamente de la botella, patron, así que nunca veo el vaso.

Ambos prorrumpieron en carcajadas. Los feligreses les miraron, molestos. Jacob aprovechó para volver a echar otra ojeada. No reconoció a nadie. Solo los aparejos de pesca que colgaban de las paredes parecían ser los mismos, solo que más viejos y oxidados.

—Se paga por adelantado. Tanto la bebida como la información —dijo Bill King Junior al volver. Las mismas palabras después de una década. Solo que esta vez el tono había sido más respetuoso que en la anterior ocasión.

Jacob puso doscientos dólares sobre la mesa con la convicción de que

el camarero no le había reconocido.

—Busco a un tipo —respondió Jacob con sonrisa amenazante—. Y estoy seguro de que sabrás conducirme hasta él.

*Si es que también sigue vivo…*

..........................................................................................................

Permanecía en equilibrio sobre la línea que separa el sueño de la realidad. Era un funambulista triste, con la cara pintada de payaso y al que la pértiga que le mantiene sobre el cable se le consume como si de un enorme cigarrillo se tratase. ¡Toc, toc, toc! Annunziata aporreó la puerta del camarote hasta que Jacob cayó sin remedio al abismo de la realidad. Somnoliento, abrió la puerta y lo primero que vio tras sus legañas fue a la mujer con una bandana y abrigada en demasía.

—Buenos días, Annunziata.

—Buon giorno, mi capitán —saludó ella con cara de enfado—. Solo venía a decirle que o habla usted con el contable o la próxima vez le parto una sartén en la cabeza.

—Pobre hombre —respondió con una sonrisa Jacob—, ¿qué le ocurre?

—¡Es un stupido, cretino, imbecille! —gritó ella levantando las manos y gesticulando sin parar—. ¿Cómo quiere usted tener los mejores platos si no compramos los mejores alimentos? ¡Y eso es caro, mamma mia! El contable me dice que me estoy pasando con el gasto en cocina y que hay que recortar. No me quita ojo de encima y riñe a mis chicos ¡Que le recorten a ese viejo gordo el cuello! Los pasajeros de El Imbatible se merecen lo mejor, ¿verdad, patron? Eso es lo que nos dijo.

—Y tan verdad —Jacob no podía parar de reír. Annunziata se cruzó de brazos, más enfadada aún si cabe—. Hablaré con él, no se preocupe. ¿Va usted a bajar a comprar alimentos al pueblo?

—Si habla usted con el imbecille… —resopló ella, con los brazos cruzados y mirando a un lado cual niña enojada.

—De acuerdo. Me aseo y en media hora la veo en la cubierta principal.

La cubierta principal del barco era un hervidero donde aquella mañana se movían viajantes, apostadores, curiosos y demás ralea con

la que Jacob se había acostumbrado a tratar en los últimos meses. Reconoció algunas caras y confió en que nadie le reconociera a él. Cosa harto improbable, pensó. Así que saludaba con confianza, a veces con una leve inclinación de cabeza, a veces estrechando una mano o intercambiando un "Buenos días, ¿qué tal? Espero que disfrute de su estancia en El Imbatible, el mejor casino flotante del Mississippi". A Jacob no es que le gustase venderse así, pero tenía que llamar la atención de Hickok, enfadarlo, hacer que se saliera de sus casillas, y luego aplastarlo como si no fuese más que una mosca.

Reconoció a varios periodistas y políticos que sabía que su dinero había comprado y les sonrió, cómplice. Se hablaba mucho de Ernest Drew y su Imbatible en los periódicos y en los corrillos de los ayuntamientos, y más se hablaría. El dinero era la llave que más puertas abría. Todos a su alrededor, independientemente de la clase social que ostentaran, tenían puesto precio a su honestidad. Y en cierta manera saberlo le daba asco. Bien hubiera cambiado toda aquella pantomima por tener un barco más pequeño con el que subir y bajar por el Mississippi, sin prisas, sin viajeros, sin responsabilidades. Pero su destino ya no estaba en sus manos.

Caminó hasta Annunziata y Cuervo, que aguardaban charlando junto a la pasarela que comunicaba con el puerto.

—Buon giorno, patron —saludó el italiano—. ¿Nos vamos de compras?

—¿A quién dejas a cargo de la seguridad del barco? —preguntó Jacob, más por estar al tanto que como una queja.

—A Toliol —dijo señalando a un marino de hombros anchos que leía un libro sentado en una caja y que pese a todo no quitaba ojo del gentío—. Es de confianza. Si alguien forma gresca le echará a patadas del barco. Ahí donde lo ve tranquilo con un libro, cuando le provocan se convierte en el animal más fiero que se pueda encontrar.

—Perfecto. Bajemos a Hannibal, pues —dijo Jacob con un pellizco de nerviosismo en su estómago.

Alquilaron un carromato en el puerto y Jacob se ofreció a conducirlo ante la mirada de incredulidad y las chanzas de la pareja de italianos. Jacob, pese a hacerse el ofendido, disfrutó de aquello. Le gustaba la confianza que tenía con Cuervo y Annunziata, que le habían prestado su ayuda antes siquiera de saber que era inmensamente rico. Jamás hubiera reconocido ante nadie que sintiera que le unía a ellos un lazo

de amistad, pero sin embargo, así era. Toda su vida se resumía en eso: no quería confiar en las personas, pero acababa haciéndolo, y también sufriendo, pensó recordando a Sergio Lleó.

En unos minutos entraban en el pueblo y esta vez Jacob pudo comprobar a la luz del día que Hannibal no envejecía, que seguía siendo la misma. Las mismas casas, los mismos caminos de tierra, las mismas fuentes, la misma iglesia, los mismos comerciantes puestos con sus carretas en la calle principal y vendiendo a gritos su mercancía. Lo único que cambiaba era la gente que transitaba por sus calles. No reconocía casi a nadie, solo a los más viejos. Pero a los jóvenes...

*Muchos de ellos fueron al colegio conmigo. Y puede que alguno todavía tenga las marcas de las varas que nos partía el señor Heathcliff en el trasero, por la forma de andar que tienen.*

—Pare aquí, patron —pidió la italiana cuando llegaron a un puesto de hortalizas que no estaban demasiado podridas.

Cuervo bajó y caballerosamente ayudó a su mujer para hacer lo propio. Jacob permaneció sentado en el pescante mientras el matrimonio italiano regateaba con el hortelano. Cerró los ojos y aspiró con profundidad la maraña de fragancias y recuerdos que emanaban de aquella tumultuosa calle. Se vio a sí mismo y a Noah corriendo por entre las carretas tras robar un par de manzanas. Riendo sin parar y acabando con sus huesos en el Mississippi. Como siempre.

Seguía con los ojos cerrados cuando escuchó su voz a no muchos metros de distancia. Sabía que aquello podía pasar. Incluso lo esperaba, al fin y al cabo Hannibal no era muy grande. Abrió los ojos, nervioso, y la buscó con la mirada. Su corazón era una balsa que bajaba por el Mississippi sin control, a punto de estrellarse contra todo o hundirse en lo más profundo del río. No la vio, al menos al principio, y no es que la tuviera muy lejos, menos cuando ya no tenía que medir la distancia en años. Pero es que él buscaba aún a la joven que trece años atrás vio fugazmente en el puerto y lo que encontró fue una mujer. El tiempo había hecho madurar a Emma, su belleza ya no era la de una pubescente de sonrisa angelical, sino la de una serena mujer de rasgos suaves. Además, su pelo se había oscurecido y ya casi nada quedaba de sus preciosos tirabuzones. Emma caminaba entre el gentío y notó que buscaba a alguien. Para Jacob el tiempo parecía haberse detenido. Solo tenía ojos para aquella a la que había amado con tanta intensidad, para el amor de su vida. Jacob se puso de pie en el pescante, sin saber por qué ansiaba no perderla de vista cuando

poco antes hubiera firmado un contrato con el diablo para no volver a verla más.

Bajó del carromato sin apartar la vista de Emma. ¿Se habría oscurecido su alma tanto como su pelo?, se preguntó. No se había dado cuenta, pero tenía la boca abierta como un idiota y le temblaba todo el cuerpo. Dio unos pasos hacia ella mientras una parte de sí mismo le decía que se detuviera de inmediato, que su plan de venganza podría irse al garete si ella le reconocía. Pero no fue eso lo que le detuvo, sino el ver cómo un adolescente de trece o catorce años se abrazaba a ella para después caminar cogidos de la mano.

Apenas reparó en el chico, ¿para qué? ¿para encontrar el rostro de Hickok en él? Subió al pescante de nuevo, buscó con la mirada a Cuervo y Annunziata, y como no les vio, azuzó a los caballos. Entre las quejas de los viandantes dio media vuelta y se dirigió hacia el puerto, maldiciéndose a sí mismo por no ser más fuerte. Por creerse siempre por encima de la situación cuando al fin y al cabo tenía un alma débil. ¿Cuántas veces se había dicho interiormente que no sentía nada por Emma? ¿Que verla a ella sería igual que ver a cualquier mujer? Que su amor lo había dejado enterrado, quizá en las profundidades marinas como aquel horrible dios de los Maleko—kais.

*Tiene un hijo, maldita sea, dijo enjugándose una lágrima y azotando a los caballos para que fuesen más rápido. Maldijo al destino por complicarle siempre las cosas. Lo único que había querido siempre era destrozar a Hickok. No entraba en sus planes en provocar más daño del necesario. Y ahora se veía en la tesitura de dejar a un hijo sin su padre. ¿Podía hacerlo? Asintió pese a estar solo. Sí, aquello era justo. Los Hickok habían dejado muchos huérfanos a lo largo de su vida. Aquel chico iba a sufrir un daño colateral. Sí, y al fin y al cabo, aunque llevase sangre de Emma, era de la estirpe de los Hickok. En aquel momento hubiera firmado que cualquiera que llevase el apellido Hickok merecía ir al infierno.*

Ya podía divisar El Imbatible a lo lejos cuando oyó el griterío y un disparo proveniente del barco.

# 35

La gente se apresuró a abandonar el barco. Se empujaban los unos a los otros sin medir si los empellones iban dirigidos a hombres, mujeres o niños. Los gritos se sucedieron sin parar, los perros callejeros que merodeaban por el puerto metieron el rabo entre las piernas y huyeron, y los pájaros abandonaron en bandadas las copas de los árboles más cercanos. La turba era una serpiente furiosa que se revolvía para morderle. A Jacob le costó la misma vida abrirse camino hasta atravesar la pasarela y llegar a la cubierta principal. Temió varias veces caer al río o provocar la caída de alguien. En los ojos de la gente solo veía miedo. Fuese lo que fuese que había ocurrido en El Imbatible no era nada bueno.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó al señor Bixby cuando se cruzó con el anciano, que intentaba infructuosamente mantener la calma a bordo.

—¡Señor Drew, es mejor que acuda al salón de juegos! —dijo este con el semblante pálido—. ¡Me temo que ha ocurrido una desgracia! ¡Una gran desgracia!

Antes de cruzar las puertas del salón el aire ya olía a pólvora y a muerte. El olor de la sangre humana nunca se olvida. No tardó en comprobar que estaba en lo cierto. Aunque en el salón había aún bastante gente, Jacob solo tenía ojos para el cadáver desmadejado que yacía sobre la moqueta, entre mesas de tapiz verde volcadas, copas de cristal rotas y rodeado de un charco de sangre. El cadáver del segundo Donovan. Dio un par de pasos vacilantes hacia él. En su boca una plegaria. De fondo podía oír voces, preguntas, incluso carcajadas, pero nada de aquello tenía la más mínima importancia en aquel momento. Tan solo el cuerpo del viejo, con un agujero de bala en el pecho, acaparaba su atención. Se agachó a su lado y cogió una de sus manos raquíticas, casi como si hubiera estado consumiéndose últimamente. La apretó pensando con ingenuidad que podría insuflar vida a aquel cuerpo, y miró hacia los ojos aún abiertos pero sin alma de aquel que se había convertido en una especie de amigo y mentor para él.

—Donovan... —llamó entre lágrimas.

*Al menos ahora estarás con Maggy Debison, gran amigo.*

—¡Eh! —Gritó alguien detrás suyo— ¿Es usted Ernest Drew? Porque si es así me gustaría que le dijese a su lombriz que dejase de apuntarme con el arma.

Jacob soltó con delicadeza la mano de Donovan y le cerró los ojos, con una mezcla de respeto y culpabilidad. ¿Cuántos pecados llevaba ya a sus espaldas? ¿con cuántas muertes más tendría que bregar antes de ver a James Hickok en una tumba? Se levantó lentamente y se dio la vuelta. Chad Spencer, la montaña humana, estaba allí, sonriendo y con las manos en alto. Tan grande y tan animal como siempre. Jacob mandó salir a todo el mundo menos a Toliol.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó cuando se quedaron a solas. El marinero no dejaba de apuntar al grandullón, aunque le temblaba el pulso.

—Señor Drew, ¡este tipo ha matado al segundo Donovan! —Toliol se tomó unos momentos para relajarse y poder explicar lo sucedido—. Desde... desde que subió al barco cuando ustedes se fueron empezó a formar gresca. Acusó a varios de los crupieres de hacer trampa, empujó a algunos viajeros y les dijo "borrachos apestosos", y cuando el segundo Donovan le llamó la atención sacó su revólver y le disparó en el pecho sin ningún miramiento. Por suerte se le encasquilló el arma cuando intentaba dispararme a mí... solo Dios sabe lo que hubiera pasado.

—¡Eso no es cierto! —espetó Chad Spencer, aún con cara de chico travieso. Sus muelas picadas se podían ver a distancia—. Soy un ciudadano decente y muy respetado en esta comunidad. Es verdad que vi hacer trampas a los crupieres y así lo hice ver desde el respeto. Ese viejo me increpó, intentó quitarme el arma y en el rifirrafe se disparó sola con la mala dicha de que la bala acabó en el pecho del pobre hombre. ¿Para qué iba a querer matar a ese alfeñique si con un soplido lo hubiera tumbado? Hagan el favor de hacer venir a las autoridades, ellos resolverán esto.

—No hará falta que venga nadie todavía —dijo Jacob. Se quitó la chaqueta y se remangó la camisa con parsimonia—. La desconfianza es la madre de la seguridad... sabias palabras que escuché de ese hombre tan sabio que has matado. Debí haber atesorado cada frase... debí... —durante unos segundos su mirada se perdió en el pasado—. Te ha mandado James Hickok, ¿no es cierto? ¿Esta es una de sus estratagemas para dar mala fama a mi barco? ¿Quería asustarme?

Sabía que jugaba sucio, debí presuponer que podía pasar algo así.

—No sé de qué me habla —su sonrisa se hizo más amplia, casi rozando la deformidad—. ¿Por qué se remanga? ¿Acaso quiere pelear conmigo?

Jacob asintió y también dibujó una sonrisa. Retiró un mantel rojo de una de las mesas que aguantaban en pie con comida y bebida y tapó el cuerpo de Donovan.

—Me alegra que no me hayas reconocido, Chad —dijo al levantarse. Comenzó a hacer ejercicios de calentamiento con el cuello—. Eso me hace albergar esperanzas de poder pasar desapercibido hasta el momento preciso. El momento en que el cañón de mi revólver bese la nuca de tu jefe.

—¿Le conocí en alguna ocasión, quizá? —preguntó el gigante frunciendo su velludo ceño—. Si es así déjeme decir que no le recuerdo. Y eso no habla muy bien de usted.

—Bueno, el que yo me halle hoy aquí tampoco habla muy bien del trabajo que intentasteis hacer James Hickok y tú hace tiempo —respondió Jacob dando saltitos para calentar los gemelos— ¡Ah! Sergio Lleó os manda recuerdos desde el infierno, aunque espero que dentro de poco os pueda saludar en persona.

Chad Spencer se quedó observándolo, hasta que sus ojos parecieron a punto de explotar y las aletillas de su nariz resoplaron tan seguido como si fuese un toro que se prepara para envestir.

—¡Tú! —Exclamó—.¡Tú deberías estar muerto!

—Y tú no debiste abandonar hoy esa destilería casera de alcohol que tienes por bar. Si es que tu cerebro de simio te ha permitido conservarlo hasta el día de hoy —quería enfadarle hasta hacerle perder el control—. Toliol, por favor, abandona el salón. Tengo temas que hablar a solas con nuestro amigo.

—Pero... pero... —dudó el hombre—. Está bien, le dejo el arma.

—No hará falta —respondió Jacob rechazando el revólver—. Vigila desde fuera que no entre nadie, y si el señor Chad Spencer sale por esas puertas métele una bala en la cabeza.

—¡Hijo de mil padres! —bramó la montaña cuando Toliol desapareció —. ¿Qué crees, que puede impedir que te despedace con mis propias

manos aquí mismo? Y, me da la risa solo de pensarlo, pero aunque lograses matarme, el sheriff te volvería a mandar de patitas a The Walls, ¿es que echas de menos picar piedra, Jacob Walters?

—¿El Sheriff Vaugthman dices? Últimamente he trabado cierta amistad con él. Mañana por la noche ceno en su casa. Tiene una mujer y unos hijos encantadores —dijo levantando los brazos y poniéndose en posición de defensa, tal como le había enseñado Cuervo—. Por cierto, Hickok debe de pagarle muy poco, porque se dejó sobornar con mucha facilidad.

La mole que era Chad Spencer se lanzó hacia él con el brazo armado, pero Jacob fue más rápido y se agachó, esquivando el gancho. No desaprovechó la ocasión y le encajó un puñetazo en la mandíbula. Fue como si golpease una piedra y un calambre le recorrió desde los nudillos hasta el codo. La sonrisa que dibujó Chad le confirmó que apenas había podido infringir ningún daño serio.

—Si es así como pegas creo que debería dejar que me golpearas hasta cansarte y luego retorcerte el cuello —dijo—. Seguro que gritarías como una mujer, o peor, como tu amigo Noah Gordon tuvo que gritar antes de morir.

En esta ocasión fue Jacob quien se dejó dominar por la ira, y por ello lo pagó caro. Tal y como había dicho, Spencer se dejó golpear, pero antes de que Jacob pudiera retirarse y ponerse a la defensiva un enorme puño cayó sobre él y le golpeó el pómulo, arrojándolo al suelo. El dolor y las carcajadas de su oponente le hicieron reaccionar y se puso en pie de un salto. Montó su defensa y se dijo que no debía caer en aquel tipo de artimañas, solo el autocontrol y la astucia podrían ayudarle a ganar.

—¿Sabes que mi jefe se folla a diario a Emma? Es más, casi todos sus sicarios nos la follamos. Él no pone objeciones, y ella mucho menos. Es más, le gusta follar en grupo. Es bastante viciosa.

Jacob apretó con más fuerza los puños, pero sabía a qué jugaba Chad Spencer y no pensaba volver a perder los estribos.

—La verdad es que no sé cómo alguien con tan poco cerebro puede pelear y hablar a la vez, Chad —provocó—. Ni tampoco cómo una persona que se presupone inteligente puede tener a semejante estúpido como mano derecha.

—¡James Hickok sabe de verdad el valor que tengo! —explotó el gigante mientras se lanzaba a por Jacob.

Este se deslizó con dos pasos rápidos a la derecha, se agachó y golpeó repetidamente el estómago y los riñones de Spencer. La mole se echó hacia atrás, tropezando, y aunque trató de recomponer una sonrisa indiferente, Jacob supo que había encontrado un punto débil. Un punto donde sus puñetazos hacían daño.

—¡Vaya, Chad! Después de todo, un enclenque como yo puede tumbarte.

—¡Nunca fuiste más que un muerto de hambre, Jacob Walters!

Spencer lanzó un gancho a izquierda que Jacob volvió a esquivar, pero no así el que le vino del lado derecho. La mandíbula le crujió como si un carro cargado de carbón le hubiera pasado por lo alto y acabó volando por encima de una de las mesas de juego que aún se mantenía en pie. Se incorporó, mareado y con un zumbido continuo en el oído izquierdo. Pese a eso pudo oír ajetreo al otro lado de la puerta. Alguien trataba de entrar. Tenía que acabar con aquello rápidamente. Dio un par de pasos, levantó los brazos y le hizo señas a la montaña para que atacase. Spencer sonrió, estaba disfrutando aquello, su último golpe había inclinado la balanza a su favor. Cuando su puño salió disparado hacia adelante, Jacob se dejó caer al suelo antes de que se produjera el impacto y propinó una patada certera en los genitales de su oponente. El grito de Spencer precedió a su caída, como si de un enorme árbol talado se tratase. Hincó las rodillas, agarrándose sus partes, y Jacob aprovechó para asestar un puñetazo en su nuez de Adán, que se quebró bajo la fuerza de sus nudillos. Spencer se llevó las manos a la nuez, sintiendo cómo se asfixiaba. Un hilillo de voz se intentó abrir camino por su garganta, pero formó un gorjeo agónico.

—Y ahora, muérete.

Cuando las puertas se abrieron con estrépito, Jacob se giró y vio a Cuervo, que con cara de alarma sacó un cuchillo arrojadizo de su cinturón.

—¡Cuidado, patron! —gritó mientras lanzaba el arma en su dirección.

Jacob la esquivó por poco y siguió su trayectoria con la vista. El cuchillo se clavó en mitad de la frente de Spencer. Este dejó caer instantáneamente la pequeña pistola que portaba en su mano, acto seguido, cayó muerto.

—¿De dónde demonios...?

—La sacó de su tobillera... Figlio di Puttana. Debía de tenerla oculta ahí —dijo Cuervo, sacando el cuchillo del cráneo de Spencer.

—Me has salvado la vida, Cuervo...

—¡Y usted nos ha dejado plantados con un enorme saco lleno de hortalizas en mitad de ese apestoso pueblo! —se quejó Cuervo, después se dirigió al cadáver de Donovan y lo descubrió parcialmente —. Oh, Dios, viejo. No merecías una muerte así. No, señor. ¿Esto es obra del tal James Hickok, patron?

Jacob asintió, mientras la ira le consumía por dentro y le transformaba en alguien con un alma más oscura.

—Vengaremos también a Donovan —dijo.

—Lo juro por Santa Maria Maggiore, patron. Esto ahora se ha vuelto más personal.

*Y espero que no tenga que vengar a nadie más, pensó mientras miraba con preocupación al italiano.*

# 36

Cuervo cerró la puerta y le dejó en el camarote, solo con sus fantasmas. Jacob agarró el vaso de whisky y se lo bebió de un trago. Cerró los ojos con fuerza cuando el líquido le abrasó la garganta. Sabía que aquello no le venía bien, pero necesitaba enturbiar su mente, acallar el grito de los muertos. De los que había asesinado él directa o indirectamente. No podía apartar de su cabeza el rostro sin vida de Donovan. Se sentía más culpable que nunca. ¿Por qué tuvo que ir a buscarle a Five Points? ¿Por qué sacarlo de aquella pocilga para meterlo en otra peor? Si de verdad le había apreciado alguna vez tuvo que dejarlo al margen. Pero no, Jacob había demostrado una vez más lo débil y estúpido que era. ¿Por qué no le dio al viejo la vida que quería? Hubiera sido feliz surcando el Mississippi, viendo morir atardeceres sentado en la cubierta Texas, hasta que algún día su atardecer también se apagara. Se sirvió otro vaso de whisky. El imaginarse al segundo Donovan bañado por una luz cálida y anaranjada era demasiado doloroso. Quemaba más que el whisky o más que la azotaina de una madre maltratadora.

Hacía rato que el sheriff Vaugthman se había ido, no sin decirle antes que así se las jugaba James Hickok, que por eso todos le tenían miedo. Porque aquel hombre tenía dinero, poder, y siempre estaba dispuesto a dar un paso más que sus oponentes, por cruel que este fuera. Vaugthman tenía miedo, y le miraba buscando en él a un héroe o al menos a un loco. No sabe a quién está pidiendo ayuda, se dijo, a este paso medio Hannibal acabará muerto antes de que se den las condiciones apropiadas para cumplir mi venganza y asesinar a esa rata. Tengo que dejar de ser tan precavido. Tengo que ser más directo.

—¡Cuervo! —llamó a gritos—. ¡Cuervo, maldita sea, ven ahora mismo!

Un marinero llamó a Cuervo alertado por los gritos, y este acudió de nuevo al camarote de Jacob.

—¿Qué ocurre, Patron?

—Coge un bote de pintura roja del almacén, y cuando sea un poco más de madrugada acude a la casa de ese malnacido del juez y haz

una pintada en su fachada que ponga: Asesino. En mayúsculas.

—Pero Patron…

—¡No quiero peros! —respondió Jacob reventando el vaso contra la mesa—. Haz lo que te he dicho. No vuelvas hasta haberlo hecho… o si no, coge a tu mujer y vete ahora mismo de mi barco. Vuelve a esa mierda de barrio, Five Points… seguro que allí os espera la gran vida que teníais antes de conocerme…

Cuervo apretó los puños y a punto estuvo de estamparle uno en la cara a Jacob. En lugar de eso, suspiró y asintió.

—Pese a todo lo que ha vivido, nunca ha estado tan cerca de la muerte como ahora mismo, Patron —dijo—. Se hará como diga. Esta noche.

Se dio la vuelta y abandonó el camarote tras dar un portazo. Jacob agarró la botella de whisky, que estaba por la mitad y dio un trago largo. Después la miró con los ojos inyectados en sangre, se levantó y la estrelló contra la pared. Cuando se echó en la cama lloró como el niño que ha perdido la mano de su madre en mitad de una fiesta de ganado en una ciudad desconocida.

—Lo siento, Donovan, viejo amigo —gimoteó. Todo le daba vueltas, hasta el alma—. Lo siento, Cuervo. Voy a acabar arrastrándoos a todos al infierno.

……………………………………………………………………………………

Jacob pasó una mala noche, envuelto en pesadillas y sudores. No podía parar de moverse, tanto que tuvo que apoyar codos y rodillas en la tabla de doble suspensión. Al amanecer, parecía que el barco había vuelto a su estrepitosa rutina. El ruido iba a acabar por reventarle la cabeza. Los apostadores habían vuelto. Un cadáver no les frenaría para realizar sus juegos de mano, y aquello le dolía en lo más hondo, porque no se trataba de un cadáver cualquiera, sino el de un gran amigo. Pensó en mandarlo todo al garete y pegar fuego al barco con aquella pandilla de viciosos a bordo, pero en cuanto se incorporó, la idea se había evaporado de su mente. Tenía que acabar lo empezado, ahora más que nunca. Atrás, en aquella cama dura y con sábanas arrugadas y borrachas del alcohol que había sudado, quedaron sus remordimientos.

Amortiguados por las paredes, le llegaron los tintineos de las copas, el griterío de la gente, el entrechocar de las vajillas. Ahí afuera el mundo

seguía girando, con o sin Donovan, y él se tenía que incorporar a ese movimiento. Se sentó a la mesa y buscó la botella de whisky que le había emborracho la noche anterior, sin acordarse que la había hecho trizas contra la pared antes de acostarse.

—Estupendo —dijo cuando vio los cristales en el suelo.

Sonaron unos golpes en la puerta y Cuervo entró sin esperar respuesta. Traía el semblante serio y una carta lacrada en la mano. Se la entregó. Su gesto serio en todo momento.

—Parece que después de todo su plan ha funcionado, patron.

Jacob prefirió centrarse en la carta antes que en el estado de su amigo. Le avergonzaba la amenaza a la que había tenido que recurrir con él la noche anterior. Él no era así. Leyó la carta devorando cada palabra con avidez, era corta.

—Vaya, me cita en un par de horas —sonrió. El corazón le había dado un vuelco—. En su propia casa, qué cortés.

Se levantó y se dirigió hacia la jofaina para asearse. Se percató de que le temblaban las manos. De que todo su ser temblaba. El destino acababa de apoyar una mano en su hombro, y él no estaba dispuesto a apartarla.

—Huele a trampa… —respondió Cuervo, seco.

—¿Tender una trampa en su casa al mismísimo Ernest Drew? —alzó una ceja preñada de incredulidad—. Muchas gracias por tu preocupación, pero no, aún no le he sacado tanto de sus casillas. Si fuera un don nadie por supuesto que habría mandado matarme hace tiempo. ¿Pero matar a un adinerado y honesto hombre de negocios en su propia casa? No, lo que querrá es proponerme un trato, o al menos, tantearme. Estudiar al enemigo, ya sabes.

Pensó en afeitarse para la ocasión, pero lo descartó por el temblor de manos. No quería acabar degollado.

—¿Y usted qué piensa hacer, patron?

—Matarle, por supuesto —su sonrisa se ensanchó más al pronunciar la frase—. Prepara un revólver para mí, lo llevaré escondido.

—¿Y si le registran al llegar?

—¿Y por qué iba a pensar nadie que puedo resultar peligroso? ¡Soy Ernest Drew!

—Patron… si usted mata a ese hombre así, se acabó todo. Lo sabe, ¿no? —las palabras de Cuervo, pese al rencor que aún le guardaba, mostraban preocupación sincera—. Le colgarán del mayor árbol que haya por aquí cerca. Todo el dinero que tiene no le servirá de nada ante un crimen así. Sé que no le voy a convencer de que desista, pero hay maneras mejores de hacerlo. No lo arroje todo por la borda por culpa de ese… barbone. El viejo Donovan habló conmigo antes de morir, quería que yo le convenciera para que abandonase sus ideas de venganza…

Jacob abrió su armario e, irritado, seleccionó uno de sus mejores trajes y lo arrojó sobre la cama.

—No voy a volver a hablar de este tema —dijo desabotonándose la camisa—. Ni siquiera a enfadarme. Escucha, Cuervo, quiero pedirte disculpas por cómo te traté ayer. Abusé de tu confianza. No fui justo. Tú y Annunziatta sois los únicos amigos que tengo ahora mismo. Y créeme que he intentado desterrar la palabra amigo de mi vocabulario y en general de todo mi ser. Lo que ocurre es que todo esto, lo de matar a Hickok, ya está por encima de mí mismo. Por decirlo de alguna manera, no tengo elección.

Cuervo dio unos pasos hacia él y posó una mano sobre su hombro.

—En ese caso, déjeme que le ayude —dijo con aplomo—. En Five Points aprendí mucho sobre cómo asesinar a un hombre sin que queden pruebas. Supongo que a estas alturas no le sorprenderá saber que mis manos están manchadas de sangre. No es algo que considere honroso y le aseguro que nunca he matado a nadie que no lo mereciera, lo juro por mi Anunnziatta. Y válgame Dios si este hombre que usted quiere matar merece morir, pero…

Algún camorrista gritó desde uno de los salones cercanos un "¿Es que este jodido barco no va a zarpar nunca?". Cuervo se giró con cara de preocupación, pero la voz de Jacob le detuvo.

—Toliol se hará cargo, no te preocupes. Y no pienso que seas un asesino sin escrúpulos, Cuervo —dijo, sereno, como si no estuvieran hablando sobre sesgar vidas— . Sé de tu honorabilidad. Pero esto es algo que debo hacer solo. Bastante tengo ya con arruinar mi vida como para también arruinar la vuestra. Sois buenas personas y habéis sido maltratados por las circunstancias… así que no, no acepto tu

ayuda. No ahora que tenéis una vida digna. Además, quiero que sepas que he dejado ante un testaferro mis últimas voluntades, por si no saliera con vida de aquella casa. Os lego El Imbatible a ti y a Annunziatta.

—¡Pero, patron! ¿Está usted loco? Este barco vale un dineral...

—Más vale vuestra amistad para mí, Cuervo. Tampoco quiero discutir sobre este tema. Ya está todo firmado, así que se hará como digo. Y ahora, prepárame el arma.

*—¡Porca troia,patron! Al menos déjeme acompañarle hasta algún sitio cercano a esa casa. Quiero saber qué ocurre...*

—Está bien. Pero me tendrás que prometer que no harás nada y que siempre te mantendrás a distancia —respondió Jacob tras meditarlo.

—Lo prometo —dijo el italiano, poniéndose una mano junto al corazón.

..............................................................................................................

Cabalgaron al trote hasta llegar al camino de acceso que conducía a la mansión colonial de James Hickok. Jacob se despidió en silencio de Cuervo, con una leve inclinación de cabeza y con una mirada que decía lo que no se atrevería a decir con palabras. El italiano asintió y dibujó una sonrisa confiada. El de Hannibal pensó que si su destino hubiera sido otro podría haber trabado mayor amistad con Cuervo, una amistad sincera, de tú a tú, como la que tenía con Noah.

—Tenga cuidado, patron.

—Lo tendré, pero si no vuelvo quiero que...

—Volverá —zanjó el italiano. Se dio la vuelta con el caballo y se alejó un poco.

Jacob espoleó al suyo, a ambos lados se abrió un algodonal moteado de magnolias y de negros que cantaban a sus muertos y morían con sus cantos. La esclavitud había terminado, pero solo sobre el papel, ya que las condiciones para los trabajadores seguían siendo las mismas que cuando eran esclavos: de sol a sol, y enfangados hasta las rodillas como aquel día tras las lluvias. Uno de los capataces, delgado y con un bigotillo ridículo, se percató de su presencia, enrolló el látigo y azuzó su consumido caballo para aproximarse a él. Cuando llegó a la pequeña cerca blanca que bordeaba el camino, el jamelgo dio un salto

de mala gana y el capataz se puso a cabalgar junto a Jacob.

—Supongo que es usted Ernest Drew —dijo tras mirar el traje de Jacob. Mascaba tabaco y se pasaba la bola de un lado a otro de la boca—. Nos comentó el señor Hickok que quizá apareciera por aquí a lo largo de la mañana.

Jacob permaneció en silencio, con la mano cerca de la culata del revólver que tenía bajo la sobaquera izquierda. Un negro anciano, con el pelo nevado, dejó sus tareas al verlos pasar y dijo en alto "¡Ay, zeñó, zeñó! ¡Qué "trahe" má bonito lleva er zeñó!" Jacob le sonrió e inclinó la cabeza, mostrando más respeto hacia él que el que había mostrado ante su ridículo capataz.

—Jodido abolicionista... —masculló este.

Jacob no le prestó atención. Dentro de su cabeza solo se reproducía una y otra vez la misma cantinela: ¿Qué harás si ves a Emma? ¿Huirás de nuevo? ¿Y si algo sale mal? ¿Y si la matas a ella? ¿O a su hijo?

*Nada de eso pasará. Morirá Hickok. O yo. O los dos. Pero nadie más. No más errores.*

—¿Es que le parezco tan poca cosa como para molestarse en dirigirme la palabra, Drew? ¿Valgo menos que estos negros? —preguntó el capataz, con malas pulgas.

—¿Sabe que no solo el trabajo de estas personas esclavizadas avala financieramente al capitalismo de este país? Pues no solo eso, sino que estas mismas personas son el capital. Moneda de cambio entre propietarios de plantaciones, comerciantes y banqueros. Si sumara el dinero que se ha gastado el país en esclavizar a estas pobres almas tendría la misma cantidad que lo invertido en ferrocarriles y fábricas a día de hoy. Imagine lo que les debemos, la deuda que hemos contraído con ellos y que la historia se encargará de echarnos en cara para siempre. Pero, ¡eh! en los Estados Unidos de América lo que nos gusta es tener esclavizada a toda una raza. Sentir que somos superiores porque pagamos con dinero una vida humana para ponerlos de rodillas y robarles todos sus derechos. Lo hacemos con los negros, lo hacemos con los indios, y lo haríamos con cualquiera que estuviera en situación de desventaja. Así que sí, capataz, para mí su vida vale menos que la de estas personas. Pero bueno, ya he hablado con usted más de lo que merece, así que escúchame —respondió Jacob, sin apartar la vista del camino—: He venido para hablar con su jefe, no para perder el tiempo con usted. Si me vas a registrar antes de que

llegue hasta su dueño hágalo ya, pero no quiero cabalgar a su lado.

—Vaya, vaya, así que cree que estos animales tienen alma… —dijo el capataz, pensativo y rascándose la barbilla—. Bien, no hace falta que se enoje. El señor Hickok nos dijo que se le tratara como alguien de su categoría merece. Aunque si por mí fuera…

Escupió al suelo una mezcla negruzca y parte de la saliva le quedó colgada del labio inferior. Sonrió de forma bobalicona.

—Si por usted fuera acabaría pisoteado por los cascos de mi caballo, estúpido — respondió Jacob asqueado—. Y ahora, desaparezca de mi vista…

El tipo detuvo su caballo y se le quedó mirando con los ojos entornados. La cara congestionada por la ira y la mano en el revólver. Varios negros habían observado la conversación por el rabillo del ojo, en silencio, sin levantar la espalda y se temían lo peor. Jacob no paró, y pronto puso distancia de por medio. Nada pasó. Antes de llegar al túnel que formaban los robles del final del camino, oyó restallar el látigo y al anciano negro que había halagado su traje gritar de dolor.

—Ojalá el demonio sea negro y acabes con tus huesos en el infierno — dijo Jacob al capataz, que estaba demasiado lejos ya para escucharle.

Ató su caballo en un poste, junto a la entradilla de conchas blancas aplastadas. La mansión, de tres plantas, era del mismo color que el algodón cuando no estaba manchado de sangre. La fachada era imponente, ostentosa como el dueño, plagada de columnas, galerías, balcones y ventanales orientados para obtener la mayor cantidad de luz posible. Alzó la vista para abarcar el observatorio cubierto con una cúpula de bronce que coronaba el edificio. A su derecha quedaba un pequeño huerto de girasoles y un jardín con rosas y estramonios que cuidaba un barbilampiño negro que le saludó respetuosamente con la cabeza. Jacob le devolvió el saludo y subió los peldaños de mármol de la escalera, al llegar arriba dio varios aldabazos en la puerta y cruzó sus manos a su espalda. No tardó mucho en abrir una negra enorme vestida con delantal blanco almidonado y cofia.

—Buenos días, vengo a ver al señor James Hickok.

—Bueno día, zeñó —respondió ella con voz aflautada—. ¿A quié tengo el honó de anunsiá?

—Ernest Drew.

—Voy a avisá ar zeñó Hickok que está en su biblioteca. Diho que lo mimo venía un caballero llamao zeñó Drew. Vamo, que creo que ese va a sé usté. Pero pase, no se que—e en la puerta, zeñó Drew.

Jacob pasó, casi esperando encontrarse de frente con Emma o su hijo, pero la casa parecía vacía. La sirvienta desapareció por un pasillo y Jacob hizo tiempo fijándose en la decoración para ver si encontraba en ella la esencia de la Emma que había conocido. Columnas corintias, cortinas de encaje, chimenea de mármol con tallas, lámpara de hierro forjado, el suelo brillante, también de mármol blanco. Se dijo que allí no veía reflejada el alma de Emma, y también que no había pasado hambre. Un espejo de cuerpo entero le devolvió su reflejo. Tenía mal aspecto. Las canas le habían brotado en su cabellera como topos en una pradera. Las ojeras tiraban hacia abajo de sus ojos, dándole un aspecto envejecido. Las arrugas de expresión tampoco ayudaban. No parecía para nada un hombre de éxito, tal y como se esperaba del señor Ernest Drew.

*Pronto acabará todo. Para bien, o para mal, pensó dándose la vuelta con ímpetu al escuchar pasos.*

—Zeñó Drew, por favó, sígame. Er zeñó Hickok le recibirá gustosamente.

Siguió el bamboleante trasero de la criada mientras un conocido temblor comenzaba a apoderarse de él. Tanteó el revólver, como si no lo hiciera cada poco. La biblioteca estaba en la primera planta, pero cada escalón parecía estar a años del siguiente. Como si aquella doble escalera flotante con pasamanos de caoba lustrada fuese eterna. El corazón le latía al ritmo de sus pasos, casi hubiera empujado a la mujer si hubiera sabido donde se encontraba la biblioteca. En su mente solo había lugar para un pensamiento: matar a Hickok. Se vio una y mil veces levantar el arma, apuntar a la cabeza de aquel demonio encarnado, sonreír y volarle la cabeza. Tenía incluso una frase preparada, no es que fuera el colmo de la originalidad, pero poseía fuerza: Esta bala es por Noah. ¡Bam! Después se acercaría al cadáver de James Hickok, con un agujero en la cabeza, y le dispararía al corazón, añadiendo un "Y esta por mí". ¡Bam!

La criada abrió la puerta y le indicó que pasara, después, desapareció con su enorme movimiento de caderas. Hickok estaba detrás de un escritorio de madera noble, redactando lo que parecía una carta. Bañado por la luz que penetraba en la habitación y rodeado de enormes libros sin pátina de polvo, a Jacob le pareció hasta una persona tranquila y afable. Vestía camisa blanca y chaleco negro, bien


peinado, muy acicalado para recibir a la muerte, pensó el de Hannibal.

—¡Aquí está, señor Drew! —Exclamó James Hickok con falso tono de alegría, como si estuviese sorprendido, como si su criada no le hubiera anunciado.

—Aquí estoy —respondió Jacob. Sonreía como una hiena muerta de hambre ante un animalillo herido.

---

Hasta ellos llegaba el ruido de la serrería, monótono, agradable. A Jacob siempre le había gustado el bullicio de la gente mientras trabajaba. James Hickok rodeó su escritorio e hizo ademán de estrecharle la mano, pero el de Hannibal permaneció impertérrito.

—No recuerdo la última vez que un hombre me negó el saludo —dijo con desagrado, reteniendo a duras penas la cascada de improperios que tenía en mente. Se dio la vuelta y abrió un aparador donde guardaba algunas botellas—. Comprendo que no esté de humor, después de todo ha muerto un hombre en su barco, y tengo entendido que además era una persona que gozaba de su aprecio. Créame que lo siento. ¿Un vino? ¿Ponche, quizá?

Jacob contuvo las ganas de sacar en ese mismo instante el revólver y volarle la cabeza. No podía creer con qué impunidad pisaba el nombre de Donovan fingiendo que no había enviado él mismo a Chad Spencer a El Imbatible. Dio un par de pasos y apartó la cortina para ver varios graneros, el ahumadero y parte de la lechería. Una criada llevaba una pata de oveja al ahumadero.

—Vino, si no es mucha molestia —dijo Jacob tras la pausa.

Quería paladear aquel momento. Hacer lo que había ido a hacer sin prisas.

—Por favor, siéntese —le indicó Hickok con un gesto.

—Nadie diría que fuera tan amable, viendo la manera en la que tratan a los negros en su hacienda —respondió Jacob con tono neutro mientras se sentaba.

Hickok se tomó unos momentos para responder, aunque por su sonrisa, Jacob notó que había encajado bien el golpe.

—Supongo que no habrá venido para hablar sobre la esclavitud —dijo —. Aquí tiene, un Châteauneuf—du—Pape—Calcernier de principios de siglo. Procedente de Francia, por supuesto. ¿Es usted del norte, señor Drew? Tiene un acento bastante neutro, como si hubiera recorrido mundo. Si le soy sincero no he podido averiguar mucho sobre su persona. Y créame que lo he intentado. Tan solo sé que apareció de la nada, que botó ese barco casino en Nueva Orleans, y que desde entonces ha hecho todo lo posible por llamar mi atención.

Hickok sacó una tabaquera de rapé, antigua, de cobre filigrana, cogió un pico de polvo y lo aspiró por la nariz.

—Veo que lo he logrado —respondió Jacob.

—Así es, a qué negarlo —ofreció rapé a Jacob y este lo rechazó—. Lo único que sé es que es usted muy rico, y que ha sabido ganarse el favor de muchos hombres de río. Algo que no es fácil. Solo hay una cosa en todo esto que no acabo de comprender, ¿por qué quiere enfadarme, Drew? El río es muy largo, ¿por qué me insulta permaneciendo anclado en este pueblo? ¿Es que no conoce el refrán "el huésped y el pez a los tres días hieden"?

En la planta inferior sonó el ruido de la puerta al cerrarse. Jacob se movió incómodo en el sillón. Esperaba que no se tratase de Emma. No debía haber contratiempos.

—¿Se considera dueño de Hannibal, Hickok? —preguntó cada vez más enfadado. Acarició el arma por encima de la chaqueta—. ¿De esta parte del Mississippi?

—Seamos claros, Drew —James Hickok puso los codos sobre la mesa y entrecruzó los dedos de ambas manos. Sus ojos eran tan fríos como los del tiburón que intentó acabar con él cuando iba a la deriva después de escapar de los Maleko—kai—. Los dos somos hombres de negocios y no estoy acostumbrado a andarme por las ramas. Este es mi territorio. Entre mi padre y yo hicimos este pueblo más próspero, le dimos... vida. Esto era un páramo antes de que nosotros llegásemos aquí, y mírelo ahora, Hannibal ha pasado de ser un pueblucho a una pequeña ciudad donde todos tienen oficio y beneficio. Y si le explico todo esto es porque tiene una posición privilegiada, y entre los ricos nos tenemos que respetar. Y eso es lo que quiero de usted, respeto. Le invito amablemente a que desatraque su barco y siga su camino río abajo.

—¿Es una amenaza? —En esta ocasión fue Jacob quien sonrió.

—No, Drew, le estoy proponiendo un trato —James Hickok se recostó y cruzó las piernas—. Usted no llega hasta Hannibal con su "Imbatible" y yo no llego hasta Nueva Orleans con mi "As de picas". Hay más barcos casino, pero no a la altura de los nuestros, no son competencia. Así que dividamos el río, hay suficiente para que los dos sigamos ganando dinero a espuertas. Lo considero un trato justo.

Jacob volvió a acariciar el revólver. ¿A qué esperar más? ¿Por qué perder el tiempo hablando de negocios cuando lo que había ido a hacer era cumplir con una venganza.

—Tiene gracia oír de su boca esa palabra —respondió—. Justo... lo dice como si creyese en la justicia. Como si no hubiese hecho hasta ahora lo que le viene en gana. Como si nunca hubiese asesinado, chantajeado, extorsionado, sobornado. Los Hickok están acostumbrados a llevar sus propias leyes allá donde van. Nada ni nadie puede interponerse en sus planes. Justicia, dice... por lo que veo aprendió de su padre el concepto turbio de lo que es justo o no.

James Hickok saltó de su asiento, pasó por encima del escritorio y agarró de las solapas de la chaqueta a Jacob. Su cara roja, congestionada, los ojos a punto de salirse de sus órbitas.

—¡Escúcheme desgraciado, no voy a consentir que falte al respeto a mi difunto padre!

—Siéntate, imbécil —respondió Jacob sacando el revólver y empujándolo contra el vientre de James Hickok.

—¿Pero qué diantres hace con ese arma? —preguntó este, boquiabierto. Soltó a Jacob y dio un paso atrás—, ¿Acaso va a dispararme?

—Esa es la intención —contestó Jacob con una sonrisa desquiciada en sus labios.

Resonaron unos pasos en el pasillo. Alguien se acercaba. Hickok rezó para que Ernest Drew no se percatara. Aquel hombre tenía la muerte dibujada en su rostro. No dudaría en dispararle.

—¿Pero está usted loco? —preguntó para ganar tiempo—. Si me mata no saldrá vivo de aquí, y en el hipotético caso de que escapase con vida de mis tierras la justicia le daría caza y le ahorcarían.

Hickok volvió a dar otro paso atrás. En un cajón de su escritorio había un revólver. Tenía que acceder a él como fuera.

—¿No ves en mis ojos que ya hace tiempo que estoy muerto? —respondió Jacob. El arma le temblaba ligeramente y no sabía si era fruto del nerviosismo, del miedo, o del ansia contenida por estar tan cerca del momento que había deseado durante media vida.

Los pasos se habían detenido antes de llegar a la biblioteca y Hickok maldijo a quien quiera que fuese. Estaba tan cerca del cajón. Solo dos pasos más y tendría una oportunidad. Intentó ganar unos segundos más.

—No... no entiendo nada —dijo con voz temblorosa—. Es usted un hombre rico, lo tiene todo, ¿por qué echarlo todo a perder? ¿Qué agravio ha sufrido por mi parte para querer matarme así, a sangre fría? No será lo de su segundo de a bordo, ¿verdad? Puedo jurarle que yo solo ordené a Spencer que formase escándalo... jamás le dije que matase a nadie...

—La muerte de Donovan es una cicatriz más en el alma —respondió Jacob, con los ojos vidriosos. Sintiéndose de nuevo un niño con miedo—. Dime una cosa, James, y permíteme que a estas alturas de la conversación te tutee, ¿qué se siente al acostarse con la hermana del hombre al que asesinaste?

—¡¿Qué?! ¿Estás loco? ¡Yo no mandé asesinar a Noah Growney!

—No, claro que no, pero murió por tu culpa —una lágrima corrió por su mejilla—. Murió por protegerme...

—¿Tú? —preguntó con los ojos a punto de salírseles de las órbitas—. ¡Hijo de...! ¿Cómo demonios sigues con vida? ¡Tu barco naufragó!

—Es una historia larga que no me dignaré a contarte —Jacob levantó el arma y apuntó entre ceja y ceja—. Dime cómo diablos puedes dormir sabiendo que has quitado tantas vidas. Que hay padres que llorarán a sus hijos por siempre, o hijos que enterrarán a sus padres por el egoísmo y las ansias de poder de la familia Hickok. Dime cómo puedes mirar a los ojos a Emma sabiendo que su hermano fue asesinado por alguien a quien tú pagaste —Hickok permaneció en silencio. Parecía un perro traicionero dispuesto a morder a quien le quite el collar—. Veo que no tienes manera de defender tus actos. He perdido a dos grandes amigos, al amor de mi vida y más de media vida por culpa de los Hickok. Así que ahora quiero que mires bien mi revólver. Observa ese agujero del cañón tan negro que te mira, porque de ahí saldrá la bala que te volará la cabeza, y el mundo será un lugar mejor con un Hickok menos. Una última pregunta, James Hickok, ¿ha

merecido tanto la pena la vida que llevabas?

—Haría todo lo que he hecho para llegar hasta aquí una y mil veces.

—Lo suponía. La gente no cambia a mejor nunca —respondió Jacob—. Adiós, James Hickok, que la negrura y el dolor de aquellos a los que hiciste daño te acompañen en el infierno por toda la eternidad. Saluda a tu padre de mi parte.

En ese momento se abrió la puerta de la biblioteca y apareció Emma, con el rostro bañado en lágrimas, temblando. Hickok y Jacob se giraron hacia ella.

—¿Es verdad que mataste a mi hermano, James? —preguntó con desesperación—. ¿Es eso cierto?

James Hickok no contestó, de un manotazo abrió el cajón, sacó el revólver, y antes de que Jacob pudiera reaccionar le descerrajó un tiro a bocajarro. Emma gritó, Jacob se miró la herida, en mitad del pecho un río de sangre le corría por el costado, después tiró la cabeza hacia Emma, sonrió estúpidamente, y todo fue oscuridad.

........................................................................................................

El diablo era un hombre bajito, vestido de traje, que iba de puerta en puerta vendiendo licores milagrosos. Y el infierno era oscuro, solitario y mudo. Ya lo visitó una vez, cuando en The Walls le disparó Simon Ronnie y se sintió caer eternamente. Pero al igual que en aquella ocasión, algo le salvó. La muerte le había comido y luego le había regurgitado para darlo a sus polluelos Tristeza, Vacío y Desesperación. Pero los polluelos no le querían todavía, y quizá solo fuese por un motivo: querían seguir jugando con él antes de despedazarlo. Así que Jacob Walters despertó cuando todos le daban por muerto, cuando el dolor del agujero de bala cerca de su corazón era tan doloroso como el sentir que había fallado a Noah y a Donovan. ¿Pero por qué no estaba muerto? Si el primer disparo no acabó con su vida, James Hickok podría haberle disparado de nuevo hasta causarle la muerte. Lo hubiera tenido fácil. Defensa propia. No comprendía nada. Quizá no lo hizo para organizar un escarnio público. Los Hickok eran muy retorcidos.

Apenas se podía mover, y odiaba aquella sensación de impotencia. La había vivido demasiadas veces en una vida. Aún así, giró el cuello hacia su derecha y vio un maletín con instrumental quirúrgico, seguramente el usado para extraerle la bala y salvarle la vida; Recordó la historia de un médico al que llamaban "El médico catástrofes", y es

que paciente que atendía paciente que moría. Decía tener arreglo para todo con sus purgantes, y a todos sus pacientes les enchufaba, con nefastas consecuencias, una botella en la boca con un mejunje negro que nadie sabía qué era. Agradeció no haber dado nunca con aquel médico. Oyó una ligera tos y giró la cabeza a su izquierda, y allí, sentada en una silla, se encontró a Emma dormida. Los tirabuzones cubrían parte de su frente y caían sobre sus ojos. Llevaba puesto un precioso vestido blanco de corpiño y falda, y un chal azul celeste cubría sus hombros, unos lacitos azules adornaban su cabellera. Jacob estaba confuso, no sabía si a causa de los sedantes o por lo que sus ojos le mostraban. ¿Qué diablos hacía Emma allí? Se forzó a mirarla durante unos minutos, preguntándose qué hubiera sido de sus vidas si los Hickok no hubieran aparecido en Hannibal. Vio en el rostro de mujer de Emma a la niña que fue, la niña que siempre sería para él. La niña con el alma cosida a cicatrices que le había besado fugazmente. Jacob quiso estar muerto. No tenía las fuerzas necesarias para enfrentarse a la mirada y a los reproches de Emma. Intentó girarse, caer al suelo, rasgarse las vendas, abrir su herida con sus propios dedos y morir desangrado. Pero estaba demasiado débil.

—Has despertado —Emma le miraba con ojos acuosos y enrojecidos.

Y en ese momento Jacob lo aceptó todo como la verdad más absoluta y evidente. Nunca había dejado de amar a aquella mujer. Pese a los engaños que se autoinfligía, pese al tiempo transcurrido, pese a la distancia, pese a convertirse en la esposa de su mayor enemigo. Pese a todo, la amaba. Y saber que ella le odiaba, que no veía en él más que a un ser despreciable, era la peor tortura a la que se le podía someter. Cerró los ojos con fuerza, llamó a la muerte, a la oscuridad, queriendo que le absorbiera. Que la nada vistiera su ser, que la pelagra, el cólera, la fiebre amarilla o cualquier otra enfermedad se lo llevara lo más pronto posible, pero lo único que consiguió fue que una lágrima formara un pequeño lago junto a su nariz y este se vaciara por la ladera de su mejilla.

—¿Por qué no estoy muerto?

—Tu amigo te salvó, el italiano —respondió ella, con voz cansada—. Entró por la ventana, rompiendo el cristal, y arrebató el arma a James antes de que te rematase. Dijo que nos mataría si no se presentaban allí las autoridades. Ahora le tienen encerrado, le caerá una buena condena.

*Me has vuelto a salvar la vida, y al final mi obstinación también te ha perjudicado, gran amigo.*

—¿Por qué estás aquí? —preguntó él, sintiendo que tenía que arrastrar cada palabra.

—Necesito respuestas... —dijo ella con tono frío, levantándose y acercándose hasta él—. Todo Hannibal sabe ya que eres un farsante, que Ernest Drew es en realidad Jacob Walters. James le ha contado todo al sheriff, y este a la prensa. Te has metido en un buen lío y aún no entiendo muy bien por qué. Necesito respuestas antes de que te juzguen y te ahorquen por haber intentado asesinar a mi marido. Las preguntas se agolpan en mi cabeza junto a las ganas de rajarte con este cuchillo la garganta antes de que otros te lleven al cadalso —dijo sacando el arma del bolso y clavando la punta en el cuello de Jacob—. Dentro de mí hay una batalla de sentimientos tan fuerte que no sé si estoy preparada para escuchar lo que tengas que decir sin matarte antes.

—Todo lo que pueda decir te va a hacer daño, Emma —respondió Jacob, sintiendo que su corazón era una presa con los diques a punto de resquebrajarse y saltar en pedazos—. Así que acaba conmigo de una vez si es lo que quieres. Mi vida dejó de tener sentido hace tiempo. Cuando os perdí a todos. Así que hazlo, seguro que James Hickok podrá sobornar a quien sea para decir que morí a causa del disparo, y así podrás seguir con tu vida idílica junto a tu marido y tu hijo.

—¿Mi hijo? —preguntó ella sorprendida—. Yo no tengo hijos. No puedo tener hijos. ¿De qué estás hablando?

—Pero... te vi el otro día, en el mercado. Ibas junto a un adolescente, te abrazó, había complicidad...

—Siempre fuiste un cabeza hueca impulsivo e irreflexivo, por eso te ha ido tan mal en la vida —respondió Emma, negando con la cabeza —. Ese chico es Jacob Growney, estúpido. El huérfano de padre que dejaste antes de huir de Hannibal hace más de una década. Su madre murió de viruela y James y yo nos quedamos con él. Y lo peor de todo es que lleva tu nombre. ¡Tu maldito nombre! A veces pienso que mi hermano estaba tan mal de la cabeza como tú.

—Cielo Santo... ¿cómo pude ser tan estúpido? Ni se me ocurrió que pudiese ser él —permaneció en silencio unos segundos, tragando saliva y orgullo. Sintiéndose el hombre más imbécil del mundo. Su impulsividad siempre siendo su peor enemiga—. ¿Sabes, Emma? Durante todos estos años he sabido que creerías que yo maté a tu hermano. Era lógico y lo más fácil para ti. Supuse que al principio

quizá dudarías, pero al final, las supuestas pruebas, testimonios, huída, y la gente que te rodea te convencerían de que yo asesiné a Noah. Más con los Hickok detrás de todo esto. Cuando hay tanto dolor se necesita un culpable, y se necesita rápido, para convertir el dolor en odio y no sentirnos tan destrozados por dentro. Por eso supe que me culparías. Y saber que tú creerías que yo era el asesino de Noah me dolía tanto como haber perdido a mi mejor amigo. Por eso me convencí de que debía sacarte de mi corazón y vengar la muerte de tu hermano a toda costa. Por ti, por mí. Pero yo no maté a Noah. Fue James Hickok, con el beneplácito de su padre.

—¡¿Estás acusando a mi marido de haber matado a Noah?! —gritó ella, sollozando, con el cuchillo bailando sobre el cuello de Jacob como si fuera un péndulo a punto de marcar la hora fatídica—. Estás hablando del hombre que me abrazó noches enteras mientras no dejaba de llorar por la muerte de mi hermano. Del hombre que salía a buscarte para llevarte ante la justicia y volvía frustrado por no encontrarte. Gastó miles de dólares en contratar a detectives para que te buscasen, y cuando Anna murió acogió en su casa al hijo de Noah como si fuese suyo propio, ¿y ahora me vienes con estas, Jacob Walters? ¿Pero cómo te atreves a aparecer de nuevo tantos años después para seguir pisoteando mi corazón? ¡Para querer destrozar mi familia con tus embustes! Si tú no le mataste, ¡¿por qué huiste?!

La hendidura de dolor que era el pecho de Jacob se abría cada vez más, haciéndose más profunda y alargada.

—¡Si me hubiera quedado aquí me hubieran matado! —Se incorporó levemente y el sufrimiento se hizo insoportable—. ¡Me tendieron una trampa! Los Hickok lo hicieron. No hubiera podido contarte la verdad sobre la muerte de Noah, Emma. Jamás hubiera llegado a ser juzgado, me hubieran matado en cuanto me encontraran. De hecho tu marido me siguió la pista hasta New York y envió a uno de sus lacayos a por mí, pero no pudo matarme; seguro que eso no te lo contó mientras te abrazaba durante aquellas noches de dolor, ¿verdad? ¿A que tampoco te ha dicho que ayer murió un buen hombre por sus tejemanejes? ¡Ese buen hombre era mi amigo! Mírame a los ojos, Emma Growney, y dime si ves en mí al asesino de Noah. Mírame a los ojos y dime si de verdad estás tan ciega que no sabes con quién te has casado. ¿Me juras que no ves en tu marido a un monstruo? ¿Has visto cómo trata a los negros? ¿Cómo trata a todo este puto pueblo? ¡Todos sois esclavos para él!

Emma resoplaba sin control y un tic se apoderó de su ojo derecho. Las manos le temblaban tanto que estaba haciendo un surco de heridas en

el cuello de Jacob.

—¡Él… Él no pudo ser! ¡Deja ya de decir eso! —exclamó con rabia—. La noche en la que nos dieron la noticia de la muerte de mi hermano él estaba conmigo en casa, ¡no salió! Pero todos te vieron con Noah, dicen que estuvisteis de bares durante todo el día, que querías aprovecharte de él porque querías vender tu casa rápidamente y huir porque la ley te perseguía de nuevo. Los testigos te situaron en el puerto con mi hermano aquella noche. Unos dicen que le mataste porque no tenías donde caerte muerto, que le robaste ya cadáver. Otros dicen que fuisteis allí a hacer algún trato turbio con Gran Drake, pero que solo estaba su negro de confianza, que os peleasteis por algún motivo y disparaste a Noah y después mataste también al negro para que no hubiera testigos… y huiste…

En la habitación no había ventanas. Jacob no había reparado en ello, y por absurdo que pareciera en aquel momento, el hecho le entristeció.

—Emma, mátame —pidió con voz calma. Agarró el cuchillo e hizo amago de clavárselo, pero ella no lo permitió—. Por favor, rájame la garganta de lado a lado o clava ese cuchillo en el sitio donde antes tenía un corazón, porque no quiero seguir hablando. No puedo seguir haciéndote más daño.

—¡Habla! ¡Cuéntamelo todo! —Dijo ella, separando el arma de Jacob y dándole una bofetada—. Necesito saber, Jacob Walter. Necesito que esta herida que dura más de una década se cierre de una vez por todas. Necesito enterrar a mi hermano dentro de mi alma y no imaginar constantemente su cadáver hecho un ovillo en las tablas del puerto y a ti empuñando el arma que lo mató. Cuéntame tu verdad y yo decidiré dónde clavo este cuchillo.

—Así sea, pues —respondió Jacob, llorando—. La verdad es que el juez Hickok no me quería por aquí, y su hijo, James, tampoco. Supo a través de Chad Spencer que tú y yo habíamos vivido una historia de amor antes de que entrase en The Walls. Le debió dar miedo cuando regresé, temería que un fracasado como yo hubiese vuelto a por ti para reconquistarte o algo, y me mandó matar. Así son los Hickok. Si alguien les molesta se lo quitan del medio, es su naturaleza corrompida. Su dinero hace el resto para que puedan salir impunes de cualquier acto vil. Tienen comprado a medio pueblo, y el otro medio les tiene un miedo atroz. Tu hermano murió por mí. Habíamos quedado con Gran Drake en el puerto porque yo le iba a vender mi casa… más bien se la iba casi a regalar, porque necesitaba huir de

Hannibal por cobardía, por no enfrentarme al hecho de haber perdido a mis amigos y al amor de mi vida —dijo dibujando la sonrisa más triste de su vida. Hubiera acariciado la mejilla de Emma, lo deseó con todas sus fuerzas—. Aquella noche, en el puerto, no apareció Gran Drake, pero sí su negro, con un revólver. Aquel hombre tenía mucho miedo, y antes de disparar confesó que los Hickok le habían obligado. El esclavo de Gran Drake mató a tu hermano, y yo le maté a él. Esa es la verdad. El resto ya lo sabes: huí. Y si no he vuelto antes para matar a James Hickok y su padre es porque simplemente no he podido. Sería una historia larga de contar, pero estuve cautivo en mitad del océano Atlántico durante más de una década. Ahí tienes la verdad, lo que no querías escuchar.

—¡¡Todo eso es mentira!! —Emma clavó el cuchillo en el hombro de Jacob, con fuerza, casi hasta la empuñadura, y después lo retorció.

Jacob gritó y el dolor, profundo e implacable, se ramificó por su brazo y su pecho hasta cotas insoportables. La sangre comenzó a brotar de la herida, y Emma soltó el arma, asustada, mirándose las manos ensangrentadas. No podía creer lo que acababa de hacer.

—Emma… Emma… veo mi chaqueta en aquella… en aquella silla… —consiguió articular el de Hannibal. Sus ojos parecían entelados—… sa…saca del bolsillo interior la carta que… la carta que hay y léela.

Ella permaneció inmóvil, con la mirada perdida y la respiración acelerada. Estaba fuera de sí, como si de un momento a otro fuese a gritar hasta perder la cordura o hasta el final de los tiempos. No podía apartar la mirada de sus manos rojas y de la herida de Jacob, de la que manaba sangre a borbotones.

—Por… por… favor, Emma.

Ella, temblorosa, bajó las manos e hizo lo que Jacob le pedía. Sacó la carta y ante el gesto de afirmación de este la abrió. La epístola era breve, pero Emma tardó una eternidad en leerla. Después, con la boca abierta por la sorpresa, se tambaleó.

—Esto… esto no puede ser cierto.

—Lo… lo es —dijo Jacob. Compuso una sonrisa preñada de melancolía, aunque para él Emma se había convertido en una forma vaga, difusa—. Y siento… siento que esta haya sido la… la vida que nos ha tocado vivir ha sido como… como un camino enfangado y lleno de… de ramas de ciprés.

Antes de desmayarse, Jacob escuchó cómo Emma llamaba a gritos a un médico. Que no sea "El médico catástrofes", pensó de forma estúpida.

.......................................................................................................................

Cuando Jacob recobró la consciencia vio a una enfermera aplicándole curas en la herida. Aquello le dolió tanto como si estuvieran dándole latigazos con un azote de tiras trenzadas. La mujer le puso un vendaje y se marchó. Jacob no sabía si habían pasado horas o días, y tampoco tenía fuerzas para hablar. Cerró los ojos y se dejó ir. En otra de las ocasiones en las que despertó vio al sheriff y a James Hickok discutir acaloradamente en la puerta de su habitación, solo entendió algunas frases, pero la que se le quedó marcada fue esta: "¡Hablaré con ese maldito hijo de mil padres, más tarde o más temprano, Vaugthman!". No pasó una semana hasta que su recuperación le permitió incorporarse un poco en la cama. Durante ese tiempo no dejaron que recibiese visitas, así que hacía mil cábalas con sus pensamientos para intentar discernir qué ocurría fuera de aquella clínica. ¿Dónde estaría Emma? ¿Qué diablos habría hecho tras leer la carta? Las respuestas a estas preguntas se las dio el sheriff cuando entró una mañana en la habitación y se acercó a él, quitándose el sombrero en señal de respeto.

—No se puede decir que no haya liado una bien gorda, señor... —dudó unos instantes, mientras se frotaba las manos con nerviosismo—. ¡Cielos, ya no sé si dirigirme a usted como Ernest Drew o como Jacob Walters!

—Jacob Walters murió hace tiempo...

—No es lo que dice James Hickok... —el hombre comenzó a dar vueltas en redondo. Como si fuese un gato encerrado en una jaula de la que no sabe cómo salir—, y parece ser que Emma Hickok también le reconoció.

Algo se revolvió entre las tripas de Jacob al escuchar el nombre de Emma seguido del apellido de casada.

—Deben estar confundidos —respondió. Tenía que hacer el papel—. Todo esto no ha sido más que un malentendido.

—¿Un malentendido, Drew? ¡Intentó matar a James Hickok en su propia casa! — exclamó el sheriff golpeando con sus puños una mesa metálica donde reposaba instrumental médico—. Y su empleado, ese tal Cuervo, le retuvo a punta de revólver durante más de media hora.

¿Sabe en qué lío se ha metido? De esta no podrá salvarle su dinero, Drew, y sé que tiene mucho.

Jacob cerró los ojos. Se sentía débil. Desde la calle le llegó el eco de los cascos de un caballo seguido por el ruido de una calesa, y alguien gritaba que vendía las mejores verduras de la comarca.

—Vaugthman, vuelvo a repetir que esto no es más que un malentendido que debo resolver hablando con James Hickok. Le aseguro que todo esto quedará en nada. Tan solo necesito que me deje hablar con él a solas.

—Tiene prohibidas las visitas hasta que empiece el juicio, Drew... —respondió el sheriff con tono lastimero—. De verdad que no se da cuenta de en qué fangal se ha metido.

—No va a haber ningún juicio —afirmó con rotundidad Jacob—. Se lo pido como un favor personal: avise a James Hickok de que quiero verle, por favor. Yo solucionaré esto.

El sheriff arrugó el entrecejo y negó con la cabeza, pero sus ojos y en general toda su expresión corporal decía lo contrario. Quería confiar en Jacob, necesitaba creer que alguien les libraría de James Hickok y de su maldito dinero manchado de sangre. Y es que no había podido dejar de sentirse mal por haber aceptado sobornos. Se martirizaba por ello cada día. Pero con los Hickok era así, o aceptabas su dinero y estabas a sus órdenes o te hundían en la más asquerosa miseria. Y él tenía una familia que mantener. Un hijo al que dar de comer y vestir. Un hijo que le hacía querer ser mejor persona, una razón que ya no le daba ni siquiera la estrella de sheriff que tenía en el pecho.

—Está bien —dijo tras un largo suspiro—. Sabe que no me gusta Hickok, y ojalá esa familia nunca se hubiese instalado en este pueblo, por el bien de todos. Así que si hay la más mínima esperanza de que consiga echarles, me aferraré a ella. Le traeré a James Hickok.

Vaughman se dio la vuelta y se disponía a salir cuando Jacob le lanzó una última pregunta.

—Sheriff, una última cosa, ¿qué sabe de Emma Growney?

—Que le apuñaló a usted y que abandonó el pueblo con su sobrino —sentenció—. Nadie sabe dónde ha ido. Ni siquiera su marido. ¿Quiere denunciar la agresión?

—No —respondió Jacob—. Por supuesto que no.

Por entre las cortinas podía ver el cielo, era blanco, como un vestido de algodón. Aunque si se fijaba bien, podía ver cómo había pequeños agujeros hechos por Dios por el que se filtraban torrentes de luz. Allí fuera, los perros aullaban pidiendo un mendrugo de pan, y las gallinas cacareaban y picoteaban la tierra en busca de alguna lombriz que echarse al pico. Aquellos ruidos, junto el rumor de la gente al conversar, provocaban en Jacob tanta calma que le adormecían. Por eso se sobresaltó cuando James Hickok entró dando un portazo en la habitación. El hacendado se mostró iracundo aunque contenido. Parecía un globo de feria a punto de explotar ante la aguja de un niño pícaro. Venía acompañado por el sheriff Vaugthman y por alguno de sus secuaces. Los ayudantes del sheriff impidieron que nadie más entrara.

—¿Es que va a quedarse a escuchar, Vaughtman? —preguntó Hickok, insolente.

—Mi misión es la de impedir que el acusado sufra daño alguno —respondió este, con voz firme, aunque con ojos esquivos—. El juez Zimmer no quiere que vuelvan a ocurrir incidentes como el que causó su esposa...

—¡El juez Zimmer! Gran justicia la que imparte... ese hombre podría haber aprendido mucho de mi padre —ironizó el otro—. Este espantajo que ve aquí yaciente asesinó a mi cuñado, se dio a la fuga y ahora ha vuelto para matarnos a mí y a mi esposa. ¡Déjenme a solas con él y yo les enseñaré lo que es justicia!

—Haga lo que dice, Vaughtman. Déjenos a solas. No me ocurrirá nada.

La irrupción de Jacob en la conversación provocó que los dos hombres giraran la cabeza hacia él. Jacob se incorporó en la cama, con esfuerzo. Después dio un trago al vaso de agua que reposaba en la mesilla. Parecía la tranquilidad personificada.

—¡Eso, hágale caso! ¡Fus, fus! Salga de aquí —ordenó James Hickok como si estuviera espantando a un perro—. Y ya tendremos una conversación a solas usted y yo, Vaughtman. ¡Me va a oír! ¡Vaya que si me va a oír!

El sheriff asintió con lentitud, sin apartar sus ojos de los de Jacob. Confío en usted, decía su mirada. Después, se dio media vuelta y salió de la habitación sin despedirse.

—¡Por fin a solas, desgraciado! —James Hickok saltó sobre Jacob, le agarró de la pechera del batín de enfermo que llevaba y lo incorporó aún más sobre la cama—. Tú fuiste el último que habló con Emma y ahora ella está desaparecida junto a mi sobrino. Se ha llevado todas sus cosas y las del chico, y no tengo ni la más jodida idea de adónde se han ido, ¿qué le dijiste y dónde están? ¡Dímelo o te mato!

—Dudo que hayas matado nunca a nadie con esas manos de cobarde, James. Las zarigüeyas grandes eligen árboles pequeños para fanfarronear —recurrió al viejo dicho—. Tu padre sí era un asesino frío, despiadado e inteligente, aunque al final muriera como la rata corrompida que era, y lástima que me dio perdérmelo. Pero tú… tú eres un cobarde que ha comprado el miedo de este pueblo con sus matones… A Emma solo le conté la verdad… ella ya sabe que por tu culpa murió su hermano y mi mejor amigo.

—¡Ella nunca te creería! —Bramó el otro— ¿Después de tanto tiempo vuelves y piensas que Emma será tan ingenua de creer cada una de tus sucias palabras?

—A mí puede que no —pese a sus palabras, Jacob sonreía. No se había molestado en apartar aún las manos de Hickok de su pechera—. Pero por su reacción, creo que sí que ha creído el testimonio de Gran Drake dando todo lujo de detalles sobre cómo teníais previsto matarme en el puerto. Cuando regresé a Hannibal lo primero que hice fue investigar si Gran Drake estaba con vida. En El Corsario Negro me dijeron que estaba vivito y coleando y que ahora hacía sus trapicheos en Burlington, así que le hice una visita junto a mi amigo Cuervo. Me encanta la gente que no cambia con los años, y Gran Drake no me defraudó… le ofrecí mucho dinero y me facilitó una declaración firmada con todos sus trapicheos en Hannibal y pueblos aledaños. Incluidos muchos asuntos turbios que creo que le incumben, Hickok…

—¿Eres tan ingenuo para pensar que la declaración de una lacra como Gran Drake puede dañarme? —preguntó este, con una sonrisa desquiciada—. Él es un estafador, un maleante, y yo un honrado hombre de negocios que da prosperidad a Hannibal. De todos modos, ¿qué me impide mataros a ti y a Gran Drake?

—A Gran Drake no podrá matarlo porque ya lo hice yo. No estaba dispuesto a que se retractara de su confesión. Y no busque su cadáver, no lo encontrará —respondió Jacob con frialdad absoluta—. Respecto a mí… bueno, digamos que alguien tiene unas cartas dirigidas a varios periodistas del New York Times o el Richmond Examiner, y a una de las personas más ilustres que ha dado Hannibal, y si yo muero en esta

clínica o al abandonarla, esas cartas no tardarán en llegar a su destino. Por si no cae en la cuenta, al referirme a esa persona ilustre le estoy hablando de nuestro querido y celebérrimo Mark Twain. Creo que estará al tanto de la fama que ha adquirido este hombre dentro y fuera de nuestras fronteras. Se está convirtiendo en todo un escritor de culto. Con muchos contactos en las altas esferas, por supuesto. Estoy seguro de que a Twain le interesará dar a conocer cómo usted y varios de sus amiguitos falsificaban documentación para que gente influyente de Texas, Mississippi y Virginia pudieran votar en las elecciones presidenciales de este año. Menudo escándalo si se hiciera pública la lista de nombres…

—¡Eres un bastardo, Jacob Walters!… —Hickok le zarandeó varias veces y el de Hannibal sintió que estaba a punto de desmayarse—. ¿Qué diablos quieres que haga? ¿Confesar que por mi culpa murió Noah Growney? ¿Entregarte a mi mujer en bandeja? ¡Dime qué quieres a cambio de tu silencio!

En esta ocasión Jacob sí que apartó con delicadeza las manos de Hickok y se reajustó el batín. Con sumo esfuerzo bajó las piernas de la cama y se agarró al borde.

—Bueno, en vista de que no he sido capaz de acabar con usted ni pillándole por sorpresa y de que ambos somos hombres de negocios, le propongo un trato —respondió con calma—. Retire los cargos contra mí y Cuervo. Diga que todo esto ha sido un malentendido, que yo no soy Jacob Walters y que nunca traté de asesinarle. Que esto se nos ha ido de las manos, pero que estamos dispuestos a solucionarlo por la vía pacífica. Y como está claro que no podremos convivir los dos en Hannibal, le hago una apuesta que firmaremos por contrato para seguridad de su cumplimiento. Le reto a una carrera de vapores, mi Imbatible contra su… As de Picas. Una carrera desde Nueva Orleans hasta Saint Louis. El que pierda tendrá que entregarle su vapor al otro como premio, y además, deberá abandonar la ciudad en dos días para no volver nunca.

—¿Y si no acepto su apuesta? —pese a la pregunta, el tono de voz del hacendado había cambiado a moderado.

Jacob se bajó de la cama y buscó su ropa. Encontró el traje en un armario medio desvencijado, aunque faltaba la camisa con el agujero de bala.

—No haga preguntas estúpidas, Hickok —respondió fastidiado. Tendría que llamar a la enfermera para que le comprase una camisa

nueva—. Si no la acepta hundiré su vida. No tendrá lugar al que huir porque mucha gente pondrá precio a su cabeza. Algo así como lo que hizo usted contratando a Sergio Lleó para darme caza, solo que multiplicado por cien. Llegará incluso a envidiar las condiciones de vida que tienen los negros de su hacienda. Así que al salir pida hablar con el juez y retire los cargos. Mañana quiero que tanto Cuervo como yo estemos en El Imbatible. Hay una carrera que preparar.

—Acepto su apuesta —respondió ladino—. Su barco es mucho más pesado que el mío, y su piloto ve menos que una mula ciega… jamás ganará…

—En ese caso, me iré del pueblo y nunca más volverá a saber de mí.

—¿Y cómo sé que esas cartas jamás llegarán a su destino? ¡Si me traiciona puede que yo muera, pero le aseguro que usted no correrá mejor suerte!

—Yo mismo me encargaré de destruirlas —Jacob se llevó la mano derecha al corazón—. Lo juro por la amistad que tuve con Noah Growney.

—Trato hecho entonces. Espero que cumpla su parte del trato cuando mi As de Picas deje varias millas atrás a ese cascarón de huevo que tiene por barco —se dio la vuelta y cuando estaba saliendo de la habitación gritó—. ¡Vaughtman, dígale al juez que quiero hablar con él ahora mismo! ¡Ha ocurrido un tremendo error!

# 37

***SOLO UNA VEZ EN LA VIDA: El Imbatible contra el As de Picas. ¡Hagan sus apuestas!***

*El 8 de Octubre promete ser un día inolvidable. Un día que deben señalar con letras mayúsculas en el calendario. Las dos embarcaciones de recreo más rápidas e importantes del Mississippi medirán la potencia de sus calderas en una carrera sin igual que las llevará desde Nueva Orleans a Saint Louis. Más de 1200 millas de caudalosas aguas y arriesgado trazado que pondrán a prueba la pericia de sus capitanes.*

*A estas alturas, poco podemos añadir del afamado James Hickok. Todo un benefactor de la zona, procedente de una de las familias más destacables de Hannibal, y cuyo barco casino circula por las aguas del Mississippi desde hace ya algunos años. Dicen las malas lenguas de Louisiana, que este marinero de agua dulce se conoce cada mosca que sobrevuela la orilla del río. No hay nadie entre Minnesota y el golfo de México que haya recorrido el Mississippi tantas veces como él. Y, si todo eso fuera poco, sabemos que James Hickok, heredero del honorable juez Charles Hickok, cuenta*

*con la mejor tripulación que pueda encontrarse en Arkansas, Luisiana, Tennessee y Alabama.*

*¿Pero quién es el David que osa desafiar a semejante Goliath?*

*Poco podemos decir de Ernest Drew y su Imbatible. Apenas lleva unos pocos meses navegando por nuestras aguas, pero todos aquellos que han compartido cubierta con él aseguran que es un contumaz marinero con una pericia y una temeridad que solo puede compararse a la de los Padres Fundadores que atravesaron por primera vez el Gran Río. Hay quien asegura incluso que este silencioso y atrevido capitán nació a orillas del río y ha pasado media vida bebiendo de sus aguas y descubriendo sus secretos.*

*¿Pero por qué ha aparecido ahora? ¿De repente? ¿Y qué le ha llevado a desafiar a uno de los capitanes más legendarios de nuestra época?*

*Sinceramente, no conocemos las respuestas. Pero lo que sí sabemos con certeza es que nos encontramos ante la carrera de nuestras vidas. Ante la*

*última oportunidad de vislumbrar a dos marineros de la vieja escuela que tratarán de domar al inhóspito Mississippi mientras dilucidan quién escribirá su nombre con letras doradas en los anales de la Historia.*

Tobías Grumm

New Orleans Bee

Jacob bajó el periódico contrariado por el artículo sensacionalista y miró a la multitud que se aglomeraba en los muelles de la exótica New Orleans. Norteamericanos, afroamericanos, hispanos, franceses, caribeños, todo un crisol de razas que cohabitaba en una ciudad mágica, despreocupada, jubilosa. Y ahora, toda esa amalgama de pueblos se congregaba en el puerto bajo un sol que caía a plomo, pese a ser tan temprano, para ver el inicio de la que los titulares denominaban "La carrera del siglo".

No pudo evitar recordar con amargura su última visita a la ciudad, cuando huía de Hickok y la hechicera Marie Laveau le condujo hasta su casa para presenciar aquel extraño ritual. Se sacudió aquellos pensamientos de encima y miró al frente. Los hombres y los niños gritaban maravillados ante los dos barcos y saludaban con la gorra en alto y los ojos desencajados por la admiración, las mujeres se habían emperifollado como nunca y movían sus pañuelos despidiéndose, asombradas y coquetas. Los trabajadores de las oficinas, de los almacenes, o de las áreas de recepción para tripulaciones habían dejado aparcados sus quehaceres para ver el inicio de la carrera. Parecía como si el desfile de carnaval del Mardi Gras hubiera vuelto a las calles aquel año. Ocho viejos con pantalón negro y camisa blanca se pusieron a tocar sus trompetas, saxos, trombones y tubas al cuello, provocando que la masa enfervorecida bailara enloquecidamente, sin importarles que la humedad del ambiente les hiciera sudar a mares. James Hickok agarró un megáfono y caldeó más al público desde la cubierta principal de su barco, con frases como "esa cabaña a vapor no llegará ni al primer recodo del río" o "nunca se habrá visto explosión mayor en el Mississippi que la que provocarán las calderas de El Imbatible en pocas horas". La gente le ovacionaba, les tenía ganados, todo un showman. Al fin y al cabo El Imbatible era el aspirante, y casi nadie conocía a Ernest Drew, mientras que para la gran mayoría, James Hickok era el admirable hijo del difunto juez Charles Hickok y el propietario del conocido y respetado As de Picas.

—¿Todo listo? —preguntó Jacob al señor Bixby, que con las manos

cruzadas a la espalda, tenía cara de preocupación.

—Señor Drew, tengo que contarle algo, y creo que no le va a gustar —respondió este.

—No es buena hora para dar malas noticias, la carrera dará comienzo en pocos minutos —respondió Jacob, molesto.

Una calesa ligera llegó a puerto con prisas y formando escándalo. Varios espectadores tuvieron que echarse a un lado para no ser atropellados o caer al agua, y maldijeron al conductor de la calesa. Al viejo Bixby se le iluminó la cara. Había reconocido al viajero que tiraba de las riendas. Descruzó los brazos y señaló hacia él.

—Creo que es mejor que todo esto se lo explique el nuevo piloto —dijo.

—¿Nuevo piloto? —preguntó contrariado Jacob. Aquello empezaba a irritarle, no podía dar crédito. Sin embargo, siguió el huesudo dedo de Bixby hasta la calesa—. Por todos los demonios… —añadió cuando reconoció al tipo de mostacho poblado y pelo revuelto.

—¿Pero ese no es…? —Cuervo no llegó a terminar la frase.

—Mark Twain, el mismo, sí —terminó por él el escritor, que arrastraba una maleta por la pasarela que daba a la cubierta donde se encontraban—. Y ahora mismo no sé si debería darle un puñetazo o abrazarle, señor… Drew —añadió plantándose delante de Jacob y mirándole fijamente a los ojos.

Jacob no podía dar crédito, hacía a Twain viajando a miles de kilómetros de distancia. En Europa o Tierra Santa, narrando sus vivencias para el diario Alta California, y no en un muelle de New Orleans. Y pese a las palabras del recién llegado, el de Hannibal no vio rencor alguno en su mirada.

—¿Pero cómo diablos se ha enterado de…? —dejó la pregunta en el aire—. ¿Ha sido usted, Bixby?

—No ha sido el viejo, he sido yo —respondió Twain—. Durante el trayecto en barco hasta Europa le di muchas vueltas a la cabeza sobre dónde le había visto antes. Jamás le relacioné con mi amigo de infancia porque para mí ya estaba muerto después de más de una década desaparecido. Al final tuve que esforzarme en prestar mi atención a otros menesteres. Así que mi sorpresa fue mayúscula cuando llegué al hotel de Gibraltar donde nos albergaríamos y me

pasaron una escueta carta con remite de New Orleans:

*El señor Drew desea devolverle "La reina del Mississippi y otros barcos". Vuelva pronto.*

> >Me quedé estupefacto. Ahí estaba la respuesta. Sin dudarlo, escribí a Horace para ver si usted le había contactado. Me dijo que sí, y desde entonces hemos estado en comunicación continua. Tras unas cuantas consultas a Horace y enterarme de que había tomado puerto en Hannibal durante más tiempo del recomendado, me convencí a mí mismo de que en verdad me encontraba ante el mismísimo... —no pronunció el nombre de Jacob Walters, pero no hizo falta—. Creo que tenemos mucho de qué hablar, Capitán. Y no tardaremos en hacerlo, aunque no será ahora, ¡Hay una carrera que ganar!

Jacob se preguntó quién podía haber mandado aquella misteriosa carta. No sabía si era amigo o enemigo, si se había enviado con mala fe o con la intención de volver a unir a dos viejos amigos. Lo que sí sabía era que la carrera comenzaba y no había otra cosa que hacer que aceptar los designios del destino.

—Así sea, ¿está usted listo para pilotar? —le preguntó Jacob, aún sorprendido y preocupado, pero con una leve sonrisa en los labios.

—Tan listo como se puede estar, Capitán Drew. Leeré el río gota a gota — respondió Twain, con semblante serio.

Jacob asintió solemne, se jugaban mucho, pero confiaba en la destreza de Mark Twain y del resto de la tripulación. Además, si Twain estaba allí para ayudarle era porque no le creía capaz de haber asesinado a Noah, y aquello significaba mucho para Jacob. Parecía como si el destino empezara a recompensarle por los malos tragos. Si Twain era la mitad de bueno que Bixby ganarían la carrera y sería una humillación inolvidable para James Hickok. Aunque ahí no terminarían sus problemas. Mientras el escritor tomaba sitio en la cabina del piloto llevándose de paso al viejo, él se dirigió al italiano.

—¿Cuervo?

—Todo bien, patron. Igual de sorprendido que usted.

Jacob le dio un abrazo y el italiano se quedó tan estupefacto que no supo cómo reaccionar. Solo se quedó tieso como un palo. Annunziatta, que permanecía en la cubierta principal junto a varias mucamas que habían dejado el barco más limpio que una patena, lloró emocionada.

—Twain, haga sonar la sirena —ordenó Jacob sin apartar la vista de Hickok, que seguía alardeando desde su cubierta principal—. Cuervo, mozos y comisarios, a la cubierta de calderas. Nos ponemos en marcha. No soporto más escuchar a ese bocazas.

La sirena de El Imbatible sonó como si fuese una voz infernal capaz de sacar a toda una congregación de dentro de una iglesia al grito de "¡viene Satanás! El As de Picas hizo lo propio, aunque su silbido atronador se semejaba más a un gigantesco animal que protege su territorio. Tras unos segundos de respetuoso silencio, los gritos y la algarabía volvieron al puerto. El confeti voló y se mezcló con el dinero de las apuestas, el humo de las chimeneas y el ruido enloquecedor de las gaviotas. Empezaba la carrera del siglo.

—¡Twain, deje que ellos pasen primero! —gritó Jacob cuando los barcos comenzaron a moverse.

—Scusi, patron, si yo estuviera en su lugar no tendría tanta consideración con esa escoria —dijo Cuervo, a su lado—. Aprovechará la mínima ocasión para hacer trampas. Ese tipo de hombres lleva la trampa impresa en el alma.

—Conozco a ese hombre mejor que tú, Cuervo. Sé de lo que es capaz.

El italiano asintió, no del todo conforme, y se retiró para hacer una ronda de comprobaciones. Jacob aprovechó para subir a la cabina del piloto. Siempre hinchaba el pecho como un pavo real cuando se encontraba allí, tan alto que podría decir que era el rey de su propia montaña.

—¿Cree que se podría hacer esta ruta en tres días, Twain? —preguntó cuando entró en el habitáculo.

Twain ya se había acomodado junto a la rueda del timón y había dejado su chaqueta en el banco donde se sentaba Bixby. Jacob acababa de interrumpir una conversación donde hablaban sobre el tramo de la Punta del Ciruelo.

—¡¿Tres días?! —Exclamó este dando un respingo y apartando la vista del río—. ¿Los años te han vuelto loco, Jac... Ernest? Mi viaje más rápido para esta ruta duró cuatro días, catorce horas y veinte minutos, más rápido que la mejor marca de Horace Bixby aquí presente, al que los inteligentes hombres de río le pusieron el apodo de "Rayo Bixby". Hace algunos años de eso ya. Pero si le digo la verdad, no creo que nadie pueda hacer este trayecto en menos de cuatro días, y estos barcos son muy pesados. Por lo que me han contado de El Imbatible


tiene una decoración abundante y ostentosa, eso se paga con lentitud.

—Bueno, Twain no lo habrá notado —respondió Jacob con una sombra de satisfacción en su rostro—, pero creo que usted sí debe haberse dado cuenta de que El Imbatible es más ligero hoy que ayer, Bixby.

—La verdad es que sí, ¿qué ha hecho? —preguntó este, con el ceño fruncido y el ruido de las palas chapoteando de fondo.

—Ordené que vaciaran el barco: mesas de apuestas, puertas, lámparas, cristalería, mobiliario… hasta las cortinas y las escupideras. He dejado lo mínimo indispensable, el resto se quedó en el puerto.

—¿Que ha hecho qué? —preguntó a voz en grito Twain—. ¡Por San Jorge! ¡Le tacharán de tramposo!

—Tranquilo, en la apuesta ante notario no se especificaba que los barcos tuvieran que llevar más o menos carga —respondió Jacob sonriendo—. Y creo que incluso tendremos una litera libre para usted, Twain. Voy a ver si consigo que los fogoneros rindan más. No le dé mucha ventaja y adelante a el As de Picas en cuanto pueda. Quiero que la prensa diga que ellos salieron antes, pero que no tardamos mucho en adelantarles. Será más bochornoso para ellos cuando ganemos.

—Así se hará, pues. Y recuerde, tenemos una charla pendiente.

—La tenemos… por cierto, ¿tenía remitente esa carta que le hicieron llegar?

—No, no aparecía el nombre y no pude averiguar quién lo envió.

Jacob asintió y antes de que saliera de la timonera el señor Bixby le preguntaba a Twain si hacía mucho que no pasaba por la Isla del sombrero. Al parecer ellos también tenían que ponerse al día. Jacob bajó las escaleras acompañado por el cloc—cloc que producían sus zapatos contra la madera, El Imbatible estaba casi vacío, solo con la tripulación necesaria para maniobrar el barco. Sabía de buena tinta que James Hickok había hecho negocio dejando embarcar en el As de Picas a varios gobernadores, senadores y diputados de la zona, y a algunos periodistas influyentes, pero él se había negado en redondo a dejar embarcar a nadie más en su barco. No quería dinero, ni fama. Solo rodearse de gente de confianza y aplastar a Hickok.

*¿Y Emma? No te la puedes sacar de la cabeza, Jacob. ¿Dónde está?*

Había contratado en New Orleans a un tipo. Un investigador a sueldo, para que la encontrase. Reconocido en la ciudad y el condado, le cobró una cantidad exagerada de dinero y le prometió que la encontraría. Jacob necesitaba hablar con ella a solas. Se había rendido a la evidencia, ya no luchaba contra ese monstruo interior que había querido sacarla de su vida. Anhelaba hablar con Emma. Mirarla directamente a los ojos y decirle que la seguía amando. Ya estaban las cartas sobre la mesa, ella tenía que asimilar que Jacob no había tenido nada que ver con la muerte de Noah y que el verdadero asesino era su marido. Aceptar que él era el único que la había amado en la vida.

—Patron, tiene mala cara, ¿Cosa c'è? —No había visto venir a Cuervo, tan sigiloso como siempre—. Presiento que la carrera no se decidirá pronto y que necesitará estar descansado para lo que está por venir estos días.

—Dices eso porque no conoces este río, Cuervo —respondió Jacob, condescendiente—. La carrera se puede decidir en un solo minuto. El Mississippi es implacable. Un caballo salvaje que no quiere que lo domes, como me dijo alguien una vez.

—El capitán del As de Picas es más joven, no conoce el río tan bien como Twain; y Bixby está también en la cabina del piloto. Non ti preoccupare, patron.

—Cuando uno es joven puede cometer muchas locuras, y eso podría ser una ventaja para James Hickok. Su piloto bien podría ser un virtuoso y dejarnos en ridículo. Me quedaré por cubierta, Cuervo.

El italiano quiso responder, pero puso los brazos en jarra y observó como Jacob se alejó de él con paso lento. El patron quería estar solo. Miró a ambos lados, hacia las orillas festoneadas de vegetación y casas aisladas, y se puso de nuevo en marcha cuando escuchó a Mark Twain maldecir a gritos.

.....................................................................................................

Habían pasado diez horas y media desde que comenzara la carrera. Viajaban a una media de catorce millas la hora, que según la opinión de Bixby y Twain no estaba nada mal, y sin embargo, a Jacob le parecía que El Imbatible era una tortuga a la que le habían arrancado las dos patas delanteras. El capitán subía y bajaba por las cubiertas, gritaba a los fogoneros para que fuesen más rápido y volvía a la timonera.

—¿Cuánto nos llevan de ventaja? —inquirió nervioso y cansado de

tanto paseo.

—A la altura de Bayou Sara nos llevaban diez minutos —respondió Horace Bixby, tras rascarse la incipiente barba.

—¡Lo bastante para no darle alcance nunca! —Exclamó enfadado el de Hannibal.

—¡Han usado grasa de cerdo para dar velocidad al barco, maldita sea! —se defendió Twain soltando el timón y encarándose con Jacob—. Se ve que en esta carrera la honorabilidad brilla por su ausencia, caballeros. Pero no podemos perder los nervios, y menos usted, Capitán. Sea como sea, ellos están yendo más rápido, si no me equivoco el As de Picas acaba de marcar el mejor tiempo registrado para un vapor en este trayecto.

El italiano apareció en el umbral de la puerta, con su acostumbrado sigilo. Entró y se quedó mirando hacia una punta pronunciada y llena de árboles que penetraba en el Mississippi.

—¿No tendrán que parar a repostar? —preguntó.

—Deben hacerlo, y ese será nuestro momento —respondió Bixby.

—No me fío un pelo de ese hombre, a saber qué artimañas piensa usar —añadió Jacob.

Sus palabras fueron proféticas. Llevaban trece horas de carrera cuando llegaron a la desembocadura de Red River, allí varios chicos vocearon que un barco llamado Robin había reabastecido de madera de pino y grasa de cerdo al As de Picas en marcha. Por lo visto el barco había surgido de una curva del río y se había acercado tanto a la embarcación de Hickok que dos hombres podrían haberse estrechado la mano, cada uno desde su embarcación.

—¡El diablo se los lleve! —espetó Jacob tras dar un puñetazo contra la pared de madera—. ¿Qué podemos hacer, Twain? A nosotros nos costará al menos quince minutos reabastecernos. Esto reduce aún más nuestras posibilidades de darle alcance…

—Creo que solo podemos hacer una cosa —respondió Bixby—. Traigan whisky.

—¿Cómo? —preguntó Jacob confundido—. ¿Quiere tomar un whisky ahora? ¡Está usted loco!

—No es para mí, Capitán —señaló hacia Twain, que no perdía de vista del bajío por el que estaban pasando—. Le aseguro que pilota mejor cuando está bebido.

Jacob, incrédulo, no apartó sus ojos de los de Bixby y este tampoco bajó la mirada. Estaba claro que no bromeaba, así que asintió. Si para ganar tenía que emborrachar a su amigo, lo haría. ¿Qué diablos no harías por ganar?, pensó con amargura.

—¡Traigan la mejor botella de whisky que haya a bordo para el señor Twain! — gritó asomando la cabeza fuera de la timonera—. Cuervo, trae tú unas pintas de cerveza. Qué diablos, emborrachémonos todos.

—¡Esa orden sí que me gusta, patron!

Bixby tenía razón, a Jacob le gustó el efecto que hizo el alcohol en Twain. Si ya era un piloto con cualidades, el alcohol las potenció todas. Se había vuelto más ingenioso y osado, y aunque eso era un arma de doble filo, necesitaban arriesgar o nunca darían alcance al As de Picas. Jacob se le quedó mirando, hipnotizado con su forma esplendorosa de llevar el rumbo. La nostalgia pronto se abatió sobre él, porque ahí, en sus narices, tenía lo que él siempre había querido ser desde que apenas levantaba unas cuartas del suelo. Un piloto intrépido, inteligente, elegante, por encima de críticas y órdenes. Si Jesucristo se hiciera hombre de nuevo, sería piloto de vapores, pensó.

—¡Más madera! —Ordenó Bixby tras la aprobación de su pupilo. Se tambaleó levemente y el italiano le sujetó para que no cayera al suelo —. Ya salí con vida de la explosión de las calderas del Coronel Crossman. ¡A la muerte no le debo parecer atractivo!

—Ni a la muerte ni a nadie, viejo bribón —bromeó Twain.

—Creo que el viejo también se ha pasado con el whisky —dijo Cuervo haciendo muecas.

Jacob ayudó a Bixby a sentarse e hizo lo propio. Mark Twain comenzó a silbar una canción. Las orillas estaban infestadas de hogueras, y sentadas en ellas cientos de personas contemplaban la carrera como si no hubiera nada mejor en el mundo que hacer. Largos hilos de humo brotaban de las chimeneas del vapor y trepaban como enredaderas hacia un cielo que empezaba a cuajarse de estrellas. Cerró los ojos y recordó cuando él y Noah se subieron a un árbol para comerse unos tomates robados, aquella era una noche estrellada también, y la música de un negro tocando un banjo les acompañó. Sin darse cuenta, el Jacob adulto, el capitán, se fue deslizando hacia el mundo de los

sueños.

.........................................................................................................................................

El segundo día de carrera, a la altura de Vicksburg, se enteraron de que el As de Picas había pasado por allí seis minutos antes, y que de nuevo había batido un récord para ese tramo. Jacob se sentó en un sillón de la cubierta Texas y observó la orilla. Pasaban junto a una plantación de azúcar, pero sus pensamientos no tenían nada de dulces. Seis minutos le parecían toda una eternidad, y por más que Twain se emborrachara el tiempo para darles alcance no se reducía. Para colmo de males, Hickok se estaba cubriendo de gloria rompiendo records. Todos los periódicos estarían lanzado loas por él aquel día. Desde un queche un par de marineros infundieron ánimos a la tripulación de El Imbatible al grito de "¡ya casi les habéis pillado!". Jacob sonrió, y aunque agradecido, no mejoró su estado, ya que aún no podía ver la popa del vapor de su oponente en la lejanía.

—¿No baja a cenar, patron? —Cuervo se materializó a su lado como un fantasma. Aquello comenzaba a irritarle.

—Cualquier día de estos me matarás de un susto —dijo, seco.

Se levantó del sillón y se acercó a la baranda. Vio que estaban usando las dos boyas para sondear y que el barco parecía haber reducido la velocidad. Aquello no le gustaba nada, pero poco o nada podía hacer o decir. Empezaba a sentirse como un verdadero inútil. Como un espectador más.

—¿Qué le preocupa? —Preguntó el italiano tras ocupar el sitio que había dejado libre Jacob.

—Que el As de Picas siga delante, ¿qué si no?

—Lo adelantaremos, dare tempo al tempo, patron —se recostó y cruzó los brazos en la nuca—. Twain y el viejo parecen tener dibujado un mapa del río en la línea de sus manos. Jamás vi tal cosa.

—Eso parece.

—Tiene cara de tristeza... hay algo más.

—Echo de menos a Donovan, ¿tú no, Cuervo? —preguntó, dándose la vuelta y con la mirada vidriosa. No quería hablar de sus sentimientos, exponerse, porque le hacía sentirse vulnerable, pero tampoco podía frenar su lengua, como si esta se hubiera revelado contra un dogma

absurdo—. Le echo mucho de menos. A él y a muchos que dejé por el camino. Jamás pensé siendo niño que mi vida sería así. Me imaginaba como a un gran piloto, como Twain o Bixby. Conociéndome cada palmo de río. Llevando una vida tranquila junto a Emma Growney, teniendo hijos, nietos... Yendo a pescar hasta la vejez con Noah. Y mírame... la vida me ha llevado por donde ha querido. Eso, o me he equivocado mucho, constantemente, y quiero atribuir mi torpeza a un culpable intangible que no se puede defender.

El italiano se incorporó. De repente aquella postura le había parecido poco respetuosa para hablar de un tema de tanta importancia. Tampoco había visto nunca a Jacob tan cercano a la derrota, y aquello le dolió. Al fin y al cabo, y por mucho que quisieran mantener las formas, eran amigos.

—Le entiendo, patron. Créame, nos ha pasado a todos —respondió compungido—. Supongo que siempre pensamos que merecemos algo mejor. Pero la vida nos da una bofetada de realidad. Yo también perdí a muchos seres queridos, aquí y en mi país. Uno no manda sobre su destino. Mire cómo era nuestra vida en Five Points... me topaba con la muerte casi a diario, siempre esquivándola, siempre con la sensación de que cada vez que me despedía de Anunnziata podía ser la última. No era eso lo que quería para ella. Hasta que llegó usted come piovuto dalle nuvole... como caído del cielo.

—¿Y esto, es lo que quieres para tu mujer? —preguntó Jacob, abarcando con sus brazos el barco y el río.

—Me gusta esta vida, patron, y a ella también. Es... tranquila.

El italiano se acomodó a su lado, en la barandilla. Sonaron las campanillas de máquinas para indicar que el piloto necesitaba todo el vapor del que dispusieran, quizá para esquivar alguna roca o alguna almadía de troncos. No pudieron ver nada desde babor.

—Hace décadas que mi alma no conoce la tranquilidad, Cuervo —continuó Jacob cuando pasó el peligro.

—Y sin embargo está rodeado de ella, patron —respondió este. Su sonrisa era afable—. Solo que no la ve. Su alma está atormentada y no dejará de estarlo hasta que James Hickok esté bajo tierra. Porque por mucho que no hable del tema, sé que sus ansias de venganza no se han apagado. No se conformará con ganar esta carrera, querrá más.

—Creo que nunca estaré en paz conmigo mismo, amigo.

—Está triste y cansado, patron —el italiano le echó un brazo por el hombro—. ¿Por qué no se echa un rato? Lleva mucho sin dormir en condiciones.

—Quizá tengas razón. Me echaré un rato —dijo, obediente, como si hubiera quedado exhausto después de exponer tan abiertamente sus sentimientos—. Si hay algún cambio, si nos acercamos un poco más al As de Picas, manda que me despierten. No querría perderme el adelantamiento.

—Como desee, patron. Y recuerde, siempre contará con mi apoyo.

..............................................................................................................................

Jacob entró en su camarote, cerró la puerta, se quitó las botas y se echó en su camastro. Enseguida le visitó la imagen de Emma. ¿Habría dado con ella ya aquel cazarecompensas? No lo podría saber hasta llegar a Saint Louis y telegrafiara.

El de Hannibal se fue sumergiendo poco a poco en sus sueños. No supo cuánto rato permaneció en estado de duermevela, pero cuando oyó el leve chirriar de la puerta de su camarote, abrió una rendija en sus ojos. Esperaba ver a Cuervo o a alguno de los tripulantes de El Imbatible, pero en lugar de eso se encontró cara a cara con un espigado indio creek que portaba una pequeña hacha en su mano y caminaba en su dirección con sigilo. El indio, al verle despierto, se arrojó sobre él lanzando un grito airado de guerra. Jacob agarró le sujetó por las muñecas y evitó que el hacha acabara clavada en su cabeza. Con ambas piernas se quitó de encima al indio. El hacha cayó junto a la puerta y ambos se lanzaron a por ella. Jacob llegó antes, pero el creek le agarró de la cabeza y se la estampó contra la pared de madera. El de Hannibal se levantó aturdido, con cientos de estrellas bailando delante de su campo de visión, y con la sensación de tener la nariz y los labios partidos... pero aún portando el arma. Cuando su atacante se abalanzó sobre él, Jacob lanzó el hacha y se la clavó en mitad del pecho. El creek emitió un grito ahogado y cayó al suelo sobre su propio charco de sangre.

Las rodillas le temblaban tanto que las clavó en las tablas, y en ese momento apareció Cuervo con expresión de alerta.

—¡Patron! —Exclamó llegado a su altura—. ¿Está bien? ¿Qué ha ocurrido?

—Supongo que Hickok está desesperado... —respondió Jacob. Se palpó la nariz y dio un respingo provocado por el dolor. Tenía las

manos llenas de sangre.

—Pero si le está chantajeando con lo de las cartas, ¿para qué arriesgarse?

El italiano se rasgó la manga de la camisa con un gesto rápido y se la alargó a su capitán para que cortase la hemorragia.

—Un hombre con miedo no razona —respondió este. Agarró el brazo de Cuervo para incorporarse y se dejó caer sobre la silla del escritorio —. Tendremos que estar más atentos a partir de ahora.

—Mandaré que suba alguien para que limpie esto, patron. Es mejor que vaya junto con Twain y Bixby, lo único que nos faltaba es que nos matasen a los pilotos.

—No. Avise también a Twain para que baje, que pilote un rato Bixby, y ponga a alguien al cargo de su seguridad —ordenó Jacob.

Cuando el escritor entró y vio el destrozo frunció el ceño y su boca formó un rictus de desagrado. Aún así, aceptó el asiento que le ofrecía su amigo de infancia.

—Parece que hemos tenido una visita inesperada —dijo este encogiéndose de hombros—. Tengo una larga historia que contarle, Twain. Empieza en Hannibal, una fatídica noche de junio, hace trece años ya. En ella se mezclan intrigas, asesinatos, huidas, civilizaciones salvajes en mitad del océano, un Dios Kraken… temo que me tome por loco.

—Vamos a plantearnos que estamos todos locos, eso explicaría cómo somos y resolvería muchos misterios —sentenció el escritor—. Soy de mente muy abierta, mi querido Jacob. Permíteme que en privado use su verdadero nombre. Y antes de que empiece, déjeme decirle que nunca pensé que asesinara a Noah, por mucho que los Hickok tratasen de hacer creer lo contrario a todo el mundo. Aunque mi posición al respecto está más que clara, ya que estoy ayudándole en esta carrera. Y ahora empiece a hablar, me encantan las historias, y acaba de llamar poderosísimamente mi atención.

*No hace falta que lo jures, viejo amigo, pensó Jacob.*

........................................................................................................

El tercer día la carrera dio un giro de acontecimientos. Cerca de Cape Girardeau había una parte del río muy complicada llamada Devil’s

Country. Un conjunto de islas con nombres como Devil's Island, Devil's Tea Table, Devil's Bake Owen o Devil's Backbone donde hasta los pilotos más expertos se las veían y se las deseaban con el Gran Río. Al parecer, el As de Picas había encallado en un banco de arena cerca de Devil´s Tea. Twain y Bixby no comprendían cómo un piloto tan diestro como el del As de Picas había cometido semejante fallo, barruntaron que quizá había sido por su desconocimiento del estiaje, pero Jacob les instó para que aprovechasen la oportunidad y tomasen la delantera. Como aquella parte del río era muy estrecha, tenían que pasar muy pegados al barco de Hickok. Fue así como observaron al hacendado capitán Hickok dando órdenes para maniobrar el vapor con tal mal tino que parecía que en vez de querer salir del atolladero quisiera encallar más el barco en el banco de arena.

*El Imbatible adelantó a su oponente con mayores complicaciones de las que habían imaginado. Cuando ambos barcos estuvieron a la misma altura y casi se rozaron, algunos tripulantes del As de Picas profirieron insultos hacia la tripulación de El Imbatible, alentados por los gritos e insultos de James Hickok, que con la cara desfigurada por la ira instaba a su tripulación a abordar El Imbatible ante la mirada incrédula de sus selectos invitados. Y más de un marinero saltó a la cubierta de El Imbatible para acabar en el agua de la mano diestra de Cuervo. La trifulca no les sirvió de nada, puesto que Twain dejó al As de Picas atrás en pocos minutos. Entonces Cuervo comenzó a aplaudir, y pronto todo el barco le acompañó. Annunziata abrazó a Jacob y le dio un par de sonoros besos que hicieron que el de Hannibal enrojeciera como el sol cuando cae durante del ocaso. Se sirvieron más botellas de whisky y vino, casi como si hubieran ganado ya la carrera. Twain y Bixby permanecieron impasibles, sin salir de la timonera, sabían que todavía no había nada que celebrar.*

Y el tiempo les dio la razón. En Muddy Islad, a tan solo cien millas de la meta, se toparon de frente con un banco de niebla tan sólida como un muro.

—¡Tenemos que seguir! —exclamó Jacob cuando vio que Twain ordenaba parar.

—¡¿Está usted loco?! —exclamó este llevándose las manos a la cabeza —. Puede haber mil peligros ahí delante y con esta niebla se nos echarían encima antes de tener margen para maniobrar. Se lo diré claramente: si siguiéramos habría muchas posibilidades de naufragar.

—¡Hickok no se detendrá! —gritó Jacob, zarandeando por los hombros al escritor.

—¡Pues allá él con su conciencia! —Twain apartó las manos de su amigo y se alisó su chaqueta, molesto—. Sé por qué necesita ganar esta carrera, Drew. Y le comprendo, válgame Dios, creo que nadie puede tener más sentido de la justicia que yo y también quería a Noah Growney, tanto o más que usted. Pero no pienso mandar a la tumba a esta tripulación. Tenemos que esperar a que la niebla desaparezca.

Jacob dio un empujón al escritor y este estuvo a punto de caer al suelo, pese a su corpulencia. En su cabeza solo veía una y otra vez a Hickok adelantándoles y llegando el primero a la meta.

—¡Aparta entonces! —Exclamó—. ¡Yo pilotaré!

Alguien giró al de Hannibal, iba a exclamar algo, pero antes de que pudiera hacerlo se encontró con el puño de Cuervo golpeando su ya maltrecha nariz y arrojándole al suelo. Jacob se quedó atónito, con la boca abierta y la sangre corriendo por su garganta, sin poder apartar la vista del italiano.

—No va a morir más gente para que usted pueda cumplir con su venganza, patron... no lo permitiré —dijo tenso—. En este barco viaja gente tan inocente como su amigo Noah...

—¡¡Este barco es mío!! —Intentó levantarse, pero le fallaron las fuerzas—. ¡Todos trabajáis para mí! ¡Se hará lo que yo diga!

—Mire a su alrededor, patron... Twain, su amigo de infancia, Bixby, un piloto con buen corazón, Annunziata, lo que más amo en el mundo, su tripulación, que le admira hasta límites extremos... ¿De verdad quiere cargar con sus muertes? Si el As de Picas nos da alcance y quiere seguir que siga, ya encontraremos la forma de que usted cumpla con su venganza, pero sin poner en peligro a nadie más... recapacite, ¿qué le diría Donovan en este momento?

Jacob miró a Cuervo con los ojos desencajados, como si este hubiera cometido la máxima ofensa posible.

—¿Y tú eras el que siempre me apoyaría? —Siseó poniéndose en pie.

Después, dio un portazo, salió a la cubierta Texas y se metió en su camarote para emborracharse. El As de Picas, como bien temía Jacob, pasó junto a ellos y se adentró en la niebla haciendo sonar su sirena. Pudo escuchar las carcajadas de James Hickok durante minutos, flotaron junto a él dentro de la cárcel etílica donde había encerrado a su mente.

---

Tres horas después, cuando la niebla se levantó por encima de las ramas de acacias y sicómoros, El Imbatible volvió a ponerse en marcha. Varias grullas alzaron el vuelo asustadas, incluso alguna tortuga vio oportuno sumergirse en el agua al oír la sirena del barco y los gritos y maldiciones de Twain. El vapor empezó a silbar y recorrer los grifos del nivel. Las palas recogieron agua. El mundo de nuevo en movimiento. Jacob paseaba por la cubierta principal, con los brazos a la espalda y la mirada triste. El destino se la había jugado de nuevo, y esta vez había acabado de sacar por completo el monstruo que llevaba dentro. ¿Cómo había sido tan egoísta? ¿Tan obtuso? ¿Quién era él para poner vidas en peligro con tanta frialdad? ¿En qué se diferenciaban él y Hickok? Tras un rato en silencio subió a hablar con sus amigos.

—Señores, vengo a pedirles disculpas —fue lo primero que dijo. Sin atisbo de duda o falsedad en sus palabras—. Me he comportado como un auténtico monstruo insensible. Ustedes son todos grandes personas, y debí haberles escuchado, pero parece ser que escuchar a la gente sabia no es una de mis virtudes. Nunca lo fue. Cuervo, gracias por el puñetazo, es el segundo puñetazo que me da un amigo y el segundo puñetazo con el que aprendo una lección. Twain, señor Bixby, son tan buenas personas como pilotos de río, y lo han demostrado durante todo este viaje. No tengo palabras para agradecerles lo que han hecho por mí.

—Usted es un buen capitán, Drew —dijo el viejo, desde el banco—. Al final ha sabido entender que no todo vale con tal de conseguir nuestros propósitos.

El italiano dio un par de pasos al frente y extendió su mano.

—Es un honor compartir su camino, Patron —dijo. Jacob la estrechó y se sintió sumamente reconfortado.

—Bien —se giró hacia Twain, que se afilaba el bigote con una mano, sin apartar la vista ni hablar—. Mantenga la velocidad que considere adecuada, Twain. Esta carrera ha terminado. En Saint Louis les pagaré a todos y podrán hacer lo que quieran.

—Capitán Drew —respondió el escritor—, una carrera no se termina hasta que no se llega a la meta.

Jacob sonrió y Twain hizo lo propio. Aunque no podía evitar sentir una laceración en el pecho al imaginar a James Hickok y su cohorte

de aduladores esperándoles en la línea de meta. Hickok les estaría relatando sus bravuconadas y todo el mundo reiría con falsedad. Le esperaba una gran humillación en el puerto.

Cuando el de Hannibal abandonaba la timonera para encerrarse en su camarote, un grito de alarma proveniente de alguien de la tripulación le heló la sangre en las venas.

—¡Cuidado, un barco nos adelanta por babor! ¡Vamos a chocar!

Mark Twain dio un golpe de timón en cuanto vio que se les echaba encima una nave aparecida de la nada. Un barco oscuro como la brea, como el fondo de un pozo, como una noche sin fin. Un navío que Jacob ya había visto cuando era un niño y que prefería olvidar. Un escalofrío le recorrió de pies a cabeza, acompañado por una canción mal tarareada: Los bancos de arena se mueven bajo las aguas, nanana, los escollos aparecen y desaparecen, nanana, los rabiones estrechos aguardan, los tocones rasgan los cascos, nanana, y a veces… solo a veces, aparece él…

El Marie Jane pasó junto a El Imbatible a tal velocidad que apenas pudieron seguir su trayectoria antes de adentrarse en la cada vez menos espesa niebla que flotaba sobre el río. Aún así, hizo vibrar con tanta fuerza el barco que creyeron que zozobraría. Cuando El Imbatible se estabilizó un silencio total invadió todo en millas a la redonda. Como si la vida en el Mississippi hubiera contenido el aliento ante el barco fantasma.

—Muerte… —susurraron al mismo tiempo Twain, Bixby y Jacob.

Y aquellas agoreras palabras fueron premonitorias. Muerte fue lo que encontraron poco antes de llegar a Saint Louis, en Sulphur Springs. El As de Picas ardía por completo, con llamas que bailaban a muchos pies de altura, y se hundía en el río. Decenas de cadáveres flotaban en el agua y teñían su superficie de un rojo carmesí. Había muertos quemados, otros desmembrados, y algunos sin un rasguño, incluso con los rasgos serenos. Como si la muerte solo les hubiera tocado para cerrarles los ojos por respeto. Varias chalupas recogían a los supervivientes, que entre gritos y lágrimas movían los brazos para ser rescatados. Aquel tramo se había convertido en un auténtico infierno.

—¡Les ha explotado una caldera! ¡Apostaría todo el oro del mundo! —Exclamó Horace Bixby.

—Accidenti… —dijo Cuervo con los ojos temblando en sus cuencas.

Jacob estaba sobrecogido, pero no pudo evitar buscar entre aquella tragedia a James Hickok. Suplicó porque estuviera vivo, por no encontrárselo hinchado en mitad del río. El destino no podía fallarle otra vez o ya sería algo personal. Noah merecía ser vengado por Jacob. Salió de la timonera y gritó a dos tripulantes de una chalupa:

—¡¿Dónde está James Hickok?! ¡¿Sigue con vida?!

Los hombres le miraron extrañados, pero uno de ellos, un tipo rubio y con la tez amarillenta respondió:

—Fue de los primeros rescatados, señor. Hace pocos minutos que abandonó la zona —se giró y señaló hacia un pequeño monte que había tras ellos—. Un tren de la Iron Mountain Railroad paró en las vías para ver la carrera, y muchos viajeros bajaron a ayudar cuando vieron la explosión, pero al poco de que subiera en la locomotora el señor Hickok el tren se puso en movimiento.

—¡Maldito sea ese hijo de mil putas! ¡Debió sobornar al maquinista!

—¡Drew, tenemos que hacer algo! —Exclamó Twain saliendo de la timonera.

—¡Tiene razón! No podemos dejar así a estas pobres gentes —dijo Jacob, que ya empezaba a remangarse—. ¡Echad el ancla! ¡Tenemos que prestarles ayuda!

Todos aplaudieron el cambio de actitud del capitán, quien horas antes no hubiera dudado en subirse al siguiente tren para perseguir a James Hickok. Jacob se quitó la chaqueta y la camisa y saltó al agua para salvar a una mujer cuyas fuerzas apenas le permitían salir a flote. Cuervo fue tras él. Todos en El Imbatible se prepararon para ayudar a los heridos.

# 38

Llegaron a puerto de Saint Louis de noche. Pese a la tragedia, una comitiva de cientos de personas les esperaban con aplausos, con salvas, con banderas patrióticas y con toneladas de confeti. La ciudad de partida hacia las grandes praderas del interior y hacia el salvaje oeste, se había engalanado para recibirles. La orquesta sinfónica, mucho más profesional que la banda que les había despedido en New Orleans, comenzó a tocar una canción alegre. El Imbatible no solo había ganado la carrera, sino que se había cubierto de gloria al ayudar a salvar a la tripulación y a los viajeros del accidentado As de Picas. También había batido el record de velocidad anterior para cubrir la distancia entre New Orleans y Saint Louis, haciendo el recorrido en tan solo tres días, veintiún horas y catorce minutos. Los periodistas del Kansas City Times, del St. Joseph Gazette, del St. Louis Globe—Democrat e incluso del New York Times, se agolpaban por detrás del atril de un pequeño escenario donde aguardaba el alcalde James Thomas para dar la bienvenida a los héroes. Los ciudadanos de Saint Louis, una orgía de trajes de terciopelo, miriñaques y polisones, de perfumes caros y olor a sudor, se empujaban unos a otros contra un cordón rojo que había puesto la policía desde el muelle hasta el escenario para servir de guía a los dos grandes protagonistas: Ernest Drew, propietario y capitán de El Imbatible, y Mark Twain, el afamado escritor y ahora también reconocido piloto.

Los aparatosos flashes de ignición manual de las cámaras saltaron en cuanto el capitán puso un pie en la pasarela. Los periodistas dispararon preguntas a diestro y siniestro, las ovaciones del público no se hicieron esperar, pero todos callaron cuando Ernest Drew, cargando a una anciana con quemaduras en las piernas, gritó:

—¡Bajen primero a los heridos! ¡Los del puerto, que traigan médicos y suban a echar un cable, por el amor de Dios!

Los periodistas se miraron unos a otros en silencio, confundidos, sin moverse ni un ápice. Entonces, uno de ellos, joven y valiente, pasó por debajo del cordón policial y corrió para ayudar a bajar heridos del barco. Tras él, varios policías abandonaron su puesto y corrieron también para auxiliar. En poco tiempo todo el mundo se agolpó en la pasarela.

—¡Que vengan los médicos y enfermeros del puesto de guardia del puerto! —Pidió el republicano James Thomas cuando se recompuso. Aquello no estaba saliendo como había previsto.

Mucha gente se acercó a hablar con Jacob aquella noche. Le trataban como a un héroe nacional, como si hubiera ganado una gran batalla durante la guerra. Pero él no deseaba laureles, tan solo quería encontrar a James Hickok y a Emma. No podía quitarse aquello de la cabeza, y no estaba seguro de a cuál de los dos quería encontrar primero. Cuando iba a retirarse, una mano femenina le sujetó por el codo entre el gentío. Jacob se giró y se encontró de frente con Madame Marie Laveau. La sorpresa fue mayúscula. La criolla no parecía haber envejecido ni un solo día desde que la viera tantos años atrás en New Orleans. Iba elegantemente vestida con un vestido verde con amplio escote, y estaba acompañada por un hombre con sombrero tejano que tenía una cicatriz profunda bajo el ojo derecho. El caballero se presentó como Rick, a secas. La pareja formaba un dúo que desprendía malignidad y peligro.

—Tú… —articuló Jacob.

Dio un paso atrás y se sintió levemente mareado. Todo en aquellos dos le repelía.

—Yo, la Madame —dijo ella y su risa estridente penetró en la cabeza del de Hannibal—. Volvemos a vernos, señor… Drew. Poco queda de aquel chico tembloroso y débil que vino a mi mansión en busca de ayuda. Pero no tema, no vengo a pedirle que me devuelva el favor. Ya le dije en aquella ocasión que me lo cobraría sin que se diera cuenta. Y cobrado está. Espero que no le importase que para ello tuviese que escribir a su amigo Twain por usted. Con Horace Bixby como piloto jamás hubiese ganado la carrera. Lo vi en las entrañas de una cabra.

—¡Fue usted!, ¿por qué lo ha hecho? —Preguntó él, confuso. Su vista se oscurecía, como si fuera a caer desmayado— ¿Por qué me ha ayudado de nuevo?

—Porque me cae bien, y porque me ha hecho ganar mucho dinero esta noche.

—Pero podía haber apostado también por Hickok… —casi no podía mantenerse en pie. Una extraña y repentina debilidad se había apoderado de su cuerpo.

—Por poder, Marie Laveau puede hacer muchas cosas, caballero —intervino Rick con tono condescendiente—. Cosas que ni imagina, ni

quiere saber. Pero por alguna extraña razón ha debido caerle en gracia a la Madame. Es una caprichosa incorregible —se inclinó y le dio un beso obsceno en el cuello. Ella sonrió y cerró los ojos—. Y bien, querida, ¿nos marchamos? Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—Sí, querido —respondió ella. Se giró hacia Jacob y su sonrisa se volvió más lasciva—. Ha sido un placer volver a verle, señor Drew. Y no tema, nuestros caminos no volverán a cruzarse. Palabra de Madame.

Twain puso una mano sobre el hombro de Jacob y este se dio momentáneamente la vuelta. Cuando vio que se trataba de su amigo volvió a mirar al frente. Tenía que preguntar a Marie Laveau si conocía el paradero de Hickok y Emma. Hickok y Emma, pensó, te ha venido a la mente en ese orden, ¿te das cuenta de quién es más importante para ti?

La hechicera y su extraño acompañante habían desaparecido entre el gentío y él volvió a sentirse bien. Nada de mareos o debilidad. Como si al marcharse aquella extraña pareja él hubiera salido de una especie de conjuro. Mark Twain se situó a su lado.

—¿Busca a alguien en especial, Ernest? —preguntó con preocupación —. Su cara parece una máscara griega, ¿está bien?

—Sí, sí, no se preocupe, Twain. ¿No disfruta de la fiesta?

—Me gusta el éxito y beber como al que más —respondió antes de dar un largo suspiro—, pero creo que hasta aquí llegan nuestras aventuras juntos.

—¿Se marcha ya, Twain? —Jacob no quería reconocerlo, pero estaba apenado.

—El trabajo me requiere y usted ya tiene en El Imbatible a un gran piloto. Lo que yo tenía que vivir en el Gran Río ya lo he vivido. Ahora me mueven otros intereses, ya sabe, la escritura. En el Chicago Republican me darán una patada bien grande si no entrego un par de artículos urgentes. Y si ya le soy del todo sincero, también tengo una cita con una bella dama y llevo demasiado tiempo postergándola. Ya sabe: Para Adán el paraíso era donde estaba Eva.

Jacob rió con ganas, pero la frase jamás se le olvidaría. Su Eva estaba desaparecida.

—Nunca te agradeceré suficiente lo que has hecho por mí, Samuel —

le tuteó y le llamó por su verdadero nombre.

—Bueno, con que no desaparezcas de nuevo y tomemos algo juntos de vez en cuando me vale —respondió el escritor. Se estrecharon la mano y se dieron un abrazo.

Después, Mark Twain se subió a un carruaje con la misma maleta con la que había aparecido en el puerto de New Orleans casi cuatro días antes. Jacob caminó esquivando a periodistas, empresarios, políticos y damas de alta alcurnia. Solo quería estar junto a Cuervo, Annunziatta y Bixby.

# 39

El vagón de tren permanecía silencioso a aquellas horas de la noche. Tampoco viajaba mucha gente en él, salvo un granjero borracho que había querido trabar amistad horas antes con Jacob y Cuervo y que iba camino de visitar a unos parientes en

Tennessee, el vigilante del expreso, puesto allí para evitar robos en la caja de caudales, y ellos dos. Cuervo dormitaba, con su sombrero tapándole los ojos y el cuello echado hacia atrás. No encontraba la postura perfecta para quedarse dormido por completo. Jacob, a su lado, intentaba discernir lo que había más allá del cristal, aquello que la oscuridad exterior devoraba a su paso.

—Me niego a creer que este trasto esté acabando con los vapores —pensó en alto el de Hannibal.

—Pues eso parece, patron —respondió el otro. Se colocó bien el sombrero. Era tontería intentar dar una cabezada y además empezaba a tener hambre—. Ho fame...

—¿Maroney nos espera en la estación?

—Así es. Duerma un rato, aún queda viaje, patron.

Jacob no creyó poder dormir, pero cerró los ojos. Estaba emocionado, por fin, después de dos meses de búsqueda, habían dado con James Hickok. Casi al momento se recriminó el alegrarse por aquello cuando sus detectives no habían dado aún con Emma. Sin duda ella era más lista que Hickok y había conseguido borrar todo rastro. Sus pensamientos se fueron ralentizando y dieron paso a recuerdos de su infancia, como solía ocurrirle cada vez que iba a quedarse dormido. Nunca lo hubiera reconocido en público, pero el ruido de la locomotora le relajaba, tanto que sin darse cuenta acabó con la cabeza apoyada en el hombro del italiano. Un par de horas después, Cuervo le dio con el codo para que se despertase. Habían llegado y el tren ocupaba ya el apartadero. En la estación, a aquellas horas intempestivas, solo había un hombre, abrigado con una levita, un traje de tela de Kentacky con botones de hierro y un pañuelo al cuello. Llevaba el sombrero calado hasta las cejas y les miró con cara de pocos amigos. Cuervo intercambió unas palabras con el tipo, después

se dirigió a Jacob.

—Sigámosle, patron.

Fuera, atados a un poste, les esperaban tres caballos frescos. La luz de la luna llena fue un regalo para realizar con éxito el trayecto que les aguardaba. Cada uno montó en su caballo, y siguieron al guía hasta perderse por un bosque cercano. Allí, al noroeste de Tennessee y al suroeste de Kentucky, se toparon con una de las zonas más aisladas y desoladas de todo el país. Jacob jamás había visto tanto cenagal en su vida, y eso que conocía bien las crecidas del Mississippi. Trotaron con más calma junto a cañaverales y lagos, en dirección a un territorio cada vez más intransitable. Un lugar donde no llegaría ni la mirada de Dios.

—¿Está por aquí? —preguntó Jacob al cazarecompensas.

—Muy cerca, cerquísima. Ha sabido esconderse bien... sí, muy bien. Esta zona está poco habitada y abunda la caza y la pesca, no se moriría de hambre. Hemos tenido suerte de encontrarlo en época seca, si fuese primavera el agua estaría más alta que estas cañas de bambú. No se separen mucho de mí, no vaya a ser que un comecañas les confunda con algún animal y les dispare.

—¿Comecañas? —Preguntó Cuervo.

—Los habitantes del cañaveral. Gente salvaje y analfabeta. Son pobres como las ratas, y siempre están fumando rapé y comiendo carne de cerdo. Mejor no tratar mucho con ellos.

—Me deja usted más tranquilo, todavía no ando a cuatro patas ni tengo el rabo enroscado.

Continuaron cabalgado por una cañada para animales, que a veces, de tan fina, parecía desaparecer. Tras una hora llegaron a un claro triste y lóbrego, donde se asentaba una cabaña de madera con un pequeño granero y una valla desvencijada en varios puntos. El cazarecompensas estiró la mano hacia Jacob y este sacó un fajo de billetes y se lo extendió. Maroney lo contó y sonrió satisfecho al ver que había dinero de más. Después, agarró su caballo y se fue.

Jacob bajó del caballo y Cuervo hizo lo propio. Los ataron al tronco de un árbol y caminaron agachados hasta unos matorrales desde donde se podía ver más de cerca la cabaña. A través de una de las dos ventanas que daban al este vieron la tenue luz que proporcionaba una vela de sebo. Era la única señal visible de que allí viviese alguien. Para

regocijo de Jacob, aquel páramo inhóspito no habría resultado muy del gusto de James Hickok, acostumbrado a sus esclavos y a su Châteauneuf—du—Pape— Calcernier de principios de siglo. Sonrió para sus adentros y sacó un revólver Navy. Cuervo, al verle, sacó un Tranter, mucho más pesado.

—Intenta entrar por alguna ventana —susurró Jacob—. Yo patearé la puerta. Si tienes la oportunidad de reducirle, hazlo, pero ni se te ocurra matarlo. Es mío.

*—¡Per ordinare! —Bromeó el italiano.*

Bajaron hasta el claro arrastrándose por el suelo, no podían arriesgarse a ser vistos o escuchados. Maroney les había dicho que según los lugareños Hickok vivía solo en la cabaña, que no se fiaba de nadie. Jacob llegó hasta el porche, se asomó a un lateral de la cabaña y vio a Cuervo levantando en total silencio una de las ventanas. Asintió y el italiano le indicó que todo estaba bien. Entonces levantó el arma y dio una patada con todas sus fuerzas a la destartalada puerta de entrada.

—¡Ríndete, Hickok! —Gritó a la penumbra del salón.

Allí no había nadie. Oyó un golpe sordo en una de las habitaciones y después un disparo. Alguien corría hacia él. Apenas podía ver más que contornos porque la luz de la vela estaba a punto de extinguirse, pero por nada del mundo podría confundir la silueta de su enemigo con la de otro. Y menos si venía en ropa interior blanca. Hickok corría hacia él, pero mirando hacia atrás. Huyendo de Cuervo, aunque el italiano no le seguía y eso era mala señal. Jacob pensó lo peor al ver el leve brillo del arma que portaba Hickok en su mano. El de Hannibal le frenó poniéndole el cañón de su navy en el pecho. James Hickok se giró de golpe y le miró a los ojos horrorizado, intentó levantar el arma, pero Jacob se le adelantó.

—Da recuerdos a tu padre en el infierno —después, disparó a quemarropa.

James Hickok soltó su arma y clavó las rodillas en el suelo rodeado por la humareda del cañón de revólver. Un hilillo de sangre escapó de la comisura de su boca y comenzó a caer al polvoriento suelo de tablas. Se había llevado las manos a la herida, pero la sangre manaba con fuerza y no servía de nada. Miró hacia arriba, directo a los ojos de Jacob Walters. Para sorpresa de este, sonreía.

—¿La has encont... entrado? —Preguntó refiriéndose a Emma.

Jacob negó con la cabeza, sin un rastro de piedad en sus ojos. James Hickok comenzó a reír y a atragantarse con su propia sangre. El de Hannibal apoyó el revólver en su frente y disparó por segunda vez. No más palabras.

Noah y Donovan estaban vengados. Pareció entonces como si los últimos trece años y los cientos de vivencias le propinaran un derechazo. Se sintió abatido, sin fuerzas, sin ganas de seguir. Clavó las rodillas en el suelo, como segundos antes había hecho su gran enemigo. Y lloró, como un niño al que su madre abandona en mitad del mercado para no volver nunca a por él. Se abrazó a sí mismo, de repente tenía frío. Gritó hasta desgañitarse, y luego permaneció en silencio.

Una tos le hizo reaccionar.

—¡Cuervo! —Exclamó, volviendo a la realidad. Corrió hacia la habitación contigua. Allí se encontraba el italiano. Taponaba una herida de bala por encima de la rodilla izquierda, y estaba a punto de desmayarse.

*—¡Patron! —respondió este al verle, con ojos alegres, pero rictus de dolor —. ¡¿Le ha matado?! Ese figlio di Puttana no sabe ni disparar. Estaba en la cama acostado y me vio levantar la ventana... me tenía a bocajarro y me ha dado en la pierna, ja, ja.*

—¡Maldita sea, Cuervo, no malgastes saliva! —Jacob arrancó un trozo de sábana y le hizo un torniquete—. Hickok está muerto. Por fin se ha hecho justicia.

Agarró al italiano y se lo echó sobre el hombro. Tenían que encontrar un médico. Antes de salir de la cabaña, agarró la vela y la arrojó sobre las cortinas. Prendieron, y el fuego comenzó a ascender hasta el techo, devorando todo a su paso. El infierno venía a por su próximo inquilino.

# 40

Las palas de la rueda movían la espumosa agua del Mississippi. El día era húmedo y un sol de muerte provocaba que todos los viajeros de El Imbatible buscaran la sombra y se refugiaran dentro de los salones o de los camarotes. Todo estaba tranquilo en el río, así que el señor Bixby podía dedicarse a charlar con el montón de pilotos ociosos que habían embarcado en Saint Louis para conocer de primera mano a los ganadores de la carrera del siglo. Los pilotos charlaban sobre sus vastos conocimientos sobre el Mississippi. Los más viejos hinchaban el pecho para decir que ellos habían pilotado con peores barcos, y aquello parecía darles un rango más alto y digno. Aún así, el ambiente era festivo dentro de la timonera. Para ellos era un lujo embarcar en un vapor así, por lo que las disputas no eran frecuentes.

Jacob paseaba junto a Cuervo por la cubierta de calderas. El italiano aún cojeaba, pese a que la herida cicatrizaba bien. El de Hannibal no pudo evitar sentir una punzada de remordimientos y deseó que no le quedasen secuelas. El médico había dicho que sanaría perfectamente, así que quiso creerle. Saludaron a una mucama que limpiaba el pasamanos, y a dos ingenieros que jugaban a las damas sentados a una pequeña mesa. El día era idílico.

—Llevo rato dándole vueltas a lo que me dijo anoche, patron —el italiano rompió el silencio. Jacob ya sabía que rumiaba algo—. Lo hablé en la cama con mi Annunziatta, y no podemos aceptar su regalo. ¡El Imbatible es suyo! Vale cientos de miles de dólares, eso es mucho dinero. ¡No podríamos dormir tranquilos!

—Ya no hay marcha atrás, Cuervo —Jacob sonrió con sinceridad. No esperaba menos de la pareja—. El papeleo está hecho. El barco ya es vuestro. En cuanto desembarque en Hannibal tú serás el capitán. ¡Capitán Cuervo! No suena mal, ¿eh?

Dejaron un villorrio atrás con algunas casas modestas y un par de oficinas. A Jacob le parecía que la vida a orillas del río a veces pasaba muy deprisa. Cuando él era pequeño todo era mucho más lento, o al menos, así lo recordaba. Podían pasar años que los perfiles y contornos del río se mantenían sin cambios.

—¡Es usted un buffone, patron! —exclamó el italiano—. Y ahora escúcheme. Alquile el barco, deje que Annunziatta y yo le acompañemos en su búsqueda. Entre los tres tardaremos menos en encontrar a la signora Growney, y para cuando lo hagamos volveremos al río, los cuatro.

—No podría hacer eso, Cuervo —negó con la cabeza despacio, con la vista perdida en el horizonte—. Bastante en peligro os he puesto ya. Esto lo tengo que hacer yo solo. Tenéis que vivir vuestra vida, no la mía. No sé si tardaré una semana en dar con Emma o si no la encontraré nunca. Pero sí que sé que esto, el barco, el río, la gente de estos pueblos… os gusta. No quiero separaros del Mississippi y os lo debo, por toda la ayuda prestada.

—¿Ayuda, patron? —preguntó el otro, incrédulo—. Usted nos sacó de Five Points y desde entonces no nos ha faltado de nada. Nunca vi a mi mujer más feliz. Si alguien tiene que dar las gracias aquí somos nosotros.

Jacob sintió que se le empañaban los ojos. No quería mirar al italiano y que se diera cuenta, aunque este se encontraba en la misma situación. Dos hombres hechos y derechos a punto de echarse a llorar.

—Pues si me estáis agradecidos cerrad ya la boca y quedaos con el barco —dijo con voz temblorosa—. Yo ya no lo quiero para nada. Mi sueño de niño era tener esto. Bueno, no ser capitán, sino pilotar un vapor de como El Imbatible, pero ahora me repele toda esta suntuosidad. Me he dado cuenta de que es todo lo contrario a la sencillez, belleza y tranquilidad del río.

Vieron en la distancia cómo unos negros quemaban bagazo y pronto llegó a ellos el olor ocre. Se cruzaron con otro vapor donde una banda de música amenizaba a ricachones hacendados. Los dos barcos hicieron sonar su sirena al cruzarse. Los pasajeros se saludaron.

—¿Qué hará si no la encuentra? —preguntó el italiano.

—No lo sé —respondió Jacob con sinceridad—. No entra en mis planes no hacerlo.

—Pero ni Maroney ni ese otro detective de New Orleans han dado con pistas. Y son especialistas en encontrar gente desaparecida, ¿y si la signora Growney está…?

—Ni se te ocurra acabar esa pregunta, Cuervo —ordenó el de Hannibal enfadado— . Emma está viva. Escondida, pero viva. Tengo

que conseguir hablar con ella. Podemos solucionar esto, lo sé. Ella es… es lo único que me queda de mi infancia más inocente. Ella sabe que yo fui otra persona, que dentro de este monstruo en el que me he convertido habita un niño ingenuo y con miedo. Los únicos años que merecieron la pena los viví junto a ella y su hermano. Ella no puede… no puede estar…

—Seguro que la encontrará, patron. Volere è potere —Cuervo apoyó una mano encima de su hombro y le infundió ánimos. Dos lágrimas le corrían por la mejilla—. ¡Y no hay nadie más persistente que usted!

Jacob se giró hacia él. Ahí, delante, tenía un amigo de verdad. Sabía que podía contar con él para lo que fuera, y eso le reconfortaba. Existían buenas personas en el mundo, solo había que saber encontrarlas.

—Volveré. Trata bien a este barco, tanto como si fuera Annunziatta. Y sobre todo respeta al río, y él te respetará a ti. Tienes un gran piloto bajo tu mando.

Cuervo dio un gran suspiro y abrazó a Jacob. Este no se acostumbraba a ser abrazado, pero lo agradeció. Cerró los ojos con fuerza para no llorar, pero le fue imposible.

—Gracias por todo, patron.

—Gracias a ti, amico —bromeó el de Hannibal.

# 41

Durante varias semanas permaneció en Hannibal recabando información para averiguar hacia dónde se podía haber dirigido Emma, pero nadie parecía saber nada. La criada negra de Hickok le dijo que su señora había llegado con lágrimas en los ojos y muy alterada, que había hecho las maletas y se había llevado al señorito con ella. No dijo a dónde iba, solo agarró un carruaje y se marchó como alma que lleva el diablo. Y desde entonces, nada. La criada tan solo le dio una pista: al parecer George W. Towel, un abogado de Hannibal, había recibido instrucciones de Emma Growney para vender la hacienda.

No encontró al abogado en su despacho de la calle Pine, pero dio con él a la salida de la iglesia metodista. Cortejaba a una chica, y cuando Jacob les abordó, el hombre se mostró ridículamente servil y aceptó el dar un paseo junto al afamado Ernest Drew. Sí, efectivamente, Emma Growney era su cliente, pero sintiéndolo mucho no podía decirle nada más. Secreto profesional. Jacob intentó sobornarle, pero aquel tipo era honrado hasta decir basta. Tampoco las amenazas surtieron efecto con él, y cuando Jacob le propinó un puñetazo y le rompió la nariz, el sheriff Vaugthman le detuvo. Gracias al sheriff el abogado no presentó demanda contra él, sin embargo, le instaron a abandonar Hannibal durante un tiempo. Y así fue como Jacob comenzó su viaje por el país.

Visitó primero los condados cercanos. Preguntó por Emma en comercios, madererías, plazas, salones, comisarías, oficinas de correo, bufets de abogados, lupanares, haciendas. Nadie sabía mucho, aunque a todo el mundo le sonaba Emma Hickok, la esposa del desaparecido James Hickok. Lo que no entendían era por qué Ernest Drew, el propietario de El Imbatible la buscaba. Pronto hubo rumores sobre si eran amantes, pero a Jacob no le importó. Tenía que encontrarla. Solo eso importaba. Así que no cejó en su empeño, hiciera calor, frío, lloviera o nevara. Conforme se fue alejando de los condados de Marion y Ralls menos gente conocía a Emma, y más huraños eran con él. Pese a todo, continuó con la búsqueda, hasta que Missouri se le quedó pequeño. Hasta que comprendió que ella se había tenido que marchar mucho más lejos.

En Illinois tampoco la encontró. Creyó hacerlo en cierta ocasión, pero

fue un espejismo. Confundió de lejos a una bella inmigrante alemana con Emma. La chica, hija de unos granjeros que se habían instalado en Collinsville no mucho tiempo atrás, dio un grito cuando la asaltó y varios tipos vinieron a socorrerla. Fue la segunda vez que le echaron de una población tras partirle la nariz a Towel en Hannibal.

Cuando llevaba un año buscándola perdió la calma y la cordura. En Asbury, Iowa, estuvo todo el día en un salón bebiendo whisky. Al caer la noche, fue a la plaza del pueblo y comenzó a disparar con su revólver al firmamento preguntando que dónde estaba Emma. Nadie se atrevió a salir de su hogar, y como la población era tan pequeña ningún sheriff vino a detenerle. Amaneció en un antiguo barracón de esclavos, sin saber cómo había llegado allí. Sin su arma, con las piernas doloridas. Como si hubiera estado caminando durante toda la noche. Desde aquel día dejó de asearse, su barba se volvió descuidada, su ropa androjosa, su mirada perdida y sus gestos nerviosos. Estaba poseído por la desesperación. Emma tenía que escuchar su historia al completo. Su versión de todo. Y estaba seguro de que entonces le perdonaría todo, y quizá, si ella aún le amaba...

El segundo año de búsqueda una pista falsa le llevó al distrito de Storyville en New Orleans. Allí se encontraban decenas de sótanos que servían de prostíbulos para los pobres. Encontró el que buscaba y entró. Olía a tabaco, a sexo insalubre, a licor barato, a perfume anacarado de criollo y a cosas peores. La depravación hacía buenas migas con la música, y las notas de una canción melancólica de jazz se dejaban oír entre tanta oscuridad y mierda. Aquel no era el sitio de Emma. Apenas había otra cosa que prostitutas con perfumes florales y tipos apestosos y tan mal vestidos como el propio Jacob. Imposible que su amada acabara en un sitio así. Muy mal debía haber cuidado su economía, puesto que la venta de la hacienda de Hickok le habría dado unos suculentos beneficios. Cuando iba a abandonar el lupanar, dos tipos le agarraron y le dieron una paliza al son de jadeos de furcias y música rag time. Le robaron el poco dinero que llevaba encima y le arrojaron fuera, a la calle. Se arrastró junto a un cubo de basura y se desmayó. Por tres días estuvo mendigando por aquellas cloacas, necesitaba comer para seguir buscando, y estaba tan enloquecido que se olvidó que tenía dinero en el banco.

Al tercer año no recordaba su nombre, solo el de Emma. Llevaba el pelo muy largo y sucio, al igual que la barba. Asaltaba a la gente, fuese hombre, mujer o niño al grito de "¡¿Dónde está Emma?! ¡Lo sabes, no me lo ocultes!". Recibió muchas palizas, más que un perro callejero. Le metieron en calabozos, los niños se burlaban de él y le tiraban piedras. Las mujeres se alejaban horrorizadas cuando le veían

venir. Había caído en un pozo sin fondo. La locura se había asentado en su mente y no parecía querer marcharse. No tuvo conciencia de los lugares que visitó o de con quién habló. Dejó de comer, tan solo bebía agua, caminaba y balbuceaba. Hasta que una mañana, cuando pasaba junto a un vivero en Clinton, Kentacky, perdió el sentido y cayó al suelo. Hicks, el anciano propietario, lo descubrió media hora después y lo llevó a su casa. Allí le proporcionaron cuidados médicos, le asearon y le dieron de comer. Jacob estuvo a punto de morir, pero volvió a sobrevivir. De nuevo la muerte pasando de largo. Una vez más.

Hicks era un viudo, sin hijos, por eso y por caridad cuidó de Jacob hasta que este se recuperó. Durante semanas se sentaba a su lado, en una pequeña silla en la habitación o en el porche, y le leía la biblia y le daba conversación. Conforme pasaban los días, Jacob iba recuperando la memoria y sanando también de su locura. Hicks le daba trabajo en el vivero, y a Jacob le encantaba vender árboles, pero el viejo murió cinco meses después de la llegada del de Hannibal, así que este se vio de nuevo en la calle y solo. Decidió que ya no buscaría más a Emma. La amaba con locura, pero era hora de volver a Hannibal.

Compró con el dinero que le quedaba en el banco una cabaña a las afueras de Hannibal, a orillas del Mississippi. También adquirió un pequeño vapor. Le llamó el Emma Growney, y aunque no se parecía en nada a lo que él soñaba de pequeño, le cogió mucho cariño. Con la licencia de piloto y conociendo aquella zona del río, hizo algunos negocios que le permitieron salir adelante. Le encantaba transportar algodón y ganado. Disfrutaba con el Mississippi como no lo hacía desde pequeño, era el hijo pródigo del Gran Río. Y aunque no podía quitarse de la cabeza a Emma, intentó hacer vida normal. Incluso se puso en contacto con Cuervo y Twain. El primero le visitó junto a Annunziatta pocas semanas después de que se hubiera instalado en Hannibal. Ella estaba embarazada y no podían ocultar su felicidad. El Imbatible les había proporcionado mucho dinero y habían comprado una hacienda cerca de Saint Louis. El italiano quiso devolverle el barco, aduciendo que ellos ya tenían dinero suficiente con el que vivir el resto de sus vidas, pero Jacob no quiso ni hablar del tema. Les felicitó por el hijo que estaba por venir y pasaron unas jornadas muy agradables. En ningún momento preguntaron por Emma, y él lo agradeció.

Mark Twain también pasó con él unos días, un mes después de que el matrimonio de italianos se marchase. Tampoco preguntó por Emma. No hacía falta, la cara de su amigo lo decía todo. Cuando los negocios

de Jacob le permitían un descanso se iba a pescar con el escritor. Agarraban un pequeño esquife y se plantaban en mitad del Mississippi. Allí hablaban durante horas de todo lo habido y por haber. Del río, de política, de vapores, de literatura. Incluso Twain le leyó fragmentos del libro en el que estaba trabajando y Jacob no pudo evitar pensar que Tom Sawyer le recordaba bastante a su infancia.

Poco después Jacob vendió el Emma Growney y se dedicó solo a pescar y a un pequeño huerto que tenía junto a la cabaña. No hacía vida social alguna y la visita de sus amigos se fue espaciando. Los italianos habían tenido gemelos y vivían muy felices en su hacienda, y Mark Twain triunfaba con cada una de las novelas que publicaba y recorría el país de cabo a rabo hablando sobre literatura.

Un día lluvioso, el viento azotaba los laterales de su cabaña y parecía que la fuera a derribar de un momento a otro. Jacob se encontraba enfermo, temblaba de frío pese a que estaba junto a la hoguera y no daba a basto para poner barreños en las goteras. Llevaba días sin salir de la cabaña, no tenía ni fuerzas ni ganas. En el pueblo le llamaban "el huraño Drew" desde hacía tiempo, y aunque era una leyenda por la carrera del siglo, ya nadie quería tratar con él. De hecho, había echado a gritos a varios vecinos y a algunos vendedores ambulantes de su pequeña propiedad. Por eso, cuando sonaron unos golpes en la puerta lanzó un par de maldiciones y no se levantó a abrir. Quería que le dejaran solo, estar tranquilo. Dos nuevos golpes se dejaron oír, seguidos de un fuerte empellón. Jacob se levantó de mal humor.

—¡Déjenme en paz! —Gritó en dirección a los golpes.

Pero quien estuviera al otro lado no cejó en su empeño y siguió aporreando la puerta. Jacob agarró una escopeta, no iba a usarla, pero sabía que aquello asustaría a quien fuese que estuviera al otro lado. Cuando abrió la puerta dispuesto a seguir maldiciendo, una bofetada le cruzó la cara. Ni la vio venir, tan solo sintió el dolor y que la cabeza se le giraba noventa grados.

—¡¿Es así como tratas a las damas, Jacob Walters?! —Emma estaba empapada de arriba abajo. Con el vestido blanco lleno de barro por los bajos, con el pelo rubio apelmazado en la frente, y aún así, tan bella como un ángel. Los años parecían no haber transcurrido por ella. No tenía ni una arruga, ni las canas se habían atrevido a manchar de blanco su melena.

—Em... Em... —tartamudeó sin acabar de creer lo que estaba viendo. Llegó a pensar que se había vuelto loco de nuevo.

—¡Emma Growney, sí, señor! —Le apartó de un empujón—. ¿Dónde están tus modales? ¿Es que no piensas dejarme entrar? ¡Mira cómo estoy por tu culpa!

Antes de lo que se tarda en dar un suspiro ella ya estaba calentándose las manos en el fuego. Jacob se dio la vuelta. Allí la tenía. Su vida, su gran amor, había regresado después de todo. Cerró la puerta, vacilante, con lágrimas en los ojos y sin poder controlar los temblores de su cuerpo. Ya no estaba seguro de si estos estaban producidos por la fiebre o por el nerviosismo. Dio un paso tambaleante hacia Emma, temeroso de que fuese a desvanecerse en el aire o entre sus dedos. Emma le miró, estaba llorando, pero aún así sonreía. Jacob pensó que no podía existir algo tan bello en el mundo como la sonrisa de Emma. Ella asintió y él corrió a abrazarla.

# Sobre El hijo del Mississippi

Estamos en 1840, en el Estados Unidos del salvaje Oeste y de los inmensos barcos de vapor que recorren el Mississippi. Jacob sueña con ser capitán de las imponentes embarcaciones, pero su vida se tuerce cuando todavía es muy joven y acaba en la cárcel. Ya libre, la sed de venganza le permite aguantar la pobreza y las desventuras que le persiguen como si fueran su sombra. Finalmente, decide volver a Hannibal, su ciudad natal, donde se encuentra la chica a la que ama, pero por donde también campa a sus anchas el hombre que lo encerró injustamente. La vuelta a casa será para Jacob un duelo contra su propio pasado.